

**LOS CUATRO PRIMEROS
CONGRESOS DE LA
INTERNACIONAL COMUNISTA**

Primera parte

Cuadernos de Pasado y Presente / 43
Córdoba

Para la presente edición de los documentos fundamentales de la Internacional Comunista hemos utilizado la versión francesa preparada en junio de 1934 por la Librairie du Travail e incorporada en su 'Bibliothèque Communiste'. Posteriormente, en 1970, la editorial François Maspero de París hizo de ella una reproducción facsimilar.

Reproducimos a continuación la advertencia con que los editores precedieron dicha versión:

"La recopilación que aquí presentamos incluye todos los manifiestos, tesis y resoluciones adoptadas por los cuatro primeros Congresos de la Internacional Comunista, entre 1919 y 1923.

La enorme cantidad de hechos y de acontecimientos a los que se refieren estos textos habrían exigido evidentemente abundantes notas explicativas. Para las jóvenes generaciones, la tarea cumplida por la Internacional Comunista en vida de Lenin y con la participación activa de Trotski, sigue siendo hoy completamente desconocida.

Que la socialdemocracia no haya tenido ningún interés en hacer conocer estos textos es bastante comprensible; a partir de ellos se puede aprender a batir el reformismo y a organizar con las grandes masas trabajadoras la insurrección proletaria

En cuanto al silencio observado en las filas de la IC debe ser explicado de otra manera: ocurre que toda la experiencia de la IC entre 1919 y 1923 contradice enteramente el curso político seguido por ésta después de 1924, y que está caracterizado por la derrota en Alemania en 1923, en Bulgaria y en Estonia en 1924, el apoyo dado al reformismo inglés en 1926, el aplastamiento de la gran revolución china en 1926-1927, la impotencia en la revolución española y la capitulación ante el fascismo alemán en 1932-1933.

Sin embargo, hemos debido renunciar a las notas, pues no era posible ampliar aún más este volumen, ya de por

Tapa: Miguel De Lorenzi

Título de la edición francesa:

*Thèses des quatre premiers congrès de la III^e Internationale
Manifestes, thèses et résolutions des quatre premiers congrès mon-
diaux de l'Internationale communiste (1919-1923)*

Bibliothèque Communiste, Librairie du Travail, Juin 1934

Traducción: María Teresa Poyrazian

Primera edición, noviembre de 1973

© Ediciones Pasado y Presente

Editado por Siglo XXI Argentina Editores S. A.

Córdoba 2064, Buenos Aires

Derechos reservados conforme a la ley

Impreso en Argentina / Printed in Argentina

sí voluminoso. Asimismo, debimos renunciar a incorporar una introducción general, lo que habría sido no obstante muy necesaria.

Nosotros, que pertenecemos a la Liga Comunista Internacional (antes llamada oposición de izquierda), consideramos que la inmensa experiencia de los movimientos revolucionarios de la guerra y de la posguerra, tal como está resumida, analizada, elaborada y hecha consciente por la IC entre 1919 y 1923, constituye la adquisición fundamental del marxismo contemporáneo.

Esta es la razón que nos impulsa a reeditar hoy estos documentos, como base del marxismo-leninismo contemporáneo.

Los manifiestos (en particular los del IIº Congreso) y las resoluciones generales, ofrecen un cuadro suficientemente preciso de la situación política y económica.

Un cierto número de tesis (sobre la cuestión nacional, sobre la cuestión agraria, sobre la democracia burguesa y la democracia proletaria), elaboradas por el primero y el segundo Congreso, permanecen como la base fundamental del marxismo en la época actual. Otras tesis ofrecen inapreciables lecciones de estrategia y de táctica.

Los textos han sido reproducidos según las traducciones hechas en la época, y que son a veces defectuosas. No nos fue posible hacer una revisión completa, ya que ello hubiera demandado un largo trabajo cuando nuestro propósito era el de no poner tan rápidamente como fuera posible estos documentos en manos de los militantes. Algunos, que estaban inéditos en francés, debieron ser traducidos.

Agreguemos finalmente que los documentos del quinto y sexto Congreso de la IC (1925 y 1928) son de fácil acceso. Al lector le resultará útil consultar sobre el período que sigue a la muerte de Lenin en 1924 la *Crítica del proyecto de programa de la IC*, de León Trotski [incorporada luego en el volumen del mismo autor: *La Internacional Comunista después de Lenin*], en la que toda la experiencia histórica y la actividad revolucionaria de los años 1923-1928 son examinados a la luz de los principios de los cuatro primeros Congresos.

Estamos convencidos de que esta recopilación tendrá

una buena acogida en las filas de la joven generación, que encontrará en esa la orientación marxista y las ricas lecciones que ella necesita.

EL EDITOR."

Dada la extensión de la obra hemos optado por dividirla en dos partes (el presente cuaderno contiene los dos primeros Congresos y el Nº 47, los dos restantes). En cuanto a los Congresos sucesivos: el Vº (1925), el VIº (1928) y el VIIº y último (1935), que en su momento eran lógicamente accesibles, resultan hoy prácticamente inhallables. Tenemos la intención de publicarlos en fecha próxima, apenas se haya completado la labor de rastreo de tales materiales.

Finalmente, hemos creído conveniente presentar el volumen incorporando un extenso trabajo del historiador marxista italiano Ernesto Ragionieri, dedicado a analizar el papel teórico y político desempeñado por Lenin en la IC.

PASADO Y PRESENTE

LENIN Y LA INTERNACIONAL COMUNISTA

Escribir sobre Lenin, su papel de dirigente y de organizador de la Tercera Internacional, sería ya de por sí una empresa muy compleja y difícil. Sin embargo, en el estado actual de los estudios y del debate, no podemos plantearnos una tarea tal sin tratar de insertar el tema en un terreno más vasto: el de la naturaleza y el desarrollo de la teoría y la práctica del internacionalismo proletario (el término no es frecuente en Lenin, pero el concepto está plenamente presente allí, con toda la carga de significado que estará destinado a asumir en la historia de la Tercera Internacional).

La necesidad de este prólogo histórico, si aparece clara a cuantos tienen una relación de conocimiento directo con los escritos y la obra de Lenin, por lo menos por dos razones resulta indispensable a la luz de los estudios y de la tradición adquirida en el movimiento comunista. Justamente en este terreno han incidido mayormente, ya como una censura, ya como una rémora, las directivas estalinianas expresadas en la famosa carta a la revista *Proletarskaia Revoliutsia. A propósito de algunas cuestiones de historia del bolchevismo* (1931). La pesada crítica al programa de la revista tendiente a someter a la investigación "todo el conjunto de problemas que se refieren a las relaciones de los bolcheviques con la Segunda Internacional anterior a la guerra", como intento de "transformar la cuestión del bolchevismo de Lenin de axioma en problema que requiere un 'estudio ulterior'", se volvió gradualmente un esquema tan rígido como para mostrar su persistente influencia mucho más allá del ámbito cultural y político y de los motivos contingentes que lo habían dictado inmediatamente¹. La reducción a axio-

¹ Stalin, *Questioni del leninismo*, v. II, Roma 1945, p. 58. Esta reducción en clave estrictamente rusa de la obra de Lenin se halla también en la interpretación de un historiador marxista inglés como Christopher Hill (*Lenin e la rivoluzione russa*, Torino 1954).

ma del bolchevismo de Lenin "surgido, crecido, reforzado en una lucha implacable contra el oportunismo de todos los matices, comprendido el centrismo en Occidente (Kautsky) y el centrismo entre nosotros (Trotsky y otros)" comportó primero el aislamiento de toda conexión con el movimiento real, después el aislamiento de toda relación histórica de la visión leninista del internacionalismo proletario y, en fin, la cristalización de esta visión en un compacto sistema de preceptos políticos, desde el comienzo de la actividad de Lenin, plenamente desplegados y a lo sumo susceptibles de verificaciones y de profundizaciones parciales.

En la evolución misma de la obra de Lenin se halla una implícita refutación de tal procedimiento, y tampoco faltan en sus escritos advertencias políticas para un correcto acercamiento a sus posiciones teóricas y políticas². El esfuerzo cumplido en las notas que siguen, consiste en el hecho de tocar algunos de los puntos principales ligados a este conjunto de problemas, y nace de la exigencia que hoy vemos, como, militantes del movimiento comunista internacional y a la vez como estudiosos de su historia, de sustraer el pensamiento y la acción de Lenin a un juego de contrastantes hipotecas, para tratar de recuperarles su genuina grandeza.

Los límites de conformación y de elaboración de las páginas que siguen son evidentes para quien las escribió, y así será seguramente también para el lector. Sin embargo, ellas habrán alcanzado su objetivo si pueden invitar y en alguna medida ayudar a esa operación preliminar a la valoración de la importancia de Lenin que consiste en la colocación de precisas referencias a guisa de "señaladores" en una lectura ordenada de sus escritos.

I

Que la actividad de Lenin, dirigente del partido obrero socialdemócrata ruso, comienza y se desarrolla en el movimiento obrero internacional bajo el signo del fortalecimiento del movi-

² En el *Prefacio a la colección "Doce años"* (1907) se encuentra la más explícita indicación de Lenin a la historización de su propio pensamiento: "El error principal de los que hoy polemizan con ¿Qué hacer? consiste en que desligan por completo esta obra de una situación histórica determinada, de un período concreto del desarrollo de nuestro partido que ha pasado hace mucho)" Lenin *Obras completas*, XIII, p. 95, Ed Cartago, Buenos Aires).

miento organizado de los trabajadores tal cual se había expresado en la Segunda Internacional, es una verdad que ha vuelto a ganar terreno, rápidamente, en los últimos años, entre los estudiosos marxistas. La presentación de su actividad en el plano internacional como una acción conscientemente dirigida a derivar de la escisión entre bolcheviques y mencheviques en Rusia, una fractura entre el ala revolucionaria y el ala reformista, se ha aclarado como una petición de principio retrospectiva, tendiente a alterar no solamente el conocimiento de los períodos más elementales del desarrollo histórico, sino también la conciencia siempre muy aguda que Lenin tuvo de la peculiaridad de Rusia dentro del movimiento obrero europeo. Pero las diferencias que se registran entre los estudiosos en relación a este problema consisten casi exclusivamente en mayores o menores acentuaciones. Algunos destacan la acción desarrollada por Lenin, particularmente en los congresos internacionales y, luego, su ingreso al *Buró Socialista Internacional*, para derrotar a las tendencias adversas a un preciso compromiso de lucha contra la guerra y más en general a toda una orientación reformista y oportunista³; otros, acaso con mayor equilibrio, fundiendo la acción específicamente desarrollada por Lenin en los organismos dirigentes del movimiento obrero internacional con la valoración histórica y política suya de las direcciones que dominaban su curso, insisten especialmente en la profunda solidaridad de base con las tradiciones y con la fuerza del movimiento obrero organizado, de las cuales Lenin partió para esa su batalla⁴.

Sin embargo, no es empresa fácil llenar el foso que separa estos dos específicos ámbitos de problemas: por una parte, solidaridad de fondo de Lenin con el movimiento obrero organizado de los trabajadores tal cual se había configurado en los partidos de la Segunda Internacional, en su "perímetro ideal" (para utilizar una expresión de Antonio Labriola) y en sus relaciones recíprocas; por otra, la contribución dada por Lenin y los bolcheviques rusos

³ Tal planteo prevalece también en G. G. Kuranov, *Lenin und die II. Internationale*, en *Beitrage zur Geschichte der deutschen Arbeiterbewegung*, fasc. 3, 1969.

⁴ Ver Rudolf Schlesinger, *Lenin as a member of the International socialist Bureau*, en *Soviet Studies*, XVI, 1965, p. 448/458, y Georges Haupt, *Lenin e la Seconda Internazionale (Carteggio Lenin-Huysmans)*, Roma 1969.

a la formación de una tradición revolucionaria que acentúa su peso a medida que nos acercamos a la guerra imperialista. La dificultad del problema se agudiza todavía por el hecho, a mi parecer difícilmente refutable, de que Lenin creciera y se desarrollara en el ámbito de la ideología del marxismo de la Segunda Internacional (el término "ideología" deja de tener en Lenin aquel significado de "conciencia mistificada de la realidad" que había tenido no sólo en Marx sino también en el último Engels, para asumir en cambio un significado medio o positivo de formación de una conciencia teórica de masas), y entonces dió necesariamente a su lucha contenidos y modos caracterizados fuertemente por elementos de esta ideología, aunque llevaran a modificarla, a superarla.

Tampoco, por otra parte, parece legítimo acordar excesiva importancia, para explicar este tránsito, a los reflejos internacionales de las diferencias interiores al Partido Obrero Socialdemócrata Ruso, ricos sin embargo de tantas implicaciones teóricas, políticas y organizativas⁵. Más interesantes, y más susceptibles de profundización en relación a la evolución de la concepción del desarrollo social y de la lucha coordinada del movimiento obrero internacional, son otros elementos originarios del pensamiento político de Lenin. Que yo sepa, todavía no se ha escrito un análisis atento e históricamente particularizado de la cuestión nacional en Lenin, un análisis total, capaz de extender su propio arco desde los comienzos de su actividad política hasta los años siguientes a la victoria de la Revolución de octubre. Sin embargo, puede afirmarse, creo, que es justamente en este punto donde se manifiesta uno de los elementos de mayor originalidad de Lenin. El, no sólo se diferenciará al respecto de cuantos en la izquierda de la Segunda Internacional (Rosa Luxemburg, etc.) profesaban una concepción por la que la agudización de la lucha de clases y la inminencia de la revolución social habrían vuelto irrelevante la cuestión nacional, sino que se distinguió y muy netamente, desde el comienzo, de la tendencia muy difundida en los partidos obreros a reducir la cuestión nacional a una pura y simple connotación sociológica. En todos los escritos e intervenciones de Lenin dedicados a este problema se advierte la conciencia de la posibilidad y

⁵ Ver Dietrich Geyer, *Die russische Parteispaltung im Urteil der deutschen Sozialdemokratie 1903-1905*, en *International Review of Social History*, v. III (1958), p. 195/219 y 418/444, y del mismo autor, *Lenin in der russischen Sozialdemokratie*, Köln-Graz 1962.

de la necesidad de ligar la cuestión nacional a la lucha revolucionaria de la clase obrera como para hacer de la reivindicación de la independencia nacional un aspecto decisivo del proceso de transformación de la clase obrera en clase dominante. No por azar Lenin volverá tan a menudo a la afirmación de Marx "los obreros no tienen patria", para desarrollar todas sus implicaciones acerca de la posición de la clase obrera en la edad del imperalismo⁶.

En un estudio reciente, el historiador soviético M. Gefter trata con notable agudeza la relación entre Lenin y Plejánov, proporcionando numerosos esbozos para un planteo más general de este problema:

"Tanto el joven Lenin como el Lenin de la madurez fueron fieles a la fundamental idea de *Nuestras divergencias*: ninguna especificidad histórica de un país dado puede eximirlo de las leyes 'sociológicas' generales. Pero lo que en Plejánov era toda la verdad, en Lenin solamente constituía una parte de la verdad. Si el objetivo por él planteado ya en los años noventa era el análisis de la 'realidad concreta' e 'históricamente específica' de la Rusia de la reforma, el trabajo intelectual que avanzaba en esta dirección llevó a mudar el objetivo mismo que, en definitiva, fue este: explicar, valorar, unificar todo lo que la realidad histórica específica aporta a las leyes generales, comprendiendo también en ella la actividad de los hombres que descienden a la lucha para cambiar esa realidad"⁷.

De todas maneras, la posición de Lenin hacia la Segunda Internacional, entendida como teoría política más que como práctica social, es expresada perfectamente por la evolución de su actitud hacia su "partido-guía", es decir la socialdemocracia alemana. Las expresiones de admiración por este partido, hasta el punto de indicarlo como modelo del movimiento obrero internacional, atraviesan sin interrupción todos los escritos de Lenin, desde el de la formación del programa del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso (1898), clara y explícitamente basado en el pro-

⁶ Las variaciones de Lenin alrededor de este tema, antes de la guerra imperialista y durante ella, merecerían un estudio aparte. Para la cuestión nacional en la Segunda Internacional, véase el reciente y plausible trabajo de Carlo Pinzani, *Jean Jaures, l'Internazionale e la guerra*, Bari 1970.

⁷ M. Gefter, *Aspetti della teoria leniniana dell' egemonia proletaria*, en *Rassegna sovietica*, XX, octubre-noviembre 1969, p. 39.

grama de Erfurt de la SPD (1891), hasta llegar a las necrologías de los dos presidentes de la SPD, Paul Singer (1911) y August Bebel (1912), que tienen el carácter de juicios histórico-políticos, referidos a un largo período de la historia del movimiento obrero internacional. Las críticas a determinadas corrientes políticas e intelectuales de la socialdemocracia alemana, presentes en Lenin desde los años de la *Bernstein-Debatte*, pero que se fueron acentuando después de la posición oportunista asumida por la mayoría de la delegación alemana sobre la cuestión de la paz y de la guerra en el Congreso internacional de Stuttgart (1907), no tocaron en medida sustancial, ni en las manifestaciones públicas ni en las expresiones privadas o confidenciales de Lenin, su juicio en conjunto positivo o de admiración, que reparaba en el carácter avanzado como formación organizada y de masas que la socialdemocracia alemana tomaba en el movimiento obrero internacional. Aun cuando, justamente en la inmediata vigilia de la guerra, sus críticas, referidas ahora al “centrismo” kautskiano, se intensificaron en amplitud, esa valoración podía subsistir, y hasta ser subrayada, como índice de todo ese trabajo de reinterpretación y de reinvención de la naturaleza y de los objetivos del partido revolucionario de la clase obrera que Lenin había empezado a cumplir con *¿Qué hacer?* y que, en sustancia, no tendrá solución de continuidad⁸:

“Prácticamente los alemanes tienen *dos partidos* —escribía Lenin en abril de 1914— y se debe tener cuenta de ello sin proteger en lo más mínimo a los oportunistas (*como lo hacen ahora la Neue Zeit y Kaustky*). Pero, decir que el *partido* alemán es el más oportunista en Europa, no es exacto. Él es, de todas maneras, el mejor, y nuestra tarea es asimilar *todo* lo que de bueno tienen los alemanes (el gran número de periódicos, la masa de afiliados al partido y de miembros que militan en los sindicatos, las suscripciones sistemáticas a los periódicos, el control riguroso a los parlamentarios; este último es el *mejor*, y no como entre los

⁸ De ahora en más, los pasajes de las obras de Lenin serán indicados en el texto, entre paréntesis. La cifra en números romanos se refiere al volumen, la cifra en números arábigos a la página, de las *Obras* de Lenin, publicadas por Ed. Cartago, Buenos Aires. Sobre las relaciones entre Lenin y el movimiento obrero alemán, ver Arnold Reissberg, *Lenins Beziehungen zur deutschen Arbeiterbewegung*, Berlín 1970.

franceses y los italianos, para no hablar de Inglaterra, etc.); de asimilar todo esto *sin* alentar a los oportunistas”.

Rasgo saliente de la evolución del juicio y de la actitud de Lenin hacia la socialdemocracia alemana como “partido-guía” de la Segunda Internacional, es su relación con Kautsky. Como se sabe, altísima fue la valoración dada por Lenin a todos los principales escritos teóricos y políticos de Kautsky, desde *La cuestión agraria* (1897), definida “la más notable de las publicaciones de economía contemporánea después del tercer tomo de *El capital*” (III, 13) hasta el *Antiberstein*, que Lenin comentó con mucho calor, hasta llegar a *El camino del poder* (1909), indicaba varias veces como la obra más madura del Kautsky revolucionario. Por otro lado, Lenin no ocultó, por lo menos a partir de 1904, sus críticas a la posición asumida por Kautsky, sustancialmente filomenchevique, en las cuestiones internas del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso. Ello ha hecho surgir dos interpretaciones contrapuestas de este problema: por un lado, la que insiste en el “kautskismo” de Lenin hasta 1914 y, por el otro, la que en los disentimientos sobre los problemas organizativos entrevé el germen de las posiciones opuestas a propósito de la guerra imperialista, de la Revolución de octubre y de la dictadura del proletariado.

A mi parecer, el problema debe ser apartado de una consideración en bloque, indiferenciada, para analizarlo en todos sus elementos constitutivos. No parece susceptible de dudas que la admiración de Lenin por Kautsky tenga su propio fundamento en su formación intelectual y política, en los modos de asimilación y de defensa del marxismo, más que en la batalla por el nacimiento y por la afirmación del partido obrero; y que tal elemento se ligaba de cerca con la lucha de los revolucionarios rusos queda demostrado por el hecho de que, en el curso de la revolución de 1905, Lenin podía escribir en el prólogo a la traducción rusa del escrito de Kautsky *Las fuerzas motrices y las perspectivas de la revolución rusa*: “Los obreros progresivos rusos conocen desde hace mucho tiempo a Karl Kautsky como *su* escritor, un escritor que sabe no sólo fundamentar y explicar la doctrina teórica del marxismo revolucionario sino, además, aplicarla con conocimiento del asunto y mediante un análisis concienzudo de los hechos, a los problemas más complicados y embrollados de la revolución rusa” (XI, 412). Sin embargo, quien recorra la sucesión de los juicios de Lenin teniendo en cuenta la línea cualquier otra cosa menos

que coherente del director de la *Neue Zeit* en torno al problema de la revolución⁹, no tardará en observar cómo las prolongadas señales de consentimiento de Lenin con los escritos de Kautsky, expresadas a menudo en términos que subrayan el rasgo “cauto” y “prudente” del pensamiento de su autor, constituyen siempre una acentuación interpretativa de aquellos escritos de Kautsky dirigidos de manera más marcada a extraer del análisis político la necesidad de una inminente revolución.

Un estudioso polaco, Marek Waldenberg, ha puesto en evidencia en un reciente ensayo cómo Lenin había comenzado a expresar su propia discrepancia respecto de Kautsky aun en cuestiones de orientación general del movimiento obrero internacional, por lo menos desde 1912. De cartas de Lenin a Kámenev y a Plejánov publicadas recién en los últimos años ha surgido cómo criticaba artículos y escritos de Kautsky sobre la Internacional y la guerra, artículos que abandonaban la posición de huelga general ante la eventualidad de un conflicto, y que minimizaban el peligro del oportunismo en el seno de la socialdemocracia alemana¹⁰.

Pero, ¿en qué medida y dentro de qué límites el análisis de las perspectivas del movimiento revolucionario trazado por Lenin entre los años 1908 y 1913 y el análisis de Kautsky —que encuentra en *El camino al poder* su más profundo punto de llegada— coincidían realmente?

En el primero de los dos artículos escritos como comentarios del Congreso de Stuttgart, Lenin subrayó con mucha fuerza que se había tratado de una asamblea en la que habían participado delegados “provenientes de los cinco continentes del mundo”, que habían sabido, dando vuelta las propuestas de la comisión, plantear una línea de neta oposición a la política colonial. A partir de este momento se puso una atención cada vez más marcada en ese nudo histórico, considerado a la luz de las repercusiones internacionales de la revolución rusa de 1905, entre la aparición de movimientos de revolución nacional en Asia y la acentuación de la lucha de clases en Europa. En el artículo *Materia inflamable en la política*

⁹ Ver a propósito los elementos significativos que da Hans-Josef Steinberg, *Sozialismus und deutsche Sozialdemokratie. Zur Ideologie der Partei vor dem I. Weltkrieg*, Hannover 1967, p. 80 y ss.

¹⁰ Marek Waldenberg, *Lenin a Kautsky-Poczatki walki*, en *Kultura i Spoleczenstwo*, n. 3, XI (1967), p. 8.

mundial (1908), Lenin saludaba la lucha del movimiento revolucionario persa, la “media victoria” obtenida en Turquía por el movimiento revolucionario del ejército bajo la guía de los “jóvenes turcos”, la agitación del pueblo indio “por sus publicistas y dirigentes políticos”, “la transformación de las viejas revueltas chinas en un movimiento democrático consciente”, y comprobaba a la vez cómo “la exarcebación de la lucha del proletariado contra la burguesía se observa en todos los países capitalistas avanzados, con la particularidad de que la diferencia de condiciones históricas, de sistemas políticos y de formas del movimiento obrero determina distintas manifestaciones de una misma tendencia” (XV, 176). Aquí se hace posible solamente recordar los títulos de algunos de los más importantes artículos de Lenin que siguen esa doble si bien unitaria línea de tendencia de la historia contemporánea: por un lado, *Democracia y populismo en China* (15 de julio de 1912), *China renovada* (8 de noviembre de 1912), *Los civilizados europeos y los bárbaros asiáticos* (14 de abril de 1913), *El despertar de Asia* (7 de mayo de 1913), hasta *Europa retrasada y Asia avanzada* (18 de mayo de 1913). Por otro lado, desde *El incidente ocurrido al Rey de Portugal* (19 de febrero de 1908) hasta *El movimiento obrero inglés en 1912* (1º de enero de 1913) y *El significado de la elección de Poincaré* (15 de enero de 1913).

Si se tienen presentes estos artículos escritos entre 1908 y 1913, no vacilaremos en reconocer los motivos por los cuales a Lenin *El camino del poder* podía interesarle tanto como para señalarle largamente su condición de punto más alto del pensamiento político alcanzado por el Kautsky todavía no “renegado”. En ese escrito Kautsky ponía en primer plano y sometía a análisis los mismos elementos del desarrollo histórico-mundial tomados en consideración por Lenin: la agudización de las posiciones de clases en Europa, el surgimiento de movimientos antimperialistas en Oriente, la previsión de una inminente guerra mundial y, sobre todo, la perspectiva de “una nueva época de revoluciones”. Lenin hubiera podido suscribir las palabras de Kautsky:

“Cuando Marx y Engels escribían el *Manifiesto del partido comunista* tenían delante de sí como campo de batalla de la revolución proletaria solamente a Europa occidental. Hoy se ha vuelto el mundo entero. Hoy las batallas de la lucha de liberación de la humanidad trabajadora y explotada no se libran sólo sobre

el Spree y el Sena, sino también sobre el Hudson y el Mississippi, el Neva y los Dardanelos, el Ganges y el Hoang-Ho"¹¹.

Sin embargo, es justamente esta vecindad de intereses la que puede dar la medida de la distancia neta que había ya al terminar el primer decenio del siglo, entre Lenin y Kautsky.

Kautsky, en los hechos, de aquella comprobación extraña solamente la conclusión de la necesidad de verificar la coherencia de una línea de pensamiento, la propia, y de una táctica, la de la socialdemocracia, ya prefijadas con precedencia, acompañadas apenas por el vago auspicio de una futura transformación de la vanguardia (*élite*) del proletariado, capaz de hacer posible, al absorber a "los elementos más desinteresados y a amplias posiciones de todas las clases", "la organización social de la economía mundial". Lenin, que ni siquiera hablaba de iniciación de una época nueva, se movía ya por completo dentro de los problemas que esa época había suscitado y propuesto. En el sentido, en primer lugar, de una renovación profunda del internacionalismo proletario y de la búsqueda de los puntos de convergencia, de los motivos de alianza, entre la clase obrera de los países capitalistas desarrollados de Occidente con los pueblos de Oriente en lucha por su liberación nacional. No solo, sino adhiriendo sin reservas doctrinarias al desarrollo objetivo de la historia, Lenin recuperaba acabadamente, esta vez en escala mundial, cuanto de original había puesto, en el análisis del desarrollo del capitalismo en Rusia y en la construcción de la fracción bolchevique del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso, respecto del marxismo de su tiempo. Considerado desde el punto de vista del marxismo de la Segunda Internacional y de su canónica reglamentación de la práctica en una ideología rígidamente preconstituida, ello podía aparecer como una suerte de pragmatismo. Era, en realidad, una relación nueva entre la teoría y la praxis revolucionaria, que fijaba en la política su principal criterio de verdad.

II

El comienzo de la guerra imperialista no representó para Lenin una sorpresa, ni la interrupción brusca y repentina de una época. Por el contrario: desde los primeros artículos de comen-

¹¹ Karl Kautsky, *El camino del poder*. Hay varias ediciones en español.

tario al estallido del conflicto, escritos en el verano de 1914, Lenin podía sacar del análisis del desarrollo de las luchas de clases y de la política internacional paulatinamente cumplido en los años anteriores, los orígenes profundos de la guerra preparada desde largo tiempo atrás. Su visión de la guerra imperialista resulta desde un principio amplia y articulada: se refiere al aumento de los armamentos y se apoya en la lucha de las grandes potencias por los mercados en la nueva fase imperialista pero, a la vez, no olvida los intereses dinásticos de las monarquías más retrasadas y sabe poner en justo relieve la tendencia a frenar y a torcer el ímpetu revolucionario del movimiento obrero.

Pero, si la guerra no llegaba para Lenin inesperadamente, un elemento de sorpresa sí lo fue para él la desaparición de toda acción coordinada de parte del movimiento obrero internacional, la traición de los partidos socialdemócratas, y su abierto pasarse a los respectivos gobiernos imperialistas. La anécdota evocada por el socialista polaco W. Krajewski, que estuvo cerca de Lenin durante el exilio en Galizia, y de acuerdo a la cual, en un primer momento, Lenin consideró un apócrifo hecho por el estado mayor alemán, aquel número de *Vorwärts* que traía la noticia de la aprobación de los créditos de guerra por la fracción socialdemócrata¹² del *Reichstag*, tiene más que un fundamento de verdad¹². En realidad, por cuanto, como hemos visto, Lenin no hubiera dejado de registrar críticamente el debilitamiento del "republicanismo" y la acentuación del espíritu conciliador en numerosos sectores del movimiento obrero europeo, el derrumbe ruinoso de sus elencos más acreditados debía ponerlo ante la necesidad de valorar de manera nueva, distinta y más profundizada, la realidad del movimiento obrero internacional y de sus perspectivas.

De esta contradicción entre una rápida y exacta percepción del carácter de la guerra imperialista y de los objetivos que en consecuencia se imponían a las fuerzas revolucionarias del movimiento obrero, por un lado, y de la valoración de las orientaciones en el seno de los mayores partidos socialdemócratas por el otro, Lenin, como se sabe, salió acentuando su presencia como dirigente internacional del movimiento obrero, y proyectándose

¹² Ver Arnold Reisberg, *Lenin un die Zimmerwalder Bewegung*, Berlin 1966, p. 99.

decididamente en el plano internacional del debate socialista. Se había vuelto definitivamente consciente de la posibilidad y de los deberes marxistas surgidos del hecho de hablar en nombre de un partido "representante de la clase obrera más retrasada entre las grandes potencias beligerantes" y que se había opuesto a la mentira de la "paz civil", negándose a pasarse al campo antagónico de la burguesía de su propio país.

Los puntos de llegada de esta proyección de Lenin al debate internacional son demasiado conocidos para que sea necesario exponerlos nuevamente aquí. Aparece en sus escritos de estos años, y especialmente entre 1914 y 1916, el sentido de conjunto de un movimiento de pensamiento que atañe directamente a la actitud política y que se refleja en ciertas imágenes retornantes con mayor frecuencia ("Si se pueden tolerar unas suelas delgadas y endeblas para caminar por las calles urbanizadas de una pequeña ciudad de provincia, para subir a una montaña son indispensables suelas gruesas y bien claveteadas. En Europa, el socialismo ya ha rebasado la etapa relativamente pacífica y limitada al marco nacional. Con la guerra de 1914-1915 entró en la fase de las acciones revolucionarias, razón por la cual la ruptura completa con el oportunismo y la eliminación de este último de los partidos obreros están indudablemente a la orden del día", XXI, 248). Pero si es necesario tener presente esta salida programática, no por ello será menos oportuno considerar los puntos de pasaje y, antes todavía, los elementos de método que se ligan a este viraje y a la nueva ubicación que Lenin viene a asumir en el movimiento obrero internacional.

Hay, mientras tanto, un momento de estudio intenso que comienza a fines de 1913 y que se prolonga hasta 1916, y que sería profundamente equivocado no ver en conexión con esta búsqueda de una nueva orientación política. Sí, es verdad que Lenin dirá a cierta altura de su polémica que:

"una cosa es el estudio científico de todos los aspectos del imperialismo —estudio que no hace más que comenzar y que, por su naturaleza, es un estudio infinito, como es infinita la ciencia en general— y otra cosa son los fundamentos de la táctica socialista contra el imperialismo capitalista, fundamentos que han sido expuestos en los millones de ejemplares de periódicos socialdemócratas y en las resoluciones de la Internacional" (XXI, 210); pero esta afirmación de principio, que nos da una de las claves, aunque no la única, para comprender la relación entre investi-

gación teórica y acción política en Lenin, tiene una importancia de método aun para entender el arco de pensamiento y de decisiones dentro del cual él se movió en los primeros años de la guerra imperialista, e ilumina sobre el fondo problemas teóricos que la aparición de esos nudos políticos requería a su conciencia crítica.

Entre fines de 1913 y comienzos de 1914 Lenin estudia sistemáticamente y hace notas críticas, de acuerdo a una serie de intereses teóricos y políticos bien definidos, sobre el texto de la correspondencia Marx-Engels; en la segunda mitad de 1914 intensifica los estudios filosóficos e inicia el análisis de la *Ciencia de la lógica* de Hegel; en 1915 estudia y anota el *Vom Kriege* de Clausewitz; en la segunda mitad de 1915 da comienzo a la colección de materiales que confluirá en los *Cuadernos sobre el imperialismo* y que continuará aun luego de haber terminado el "ensayo popular" (julio de 1916), hasta la inmediata vigilia de la revolución de febrero. Esta vastísima colección de comentarios, de apuntes, de observaciones críticas y de esbozos de investigación toca los temas centrales de la reflexión política de Lenin en esos años: la estrategia y la táctica del partido revolucionario de la clase obrera, la concepción del imperialismo y, en el centro de todo ello, el método dialéctico de pensamiento, según aquella profundización de sus propios métodos cognoscitivos que se transparenta evidentemente de todos los escritos de esa época. En este sentido Lenin alcanza justamente durante la guerra su madurez teórica y política, y su elevarse a un papel de dirigente en el movimiento obrero internacional coincide con un repensar de los fundamentos teóricos del marxismo.

Justo por esto, una clave fecunda de lectura de los *Cuadernos filosóficos* es la que parte de sus conexiones con los problemas de análisis y de orientación política a que están profundamente ligados, en los orígenes y en los resultados. Tómese, por ejemplo, la parte central de los *Cuadernos filosóficos*, dedicada al estudio de la *Ciencia de la lógica* de Hegel. Se remonta a la segunda mitad de 1914: la relación entre las inflexiones de lectura que ella pone en evidencia y el análisis del carácter de la guerra y de las transformaciones reveladas por la guerra en el seno del movimiento obrero internacional, iniciado por Lenin justo en este período, aparecerá evidente, dado por el enunciado mismo de los textos.

Hay un pasaje en *La bancarrota de la Segunda Internacional*

(mayo-junio de 1915), que liga de la manera más clara todos estos elementos:

“El sofista toma con arbitrariedad un ‘argumento’ entre otros, pero ya decía Hegel, con toda razón, que se pueden encontrar ‘argumentos’ absolutamente para todo. La dialéctica exige que un fenómeno social sea estudiado en todas sus facetas, en su desarrollo, y que su aspecto exterior, su apariencia, sea reducido a las fuerzas motrices esenciales, al desenvolvimiento de las fuerzas productivas y a la lucha de clases. (...) Aplicada a las guerras, la tesis fundamental de la dialéctica, que Plejánov tergiversa tan desvergonzadamente para complacer a la burguesía, dice que *“la guerra es una simple prolongación de la política por otros medios”* (a saber, por los medios violentos). Tal es la fórmula de Clausewitz, uno de los grandes historiadores militares, cuyas ideas fueron fecundadas por Hegel” (XXI, 216-217).

Aquí se encuentra evidenciada la trama del método de pensamiento con que Lenin avanza en el análisis del carácter de la guerra, en la determinación de su sustancia principal, a través de la caracterización de todos sus momentos constitutivos, aun secundarios. En esta relación entre particularización del anillo principal y fijación de su carácter como tal, está, en Lenin, mirándolo bien, aun la relación entre raíz de la táctica política e individualización de su exacta naturaleza.

“La dialéctica de Marx, siendo como es la última palabra del método evolucionista científico, prohíbe precisamente el examen aislado, es decir unilateral y monstruosamente deformado del objeto. (...) En la naturaleza y en la sociedad *no* existen ni pueden existir fenómenos ‘puros’. Así nos lo enseña precisamente la dialéctica de Marx, según la cual el concepto mismo de pureza implica cierta estrechez y unilateralidad del conocimiento humano, que no abarca plenamente al objeto en toda su complejidad. En el mundo no hay ni puede haber un capitalismo ‘puro’; siempre se halla *mezclado* con elementos feudales, pequeñoburgueses u otra cosa” (XXI, 234-235).

Esta profundización y este uso revolucionario de la dialéctica por Lenin van junto a la asunción, en la perspectiva de sus escritos, de un papel de dirección en el movimiento obrero internacional. La ruptura no solamente con los socialpatriotas sino también con los centristas encuentra en la asunción de esta nueva perspectiva su sanción teórica, además de política. Las consecuencias de la ruptura —transformación de la guerra imperialista

en guerra civil, fundación de una nueva Internacional, perspectivas de la revolución en Rusia y en Occidente— tienen siempre en el Lenin de estos años el carácter de una indicación general, de primera formulación de un programa de acción que posee el valor, principalmente, de ruptura de una tradición institucionalizada. De aquí su carácter aparentemente aproximativo en las indicaciones de realizaciones concretas o de determinación cronológica de estas perspectivas; de aquí, también, su carácter ya no de “promesas” sino de “previsiones” empapadas de iniciativa política real.

El tema de la *aristocracia obrera* es, sin duda, otra “clave” que permite poner de relieve otros aspectos del trabajo complejo y difícil realizado por Lenin para motivar, con un análisis profundizado y diferenciado de la realidad, sus orientaciones de lucha contra la guerra imperialista y su crítica a los partidos de la Segunda Internacional. A ello ha dedicado recientemente un artículo sumamente penetrante Eric J. Hobsbawm, artículo con el que comparto la sustancia de las argumentaciones y de las conclusiones; pero no serán inútiles algunas precisiones posteriores, a fin de individualizar mejor ciertos aspectos importantes de la concepción teórica y de la práctica del internacionalismo de Lenin.

Las primeras referencias específicas a la cuestión aparecen entre 1912 y 1913, vale decir en años que hemos ubicado como de decisiva importancia para la caracterización de internacionalismo de Lenin en escala mundial y para la génesis de aquellos rasgos genuinamente proletarios propios de la edad del imperialismo. Dos aspectos son los que aparecen como característicos en la utilización de la categoría de la aristocracia obrera, durante estos años: 1) una clara oscilación en cuanto al origen del fenómeno de la aristocracia obrera. Mientras en el artículo *En América* (diciembre de 1912), Lenin tiende a poner en evidencia, para la formación de una aristocracia obrera en Inglaterra y en los Estados Unidos, un elemento político (“la libertad política que se remonta a mucho tiempo atrás”) junto a un elemento económico (“las condiciones excepcionalmente favorables respecto de los otros países que ha tenido el desarrollo del capitalismo en amplitud y en profundidad”), los otros artículos dedicados al mo-

¹⁵ Eric J. Hobsbawm, *Lenin e la questione dell' "aristocrazia operaia"*, en *Rinascita-Il Contemporaneo*, 27 de febrero de 1970.

vimiento obrero inglés (*Discusiones en Inglaterra sobre la política obrera liberal*; *En Inglaterra*, abril de 1913; *Guerra de clases en Dublin*, agosto de 1913; *Harry Quelch*, setiembre de 1913), golpean exclusivamente sobre la condición de favor, de monopolio de la industria inglesa en el mercado mundial, como matriz de la formación de un estrato de trabajadores privilegiados en sus retribuciones salariales; 2) la continuidad y la frecuencia de formulaciones que se refieren a la aristocracia obrera como a un fenómeno social de raíces lejanas en un pasado ya perimido y que, al mismo tiempo, aparece objetivamente condenado por el desarrollo de la historia contemporánea. En realidad, a fines de 1913, el problema estaba todavía bien lejos de configurarse para Lenin en términos unívocos. Es significativo de una relación con los clásicos del marxismo caracterizada por la fidelidad crítica y a la vez por la invención política, que él individualizara el problema en el texto de una carta de Engels a Marx del 11 de agosto de 1881. Como comentario a una afirmación de Engels ("El *British Working man* no quiere progresar, debe ser conmovido por los acontecimientos, por la pérdida del monopolio industrial. *En attendant, habeant sibi*"), Lenin observaba: "Los trabajadores británicos y el monopolio. Con el obrero inglés nada hay que comenzar mientras el monopolio industrial (¿inglés?) no caiga"¹⁴: aquí todo el interés reside en el interrogante sobre el hecho de que la reanudación del movimiento obrero inglés deba ser ligado a la caída del monopolio industrial inglés, o bien a una más vasta transformación en las relaciones económicas mundiales.

¿Cómo se explica entonces que Lenin haya hecho referencias tan frecuentes a la categoría de la "aristocracia obrera" al definir el oportunismo; es decir la orientación preponderante en el movimiento obrero, particularmente de Europa occidental, con el 4 de agosto de 1914 y luego de esa fecha?

Aun en este caso, la referencia a los textos es indispensable para un correcto planteo del problema. Así nos encontraremos ante una oscilación del término "aristocracia obrera" todavía más marcada que la hallada ya en los artículos de 1912-1913. Por un lado, en los estudios preparatorios de *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, Lenin retoma la acepción engelsiana

¹⁴ V. I. Lenin, *Konzept zum Briefwechsel zwischen Karl Marx und Friedrich Engels 1844-1883*, Berlin 1963, p. 184.

del término extendiéndola del ámbito originario inglés a todos los países colonialistas, o de alguna manera provistos de una posición de privilegio en el mercado mundial¹⁵; por otro lado, con acentos parcialmente distintos, Lenin insiste, entre 1915 y 1916, sobre las raíces más lejanas en el tiempo y más complejas del fenómeno de la aristocracia obrera. Por ejemplo, en *¿Y ahora?* (9 de enero de 1915), señalaba su base en "una masa de abono pequeño-burgués", es decir en un elemento "extraño a los partidos proletarios", especificándolo socialmente en "los funcionarios de sindicatos legales, parlamentarios y otros intelectuales, cómoda y tranquilamente instalados en el movimiento legal de masas, ciertas capas de obreros mejor retribuidos, de pequeños empleados, etc., etc." (XXI, 105). Más en general, todos los escritos de Lenin entre 1915 y 1916 tienden a acercar y a volver comunes un dato económico; la "aristocracia obrera" entendida como el estrato de los obreros mejor retribuidos de algunos países; un proceso social: la influyente presencia de elementos pequeño-burgueses en el movimiento obrero y, en fin, un hecho político: el prevalecer de la "burocracia obrera" en los partidos socialdemócratas.

En un escrito importante, *El oportunismo y la bancarrota de la Segunda Internacional* (enero de 1916), Lenin presentaba estos elementos diversos en un orden tal que demostrara bien cómo la necesidad de dar una explicación a un fenómeno tan importante como el derrumbe de la Segunda Internacional lo había llevado mucho más lejos de sus hipótesis iniciales: "El carácter relativamente 'pacífico' del período comprendido entre 1871 y 1914 alimentó el oportunismo, primero como *estado de ánimo*, luego como *tendencia* y por último como *grupo o sector* de burocracia obrera y compañeros de ruta pequeño-burgueses". (XXII, 118.)

Encontramos una explicación de esta complejización del análisis de Lenin, en primer lugar en el alcance mismo del fenómeno que tenía delante de sí, y que demostraba la persistencia, la tenacidad de un proceso del que él había sancionado ya como inminente su desaparición; pero se encuentra, también, en la mediación de elementos culturales nuevos y distintos, que no formaban parte del originario conjunto de referencias ideales de las que Lenin se había servido al empezar a enfrentar el problema.

¹⁵ V. I. Lenin, *Hefte zum Imperialismus*, Berlin 1957, p. 605.

Creo que ahora puede sostenerse, sobre la base del análisis de los escritos de Lenin y de los documentos que se van publicando, que la "respuesta" de Lenin a su propio retraso en la previsión de la bancarrota de la Segunda Internacional consiste en un intento de dar una explicación agresiva de la derrota sufrida por el movimiento obrero internacional que no negara el aporte teórico de otras corrientes de la izquierda de la Segunda Internacional. Si la polémica contra el opúsculo de Junius (Rosa Luxemburg) señala la reanudación de una plena independencia en relación a todas esas corrientes, motivada con una precisa formulación teórica ("Por supuesto, sería en extremo lamentable que los 'izquierdistas', en esta época, cuando la formación de la Tercera Internacional sólo es factible sobre la base de un marxismo no vulgarizado, comenzaran tomando con despreocupación la teoría marxista", XXII, 327), los primeros años de guerra muestran una cierta disposición a absorber motivos de variada proveniencia. Así la intervención de Lenin en Zimmerwald (una de las rarísimas intervenciones dichas por él en las asambleas internacionales de estos años) trae un rasgo bastante explícito de las argumentaciones empleadas por los "tribunistas" holandeses en toda la polémica contra el centro kautskiano¹⁶: así, el término, si no el programa, de la "revolución mundial"¹⁷, aparece derivado de Pannekoek, mientras son bastante frecuentes en los escritos de estos años indicios que implican una referencia a la teoría de la caída. En lo referente a la acentuación política del origen del fenómeno de la "aristocracia obrera", creo, no puede excluirse, en el estado actual de los conocimientos, un influjo de las posiciones de Robert Michels sobre las degeneraciones oligárquicas de los partidos políticos, que había hecho

¹⁶ "No se puede querer hacer una revolución —afirma Lenin— sin explicar la táctica revolucionaria. Justamente ha sido una de las peores características de la Segunda Internacional, el evitar siempre estas explicaciones, y es lo que los marxistas holandeses de la *Tribune* llaman muy justamente el "revolucionarismo pasivo" del "centro alemán". Ver *Die Zimmerwalder Bewegung. Protokolle und Korrespondenz*. Herausgegeben von Horst Lademacher, Bd. I, *Protokolle*, The Hague-Paris, 1967, p. 129/30.

¹⁷ Ver A. Pannekoek, *Revolution mondiale*, en *Le Socialiste*, 21 de enero de 1912, citado en *La Deuxième Internationale et l'Orient*, a cargo de G. Haupt y M. Réberieux, París 1967, p. 91.

frecuente referencia a la socialdemocracia alemana¹⁸. Y todo ello en el intento de proporcionar una explicación "agresiva" de una derrota a la que se le advertía toda su gravedad para el movimiento obrero internacional.

III

¿Qué intentaba decir Lenin cuando afirmaba en su escrito fundamental *La Tercera Internacional y su lugar en la historia* (15 de abril de 1919) que la Tercera Internacional, fundada "formalmente" con su primer congreso, en marzo de 1919, "se creó, de hecho, en 1918" (XXIX, 300)? Lenin estaba preocupado, por así decir, por no desvalorizar la sanción organizativa del congreso constitutivo de Moscú: ello queda demostrado por el hecho de que motivara su afirmación remitiendo "a la formación de los partidos comunistas en muchas naciones" (además de Rusia, en Finlandia, Austria, Hungría, Polonia, Holanda y Alemania). Por otro lado, a pesar de la actitud extremadamente reservada asumida por los dirigentes del *Spartakusbund* en relación a la perspectiva de la creación inmediata de una nueva organización internacional, Lenin subrayó constantemente la importancia que el nacimiento de un partido revolucionario en Alemania, el partido comunista alemán, representaba a los fines de la reconstrucción de la solidaridad organizada en el movimiento obrero internacional sobre el nuevo terreno abierto por la Revolución de octubre. Pero quien recorra los escritos de Lenin sobre la situación internacional entre fines de 1918 y los primeros meses de 1919, no tardará en destacar cómo aquella periodización de Lenin parte en sus razones de una valoración que consideraba e interpretaba también un ámbito más profundo, universal, de problemas. Si ya en el curso de la batalla contra el socialismo y contra el centrismo, durante los años de la guerra imperialista, Lenin había proclamado la muerte de la Segunda y el nacimiento de la Tercera Internacional, si el objetivo de la fun-

¹⁸ Una hipótesis tal está autorizada por la utilización de la categoría de la aristocracia obrera, tal como se presenta en los estudios de R. Michels sobre la sociología del partido político, en una obra escrita durante los años de guerra por uno de los más cercanos colaboradores de Lenin. Ver Georges (sic) Sinowiew, *Der Krieg und die Krise de Sozialismus*, Wien 1924.

dación de una nueva Internacional había sido indicado desde las *Tesis de abril* de 1917, ahora era a un proceso histórico objetivo en acto a lo que Lenin se refería cuando fijaba en 1918 la constitución "de hecho" de la Tercera Internacional.

En el famoso informe *Sobre la guerra y la paz*, pronunciado en el VII Congreso del PCR, en marzo de 1918, Lenin había destacado que la segura, inevitable revolución mundial a la que los bolcheviques asignaban el objetivo de cumplir la obra iniciada por el octubre ruso, "mientras tanto constituye un magnífico cuento, un hermoso cuento" (XXVII, 94). Pero, por lo menos a partir de octubre de 1918, con un cambio que en el plano teórico queda señalado por el comienzo del escrito contra el "renegado Kautsky", Lenin empezaba a poner en el centro de su análisis los modos y los períodos de la revolución mundial: "Nuestra revolución resultó ser un fenómeno mundial" (XXVIII, 107); y todavía: "El balance principal de la situación internacional se puede definir como lo hice días pasados diciendo que nunca habíamos estado tan cerca como ahora de la revolución proletaria mundial" (XXVIII, 155). Y el escrito contra Kautsky tiene páginas de gran importancia al precisar el sentido en que los bolcheviques habían fundado esperanzas sobre la revolución europea "para una fecha más o menos próxima, pero no fija" (XXVIII, 285). Porque en el fondo de esta previsión no hay una genérica expectativa, sino la comprobación precisa de que "hemos conseguido que la palabra 'soviet' sea comprensible en todos los idiomas del mundo" (XXIX, 46), que ha iniciado su camino en todo el mundo, y particularmente en los países de desarrollo capitalista más avanzado de Europa, un movimiento de obreros y de campesinos que ve en el poder soviético la forma de su poder. He aquí por qué Lenin escribirá, inmediatamente después de la fundación de la Tercera Internacional: "Hemos consiguado lo ya conquistado. Hemos trasladado al papel lo que arraigó fuertemente en la conciencia de las masas" (XXVIII, 480).

A partir de la fundación de la Tercera Internacional, Lenin pone constantemente en guardia sobre las dificultades de desarrollo del proceso revolucionario. No insistiremos tanto, en este aspecto, sobre la prudencia de las determinaciones cronológicas en la previsión de la revolución mundial o sobre la franqueza en el reconocimiento de sus derrotas y sus fases de estancamiento. Declaraciones en este sentido son muy frecuentes en los escritos de Lenin entre 1919 y 1920, y sería interesante cotejarlas con

afirmaciones y profecías más audaces de otros dirigentes de la Tercera Internacional. Pero el interés principal de un estudio de Lenin como dirigente de la Internacional comunista no debe aprehenderse aquí: debe verse, más bien, en los elementos en que se determina el esfuerzo para transformar la "revolución mundial" de mito en programa político: un programa político fundado sobre un análisis científico del mundo como se presentaba luego de la guerra imperialista, ceñido a la determinación de las formas que la revolución victoriosa en Rusia habría de asumir necesariamente en otros países, atento a la organización que la vanguardia revolucionaria habría debido construir para dirigir la lucha de la mayoría de los trabajadores. Lenin enfrentó estos problemas, en el fuego de una batalla de desenlace a menudo incierto, bajo la sugestión de informaciones y aun de desarrollos históricos imprevistos y divergentes, en un intento de unificación política y teórica del movimiento que estaba conduciendo. Se trata entonces de un proceso que se precisa a veces por contradicciones, más que por un trazado lineal y por ello abstracto y doctrinario; de un trabajo esforzado que es necesario seguir a través de problemas que se presentaron a Lenin de vez en vez y en una serie sucesiva, y no a través de una reconstrucción externa que, justamente por esto, se aventuraría a reducir la riqueza de su acción y a empañar la lucidez de sus conquistas de pensamiento.

Hagamos referencia, una vez más, al escrito *La Tercera Internacional y su lugar en la historia*, en el que Lenin enfrentaba fundamentalmente dos problemas: la ubicación de la Tercera Internacional en la historia del movimiento obrero y el origen y la naturaleza de la función de guía que en ella le esperaba a la Rusia soviética.

Acerca de la primera cuestión, Lenin instituía un elemento de continuidad histórica que se mostraba todavía más fuerte que los elementos críticos, de ruptura. El hecho mismo de que la denominación elegida para la nueva organización internacional se confiara a la sucesión de ordinales no puede ser considerado como desprovisto de significación y era la prueba de la voluntad de recuperar un desarrollo histórico del internacionalismo proletario que fijaba su punto de partida en la fundación por Marx de la Asociación Internacional de los Trabajadores (en el fondo, la tendencia a "saltar" la Segunda Internacional y a ligar directamente la Tercera con la Primera Internacional se volverá viva

solamente luego en la publicística comunista y comenzará a aflorar, si lo he visto bien, en 1924 con las celebraciones del sexagésimo aniversario de la Primera Internacional). En el artículo citado se hallan dos formulaciones al respecto: una primera, más articulada, que junto al momento de la continuidad histórica subraya fuertemente el de la oposición ("La Segunda Internacional (1889-1914) fue la organización internacional del movimiento proletario, cuyo crecimiento se proyectó *en amplitud*, lo que no dejó de traducirse en un descenso temporal de la elevación del nivel revolucionario, en un fortalecimiento temporal del oportunismo, que en definitiva habría de conducir a la ignominiosa bancarrota de esa Internacional", XXIX, 300); y una segunda más directamente inspirada en la preocupación de mostrar la continuidad, la sucesión necesaria entre Segunda y Tercera Internacional ("La Segunda Internacional fue la época en que se preparó el terreno para una amplia difusión, entre las masas, del movimiento en una serie de países", XXIX, 301). Aquí, se ve, el acento limitado cae implícitamente sobre la naturaleza no propiamente universal, planetaria de la Segunda Internacional; prerrogativa esta que Lenin señalara decididamente como propia de la Tercera Internacional. El término de referencia esencial de esta relación oposición-continuidad está siempre representado por el sujeto histórico concretamente tendido bajo las variadas y distintas formas de organización que él asume y en el cual convergen relaciones entre las clases, influencias políticas e ideales.

Por cierto que la crítica de Lenin a la Segunda Internacional es de carácter radical, y no sólo en los años de la guerra imperialista: toca a la forma organizativa y a las orientaciones de dirección que se habían revelado inoperantes ante la más severa y comprometedora prueba de los hechos, vale decir la de saber afirmar la solidaridad de los trabajadores en la lucha contra la guerra; particulariza un componente esencial de ella en la decadencia ideológica y en el debilitamiento de la tensión revolucionaria. Pero no hay dudas de que gran parte del trabajo de Lenin como dirigente de la Tercera Internacional entre el primer y segundo congresos, es decir en aquella fase de la historia del movimiento obrero internacional que ve la conmoción y la derrota de las tentativas insurreccionales de Europa occidental, es más complejo de lo que hasta hoy haya podido aparecer. Porque, si por un lado encuentra su elemento de determinación esencial

en el acicate hacia la ruptura con todo tipo de influencia socialdemócrata y en la constitución de partidos comunistas fuertemente centralizados (justo en el sentido que culmina en el Segundo congreso con la enunciación de los "21 puntos"), por otro lado, la acción de Lenin está dirigida a reincorporar en los partidos comunistas aquellas características no sólo de "vanguardia", sino también de "parte" de la clase obrera que habían sido propias en los momentos mejores de los elencos más aguerridos de la Segunda Internacional, y a las cuales, hemos visto, Lenin no había dejado de mirar con atención e interés. La polémica contra el extremismo, iniciada con una carta a Silvia Pankhurst, de agosto de 1919 (XXIX, 553/558) y culminada con el célebre escrito de abril de 1920, es desde este punto de vista extraordinariamente significativa. Allí campea, como preocupación principal, el transmitir a los jóvenes partidos comunistas de los otros países la experiencia positiva del partido bolchevique y de la Revolución de octubre. El extremismo es considerado como una desviación secundaria respecto del oportunismo, contra el cual se concentra el fuego principal, pero, a la vez, queda señalado a los partidos comunistas de constitución reciente el camino para la conquista de la mayoría de la clase obrera, y las etapas de ese recorrido se particularizan en el trabajo, en los sindicatos y en el parlamento, es decir justo en los sectores donde más fuertes habían resultado los partidos de la Segunda Internacional.

Lenin podía considerar factible esta recuperación histórica y política de la herencia positiva de la Segunda Internacional, aun porque no consideraba la hegemonía rusa en la Tercera Internacional como un hecho permanente, adquirido de una vez para siempre. Encentramos una formulación extremadamente lúcida y explícita de esta posición teórica justamente en el escrito *La Tercera Internacional y su lugar en la historia*, al que ya nos hemos referido varias veces. Aplicando a la historia del movimiento revolucionario la ley del desarrollo desigual, Lenin extraía de ello indicaciones para las etapas siguientes de la revolución mundial. Inglaterra, país mucho más avanzado desde el punto de vista del desarrollo capitalista y con un movimiento obrero que "anticipaba muchos aspectos del futuro marxismo" se había hallado a la cabeza de la coalición contrarrevolucionaria "cuando Francia hizo su gran revolución burguesa, despertando a una nueva vida histórica a todo el continente europeo". El florecimiento en Inglaterra del "primer vasto movimiento prole-

tario revolucionario, efectivamente de masas”, el cartismo, coincidió con la primera gran guerra civil en Francia entre el proletariado y la burguesía; pero la derrota de los movimientos revolucionarios llevó a un retraso del movimiento obrero inglés desde el punto de vista de la lucha revolucionaria del proletariado. El movimiento obrero alemán conquistó la hegemonía del movimiento obrero internacional cuando Alemania estaba todavía retrasada respecto de Inglaterra y de Francia desde el punto de vista del desarrollo capitalista, pero cuando “Alemania superó en el campo económico a estos dos países, a comienzos del segundo decenio del siglo XX, a la cabeza del partido obrero marxista de Alemania, que servía de modelo a todo el mundo, hubo un grupo de sinvergüenzas perfectos, formado por la más sucia canalla vendida a los capitalistas”. El hecho de que el sistema soviético se hubiera realizado por vez primera en un país como Rusia, retrasado desde el punto de vista económico, podía constituir una de las razones que obstruyeron la comprensión de la función de los soviets en Europa occidental. Lenin, por lo menos a partir de marzo de 1918, se referirá abundantemente a la mayor facilidad con que la Revolución había dado comienzo en Rusia, “país de Nicolás y de Rasputín, y donde para gran parte de la población era completamente indiferente saber qué clase de pueblos viven en la periferia”, y las mayores dificultades que ella habría de encontrar para iniciarse en los otros países “donde el capitalismo se ha desarrollado y dado una cultura democrática y una organización que alcanzan hasta el último hombre” (XXVII, 91).

Pero él se había ocupado de precisar inmediatamente que la contradicción entre Rusia “retrasada” y Soviet, “sistema social y político avanzado”, era de la misma naturaleza de las contradicciones que habían acompañado a toda la historia del movimiento obrero internacional. “Por cierto tiempo —solamente por un breve período, se entiende— la hegemonía en la Internacional revolucionaria proletaria ha pasado a los rusos, como en distintos períodos del siglo XIX había sido de los ingleses, luego de los franceses y a continuación de los alemanes”. Después esta hegemonía habría de pasar a otras: “Las repúblicas soviéticas en los países más civilizados, donde el peso y la influencia del proletariado son mayores, tienen todas las posibilidades de superar a Rusia, cuando se coloquen en el camino de la dictadura del proletariado”.

El hecho era que Lenin observaba el futuro de la revolución

en escala verdaderamente mundial. La orientación que hemos visto delinearse en él entre los años 1908 y 1913 había ido madurando definitivamente con la guerra; y los estudios sobre el imperialismo habían concedido a aquella gran intuición política una base científica que transmitirá en las grandes líneas al movimiento comunista internacional. Ello constituirá la innovación más profunda aportada por Lenin en el contenido del internacionalismo proletario. Para decirlo con la expresión que él mismo utiliza para volver inmediatamente tangible y accesible a las grandes masas esta transformación, la frase de solidaridad del movimiento obrero internacional (“Proletarios de todos los países uníos”) se transformaba en la palabra de orden nueva: “Proletarios de todos los países y pueblos oprimidos, uníos” (XXXI, 435), correspondiente a la nueva fase del imperialismo.

El informe *Sobre la situación internacional y sobre las tareas fundamentales de la Internacional comunista*, que Lenin pronunció en el Segundo Congreso, constituye el texto que expresa más acabadamente esta concepción leninista del internacionalismo proletario y es, también en este sentido, un documento con un valor programático en la historia de la Internacional comunista. En muchos aspectos tiene una función y una importancia comparables al *Manifiesto inaugural* escrito por Marx para la fundación de la Primera Internacional. Como en este escrito de Marx, las perspectivas de acción de la clase obrera y del movimiento revolucionario surgen de un análisis de las relaciones sociales dominantes. En 1920, “el fundamento de la situación internacional en su conjunto, tal como se nos aparece hoy, son las relaciones económicas del imperialismo” (XXXI, 208). La división del mundo en diversas áreas económico-políticas, tal como se había ido determinando con la guerra imperialista y con los tratados de paz que le dieron fin, era representada por Lenin en términos netos y precisos. La gran mayoría del género humano, un millón doscientas cincuenta mil personas, el 70 % de la población mundial, obligada a vivir en una condición de opresión colonial, en una “situación intolerable” “de saqueo”, en la cual los países en vías de repartición forman un todo con los países vencidos y los países coloniales. El resto de la población de la tierra dividido entre los doscientos cincuenta millones de los países que habían salido favorecidos por la guerra (Estados Unidos, Japón, Inglaterra, los Estados neutrales) y otros doscientos cincuenta millones cuya posición había quedado sustancialmente inalterada. Y por todos lados, aún en

los países victoriosos, la agudización de las antiguas contradicciones capitalistas y la apertura de nuevas contradicciones.

De aquí “la cuestión de la crisis revolucionaria, que es el fundamento de nuestra acción revolucionaria”. Pero, como basaba la posibilidad de la acción revolucionaria sobre un análisis científico de las relaciones económicas y sociales dominantes en el mundo, así Lenin rechazaba —y también en este aspecto su informe al Segundo congreso es un documento fundamental de su pensamiento— toda solución de sentido único, que de la afirmación de una “crisis revolucionaria” hiciera derivar la necesidad del éxito de la acción revolucionaria: “Intentar demostrar anticipadamente la falta absoluta de salida, sería vana pedantería, o un simple juego con palabras y conceptos. Una verdadera demostración en este problema y otros similares, sólo la práctica puede proporcionarla. En todo el mundo el régimen burgués está viviendo la mayor crisis revolucionaria. Los partidos revolucionarios deben ‘demostrar’ ahora en la práctica que poseen suficiente conciencia, organización, vínculos con las masas explotadas, decisión y habilidad para explotar esta crisis en beneficio de una revolución victoriosa” (XXXI, 218).

IV

Esta concatenación entre afirmación y defensa del régimen soviético, revolución en los países más avanzados en capitalismo y luchas de los pueblos oprimidos por la dominación colonial, signió siendo siempre para Lenin un punto de referencia esencial. Las palabras por él pronunciadas en una sesión del Segundo congreso mundial (“El movimiento revolucionario en los países adelantados sería prácticamente un engaño sin la unión completa y más estrecha de los obreros en la lucha contra el capital en Europa y América con los cientos y cientos de millones de esclavos coloniales oprimidos por el capital” (XXXI, 258), además de constituir una pertinente formulación de su concepción madura del internacionalismo proletario, fue también el polo de pensamiento alrededor del cual orientó su dirección de la Internacional comunista. Es al significado mismo del concepto leninista de “revolución mundial” que nos remiten estas palabras: un significado no deformable por ninguna filosofía de la historia de tipo decadente, como él se esmeraba por precisar especificando

el sentido de la aceleración llevada al proceso revolucionario mundial por la participación activa de los pueblos de Asia y Africa:

“Y si algunos, perdóneseme la expresión, ‘spenglercitos’ sacan de ello la conclusión (...) que nuestro cálculo excluye al proletariado de Europa y Norteamérica de las fuerzas revolucionarias, les contestamos: estos ‘inteligentes’ señores razonan siempre como si, debido a que nueve meses después de la concepción hay que esperar el nacimiento de la criatura, se pudiera determinar la hora y minuto del parto, la posición del niño al nacer, el estado de la madre en el trance y el exacto grado de dolores y peligros, que tendrán que soportar ambos” (XXX, III, 320).

Y esto porque:

“la vieja Europa burguesa e imperialista, habituada a considerarse el ombligo del mundo, se pudrió y reventó como un absceso hediendo en la primera matanza imperialista. Por mucho que giman los Spengler y todos los pequeñoburgueses cultos capaces de admirarlo (o de ocuparse de él), la decadencia de la vieja Europa no es más que un episodio en la historia del ocaso de la burguesía internacional, abita como consecuencia de la rapiña imperialista y la opresión de la mayor parte de la población de la tierra” (XXXIII, 318/9).

Es necesario tener constantemente presente en sus exactas proporciones esta concepción leninista de la revolución mundial, si es que se quiere comprender cómo dirigió Lenin en los últimos años de su participación en la política activa a la Internacional comunista, entendiendo también los problemas que enfrentó y orientó hacia soluciones luego de 1920. Porque, si no se tiene en cuenta este principio firmemente, corremos el riesgo de pintar la estrategia y la táctica seguidas por Lenin a la cabeza del Comintern como una sucesión ininterrumpida de “virajes y de “maniobras”, privada de un hilo de continuidad ideal, dirigida ya a jugar la carta de la revolución inmediata en Occidente, ya a replegarse, como consecuencia de los golpes sufridos por esta eventualidad, sobre la perspectiva a más largo plazo de la revolución en Oriente. Hecho que significaría no solamente aprehender un sólo aspecto de la acción política de Lenin sino también, más en general, cerrarse el camino de la comprensión de esa profundización del proceso revolucionario en Occidente bajo cuyo signo parecería que debemos colocar el último tramo de su dirección del Comintern.

A fines de 1920, en el Séptimo Congreso de los Soviets, Lenin

daba expresión teórica, definiéndola como "una de las tesis más profundas del marxismo", a la convicción varias veces expresada en los meses anteriores acerca de la necesidad de volver a las masas conscientemente partícipes del proceso histórico en acto:

"Cuanto mayor la envergadura y la amplitud, de las acciones históricas, más numerosos son los que participan en ellas. Y a la inversa, cuanto más honda es la transformación que deseamos realizar, tanto más necesario es el interés y la actitud consciente y tanto más es preciso convencer de esta necesidad a millones y decenas de millones de personas" (XXXI, 477/8).

La afirmación de Lenin se refería a los objetivos de los Soviets y, más en general, a la consolidación del régimen salido de la Revolución de octubre, pero también tenía eco en la situación del movimiento obrero y revolucionario del mundo. Hay también en los escritos de Lenin inmediatamente posteriores al Segundo congreso mundial, el esfuerzo por individualizar lo que une la suerte del régimen surgido de la Revolución de octubre con los destinos del movimiento revolucionario en los países más avanzados. Justamente mientras los caminos parecen abrirse, a consecuencia de la derrota sufrida por el Ejército Rojo bajo las puertas de Varsovia y por la caída de las perspectivas de una rápida expansión de la revolución que se derivaba, Lenin se esfuerza por fijar la relación dialéctica entre la consolidación del socialismo en Rusia y las nuevas vías de la revolución en Occidente. Los términos utilizados por Lenin para definir esta situación son característicamente simétricos. Si, en lo referente a Rusia, Lenin afirma que "hemos vencido sólo a medias", porque una victoria definitiva de la revolución puede ser asegurada solamente por la consolidación que le es aportada por una victoria en los países industrialmente más avanzados, él afirma por otro lado, que "los obreros de los otros "los obreros de los otros países nos han ayudado sólo a medias" (...) en cuanto han sido capaces de impedir a las potencias capitalistas concentrar sus esfuerzos en la intervención contra la Unión Soviética, pero sin haber estado en condiciones de conquistar el poder.

Hay un discurso de Lenin de fines de 1920, en el que este esfuerzo de reflexión sobre los destinos de la revolución mundial asume el carácter de un juicio histórico:

"A partir del Segundo congreso de la Tercera Internacional, nos hemos afirmado en los países imperialistas, no sólo en el plano ideológico, sino también en el de la organización. En todos

los países existen ahora núcleos que trabajan y seguirán trabajando en forma independiente. Esta tarea está hecha. Pero, la rapidez, el ritmo de desarrollo de la revolución en los países capitalistas, es mucho más lento que en el nuestro. Era evidente que, cuando los pueblos lograran la paz, sería inevitable una disminución del ritmo del movimiento revolucionario. Por consiguiente, sin ánimo de adivinar el futuro, en la actualidad no podemos afirmar que este ritmo se acelerará. Nuestra tarea consiste en decidir qué debemos hacer en estos momentos. Los hombres viven en países, y cada país dentro de un sistema de Estados, entre los cuales se establece cierto equilibrio político" (XXXI, 426).

Importantes estudios recientes sobre la historia del movimiento comunista internacional¹⁹, han demostrado cómo las complejas raíces del "viraje" que se realizó con el Tercer Congreso de la I.C. son más amplias y profundas que una simple alineación de la táctica del Comintern en la nueva política económica sancionada para el estado soviético por el X Congreso del partido comunista ruso o que su adecuación a la política exterior de la Unión Soviética. Si es verdad, como se ha observado con justeza, que una separación entre estos distintos planos sería absolutamente anacrónica, no corresponde menos a la verdad que la identificación de la única causa del "viraje" en la razón de estado soviética sería no menos anacrónica en cuanto a las relaciones internas y a las complejas valoraciones que presidían, en la mente de los mismos hombres, la dirección del estado ruso y del movimiento comunista internacional. En realidad, el "viraje" decidido por el Tercer Congreso tiene un origen preciso en una situación histórica a la que la N.E.P. trató de responder no menos que la "Carta abierta" de la dirección de la KPD a las organizaciones sindicales y políticas de la clase obrera alemana a fin de que concordaran una acción común en defensa del tenor de vida y de los derechos de las masas trabajadoras: son iniciativas y respuestas que, aun en distintos niveles, testimonian una conciencia difundida acerca de la dificultad general de hacer seguir a la "guerra mundial", "la revolución mundial", y, más en particular, de proyectar las relaciones entre el estado soviético y el movimiento comunista en su conjunto con las potencias y las fuerzas tradicionales del mundo capitalista.

¹⁹ Ver A. Reisberg, *Lenin und die Aktionseinheit in Deutschland*, Berlín 1966, y Milos Hajek, *Storia dell' Internazionale comunista*, Roma 1969.

Hemos visto cómo esta toma de conciencia maduró en Lenin durante 1920. La observación de que a partir de fines de 1920 deja de recurrir en sus escritos la expresión "aristocracia obrera" ayudará a precisar el sentido teórico y la dirección política de esta maduración. ¿Signo de una consideración distinta de la seguida hasta ese momento acerca de la estratificación social en los países de capitalismo más avanzado, o bien concesión diplomática al comienzo de una orientación política que debía llevar a abrir una relación con sectores del movimiento obrero precedentemente clasificados con ese término? Aceptar una u otra respuesta significaría, a mi parecer, cerrarse la comprensión del nexo entre elaboración teórica e iniciativa política tal como se presenta en Lenin en los momentos más difíciles y en las ocasiones más delicadas. En realidad, con el cambio de la situación general, la orientación y la dirección de la clase obrera de Europa occidental, los períodos y las características de la preparación de la revolución en los países de capitalismo avanzado, hasta entonces enfrentados por él a través de la hipótesis "agresiva" de un elemento aislado surgido del análisis económico y social, o por medio de una serie de advertencias de método político, devienen ahora un problema específico que Lenin empieza a enfrentar en el terreno de la construcción de los partidos comunistas europeos, ante todo con la invitación, dirigida sin cesar a ellos, de conquistar a la mayoría de la clase obrera. Se confirma, aun a través de este camino, la primacía de la "política" en Lenin, pero en un sentido mucho más complejo que el sentido a que se refieren quienes tienden a configurar en términos contrapuestos al "teórico" y al "práctico", o bien al "ideólogo" y al "realista político". En Lenin la primacía de la política se revela como verificación y, donde es necesario, como corrección de la teoría, proposición de nuevos problemas y coraje de enfrentarlos en el terreno en que se han manifestado, sin que se requiera hacer preceder el examen de lo nuevo por una actualización general y repentina de los planteos que habían sostenido las posiciones anteriores.

En este aspecto, el papel de Lenin en la preparación y en el cambio realizado por la Internacional Comunista con el Tercer congreso y con la apertura de la política llamada luego "táctica del frente único", tiene un valor, por ciertos aspectos, ejemplar, que trasciende al hecho aún importante a que se refiere. Sabemos que Lenin se empeñó a fondo, en la vigilia del congreso, para que allí se presentara unida toda la delegación del partido ruso, que

en algunos de sus miembros —Zinóviev y Bujarín— era al comienzo decididamente contraria, mientras en otros —Rádek— hasta se inclinaba a los compromisos con los sostenedores de la "teoría de la ofensiva". Además, sabemos cómo durante los trabajos del congreso se prodigaba sin cesar, en los contactos con las delegaciones de partidos a los que sabía más adversos, para conquistarlos a favor de sus posiciones. Sin embargo, no fue Lenin quien dijo el informe introductorio a los trabajos del congreso: fue Trotski, en su informe sobre la crisis mundial y los objetivos de la Tercera Internacional, quien debió explicar los cambios sucedidos en la situación luego del Primer y Segundo congresos, tratando de dilucidar a la luz de la tradición marxista la compleja cuestión doctrinaria de la relación entre crisis económica y revolución, reabierto por los primeros fenómenos de estabilización del capitalismo. Además, anunció que "sólo ahora vemos y advertimos que no estamos tan inmediatamente cercanos a la meta final, la conquista del poder, la revolución mundial. Entonces, en 1919, nos dijimos: es cuestión de meses. Y ahora decimos, acaso es cuestión de años"²⁰. Por su parte, en los trabajos del Tercer Congreso, Lenin se asignó un papel muy distinto. Agredió el problema de la nueva situación en que el movimiento comunista debía actuar desde el punto de vista de la naturaleza y de los objetivos de trabajo y de lucha de los partidos comunistas en los países donde la revolución había de ser preparada. La antigua formulación sobre el cotejo entre las masas por un lado, y "los viejos jefes" y los "burócratas" por otro, que había acompañado a la concepción de la "aristocracia obrera" retorna una sola vez —y por negación— en la polémica contra los maximalistas italianos que no habían tenido en cuenta el tener consigo "a las masas obreras (...) la clase realmente explotada, la vanguardia de los oprimidos" (XXXII, 460).

Todas las intervenciones de Lenin en el Tercer Congreso están en realidad dirigidas en el sentido de volver al movimiento comunista consciente del hecho de que "la revolución se desarrolla en todo el mundo y que, sólo merced a esta circunstancia, la burguesía internacional, aunque económica y militarmente cien veces más fuerte que nosotros, no está en condiciones de asfixiarnos", pero que "la revolución no estalló aún en otros países grandes,

²⁰ *Protokoll des III. Kongresses der Kommunistischen Internationale*, Hamburg 1921, p. 90.

los más desarrollados del capitalismo”, y por ello “debemos preparar a fondo la revolución y estudiar en profundidad su desarrollo concreto en los países capitalistas más avanzados” (XXXII, 474). La polémica librada por Lenin en este congreso contra las tendencias de izquierda es demasiado conocida, si no por otro motivo en cuanto afectó tan directamente al partido italiano, para que se deba insistir sobre el concepto leninista de “conquista de la mayoría del proletariado”. Más oportuna aparece, para concluir la observación de que Lenin verificó poco más allá de un año después, en el Cuarto Congreso de la Internacional Comunista, las primeras fases de la contrastada aplicación que aquella nueva política había tenido de parte del Comintern y de los partidos comunistas.

El sentido y la importancia del discurso de Lenin resultan más claros si se compara su informe sobre *Cinco años de revolución rusa y perspectivas de la revolución mundial* con los informes sobre los mismos temas de Clara Zetkin y Belá Kun, que le siguieron de inmediato²¹.

La Zetkin centró su intervención sobre la importancia que la defensa del poder soviético representaba para la revolución mundial, en oposición a países como Alemania, donde un fuerte movimiento obrero se hallaba excluido del poder, e indicó el desarrollo cultural de las masas trabajadoras en Rusia como el instrumento más seguro para defender ese poder. En particular, el discurso de Belá Kun subrayó la lección de “realismo” que la política del partido comunista ruso representaba para los partidos comunistas de Europa occidental y exaltó el “factor subjetivo del partido comunista” “en esta época más o menos débil de la revolución mundial”.

Togliatti, que se ha remontado en varias ocasiones a este discurso de Lenin, escribió que “se ha trabajado poco alrededor de estas palabras de Lenin, reduciéndolas en general a una crítica solamente exterior de un documento que no habría sido hecho bastante comprensible para los ‘compañeros extranjeros’”²². Las razones de este limitado trabajo hermenéutico, como es natural,

²¹ *Protokoll des IV...*, Hamburg 1923, p. 298.

²² Ver *Alcuni problemi della storia dell'Internazionale comunista* (*Rinascita*, julio-agosto 1959) y *Lenin e il nostro partito* (*Rinascita*, mayo de 1960). Ahora en Palmiro Togliatti, *Problemi del movimento operaio internazionale*, Roma 1962, p. 320 y 378.

no son sólo de orden filológico. Es evidente que cuando el desarrollo objetivo de la situación y, a la vez, las decisiones subjetivas de los dirigentes soviéticos y de la Internacional comunista hicieron pesar sobre la Unión Soviética el mito de la revolución mundial y propusieron, con la “bolchevización”, el modelo de los partidos comunistas, el interés por la exacta interpretación de aquella observación de Lenin perdió relieve. Sin embargo, es importante plantearse el problema del sentido y el alcance precisos, no interpretativos, de la afirmación de Lenin.

Los dos términos que constituyen la clave para comprender dicha afirmación de Lenin se presentan en contradicción recíproca. Por una parte, Lenin defiende la resolución sobre la estructura organizativa de los partidos comunistas votada en el Tercer Congreso. Afirma que esa resolución es “excelente”, está “redactada muy bien”, y se declara “dispuesto a poner la firma bajo sus cincuenta y más párrafos”, y agrega que “es indispensable aplicar la resolución”. Por otra parte, destaca que “ella es casi íntegramente rusa, es decir casi íntegramente inspirada en los problemas rusos”, de manera que “casi ningún extranjero podrá leerla”, para concluir: “tengo la impresión de que hemos cometido un gran error con esa resolución, y que nos hemos cortado el camino nosotros mismos hacia ulteriores éxitos (...) no hemos comprendido cómo se debe poner nuestra experiencia rusa al alcance de los extranjeros”. Es sabido cómo solucionó Lenin esta contradicción: acentuando el momento de la necesidad del estudio, ya indicado con precedencia como elemento unificador de esta fase transitoria de la revolución mundial y acentuando sus distintas articulaciones para los comunistas rusos y para los comunistas de los otros países: para los primeros como estudio en general, como “aprender a leer y escribir y comprender lo que se lee”; para los segundos, en cambio, “estudiar en un sentido particular, para comprender verdaderamente la organización, la estructura, el método y el contenido del trabajo revolucionario”.

Un acercamiento al texto de esta resolución puede ayudar a comprender el sentido de las observaciones de Lenin y su complejidad, tanto más tratándose de un documento que presenta un notable interés aun independientemente de las consideraciones de Lenin²³. De gran importancia es el preámbulo general sobre los

²³ Se la puede leer en *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista (segunda parte)*, cuadernos de P y P n° 47, Córdoba, 1973.

necesarios elementos comunes y sobre las igualmente necesarias diversidades de las formas de organización de los partidos comunistas: sobre este punto la resolución representaba un hecho nuevo respecto de los "21 puntos" fijados por el Segundo Congreso, en cuanto rechazaba explícitamente la indicación de una fórmula de organización inmutable, válida para todos los partidos comunistas, y negaba de manera otro tanto explícita que se debiera tender a la fundación de un "nuevo partido modelo" y de estatutos ideales.

Las formas de organización de la vanguardia del proletariado debían adecuarse a las particularidades históricas de cada país, en un esfuerzo que hallaba su único límite en la semejanza de las condiciones de la lucha del proletariado en los distintos países y en las distintas fases de la revolución proletaria. Por el larguísimo texto de la resolución que seguía a este preámbulo terminaba negando la sustancia de aquella afirmación general: los singulares capítulos sobre el centralismo democrático, sobre los objetivos de trabajo de los comunistas, sobre la propaganda y la agitación, sobre la organización de las luchas políticas, sobre la prensa de partido, sobre la estructura de conjunto del partido y sobre la combinación entre trabajo legal y trabajo ilegal resultaban, más que una ayuda para determinar el radio de las particularidades históricas a las que la organización de los partidos comunistas habría de adecuarse, un conjunto de preceptos, un formulario de principios de organización política, detalladísimos en la descripción del modelo ideal de comportamiento de los partidos comunistas en las distintas fases y en los distintos momentos de la lucha política o de la organización de esta lucha, pero independientes de toda consideración sobre el estado del movimiento real. Cuando Lenin destacaba que la resolución era "casi íntegramente rusa", es decir casi íntegramente inspirada en los problemas rusos", entendía seguramente algo más profundo que el simple hecho de que las referencias concretas más frecuentes del documento se refieren a la experiencia del partido comunista ruso antes y después de la toma del poder. Pensaba con seguridad que, justamente por el hecho de no distinguir con suficiente precisión entre el Partido Comunista Ruso y los partidos comunistas que actuaban en el mundo capitalista, en un tipo de sociedad donde el movimiento obrero se había desarrollado de acuerdo a otras

tradiciones, la resolución no sólo había interrumpido la elaboración iniciada con el *Extremismo*, dirigida a hacer "digerir" a los "compañeros extranjeros" "un buen pedazo" de experiencia rusa, sino que había vuelto inoperante el "viraje político" efectuado en el Tercer Congreso. Un lector de nuestros tiempos, y en particular un comunista italiano, no puede dejar de cuidarse de una lectura apresurada de estas consideraciones de Lenin en el Cuarto Congreso de la Internacional Comunista. Y no sólo por un escrúpulo metodológico de carácter general, sino porque debe encontrar un elemento de control y de límite a una lectura de este tipo en la consideración del hecho de que Lenin hablara de un momento de "estudio" para los comunistas de Europa occidental, entendido como preparación política necesaria para la recuperación y el desarrollo de una nueva etapa de la "revolución mundial".

De todas maneras, es difícil sobrestimar su importancia para quien, de la audición directa de aquellas palabras de Lenin, debió extraer un estímulo y un aliento profundo a pensar en términos nuevos el camino y las formas de desarrollo de la revolución socialista en Occidente: el peso que este discurso tuvo en el encaminar y ayudar a la elaboración gramsciana es algo todavía no suficientemente valorado. Sin embargo, siempre para quedarnos en Lenin, no parece aventurado afirmar que él, con aquellas críticas a la resolución organizativa del Tercer Congreso, advirtiera cómo en la actividad de la Internacional Comunista se había venido abriendo una peligrosa fractura entre orientación programática y estructura organizativa, capaz de perjudicar, desde el comienzo, la aplicación real de los cambios y de las novedades tácticas que la situación podía imponer, casi una tesis que funcionaba como trama necesaria en relación a las hipótesis sucesivas que el accidentado curso de la "revolución mundial" habría podido volver necesaria. Lenin intuía la sustancia de este problema, mirándolo desde el costado de un único centro mundial para un movimiento comunista internacional todavía no monolítico, y por lo tanto a través de límites de aproximación que la equiparación del fascismo italiano a los "cien negros" rusos hace claramente perceptible, pero siempre en una perspectiva de pensamiento político que hacía de la reflexión autocrítica sobre la experiencia del movimiento real el criterio fundamental del propio desarrollo. En el mismo año de la muerte de Lenin, la reducción de su herencia de pensamiento a términos doctrinarios —abierta por Zinoviev y

llevada a fin por Stalin con el "marxismo-leninismo"— tenderá a achicar la discrepancia, observada con preocupación por Lenin, entre política y organización, a uno sólo de sus términos. Si no en todas sus aplicaciones nacionales, este será internacionalmente el significado de la "bolchevización".

A fin de ofrecer un panorama general de los primeros pasos de la Internacional Comunista, reproducimos aquí la nota redactada por el camarada Mathías Rakosi —actualmente amenazado de muerte por el verdugo Horthy— en vísperas del IV Congreso, con destino al *Annuaire du Travail*, publicado por la Internacional Comunista en 1923.

LA III INTERNACIONAL COMUNISTA

La II Internacional debía actuar en momentos de la guerra imperialista, y estaba intelectualmente preparada para hacerlo. Anticipadamente se había analizado con gran precisión el carácter de la guerra. En varias oportunidades, los Congresos internacionales habían decidido llevar a cabo la lucha más enérgica y a la vez ejemplar contra la guerra: la huelga general internacional.

Cuando la guerra estalló, sucedió lo contrario. La II Internacional no fue capaz de lanzar ni una protesta. En lugar de declarar la huelga general o la lucha contra la guerra imperialista, los líderes socialdemócratas se apresuraron a apoyar a su propia burguesía, con el pretexto de la defensa nacional. Todos estaban devorados por el oportunismo y el chauvinismo, vinculados a través de innumerables nexos con la burguesía. Naturalmente, la II Internacional no podía tener un comportamiento distinto al de los partidos que la componían. Las frases revolucionarias sólo lograban ocultar la realidad mientras no se exigiese coherencia entre lo que se decía y lo que se hacía. Por eso el comienzo de la guerra mundial marca el derrumbe de la II Internacional.

Debido a ello el movimiento obrero internacional estuvo privado de su dirección precisamente en el momento de mayor confusión intelectual y moral. Los pocos hombres que no perdieron la

cabeza, aun en medio de la ola de oportunismo y de chauvinismo que en agosto de 1914 parecía haberse apoderado de todos los cerebros, trataron inmediatamente de hacer comprender ese hecho a los obreros. Fueron sobre todo los bolcheviques rusos los que, en el curso de su lucha despiadada contra el zarismo, particularmente durante los años 1905-1906, ya habían aprendido a distinguir entre las palabras y los actos revolucionarios y habían constituido un ala izquierda en el seno de la II Internacional, cuya acción criticaban. En el primer número de su órgano central, aparecido el 1º de noviembre de 1914, el camarada Lenin escribía:

“La II Internacional ha muerto, vencida por el oportunismo. ¡Abajo el oportunismo y viva la III Internacional, liberada de los renegados y también de los oportunistas!

”La II Internacional realizó un trabajo útil de organización de las masas proletarias durante el largo ‘período pacífico’ de la peor esclavitud capitalista en el curso del último tercio del siglo XIX y a comienzos del XX. La tarea de la III Internacional será la de preparar al proletariado para la lucha revolucionaria contra los gobiernos capitalistas, para la guerra civil contra la burguesía de todos los países, en vistas de la toma de los poderes públicos y de la victoria del socialismo.”

Algunas semanas después, el camarada Zinóviev escribía sobre “la consigna de la socialdemocracia revolucionaria”:

“Debemos levantar la bandera de la guerra civil. La Internacional adoptará esa consigna y será digna de su nombre, o vegetará miserablemente. Nuestro deber consiste en prepararnos para las batallas futuras y habituarnos nosotros mismos y todo el movimiento obrero a esa idea. O morimos o venceremos bajo la bandera de la guerra civil.”

La difusión de ese tipo de ideas se enfrentaba con inmensas dificultades. La burguesía de todos los países, ayudada para ese fin por sus socialpatriotas, empleaba todos los medios para impedir que esas ideas penetraran en las masas.

La primera tentativa de reconstitución de una Internacional revolucionaria tuvo lugar a comienzos de setiembre de 1915 en Zimmerwald, Suiza. A iniciativa de los *socialistas italianos* fueron invitadas “todas las organizaciones obreras que permanecieron fieles al principio de la lucha de clases y de la solidaridad internacional”. Estaban presentes delegados de Alemania, Francia, Italia, los Balcanes, Suecia, Noruega, Polonia, Rusia, Holanda y Suiza. Todas las tendencias estaban representadas, desde los reformistas

pacifistas hasta los marxistas revolucionarios. La Conferencia aprobó un manifiesto condenando la guerra imperialista y recomendando el ejemplo de todos los que fueron perseguidos por haber intentado despertar el espíritu revolucionario en la clase obrera. Aunque confuso, ese manifiesto marcó un gran paso hacia adelante. El grupo denominado la *izquierda de Zimmerwald* difundió una resolución mucho más clara. Esa resolución contenía el siguiente pasaje:

“Rechazo de los créditos de guerra, alejamiento de los ministros socialistas de los gobiernos burgueses, necesidad de desenmascarar el carácter imperialista de la guerra en la tribuna parlamentaria, en las columnas de la prensa legal y, si es preciso, ilegal, organización de manifestaciones contra los gobiernos, propaganda en las trincheras en favor de la solidaridad internacional, protección de la huelgas económicas tratando de transformarlas en huelgas políticas, guerra civil y no paz social.”

El rechazo de esta resolución por parte de la Conferencia evidenció suficientemente el estado de ánimo de sus participantes. La Conferencia nombró una “Comisión socialista internacional”. Pese a la declaración formal de la mayoría de la Conferencia, en el sentido de negarse a la creación de una III Internacional, la Comisión se convirtió, por su oposición a la Oficina socialista internacional (órgano ejecutivo de la II Internacional), en el punto de reunión de la oposición y en la organización de la nueva Internacional.

La Conferencia de Zimmerwald fue seguida de la Conferencia de Kienthal, en abril de 1916. Lo que caracterizó a esta segunda conferencia fue el hecho de que la idea de la lucha revolucionaria internacional contra la guerra y, en consecuencia, la necesidad de una nueva Internacional ocuparan cada vez más un primer plano. La influencia de la “izquierda zimmerwaldiana” aumentó. Se trabajó con celo. Se imprimieron folletos y volantes que fueron enviados a los diferentes países en medio de las mayores dificultades. Se llevaron a cabo pequeñas entrevistas y conferencias que continuaron difundiendo la idea de la lucha de clases revolucionaria.

Cuando estalló la revolución en Rusia, los elementos más activos de la “izquierda zimmerwaldiana” retornaron a ese país. Fue así como el centro de la lucha en favor de la III Internacional se trasladó a Rusia. Zinóviev tenía razón cuando escribía:

“Desde su nacimiento, la III Internacional unió su destino al

de la Revolución rusa. En la medida en que ésta triunfó, se impuso la consigna "Por la III Internacional". Y en la medida en que la Revolución rusa se fue fortaleciendo, lo mismo ocurrió con la situación de la Internacional comunista en todo el mundo."

Durante las demostraciones del 1º de mayo de 1917, una de las principales consignas de las masas proletarias fue la organización de la Internacional comunista. Ese deseo se tornó más imperioso cuando el proletariado ruso conquistó el poder y cuando, en la lucha contra el imperialismo mundial, la II Internacional —al igual que en el caso de la guerra mundial— se puso de parte de la burguesía.

Algunos meses después de la caída de las fuerzas principales, el partido comunista ruso tomó la iniciativa de la fundación de la III Internacional. Las revoluciones que siguieron a la guerra demostraron la bancarrota de la teoría de la "defensa nacional" y sus partidarios, los socialdemócratas. Una poderosa ola revolucionaria se desató sobre la clase obrera de todos los países. En Europa central se dieron insurrecciones obreras por todas partes. No solamente el terreno estaba lo suficientemente maduro para la constitución de la Internacional comunista sino que ésta se había convertido en una necesidad para la preparación y organización de las luchas revolucionarias.

EL PRIMER CONGRESO. MARZO DE 1919

El 24 de enero de 1919, la Central del Partido comunista ruso así como los burós de relaciones exteriores de los partidos comunistas polaco, húngaro, alemán, austríaco, letón y los Comités centrales del partido comunista finlandés, de la federación socialista balcánica y del partido socialista obrero norteamericano, lanzaron el siguiente llamado:

"Los partidos y organizaciones abajo firmantes consideran como una imperiosa necesidad la reunión del primer congreso de la nueva Internacional revolucionaria. Durante la guerra y la revolución, se puso de manifiesto no sólo la total bancarrota de los viejos partidos socialistas y socialdemócratas y con ellos de la II Internacional, sino también la incapacidad de los elementos centristas de la vieja socialdemocracia para la acción revolucionaria. Al mismo tiempo, se perfilan claramente los contornos de una verdadera Internacional revolucionaria."

El llamamiento en doce puntos el objetivo, la táctica y la conducta de los partidos "socialistas". Considerando que la época actual significa la descomposición y el hundimiento del sistema capitalista, lo que a su vez significa el hundimiento de la cultura europea, si no se acaba con el capitalismo, la tarea del proletariado consiste en la conquista inmediata de los poderes públicos. Esta conquista del poder público implica el aniquilamiento del aparato de Estado burgués y la organización del aparato de Estado proletario. El nuevo aparato debe encarnar la dictadura de la clase obrera y servir de instrumento para la opresión sistemática y la expropiación de la clase explotadora. El tipo del estado proletario no es la democracia burguesa, esa máscara tras la cual se oculta la dominación de la oligarquía financiera, sino la democracia proletaria bajo la forma de los Consejos. Para asegurar la expropiación del suelo y de los medios de producción que deberán pasar a manos de todo el pueblo, será preciso desarmar a la burguesía y armar a la clase obrera. El método principal de la lucha es la acción de las masas revolucionarias hasta llegar a la insurrección armada contra el estado burgués.

En lo que concierne a la actitud de los socialistas, deben considerarse tres grupos. Contra los socialpatriotas que combaten al lado de la burguesía, habrá que luchar sin merced. Los elementos revolucionarios centristas deberán ser escindidos y sus jefes criticados incesantemente y desenmascarados. En un cierto período del desarrollo, se impone una separación orgánica con los centristas. Deberá constituirse un tercer grupo compuesto por elementos revolucionarios del movimiento obrero. Luego seguía una enumeración de treinta y nueve partidos y organizaciones invitadas al primer congreso. La tarea del congreso consiste en la "creación de un organismo de combate encargado de coordinar y dirigir el movimiento de la Internacional comunista y de realizar la subordinación de los intereses del movimiento de los diversos países a los intereses generales de la Revolución internacional."

El primer congreso tuvo lugar en marzo de 1919. En esa época la Rusia de los soviets se encontraba totalmente bloqueada, rodeada por todas partes de fronteras militares, de manera que sólo llegó al congreso un pequeño número de delegados, en medio de las mayores dificultades. Con respecto a la constitución de ese congreso, el camarada Zinóviev (en su informe al segundo congreso) escribe lo siguiente:

"El movimiento comunista, en los diversos países de Europa

y América, recién estaba en sus albores. La tarea del primer Congreso consistía en desplegar el estandarte comunista y proclamar la idea de la Internacional comunista. Pero ni la situación general de los partidos comunistas en los diferentes países, ni el número de delegados al primer Congreso permitieron discutir a fondo los problemas prácticos de la organización de la Internacional Comunista."

El congreso escuchó los informes de los delegados sobre la situación del movimiento en su país, adoptó resoluciones sobre las directivas de la Internacional Comunista, sobre la democracia burguesa y la dictadura proletaria, sobre la posición frente a las corrientes socialistas, sobre la situación internacional. Todas estaban redactadas en el mismo tono de la convocatoria de creación. La creación de la Internacional Comunista fue decidida por unanimidad excepto cinco abstenciones. Se dejó a cargo del II Congreso la tarea de la constitución definitiva de la Internacional comunista, cuya dirección fue confiada a un Comité ejecutivo, en el cual deberían estar representados los partidos ruso, alemán, húngaro, la Federación balcánica, los partidos suizo y escandinavo. Al finalizar el Congreso, se redactó un manifiesto dirigido al proletariado de todo el mundo.

Durante el primer año, el Comité ejecutivo de la Internacional Comunista tuvo que realizar un trabajo muy difícil. Casi totalmente aislado de Europa occidental, debió permanecer meses enteros sin diarios, privado de la presencia de la mayoría de sus miembros que no podían ir a causa del bloqueo. No por ello dejó de adoptar una posición en relación a todos los problemas importantes, precisamente en el primer año posterior a la guerra, en que faltaba tanta claridad. Los llamamientos y los escritos del Comité ejecutivo tuvieron un valor muy grande.

La creación de la Internacional Comunista dio un objetivo y una dirección a las masas obreras que se oponían a la política de la II Internacional. Se produjo un verdadero aflujo de los obreros revolucionarios a la Internacional Comunista. En marzo de 1919, el partido socialista italiano envió su adhesión; en mayo lo hizo el partido obrero noruego y el partido socialista búlgaro; en junio el partido socialista de izquierda sueco, el partido socialista comunista húngaro, etc. Simultáneamente, la II Internacional perdía rápidamente a sus efectivos, pues los partidos más importantes fueron abandonándola. Si bien en el momento de su fundación la Internacional Comunista era una bandera más que un

ejército, en el curso de su primer año de existencia reunió no solamente un ejército alrededor de su bandera sino que infligió graves derrotas a su adversario.

EL SEGUNDO CONGRESO. JULIO DE 1920

Con el progreso de la Internacional Comunista, surgieron nuevos problemas. Los partidos que acababan de adherir a ella no estaban lo suficientemente formados. Aún no existía suficiente claridad sobre el partido, el papel de los comunistas en los sindicatos y su actitud en relación al problema del parlamentarismo y sobre otros problemas. La tarea del II Congreso consistió en fijar las directivas.

Arribaron delegados de todos los países. El congreso se inauguró en Petrogrado el 17 de julio de 1920, en medio de las aclamaciones de los obreros rusos y de la atención de todo el mundo proletario. Se adoptaron resoluciones de la Internacional comunista, resoluciones donde la noción de dictadura del proletariado y de poder de los soviets fue aclarada sobre la base de la experiencia práctica, así como con relación a las condiciones de ejecución de esa consigna en los diferentes países. Se consideraron los medios de reforzar el movimiento comunista. Se adoptaron también resoluciones sobre el papel del partido en la revolución proletaria. El partido comunista debe constituir la vanguardia, el sector más consciente y más revolucionario de la clase obrera. Debe estar formado sobre la base del principio de centralización y constituir, en todas las organizaciones, *núcleos* sometidos a la disciplina partidaria.

En lo que respecta a los sindicatos, "los comunistas deben ingresar a ellos para convertirlos en formaciones de combate contra el capitalismo y escuelas de comunistas". La salida de los comunistas fuera de los sindicatos tendría por resultado que las masas quedasen en manos de los jefes oportunistas que colaboran con la burguesía. Fueron adoptadas otras resoluciones sobre el problema de los consejos obreros y de los consejos de fábrica, sobre el parlamentarismo, sobre la cuestión agraria y colonial. Finalmente, se aprobaron los estatutos de la Internacional comunista.

Se llevaron a cabo grandes debates sobre el problema del papel del partido, sobre la actividad de los comunistas en los sindicatos y la participación en elecciones. Los oportunistas atacaron vio-

lentamente las veintiuna condiciones de adhesión a la Internacional Comunista. El combate heroico del proletariado ruso, la bancarrota de la burguesía y de su aliada, la II Internacional, las consignas y los llamamientos revolucionarios de la Internacional comunista arrastraba a una masa de jefes obligados a ceder ante la presión de las masas obreras. Permanecían fieles en cuerpo y alma a la II Internacional y sólo entraban a la Internacional Comunista para no perder su influencia sobre las masas. Aun si la Internacional Comunista hubiese sido una organización ya en ese entonces poderosa y experimentada, la entrada de esos elementos oportunistas hubiese hecho correr el riesgo de que penetrase, en el seno de la Internacional Comunista, el espíritu de la II Internacional. Pero la Internacional comunista, al estar compuesta de partidos aún en vías de formación, tenía la imperiosa necesidad de mantenerse alejada de esos elementos. Esto explica las veintiuna condiciones de adhesión.

Esas condiciones exigen de cada partido que desee adherir a la Internacional Comunista que toda su propaganda y agitación tengan un carácter comunista. La prensa debe estar totalmente sometida al Comité central del partido. Los reformistas deberán ser apartados de todos los puestos de responsabilidad. El partido debe poseer un aparato ilegal y hacer una propaganda sistemática en el ejército y en el campo. Debe llevar a cabo una lucha enérgica contra los reformistas y los centristas. En los sindicatos, debe luchar contra la Internacional sindical de Amsterdam. El partido debe estar severamente centralizado y adoptar el nombre de partido comunista (sección de la Internacional Comunista). Todos los partidos que pertenezcan a la Internacional comunista o que quieran ingresar deben, en un plazo de cuatro meses posteriores al II Congreso, examinar esas condiciones en un congreso extraordinario y excluir del partido a todos aquellos miembros que las rechacen.

El Congreso finalizó el 7 de agosto. En el mes de setiembre, el Partido Socialdemócrata de Checoslovaquia se escindió: una mayoría aplastante adoptó las veintiuna condiciones y se constituyó, un poco más tarde, en partido comunista. En el mes de octubre, en el Congreso de La Haya, la mayoría del Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania se pronunció por la adhesión a la Internacional Comunista. En diciembre tuvo lugar la fusión de la izquierda del partido independiente y K.P.D. (grupo espartakista) y un gran partido comunista unificado de Alemania surgió de esta fusión. A fines de diciembre, la inmensa mayoría

del partido socialista francés adhirió a la Internacional Comunista. En el mes de enero de 1921, se produjo una escisión en el seno del partido socialista italiano, que pertenecía sin embargo a la Internacional comunista, pero cuya mayoría reformista rechazaba las veintiuna condiciones. En todos los países del mundo en que existían organizaciones obreras se dio el mismo proceso: los comunistas se separaban de los reformistas y se constituían como sección de la Internacional comunista.

Paralelamente al progreso y al fortalecimiento de la Internacional Comunista, se producía la descomposición de la II Internacional. Toda una serie de partidos que surgieron de la II Internacional pero que se negaron a entrar en la Internacional Comunista, constituyeron una "Unión Internacional de los Partidos Socialistas", comúnmente llamada la Internacional 2 y 1/2, porque, en todos los problemas, oscilaba entre la II y la III Internacional.

EL TERCER CONGRESO. JUNIO DE 1921

El III Congreso de la Internacional Comunista, que se reunió en junio de 1921, tuvo que resolver nuevas tareas. Estas estaban determinadas en parte por el hecho de que la Internacional comunista abarcaba ya más de cincuenta secciones, entre las cuales había grandes partidos de masas de los países europeos más importantes, lo que motivaba el surgimiento de problemas de táctica y de organización, pero sobre todo por el hecho de que el desarrollo de la Revolución y el hundimiento del capitalismo sufrían un cierto retraso que no se había podido prever en la época del I y II Congreso.

Luego del derrocamiento de los gobiernos de Europa central, la ola revolucionaria era monstruosamente fuerte y se tenía la impresión de que las revoluciones burguesas serían seguidas inmediatamente por las revoluciones proletarias. En Hungría y Baviera, el proletariado logró durante algún tiempo apoderarse del poder. Aun después de la derrota de las Repúblicas soviéticas de Hungría y de Baviera, la esperanza en una rápida victoria de la clase obrera no había desaparecido. Recuérdese la época en que el ejército rojo estaba ante Varsovia y en que todo el proletariado se preparaba afiebradamente para nuevas luchas.

Pero la burguesía demostró una capacidad de resistencia ma-

yor de lo que se había creído. Su fuerza consistía sobre todo en que los socialtraidores que durante la guerra combatieron tan heroicamente contra el proletariado, se revelaron, aún después de la guerra, como los mejores sostenes del capitalismo tambaleante. En todos los países en que la burguesía ya no podía seguir siendo dueña de la situación, pasó el poder a los socialdemócratas. Fueron "gobiernos socialdemócratas", con Noske y Elbert en Alemania, Renner y Otto Bauer en Austria, con Tusar en Checoslovaquia, con Bohm y Garami en Hungría, los que manejaron los asuntos de la burguesía durante el período revolucionario y ahogaron en sangre las tentativas de liberación del proletariado.

La aparente prosperidad que siguió inmediatamente a la guerra, al permitir a los capitalistas ocupar a los soldados desmovilizados, constituyó también un obstáculo para la Revolución. La burguesía logró calmar a los obreros sin trabajo, proporcionándoles subvenciones. A esto se le agregó un fenómeno psicológico importante: la fatiga de las amplias masas de la clase obrera que recién salían de los sufrimientos y privaciones sufridos durante cuatro años de guerra imperialista. Además, los partidos comunistas a quienes correspondía la tarea de dirigir y coordinar la lucha del proletariado, aún estaban en vías de formación y con frecuencia adoptaban falsos métodos de lucha.

Todas esas circunstancias permitieron a la burguesía reagrupar lentamente sus fuerzas, conquistar su seguridad y retomar una parte de las posiciones perdidas. Cuando la burguesía ya no tuvo más necesidad de ellos, apartó a los socialistas del gobierno en todos los países donde participaban, y los capitalistas retomaron la dirección de sus asuntos. Crearon organizaciones militares ilegales, armaron al sector consciente de la burguesía y pasaron al ataque contra la clase obrera.

Mientras, la situación económica también había sufrido profundas transformaciones. En la primavera de 1920, surgió en Japón y Norteamérica una crisis que se extendió poco a poco a todas las naciones industriales. El consumo disminuyó rápidamente, la producción se redujo, centenares de millares, millones de obreros fueron despedidos. Los mercados disminuyeron rápidamente y la producción fue restringida. Las luchas defensivas de los obreros cobraron grandes dimensiones pero terminaron en derrotas, lo que fortaleció la situación de la burguesía.

Esa era la situación cuando se inauguró el III Congreso de la Internacional Comunista. El Congreso examinó ante todo la

situación de la economía mundial y abordó luego el problema de la táctica requerida para la nueva situación. La burguesía se fortalecía, al igual que sus servidores, los socialdemócratas. La época de las victorias fáciles obtenidas por la Internacional Comunista en el curso de los años inmediatamente posteriores a la guerra, ya había pasado. Mientras se esperaban nuevos combates revolucionarios, debíamos reconstruir y fortalecer nuestras organizaciones y conquistar las posiciones de los reformistas mediante un trabajo lesionario en el seno de las organizaciones obreras. La ocupación de fábricas en Italia, la huelga de diciembre en Checoslovaquia, la insurrección de marzo en Alemania, demostraron que los partidos comunistas, aun cuando combatían manifiestamente por los intereses de todo el proletariado, no podían derrotar a las fuerzas unidas de la burguesía y de la socialdemocracia, cuando no solamente no contaban con las simpatías de las grandes masas sino que tampoco abarcaban a esas masas en el seno de sus organizaciones, arrancándolas de las otras organizaciones. Por eso el Congreso lanzó la siguiente consigna: "¡Id a las masas!"

En Europa occidental, los partidos comunistas deben hacer todo lo posible a fin de obligar a los sindicatos y a los partidos que se apoyan en la clase obrera, a una acción común en favor de los intereses inmediatos de la clase obrera, preparando a ésta para la posibilidad de una traición por parte de los partidos no comunistas.

Inmediatamente se manifestó una cierta oposición "izquierdista" contra esta táctica. El KAPD (Partido Comunista Obrero de Alemania) creyó estar ante un abandono de la lucha revolucionaria y acusó a la Internacional Comunista de intentar en el terreno político la misma retracción que el poder de los soviets se vio obligado a hacer en el terreno económico. Algunos buenos camaradas tampoco comprendieron al comienzo la necesidad de esta táctica.

Paralelamente con los problemas tácticos, los problemas de organización fueron los más debatidos. En vistas de la conquista de los sindicatos, el Buró sindical organizado por el II Congreso, en colaboración con los sindicatos que habían adherido en el intervalo de los dos congresos, constituyó la Internacional sindical roja. También se discutió el problema de la Internacional de la Juventud y del movimiento femenino, así como la concerniente al trabajo en las cooperativas y en las Uniones deportivas obreras.

El Congreso escuchó luego un informe sobre la Rusia de los soviets y aprobó por unanimidad la táctica empleada.

Grandes debates se llevaron a cabo sobre el informe concerniente a la actividad del Comité ejecutivo. Ciertos camaradas no aprobaban la política del Comité ejecutivo en el problema italiano, en el caso Levi y en la cuestión del KAPD. Pero el Congreso aprobó en todos esos puntos la actividad del Comité ejecutivo. Los acontecimientos no han hecho más que confirmar la corrección de esas decisiones.

El Congreso finalizó el 12 de agosto con la discusión de la cuestión de Oriente.

Los meses que siguieron fueron relativamente calmos y dieron a los diferentes partidos comunistas la posibilidad de ejecutar las decisiones del III Congreso. Las organizaciones fueron sometidas a un severo examen y mejoró la relación entre las diferentes secciones y el Comité ejecutivo. Durante sus tres años de existencia, la III Internacional se convirtió en una organización verdaderamente mundial. La II Internacional, por ejemplo, no contaba con ningún partido en países como Francia e Italia. Por otra parte, no había casi ningún país donde la fracción más consciente del proletariado, sin distinción de raza o de color, no se hubiese convertido en sección de la Internacional comunista. Esta comprende cerca de sesenta secciones, con un efectivo total de alrededor de tres millones de miembros, que poseen setecientos órganos de prensa. La conquista de nuevas masas y nuevas posiciones prosigue con éxito. El Congreso de los Trabajadores de Extremo Oriente, que se reunió en Moscú en enero de 1922, estableció la vinculación de la clase obrera china y japonesa con la Internacional comunista.

EL FRENTE UNICO

El III Congreso se reúne en una época en que reinaba una gran depresión en el seno de la clase obrera. Las derrotas sufridas habían desanimado al proletariado. Esta situación se agravó aun más luego del congreso. En Inglaterra, en América, en Italia y en los países neutrales, los obreros sufren una desocupación permanente. La clase obrera ha perdido las conquistas obtenidas en los últimos años. La jornada de trabajo ha sido prolongada, el nivel de vida de los obreros descendió a un nivel inferior que

el anterior a la guerra. Si bien en países como Alemania, Austria, Polonia, la desocupación no es tan grande, la miseria de la clase obrera no es menos dura, dada la constante disminución del salario real causada por la continua baja del valor adquisitivo del dinero, lo que imposibilita a los obreros satisfacer sus necesidades aun más elementales.

Esta situación era intolerable. Bajo la presión de la creciente miseria, las masas comenzaron a buscar un remedio a su situación. Comprendieron que los viejos métodos eran inadecuados para obtener algo. Las huelgas fracasaban y, cuando tenían éxito, las ventajas obtenidas pronto eran anuladas por la desvalorización del dinero. Las masas observaron que la clase obrera estaba escindida en diversos partidos que luchaban entre sí, mientras que la clase capitalista entablaba contra ella una ofensiva única. En medio de esta situación, se imponía la solución de unificar las fuerzas dispersas del proletariado para oponerlas al ataque del capitalismo.

¿De qué manera debía realizarse esta unificación de las fuerzas del proletariado? Las masas obreras no tenían una idea muy clara al respecto. En todo caso, el hecho de que en todas partes se produjera un movimiento en esa dirección, era una prueba de su profundidad y de su necesidad. Evidenciaba que las masas se alejaban inconscientemente de la política reformista de la II Internacional y de la Internacional sindical en Amsterdam, y que luego de tantos errores y derrotas, finalmente estaban decididas a tomar la vía de la unificación de las fuerzas del proletariado.

Esto significaba a la vez un cambio en la apreciación del papel de los partidos comunistas y de la Internacional Comunista. Durante los años 1918 y 1919, el proletariado fue derrotado porque su vanguardia, el partido comunista, representaba más bien una tendencia que una organización capaz de tomar la dirección de la lucha de clases. La experiencia de la derrota obligó a los comunistas a crear, por medio de escisiones y la formación de partidos independientes, las organizaciones de combate necesarias. Este período de escisiones coincidió con el período en que la gran ola revolucionaria estaba en vías de retracción y se iniciaba la contraofensiva del capitalismo. Aun si los socialdemócratas no hubiesen sabido utilizar hábilmente esta circunstancia, se habría producido lo mismo el descontento contra los "escisionistas" en el seno de las masas que no podían comprender la necesidad de esa táctica. Las masas tampoco habían comprendido bien las tentativas

de sublevación realizadas por los comunistas cuando estos últimos, ante toda la clase obrera —precisamente porque son su fracción más lúcida—, reclamaban el empleo de métodos de combate más enérgico. La huelga de diciembre en Checoslovaquia y la acción de marzo en Alemania debían fracasar aun en el caso de que hubiesen sido mejor conducidas, porque las amplias masas no comprendían entonces la necesidad de semejante método de combate. Pero la presión de la miseria pronto le hizo ver la necesidad de lo que antes ellos consideraban como putschs. El trabajo que los comunistas, en la época de la depresión, habían realizado solos, al precio de inmensos sacrificios, comenzaba a dar sus frutos.

Además, hay que agregar el hecho de que, en la lucha, los obreros ya no tienen más en cuenta las fronteras partidarias mediante las cuales los socialdemócratas tratan de alejarlos de los comunistas.

Los partidarios de Amsterdam, los de la II Internacional y de la Internacional 2 y 1/2 tratan de explotar la nueva corriente provocando un movimiento en favor de la unidad, contra los comunistas. Pero ya había pasado la época en que tales maniobras eran posibles porque los socialdemócratas tenían en sus manos todas las organizaciones obreras y toda la prensa obrera. El Comité ejecutivo de la Internacional Comunista desencadenó ese plan e inició una campaña "por la unidad del proletariado mundial, contra la unión con los socialtraidores". En lo que respecta al problema del auxilio a los necesitados y a los obreros yugoslavos y españoles, se dirigió a la Internacional de Amsterdam, al comienzo sin ningún éxito. Pero cuando los contornos del nuevo movimiento se volvieron más claros y visibles, el Comité ejecutivo, luego de largas discusiones, adoptó una posición sobre el problema.

En las "Resoluciones sobre el frente único de los obreros y sobre las relaciones con los obreros pertenecientes a la II Internacional, a la Internacional 2 y 1/2, a la Internacional sindical de Amsterdam y a las organizaciones anarco-sindicalistas", analizó la situación y suministró un objetivo claro y preciso a los esfuerzos elementales en vistas de lograr la organización del frente único. "El frente único no es sino la unión de todos los obreros decididos a luchar contra el capitalismo." Los comunistas deben apoyar esa consigna de la mayor unidad posible de todas las organizaciones obreras en cada acción contra el capitalismo. Los líderes de la II Internacional, al igual que los de la Internacional 2

y 1/2 y de la Internacional sindical de Amsterdam, traicionaron a las masas obreras en todos los problemas prácticos de la lucha contra el capitalismo. Esta vez también preferirán la unidad con la burguesía en lugar de la unidad con el proletariado.

El deber de la Internacional comunista y de sus diferentes secciones consiste en persuadir a las masas obreras sobre la hipocresía de los socialtraidores, que se revelan como destructores de la unidad de la clase obrera. En ese objetivo, la independencia absoluta, la plena libertad de la crítica son las condiciones esenciales de los partidos comunistas.

Las resoluciones insisten también en los peligros que pueden surgir durante la ejecución de esta táctica en los lugares donde los partidos comunistas aún no tienen la claridad ideológica necesaria y la homogeneidad indispensable.

Las resoluciones fueron adoptadas a mediados de diciembre. Para lograr la decisión definitiva, se convocó en Moscú una sesión ampliada del Comité ejecutivo para comienzos de febrero. En un llamamiento fechado el 1º de enero de 1922 sobre el frente único proletario, el Comité ejecutivo demostró la necesidad de la lucha común en relación con la conferencia de Washington y la ofensiva general del capitalismo contra la clase obrera. Las resoluciones y el llamamiento del Comité ejecutivo fueron rápidamente difundidos en todos los países, provocaron largas discusiones por parte de los comunistas y de sus adversarios y contribuyeron a aclarar el problema del frente único. Los socialtraidores pusieron el grito en el cielo, comprendiendo que estaban enfrentados a un problema que los obligaría a desenmascarse.

Pero su indignación ante esta "nueva maniobra comunista" no logró anular en las masas la impresión de que los comunistas, a los que hasta ese entonces se los llamaba "escisionistas", eran, en realidad, los verdaderos partidarios de la unidad del proletariado. La sesión del Comité ejecutivo ampliado recién se reunió, debido a la huelga de los ferroviarios, a fines de febrero. En realidad, fue un pequeño congreso compuesto de más de cien delegados representantes de treinta y seis países. La orden del día era bastante densa: incluía las relaciones de los partidos de los países más importantes, las tareas de los comunistas en los sindicatos, el problema de la lucha contra los peligros de la guerra, el de la nueva política económica de la Rusia de los soviets, el de la lucha contra la miseria de la juventud obrera. Pero el problema principal era

el del frente único y el de la participación en la conferencia común propuesta por la Internacional 2 y 1/2.

Los camaradas franceses e italianos se pronunciaron contra la unidad tal como era presentada por las resoluciones del Comité ejecutivo. Los camaradas franceses expresaron el temor de que las masas obreras francesas no comprendieron el significado de una acción común de los comunistas con los disidentes. Se declararon partidarios del frente único de los obreros revolucionarios y declararon que la actividad de los comunistas en Francia tendía a realizar, alrededor de los problemas de la jornada de ocho horas y del impuesto sobre los salarios, el bloque de los obreros revolucionarios. El partido francés era todavía demasiado joven y poco capaz de maniobra, y no se sentía en condiciones de llevar a cabo una acción común con los socialistas disidentes y los sindicatos reformistas de los que acababa de separarse.

Los delegados italianos se declararon partidarios de la unidad sindical pero adversos a la unidad política con los socialistas. Expresaron su temor de que las masas no comprendiesen el sentido de una acción común de los diferentes partidos obreros, y que el verdadero campo donde el frente único sería posible era el sindicato, donde los comunistas y los socialistas están unidos.

Todos los otros delegados presentes en la conferencia expresaron un temor diferente. A pesar de las innumerables traiciones, los líderes reformistas consiguieron hasta ahora conservar su influencia sobre la mayor parte de las organizaciones obreras. No lograremos nunca ganar a los obreros si nos limitamos a seguir repitiendo que son traidores. Ahora, en momentos en que una voluntad de combate impera en las masas, se trata de demostrarles que los socialdemócratas no quieren combatir no solamente por el socialismo sino también por las reivindicaciones más inmediatas de la clase obrera. Hasta ahora no hemos logrado desenmascararlos, en primer lugar porque no contábamos con los medios necesarios para hacerlo y además porque no se da la situación psicológica, la atmósfera merced a la cual los obreros comprenden las traiciones de que son objeto. Finalmente, tampoco tenemos ocasión de desenmascararlos. Por eso, negándonos a luchar con los reformistas, dado que ellos nunca se enfrentarán seriamente contra la burguesía de la cual son sus servidores, contaremos con la aprobación de los camaradas que ya conocen este problema pero no convenceremos a uno sólo de los obreros que aún siguen fieles a los reformistas. Muy por el contrario, al

negarse a llevar a cabo una lucha en común, en una época en que las masas obreras la desean, los comunistas dan a los socialtraidores la posibilidad de presentarlos como saboteadores de la unidad del proletariado. Pero si participamos en la lucha, las masas pronto sabrán distinguir a los que propugnan verdaderamente la lucha contra la burguesía y los que no la quieren. Nuestros camaradas, que al comienzo observarán con desagrado cómo nos sentamos a una misma mesa con los reformistas, comprenderán, en el curso de las negociaciones, que allí también hacemos trabajo revolucionario.

Luego de que el Comité ejecutivo ampliado hubo adoptado por unanimidad de votos —menos los de los camaradas franceses, italianos y españoles—, las directivas contenidas en las resoluciones, las tres delegaciones adversarias del frente único redactaron una declaración prometiendo acatarla.

El Comité ejecutivo ampliado decidió aceptar la invitación de la Internacional de Viena para participar en una conferencia internacional, proponiendo invitar a la conferencia no solamente a la Internacional Comunista sino también a la Internacional roja de los sindicatos, a la Internacional sindical de Amsterdam, a las organizaciones anarco-sindicalistas y a las organizaciones sindicales independientes, y a poner en el orden del día de la conferencia, junto a la lucha contra la ofensiva del capitalismo y contra la reacción, el problema de la lucha contra nuevas guerras imperialistas, el de la restauración de la Rusia de los soviets, el de las reparaciones y del tratado de Versalles.

Luego de haber tratado también otros problemas (el de la prensa comunista, el de la oposición obrera del partido comunista ruso, etc, y de haber procedido a la elección del presidente del Comité ejecutivo, la conferencia finalizó el 4 de marzo.

LA CONFERENCIA PRELIMINAR DE LAS TRES INTERNACIONALES

El 2 de abril tuvo lugar la primera sesión de las delegaciones de las tres Internacionales, compuesta cada una de ellas de diez miembros. Los representantes de la II Internacional trataron inmediatamente de sabotear la conferencia y destruir el germen del frente único. Plantearon condiciones a la Internacional Comunista, exigieron "garantías" contra la táctica de los "núcleos" y

discutieron el problema de Georgia y de los socialrevolucionarios. De esa actitud resultó una situación tal que se temió que la conferencia finalizara allí mismo. Gracias a la firme actitud de los delegados de la Internacional Comunista, que exigieron el frente único sin condiciones, los delegados de la Internacional de Viena adoptaron su posición, lo que obligó a los delegados de la II Internacional a retroceder. Luego de cuatro días de negociaciones, se decidió convocar, en el plazo más breve posible, una conferencia general. Se nombró una comisión compuesta por tres miembros de cada Comité ejecutivo, encargada de su preparación. Mientras se esperaba la reunión de esta conferencia general, se decidió organizar manifestaciones comunes de todos los partidos adherentes a las tres Internacionales, para el 20 de abril siguiente, y, en los lugares donde no fuese técnicamente posible, para el 1º de mayo, con las siguientes consignas:

Por la jornada de ocho horas;

Por la lucha contra la desocupación, provocada por la política de reparaciones de las potencias capitalistas;

Por la acción unida del proletariado contra la ofensiva capitalista;

Por la Revolución rusa, por la Rusia hambrienta, por la reanudación de las relaciones políticas y económicas con Rusia;

Por el restablecimiento del frente único proletario nacional e internacional.

La Comisión organizadora fue encargada de mediar entre los representantes de la Internacional sindical de Amsterdam y los de la Internacional roja de los sindicatos. Los delegados de la Internacional Comunista dieron a conocer una declaración en la que se afirmaba que el proceso a los socialrevolucionarios se haría públicamente y no se dictarían condenas a muerte. La resolución hizo constar también que la conferencia general no podría llevarse a cabo en abril porque la II Internacional la rechazaba con diferentes pretextos. Esta última se negaba igualmente a inscribir en el orden del día de la conferencia el problema del tratado de Versalles y de su revisión.

Las manifestaciones del 20 de abril y del 1º de mayo siguiente, en las que participaron grandes masas obreras, demostraron que el proletariado estaba decidido a luchar en común por las consignas que habían sido lanzadas. La II Internacional y los partidos que la componen tratan, hoy como ayer, de sabotear el frente único por todos los medios. Se niegan a organizar manifestacio-

nes comunes, retrasan la ejecución de las decisiones adoptadas y contribuyen de ese modo a desennasarse ante las masas.

La tarea de la Internacional Comunista y de sus secciones nacionales consiste en demostrar con su acción que la lucha contra la ofensiva capitalista y contra el capitalismo en general sólo puede triunfar bajo la dirección de la Internacional comunista.

Como era de esperar, la II Internacional y la Internacional de Viena boicotearon la Comisión de los nueve. Luego de que se lograra impedir la reunión de la Comisión durante la conferencia de Génova con el objeto de que la burguesía no fuese perturbada para nada en sus deliberaciones contra la Rusia de los soviets, tuvo lugar la primera sesión, que fue también la última, el 23 de mayo en Berlín. El 21 de mayo se había realizado una reunión del Labour Party, del partido obrero belga y del partido socialista francés, durante la cual se había decidido convocar a una conferencia general de todos los partidos socialistas con excepción de los comunistas. Era evidente que la II Internacional y la III y 1/2 habían vuelto a su proyecto de frente único contra los comunistas.

Pese a esto, la Internacional Comunista hizo todo lo posible para permitir la reunión de un congreso internacional de todos los países socialistas. Para lograr los objetivos de la unidad, es decir la lucha contra la ofensiva del capital, contra los salarios bajos y contra la desocupación, se declaró dispuesto a eliminar del orden del día del Congreso el problema de la ayuda a la Rusia de los soviets, ya adoptada en la plataforma común. Por el contrario, exigía una respuesta precisa al problema de saber si la II Internacional aceptaba o no el congreso obrero mundial. Enfrentada de ese modo, la II Internacional se reveló como el adversario del frente único, así como también su benévolo auxiliar, la Internacional de Viena. La Comisión de los nueve se disolvió.

La Internacional comunista convocó entonces a una nueva sesión del Comité ejecutivo ampliado, que se reunió el 7 de junio. De ella participaron sesenta delegados representantes de 27 países. La conferencia discutió el problema de la táctica a seguir, luego de las enseñanzas de la primera etapa de la lucha en favor del frente único, y la táctica de los partidos cuya política no correspondía con la política general de la Internacional Comunista, y finalmente la posición de la Internacional Comunista con respecto al proceso de los socialrevolucionarios y la convocatoria del congreso mundial.

En lo que respecta a la táctica del frente único, la conferencia observó que, pese al fracaso de la Comisión de los nueve, los postulados político y económico de la táctica del frente único subsistían como antes y que, en consecuencia, la táctica de las diversas secciones de la Internacional Comunista debía consistir en establecer la unidad de frente contra la ofensiva del capital.

La conferencia trató detalladamente la situación de los partidos francés, italiano y noruego que no habían ejecutado la táctica del frente único o lo habían hecho parcialmente y con vacilación y expresó el deseo de que esa táctica fuera aplicada igualmente en esos países. En lo que respecta al partido francés, dado que la existencia de una derecha oportunista importante obstaculizaba su actividad y su desarrollo, el Comité ejecutivo declaró que el mejor medio de remediar la situación consistía en promover la unión del centro y de la izquierda contra la derecha. La conferencia examinó igualmente la situación del Partido Comunista checoslovaco en el que se evidenciaban los síntomas de una próxima crisis. Se llegó a la conclusión de que los motivos eran una cierta pasividad de la dirección del partido y se dieron las instrucciones tendientes a hacerlos desaparecer.

En lo que respecta al proceso de los socialrevolucionarios, se comprobó que la II Internacional y la Internacional de Viena habían emprendido una campaña contra la Internacional Comunista y la Rusia de los soviets y que además se trataba de un asunto que interesaba a la vez a la Rusia de los soviets, antesala de la Revolución mundial, y a la Internacional Comunista, pues esta última debía participar activamente en el proceso enviando acusadores, defensores, testigos y expertos.

EL CUARTO CONGRESO. NOVIEMBRE DE 1922

El Cuarto Congreso mundial fue citado para el 7 de noviembre de 1922, quinto aniversario de la Revolución proletaria, con el siguiente orden del día:

1. Informe del Ejecutivo;
2. Táctica de la Internacional comunista;
3. Programa de la Internacional Comunista y de las secciones alemana, francesa, italiana, checoslovaca, búlgara, noruega, norteamericana y japonesa;

4. Cuestión agraria;
5. Cuestión sindical;
6. La educación;
7. Cuestión juvenil;
8. La cuestión de Oriente.

El trabajo principal del IV Congreso se centrará en el punto 3. En vistas de la preparación de un programa de la Internacional Comunista, se nombró inmediatamente una Comisión que también fue encargada de colaborar en la redacción de los programas de las diferentes secciones.

La conferencia evidenció el desarrollo y el fortalecimiento del movimiento comunista en todos los países. Uno de las mejores síntomas fue el creciente nerviosismo de los partidarios de Amsterdam, que observaban con temor el progreso de la influencia de los comunistas en los sindicatos. Muchos indicios señalan que, en la actualidad, están dispuestos a alejar a los comunistas de los sindicatos en todos los países y que, para lograrlo, no retrocederán ni ante la escisión del movimiento sindical. Por eso, la tarea principal de la Internacional comunista en los sindicatos consistirá en desenmascarar esta maniobra y oponerse a que los partidarios de Amsterdam debiliten al proletariado al destruir los sindicatos.

PRIMER CONGRESO

**INVITACION AL PARTIDO COMUNISTA ALEMAN
(SPARTAKUSBUND) AL 1er. CONGRESO
DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA**

¡Queridos camaradas! Los partidos y organizaciones abajo firmantes consideran que la convocatoria del primer Congreso de la nueva Internacional revolucionaria es una necesidad imperiosa. En el curso de la guerra y de la revolución se puso de manifiesto no sólo el fracaso total de los viejos partidos socialistas y socialdemócratas a la vez que el de la II Internacional, no sólo la incapacidad de los elementos intermedios, de la vieja socialdemocracia (llamada "Centro") para la acción revolucionaria efectiva sino que actualmente se esbozan ya los contornos de la verdadera Internacional revolucionaria. El movimiento ascendente extremadamente rápido de la revolución mundial que plantea constantemente nuevos problemas, el peligro de aniquilamiento de esta revolución por medio de la alianza de los estados capitalistas unidos contra la revolución bajo la bandera hipócrita de la "Sociedad de las Naciones", las tentativas de los partidos socialtraidores de unirse y ayudar nuevamente a sus gobiernos y a sus burguesías a traicionar a la clase obrera luego de ser acordada una "amnistía" recíproca, finalmente la experiencia revolucionaria tan rica y ya adquirida y la internacionalización de todo el movimiento revolucionario, *todas esas circunstancias nos obligan a tomar la iniciativa de incluir en el orden del día de la discusión el problema de la convocatoria de un Congreso internacional de los partidos proletarios revolucionarios.*

I. LOS OBJETIVOS Y LA TÁCTICA

El reconocimiento de los siguientes puntos, establecidos aquí como programa y elaborados sobre la base de los programas del Spartakusbund en Alemania y del Partido Comunista (bolcheviques) en

Rusia, debe, según nuestro criterio, servir de base a la nueva Internacional.

1. El período actual es el de la descomposición y el hundimiento de todo el sistema capitalista mundial y será el del hundimiento de la civilización europea en general si no se destruye al capitalismo con sus contradicciones insolubles.

2. La tarea del proletariado consiste en la actualidad en apoderarse del poder de Estado. La toma del poder del Estado de la burguesía y la organización de un nuevo aparato del poder proletario.

3. El nuevo aparato del poder debe representar la dictadura de la clase obrera y en ciertos lugares también la de los pequeños campesinos y obreros agrícolas, es decir que debe ser el instrumento de la subversión sistemática de la clase explotadora y el de su expropiación. No la falsa democracia burguesa —esa forma hipócrita de dominación de la oligarquía financiera— con su igualdad puramente formal, sino la democracia proletaria, con la posibilidad de realizar la liberación de las masas trabajadoras; no el parlamentarismo sino la autoadministración creada por las propias masas, con la participación real de esas masas en la administración del país y en la actividad de la construcción socialista, ese debe ser el modelo del Estado proletario. El poder de los consejos obreros y de las organizaciones obreras es su forma concreta.

4. La dictadura del proletariado debe ser el incentivo de la expropiación inmediata del capital, de la abolición de la propiedad privada sobre los medios de producción y de la transformación de esta propiedad en propiedad popular.

La socialización (por socialización entendemos aquí la abolición de la propiedad privada que pasa a manos del Estado proletario y de la administración socialista de la clase obrera) de la gran industria y de los bancos, sus centros de organización; la confiscación de las tierras de los grandes propietarios terratenientes y la socialización de la producción agrícola capitalista; la monopolización del comercio; la socialización de los grandes inmuebles en las ciudades y las grandes propiedades es el campo; la introducción de la administración obrera y la centralización de las funciones económicas en manos de organismos emanados de la dictadura proletaria, estos son los problemas esenciales en la actualidad.

5. Para la seguridad de la revolución socialista, para su defensa contra enemigos interiores y exteriores, para la ayuda a

las otras fracciones nacionales del proletariado en lucha, etc... el desarme completo de la burguesía y de sus agentes, y el armamento general del proletariado son necesarios.

6. La situación mundial exige ahora el contacto más estrecho posible entre los diferentes sectores del proletariado revolucionario y la unión total de los países en los cuales la revolución socialista ha triunfado.

7. El método fundamental de la lucha es la acción de masas del proletario, incluida la lucha abierta a mano armada contra el poder de Estado del capital.

II. RELACIONES CON LOS PARTIDOS "SOCIALISTAS"

8. La II Internacional se dividió en tres grupos principales: los social-patriotas declarados que, durante toda la guerra imperialista de los años 1914-1918 sostuvieron a su propia burguesía y transformaron a la clase obrera en verdugo de la revolución internacional; el "centro", cuyo dirigente teórico es actualmente Kautsky y que representa a una organización de elementos constantemente oscilantes, incapaces de seguir una línea directriz determinada y que actúa muchas veces como verdaderos traidores; finalmente, el ala izquierda revolucionaria.

9. En lo que respecta a los social-patriotas, que en todas partes y en los momentos críticos se oponen con las armas en la mano a la revolución proletaria, sólo es posible la lucha implacable. En lo que hace al "centro", se impone la táctica del debilitamiento de los elementos revolucionarios, la crítica despiadada y el desenmascaramiento de los jefes. En una cierta etapa del desarrollo, la separación organizativa de los militantes del centro es absolutamente necesaria.

10. Por otra parte, es necesaria la alianza con esos elementos del movimiento revolucionario que, no habiendo pertenecido antes al partido socialista, se ubican ahora en su conjunto en el campo de la dictadura proletaria bajo la forma del poder soviético. Son, en primer lugar, los elementos sindicalistas del movimiento obrero.

11. Finalmente, es necesario atraer a todos los grupos y organizaciones proletarias que, aún cuando no se han ubicado abiertamente en la corriente revolucionaria de izquierda, manifiestan sin embargo en su desarrollo una tendencia en esa dirección.

12. Concretamente, proponemos que participen en el Congreso

los representantes de los partidos, tendencias y grupos que se enumeran a continuación (los miembros con plenos derechos de la Tercera Internacional serán otros partidos, aquellos que aprueben totalmente sus resoluciones):

1. El Spartakusbund (Alemania); 2. El Partido Comunista bolchevique (Rusia); 3. El Partido Comunista de la Austria alemana; 4. El de Hungría; 5. El de Finlandia; 6. El Partido Comunista Obrero polaco; 7. El Partido Comunista de Estonia; 8. El de Letonia; 9. El de Lituania; 10. El de Rusia Blanca; 11. El de Ucrania; 12. Los elementos revolucionarios del partido socialdemócrata checo; 13. El Partido socialdemócrata búlgaro; 14. El Partido socialdemócrata rumano; 15. El ala izquierda del partido socialdemócrata serbio; 16. La izquierda del partido socialdemócrata sueco; 17. El partido socialdemócrata noruego; 18. Por Dinamarca, el grupo *Klassenkampen*; 19. El Partido Comunista holandés; 20. Los elementos revolucionarios del partido obrero belga; 21 a 22. Los grupos y organizaciones dentro del movimiento socialista y sindicalista francés que en su conjunto se solidarizan con Lorient; 23. La izquierda socialdemócrata de Suiza; 24. El partido socialista italiano; 25. Los elementos revolucionarios del P. S. español; 26. Los elementos de izquierda del partido socialista portugués; 27. Los partidos socialistas británicos (ante todo la corriente representada por Mac Lean); 28. S. L. P. (Inglaterra); 29. I. W. W. (Inglaterra); 30. I. W. of Great Britain; 31. Los elementos revolucionarios de las organizaciones obreras de Irlanda; 32. Los elementos revolucionarios de los shop stewards (Gran Bretaña); 33. S. L. P. (Norteamérica); 34. Los elementos de izquierda del P. S. de los EE. UU. de Norteamérica (la tendencia representada por Debs y la Liga de Propaganda Socialista); 35. I. W. W. EE. UU.; 36. I. W. W. (Australia); 37. Workers International Industrial Union (EE. UU.); 38. Los grupos socialistas de Tokio y de Yokohama (representados por el camarada Katayama); 39. La Internacional socialista de los Jóvenes (representada por el camarada Munzenberg).

III. EL PROBLEMA DE LA ORGANIZACIÓN Y EL NOMBRE DEL PARTIDO

13. La base de la Tercera Internacional está dada por el hecho de que en diferentes partes de Europa ya se han formado grupos y

organizaciones de camaradas de ideas ubicados en una plataforma común y que emplean en general los mismos métodos tácticos. Estos son, en primer lugar, los espartakistas en Alemania y los partidos comunistas en muchos otros países.

14. El Congreso debe publicar, en vistas de una vinculación permanente y de una dirección metódica del movimiento, un órgano de lucha común, centro de la Internacional comunista, subordinando los intereses del movimiento de cada país a los intereses comunes de la revolución a escala internacional. Las formas concretas de la organización, de la representación, etc., serán elaboradas por el Congreso.

15. El Congreso deberá adoptar el nombre de "Primer Congreso de la Internacional Comunista", convirtiéndose los diferentes partidos en sus secciones. Teóricamente, Marx y Engels ya habían considerado erróneo el nombre de "socialdemócrata". El derrumbe vergonzoso de la Internacional socialdemócrata exige aquí también una separación. Finalmente, el núcleo fundamental del gran movimiento ya está formado por una serie de partidos que han adoptado ese nombre.

Considerando lo que acabamos de decir, proponemos a todas las organizaciones y partidos hermanos incluir en el orden del día la cuestión de la convocatoria del Congreso Comunista Internacional.

Con nuestro saludo socialista

El Comité Central del Partido Comunista Ruso (Lenin Trotsky).

El Buró de relaciones internacionales del Partido Obrero Comunista de Polonia (Karsky).

El Buró de relaciones internacionales del Partido Obrero Comunista de Hungría (Rudniansky).

El Buró de relaciones internacionales del Partido Obrero Comunista de la Austria Alemana (Duda).

El Buró ruso del Comité Central del Partido Comunista de Letonia (Rosing).

El Comité Central del Partido Comunista de Finlandia (Sirola).

El Comité Ejecutivo de la Federación Socialdemócrata Revolucionario Balcánico (Rakovsky).

Por el SLP (EE. UU.) (Reinstein).

Votos deliberativos:

Esta invitación convocaba a los comunistas de todos los países a una conferencia que debía iniciarse en Moscú el 15 de febrero de 1919. Las grandes dificultades de desplazamiento retrasaron la inauguración. Recién pudo llevarse a cabo el 2 de marzo. La conferencia se inició con un corto discurso de Lenin, a las seis de la tarde. Para los debates se adoptó la lengua alemana, hablándose además el ruso, el francés y el inglés.

Como presidentes del Congreso fueron elegidos por unanimidad los siguientes camaradas: Lenin (Rusia), Albert (Alemania), Platten (Suiza); el cargo de cuarto presidente fue rotado entre los diferentes partidos. El Congreso eligió como secretario al camarada Klínger.

La Comisión de mandatos comprobó la participación de los siguientes partidos y distribuyó los votos:

PARTICIPANTES AL CONGRESO DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA DE MOSCÚ

(2 al 6 de marzo de 1919)

<i>País y Partido</i>	<i>Número de votos</i>
1. Partido Comunista alemán	5
2. Partido Comunista ruso	5
3. Partido Comunista de la Austria alemana	3
4. Partido Comunista húngaro	3
5. S. D. de izquierda sueca	3
6. PSD ucruego	3
7. PSD suizo	3
8. SLP norteamericano	5
9. Federación Revolucionaria Balcánica (Tchesniac búlgaro y Partido Comunista rumano)	3
10. Partido Comunista polaco	3
11. Partido Comunista de Finlandia	3
12. Partido Comunista ucranio	3
13. Partido Comunista de Letonia	1
14. Partido Comunista blanco-ruso y lituano	1
15. Partido Comunista de Estonia	1
16. Partido Comunista armenio	1
17. Partido Comunista del Volga Alemán	1
18. Grupo Unificado de los Pueblos de la Rusia Oriental	1
19. Izquierda Zimmerwaldiana francesa	5

20. Partido Comunista checo
21. Partido Comunista búlgaro
22. Partido Comunista de los países eslavos meridionales
23. Partido Comunista inglés
24. Partido Comunista francés
25. PSD holandés
26. Liga de la Propaganda Socialista de Norteamérica
Secciones del Buró Central de los Países Orientales
27. Comunistas suizos
28. Comunistas turquestanos
29. Turquía
30. Georgianos
31. Azerbaidjan
32. Persia
33. Partido Obrero Socialista chino
34. Unión Obrera de Corea
35. Comisión de Zimmerwald

DISCURSO DE APERTURA

2 DE MARZO

El Comité Central del Partido Comunista de Rusia me ha encomendado inaugurar el I Congreso Comunista Internacional. Ante todo quiero pedir a los presentes que rindan homenaje a la memoria de los mejores representantes de la III Internacional, Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg.

Camaradas, este congreso tiene importancia histórica y mundial. Es una prueba de que las ilusiones de la democracia burguesa han fracasado, porque la guerra civil es ya un hecho, no sólo en Rusia, sino también en los países capitalistas más desarrollados de Europa.

La burguesía experimenta verdadero terror cuando ve el auge que está adquiriendo el movimiento revolucionario del proletariado. Ese sentimiento se explica si consideramos que el cauce que tomaron los acontecimientos después de la guerra imperialista contribuye a desarrollar el movimiento revolucionario del proletariado, que la revolución mundial se ha iniciado ya y se extiende a todos los países.

El pueblo tiene conciencia de la magnitud y la importancia que adquiere en estos momentos la lucha. Lo fundamental es encontrar la vía práctica que brindará al proletariado el medio para tomar el poder. Esa vía es el sistema de los soviets conjugado con la dictadura del proletariado. ¡Dictadura del proletariado! Hasta hace poco estas palabras eran para las masas una expresión rebuscada y difícil, pero hoy, por la difusión que ha alcanzado en el mundo entero el sistema de los soviets, esa formulación fue traducida a todos los idiomas contemporáneos. Las masas obreras encontraron ya la vía práctica para dar forma a su dictadura. Gracias al poder soviético que hoy gobierna en Rusia, gracias a los grupos espartaquistas de Alemania y a los organismos similares de otros

países, como, por ejemplo, los *Shop Stewards Committees* de Inglaterra, las amplias masas obreras saben hoy qué significa esta forma de ejercer la dictadura del proletariado. Todos estos hechos demuestran que la dictadura del proletariado ha encontrado ya la vía revolucionaria, que el proletariado está ya en condiciones de aprovechar en forma práctica su poder.

Camaradas, creo que después de los acontecimientos que tuvieron lugar en Rusia, después de la lucha de enero en Alemania, tiene particular importancia señalar que el nuevo movimiento del proletariado se va abriendo camino y se impone en otros países. Hoy, por ejemplo, he leído en un periódico antisocialista un telegrama que informa que el gobierno de Inglaterra reconoció al Consejo de Diputados Obreros constituido en Birmingham y se manifestó dispuesto a aceptar a los Consejos en calidad de organizaciones económicas. El sistema soviético ha triunfado no sólo en la atrasada Rusia, sino también en el país más desarrollado de Europa, en Alemania, así como en el país capitalista más antiguo, Inglaterra.

La burguesía puede seguir aplicando sus medidas represivas, puede asesinar miles de obreros, pero la victoria será nuestra; el triunfo de la revolución comunista internacional está garantizado.

¡Camaradas! Saludo calurosamente a este congreso en nombre del Comité Central del Partido Comunista de Rusia y propongo que pasemos a la elección del presidium. Pido a ustedes que se presenten los nombres.

TESIS SOBRE LA DEMOCRACIA BURGUESA Y LA DICTADURA DEL PROLETARIADO

1. El ascenso del movimiento revolucionario del proletariado en todos los países ha hecho que la burguesía y sus agentes en las organizaciones obreras desplieguen denodados esfuerzos con el fin de encontrar argumentos ideológicos y políticos para defender el dominio de los explotadores. Entre estos argumentos se destacan en particular la condenación de la dictadura y la defensa de la democracia. La falsedad e hipocresía de este argumento, repetido de mil modos en la prensa capitalista y en la Conferencia de la Internacional amarilla celebrada en febrero de 1919 en Berna, son evidentes para todos los que no quieran traicionar las tesis fundamentales del socialismo.

2. Ante todo, este argumento opera con el concepto de la "democracia en general" y "dictadura en general", sin ver de qué clase social se trata. Este planteamiento de la cuestión al margen o por encima de las clases, supuestamente popular, equivale ni más ni menos que a un escarnio de la doctrina fundamental del socialismo, esto es, de la doctrina de la lucha de clases, que reconocen de palabra pero olvidan en los hechos los socialistas que se han pasado al lado de la burguesía. Pues en ningún país capitalista civilizado existe la "democracia en general", sino que sólo existe una democracia burguesa, y no se trata de la "dictadura en general", sino de la dictadura de la clase oprimida, es decir, del proletariado sobre los opresores y explotadores, o sea sobre la burguesía, con el fin de vencer la resistencia que oponen los explotadores en la lucha por su dominación.

3. La historia enseña que ninguna clase oprimida ha implantado ni podido implantar jamás su dominación sin atravesar por un período de dictadura, es decir, de conquista del poder político y de represión violenta de la resistencia opuesta siempre por los

explotadores, la más desesperada y furiosa, una resistencia que no reparaba en crímenes. La burguesía, cuyo dominio defienden ahora los socialistas que hablan contra la "dictadura en general" y enaltecen la "democracia en general", conquistó el poder en los países avanzados a costa de una serie de insurrecciones, guerras civiles y represión violenta contra los reyes, los feudales, los esclavistas, y contra sus tentativas de restauración. Los socialistas de todos los países, en sus libros y folletos, en las resoluciones de sus congresos y en sus discursos de agitación, han explicado millones de veces al pueblo el carácter de clase de estas revoluciones burguesas y de esta dictadura burguesa. Por eso, la actual defensa de la democracia burguesa en forma de discursos sobre la "democracia en general", y el actual vocerío y clamor contra la dictadura del proletariado en forma de gritos sobre la "dictadura en general", son una traición directa al socialismo, el paso efectivo al lado de la burguesía, la negación del derecho del proletariado a su revolución proletaria, la defensa del reformismo burgués precisamente en un momento histórico en que este reformismo ha fracasado en todo el mundo y en que la guerra ha creado una situación revolucionaria.

4. Todos los socialistas, al explicar el carácter de clase de la civilización burguesa, la democracia burguesa y el parlamentarismo burgués, expresaban la idea que habían formulado con la mayor exactitud científica Marx y Engels al decir que la república burguesa más democrática no es sino una máquina para la opresión de la clase obrera por la burguesía, para la opresión de las masas trabajadoras por un puñado de capitalistas. No hay un solo revolucionario, un solo marxista de los que hoy claman contra la dictadura y en favor de la democracia, que no jure y perjure ante los obreros que reconoce esta verdad fundamental del socialismo; y ahora, cuando el proletariado revolucionario atraviesa un estado de efervescencia y se pone en movimiento para destruir esta máquina de opresión y para conquistar la dictadura proletaria, estos traidores al socialismo presentan las cosas como si la burguesía donase a los trabajadores una "democracia pura", como si la burguesía renunciara a oponer resistencia y estuviera dispuesta a someterse a la mayoría de los trabajadores, como si no hubiese existido y no existiese ninguna máquina estatal para la opresión del trabajo por el capital en la república democrática.

5. La Comuna de París, que ensalzan de palabra todos los

que quieren pasar por socialistas, pues saben que las masas obreras simpatizan fervorosa y sinceramente con ella, mostró con particular nitidez la convencionalidad histórica y el valor limitado del parlamentarismo burgués y de la democracia burguesa, instituciones altamente progresistas en comparación con la Edad Media, pero que requieren sin falta una transformación radical en la época de la revolución proletaria. Precisamente Marx, que fue quien mejor enjuició el significado histórico de la Comuna, al analizarla mostró el carácter explotador de la democracia burguesa y del parlamentarismo burgués, bajo las cuales las clases oprimidas obtienen el derecho a decidir una vez cada varios años qué miembros de la clase dominante han de "representar y aplastar" (*ver-und-zertreten*) al pueblo en el parlamento. Precisamente ahora, cuando el movimiento soviético, que se extiende a todo el mundo, continúa a la vista de todos la causa de la Comuna, los traidores al socialismo olvidan la experiencia concreta y las lecciones concretas de la Comuna de París, repitiendo las consabidas antiguallas burguesas sobre la "democracia en general". La Comuna no era una institución parlamentaria.

6. El significado de la Comuna consiste, además, en que realizó el intento de desbaratar y destruir hasta sus cimientos el aparato estatal burgués, el aparato burocrático, judicial, militar y policiaco, sustituyéndolo por una organización de masas de autogobierno de los obreros, que no conocía la división en poder legislativo y ejecutivo. Todas las repúblicas democrático-burguesas de nuestros días, incluida la alemana, a la que los traidores al socialismo denominan proletaria burlándose de la verdad, mantienen este aparato estatal. Así, pues, se confirma una vez más con toda claridad que los clamores en defensa de la "democracia en general" constituyen en los hechos la defensa de la burguesía y de sus privilegios de clase explotadora.

7. La "libertad de reunión" puede ser tomada como modelo de reivindicaciones de la "democracia pura". Todo obrero consciente que no haya roto con su clase, comprenderá al punto que sería absurdo prometer libertad de reunión a los explotadores en un período y en una situación en que éstos se resisten a ser derrocados y defienden sus privilegios. La burguesía, cuando era revolucionaria, ni en la Inglaterra de 1649 ni en la Francia de 1793 concedió "libertad de reunión" a los monárquicos y a los nobles, que llamaban en su ayuda a tropas extranjeras y "se reunían" para organizar intentonas de restauración. Si la actual burguesía, que se ha hecho

reaccionaria hace mucho, exige del proletariado que éste garantice de antemano la "libertad de reunión" a los explotadores, a pesar de la resistencia que ofrezcan los capitalistas a su expropiación, los obreros no harán sino reírse del fariseísmo de la burguesía.

Por otra parte, los obreros saben muy bien que la "libertad de reunión", incluso en la república burguesa más democrática, es una frase vacía, pues los ricos tienen a su disposición los mejores edificios públicos y privados, y suficiente tiempo libre para reuniones, protegidas por el aparato del poder burgués. Los proletarios de la ciudad y del campo, y los pequeños campesinos, es decir, la inmensa mayoría de la población, no tienen ni lo primero ni lo segundo ni lo tercero. Mientras las cosas están así, la "igualdad", esto es, la "democracia pura", es un engaño. A fin de conquistar la verdadera igualdad de hacer efectiva la democracia para los trabajadores, es preciso comenzar por desposeer a los explotadores de todos los edificios públicos y de todos los locales particulares de lujo, es preciso comenzar por conceder a los trabajadores horas de asueto, es preciso que protejan la libertad de sus reuniones obreros armados, y no señoritos de la nobleza u oficiales capitalistas valiéndose de soldados oprimidos.

Sólo después de este cambio se puede hablar de la libertad de reunión y de igualdad sin mofarse de los obreros, de los trabajadores, de los pobres. Pero sólo puede realizar este cambio la vanguardia de los trabajadores, el proletariado, derrotando a los explotadores, a la burguesía.

8. La "libertad de prensa" es igualmente una de las principales consignas de la "democracia pura". También en este sentido los obreros salen, y los socialistas de todos los países han reconocido millones de veces, que esta libertad es un engaño mientras las mejores imprentas y las mejores existencias de papel estén acaparadas por los capitalistas, y mientras subsista el poder de capital sobre la prensa, poder que en todo el mundo es tanto más evidente, violento y cínico cuanto más desarrollados estén la democracia y el régimen republicano, como ocurre, por ejemplo, en Norteamérica. Al objeto de conquistar la igualdad efectiva y la verdadera democracia para los trabajadores, para los obreros y campesinos, es preciso comenzar por privar al capital de la posibilidad de alquilar escritores, de comprar editoriales y sobornar periódicos, mas para esto es necesario derrocar el yugo del capital, derrocar a los explotadores y vencer su resistencia. Los capitalistas han llamado siempre "libertad" a la libertad de los ricos para lucrar

y a la libertad de los obreros para morir de hambre. Los capitalistas denominan libertad de prensa a la libertad de soborno de la prensa por los ricos, a la libertad de utilizar la riqueza para fabricar y falsear la llamada opinión pública. Los defensores de la "democracia pura" son una vez más, y en la práctica, defensores del más inmundo y venal sistema de dominio de los ricos sobre los medios de instrucción de las masas, no hacen sino engañar al pueblo, apartarlo con frases en apariencia plausibles y bellas, pero totalmente falsas, de la concreta tarea histórica de liberar a la prensa de su sujeción al capital. La verdadera libertad e igualdad sobrevendrán en el régimen que creen los comunistas, en el cual no existirá la posibilidad de enriquecerse a costa de otros, no existirá la posibilidad objetiva de subordinar ni directa ni indirectamente la prensa al poder del dinero, no habrá obstáculos para que todo trabajador (o grupo de trabajadores, cualquiera sea su número) tenga y disfrute del mismo derecho a utilizar las imprentas y el papel, que pertenecerán a la sociedad.

9. La historia de los siglos XIX y XX nos mostró ya antes de la guerra qué es en la práctica la cacareada 'democracia pura' bajo el capitalismo. Los marxistas han dicho siempre que cuanto más desarrollada y 'pura' sea la democracia, tanto más abierta, ruda e implacable será la lucha de clases, tanto más "puras" serán la opresión del capital y la dictadura de la burguesía. El asunto Dreyfus en la Francia republicana, las sangrientas represiones de los destacamentos de mercenarios, armados por los capitalistas, contra los huelguistas en la libre y democrática república de Norteamérica, estos miles y miles de otros hechos semejantes muestran la verdad que en vano trata de ocultar la burguesía: en las repúblicas más democráticas imperan en la práctica el terror y la dictadura de la burguesía, que se manifiestan abiertamente cada vez que los explotadores creen que se tambalea el poder del capital.

10. La guerra imperialista de 1914-1918 ha puesto al desnudo definitivamente, incluso ante los obreros atrasados, este verdadero carácter de la democracia burguesa, hasta en las repúblicas más libres, como dictadura de la burguesía. A causa del enriquecimiento de un grupo alemán o inglés de millonarios o multimillonarios, sucumbieron decenas de millones de hombres, y en las repúblicas más libres se implantó la dictadura militar de la burguesía. Esta dictadura militar continúa en los países de la Entente después de la derrota de Alemania. Precisamente la guerra es la que más ha abierto los ojos a los trabajadores, la que ha arrancado las falsas

flores de la democracia burguesa, la que ha mostrado al pueblo el pozo sin fondo de la especulación y del lucro durante la guerra y con motivo de ella. En nombre de la "libertad e igualdad" hizo la burguesía esta guerra, en nombre de la "libertad e igualdad" se enriquecieron escandalosamente los negociantes de la guerra. Ningún esfuerzo de la Internacional amarilla de Berna podrá ocultar a las masas el carácter explotador, hoy totalmente desenmascarado, de la libertad, de la igualdad y de la democracia burguesas.

11. En Alemania, el país capitalista más desarrollado del continente europeo, los primeros meses de plena libertad republicana, traída por la derrota de la Alemania imperialista, han hecho ver a los obreros alemanes y a todo el mundo la verdadera naturaleza de clase de la república democrático-burguesa. El asesinato de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg es un hecho de alcance histórico mundial, no sólo porque han perecido trágicamente los mejores hombres y jefes de la verdadera Internacional proletaria, de la Internacional Comunista, sino porque se ha puesto definitivamente al desnudo la naturaleza de clase de un Estado europeo avanzado (se puede decir sin exagerar: de un Estado avanzado en escala mundial). Si unos detenidos, es decir, hombres tomados bajo la protección de los poderes públicos, pueden ser asesinados con toda impunidad por unos oficiales y por los capitalistas, bajo un gobierno de socialpatriotas, se deduce de ello que una república democrática en la que pueden ocurrir tales cosas es una dictadura de la burguesía. Quienes expresan su indignación con motivo del asesinato de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg, pero sin comprender esta verdad, no hacen sino poner de manifiesto su cerrazón mental o su fariseísmo. La "libertad" en una de las repúblicas más libres y avanzadas del mundo, en la república alemana, es la libertad de asesinar impunemente a los líderes arrestados del proletariado. Y no puede ser de otro modo mientras subsista el capitalismo, pues el desarrollo de la democracia no atenúa, sino que agudiza la lucha de clases, que, en virtud de todos los resultados y de todas las influencias de la guerra y sus consecuencias, ha llegado a su punto de ebullición.

En todo el mundo civilizado se procede ahora a desterrar a los bolcheviques, a perseguirlos, a encarcelarlos, como por ejemplo en Suiza, una de las repúblicas burguesas más libres, a organizar pogroms contra los bolcheviques en Norteamérica, etc. Desde el punto de vista de la "democracia en general" o de la "democracia pura" es sencillamente ridículo que países avanzados, civili-

zados, democráticos, armados hasta los dientes, temen la presencia de varias decenas de personas de la Rusia atrasada, hambrienta y arruinada, a la que en decenas de millones de ejemplares de periódicos burgueses se califica de salvaje, criminal, etc. Es claro que una situación social que ha podido originar una contradicción tan patente, no es en la práctica sino una dictadura de la burguesía.

12. Ante tal estado de cosas, la dictadura del proletariado no sólo es plenamente legítima como medio de derrocar a los explotadores y de vencer su resistencia, sino que es en absoluto necesaria para toda la masa trabajadora como única defensa contra la dictadura de la burguesía, que ha llevado a la guerra y prepara nuevas guerras.

Lo que principalmente no comprenden los socialistas y lo que indica su miopía teórica su sujeción a los prejuicios burgueses y su traición política al proletariado es que en la sociedad capitalista, en cuanto se agrava en alguna medida la lucha de clases que palpita en su seno, no puede haber término medio entre la dictadura de la burguesía y la del proletariado. Toda ilusión en cuanto a un tercer camino no es sino un suspiro reaccionario de pequeños burgueses. Así lo atestigua la experiencia de más, de un siglo de desarrollo de la democracia burguesa y del movimiento obrero en todos los países avanzados, y, en particular, la experiencia del último lustro. Así lo indica también toda la ciencia de la economía política, todo el contenido del marxismo, que explica la inevitabilidad económica de la dictadura de la burguesía bajo toda economía mercantil, dictadura que sólo puede remplazar la clase desarrollada, multiplicada, cohesionada y reforzada por el propio desarrollo del capitalismo, es decir, la clase proletaria.

13. Otro error teórico y político de los socialistas consiste en no comprender que las formas de la democracia han ido cambiando inevitablemente a lo largo de milenios, comenzando por los embriones de la misma en la antigüedad, a medida que una clase dominante era sustituida por otra. En las antiguas repúblicas de Grecia, en las ciudades medievales y en los países capitalistas avanzados, la democracia reviste formas distintas y distinto grado de aplicación. Sería la mayor torpeza pensar que la revolución más profunda de la historia de la humanidad, el primer caso que se registra en el mundo de paso del poder de la minoría de explotadores a la mayoría de los explotados, puede sobrevenir dentro del viejo marco de la vieja democracia parlamentaria burguesa, puede sobrevenir sin introducir los cambios más radicales, sin crear

nuevas formas de democracia, nuevas instituciones que encarnen las nuevas condiciones de su aplicación, etc.

14. La dictadura del proletariado se parece a la dictadura de las demás clases porque ha sido suscitada por la necesidad, como le ocurre a toda dictadura, de aplastar con la violencia la resistencia de la clase que pierde el dominio político. La diferencia radical entre la dictadura del proletariado y la de otras clases —la dictadura de los terratenientes en la Edad Media y la de la burguesía en todos los países capitalistas civilizados— consiste en que la dictadura de los terratenientes y de la burguesía era la represión violenta de la resistencia de la inmensa mayoría de la población, esto es, de los trabajadores. Por el contrario, la dictadura del proletariado es la represión violenta de la resistencia de los explotadores, es decir, de una insignificante minoría de la población: de los terratenientes y capitalistas.

De aquí se desprende, a su vez, que la dictadura del proletariado debe acarrear inevitablemente, no sólo el cambio de las formas e instituciones de la democracia, hablando en términos generales, sino un cambio que traiga consigo una ampliación inusitada de la utilización efectiva del democratismo por parte de los oprimidos por el capitalismo, por parte de las clases trabajadoras.

En efecto, la forma de la dictadura del proletariado lograda ya en la práctica, es decir, el poder soviético en Rusia, el *Räte-System* en Alemania, los *Shop Stewards Committees* y organismos análogos en otros países, todas estas instituciones significan y hacen efectivas precisamente para las clases trabajadoras, es decir, para la inmensa mayoría de la población, una posibilidad real de utilizar los derechos y libertades democráticos, que jamás existió con anterioridad, ni siquiera aproximadamente, en las mejores repúblicas democráticas burguesas.

La esencia del poder soviético consiste en que la base permanente y única de todo el poder y de todo el aparato del Estado es la organización de masas de las clases que estaban oprimidas por el capitalismo, es decir, de los obreros y semiproletarios (de los campesinos que no explotan trabajo ajeno y recurren continuamente a la venta de una parte, al menos, de su trabajo). Ahora son incorporadas precisamente a la participación permanente e indefectible, y además decisiva, en la dirección democrática del Estado, las masas que incluso en las repúblicas burguesas más democráticas, siendo iguales ante la ley, eran desplazadas en la práctica por miles de procedimientos y subterfugios de la intervención en la

vida política y del disfrute de los derechos y libertades democráticos.

15. El poder soviético o dictadura del proletariado hace efectiva inmediatamente y por completo la igualdad de los ciudadanos, sin distinción de sexo, religión, raza y nacionalidad, que la democracia burguesa prometió siempre y en todas partes, pero que no realizó en ningún sitio ni podía realizar debido al dominio del capitalismo. El poder soviético hace efectiva esa igualdad, pues sólo puede realizarla el poder de los obreros, que no están interesados en la propiedad privada de los medios de producción y en la lucha por su reparto.

16. La vieja democracia y el viejo parlamentarismo, es decir, la democracia y el parlamentarismo burgueses, estaban organizados de tal modo, que precisamente las masas trabajadoras eran las que más desplazadas se hallaban del aparato del gobierno. Por el contrario, el poder soviético, es decir, la dictadura del proletariado, está estructurado de tal forma, que acerca a las masas trabajadoras al aparato de gobierno. Esta misma finalidad cumplen la unión del poder legislativo y ejecutivo en la organización soviética del Estado, y la sustitución de las circunscripciones electorales territoriales por las unidades de producción, como son las fábricas y demás empresas.

17. El ejército no sólo era un aparato de opresión bajo la monarquía. Sigue siéndolo en todas las repúblicas burguesas, incluso en las más democráticas. Sólo el poder soviético, como organización estatal permanente de las clases oprimidas por el capitalismo, está en condiciones de acabar con la supeditación del ejército al mando burgués y de fusionar realmente al proletariado con el ejército, de llegar realmente al armamento del proletariado y al desarme de la burguesía, sin lo cual es imposible la victoria del socialismo.

18. La organización soviética del Estado está adaptada al papel dirigente del proletariado, la clase más concentrada e instruida por el capitalismo. La experiencia de todas las revoluciones y de todos los movimientos de las clases oprimidas, la experiencia del movimiento socialista mundial, nos enseña que sólo el proletariado está en condiciones de unir y llevar tras de sí a las capas dispersas y atrasadas de la población trabajadora y explotada.

19. Solo la organización soviética del Estado puede destruir realmente de golpe y acabar para siempre con el viejo aparato burocrático judicial, es decir, con el aparato burgués, que se ha man-

tenido y tiene que mantenerse de modo inevitable bajo el capitalismo, incluso en las repúblicas más democráticas, siendo en la práctica lo que más obstaculiza la aplicación de la democracia para los obreros y los trabajadores en general. La Comuna de París dio el primer paso de alcance histórico universal por este camino: el poder soviético ha dado el segundo.

20. La destrucción del poder estatal es el objetivo que se han propuesto todos los socialistas, con Marx a la cabeza. Si no se logra este objetivo no puede realizarse el verdadero democratismo, es decir, la igualdad y la libertad. A este objetivo conduce en la práctica únicamente la democracia soviética o proletaria, pues al atraer a la participación permanente e ineludible en la dirección del Estado a las organizaciones de masas de los trabajadores, comienza enseguida a preparar la plena extinción de todo Estado.

21. La plena bancarrota de los socialistas reunidos en Berna y su total incompreensión de la nueva democracia, es decir, de la democracia proletaria, se ve en particular por lo siguiente. El 10 de febrero de 1919 Branting clausuró en Berna la Conferencia de la Internacional amarilla. Al día siguiente, en Berlín, en el periódico *Die Freiheit*, redactado por elementos que participaron en dicha conferencia, se publicó el manifiesto del partido de los "independientes" al proletariado. En este manifiesto se reconoce el carácter burgués del gobierno Scheidemann, se le reprocha el deseo de disolver los soviets, que se llaman *Träger und Schutzer der Revolution* —portadores y custodios de la revolución— y se hace la propuesta de legalizarlos, de conferirles atribuciones de carácter estatal y de concederles el derecho de suspender las decisiones de la Asamblea Nacional y de someter los asuntos a plebiscito popular.

Semejante propuesta equivale a la plena bancarrota ideológica de los teóricos que han defendido la democracia y no han comprendido su carácter burgués. El ridículo intento de cohonestar el sistema de los soviets, es decir, la dictadura del proletariado con la Asamblea Nacional, es decir, con la dictadura de la burguesía, desenmascara por completo la indigencia mental de los socialistas y socialdemócratas amarillos, su reaccionarismo político de pequeños burgueses y sus cobarde concesiones a la fuerza de la nueva democracia, de la democracia proletaria, que crece, incontenible.

22. -Al condenar el bolchevismo, la mayoría de la Internacional amarilla de Berna, que no se decidió a votar formalmente la correspondiente resolución por miedo a las masas obreras, ha pro-

cedido con corrección desde el punto de vista de clase. Esta mayoría se ha solidarizado por completo con los mencheviques y socialistas revolucionarios rusos, y con los Scheidemann de Alemania. Los mencheviques y socialistas revolucionarios rusos, al quejarse de las persecuciones de que son objeto por parte de los bolcheviques, intentan ocultar el hecho de que estas persecuciones han sido provocadas por la participación de los mencheviques y socialistas revolucionarios, en la guerra civil al lado de la burguesía, contra el proletariado. De igual manera, los Scheidemann y su partido han demostrado ya en Alemania su participación en la guerra civil al lado de la burguesía, contra los obreros.

Es del todo natural, por lo mismo, que la mayoría de los miembros de la Internacional amarilla de Berna hayan condenado a los bolcheviques. En esto se ha expresado, no la defensa de la "democracia pura", sino la autodefensa de gente que sabe y comprende que en la guerra civil están al lado de la burguesía, contra el proletariado.

He aquí por qué, desde el punto de vista de clase, no se puede dejar de reconocer como correcta la decisión de la mayoría de la Internacional amarilla. El proletariado, lejos de temer a la verdad, debe mirarla a la cara y sacar las pertinentes conclusiones políticas.

Sobre la base de estas tesis, y en consideración a los informes de los delegados de los diferentes países, el congreso de la Internacional Comunista declara que la tarea principal de los partidos comunistas, en las distintas regiones donde el poder de los soviets aún no se ha constituido, consiste en lo siguiente:

1º Esclarecer lo más ampliamente a las masas de la clase obrera sobre la significación histórica de la necesidad política y práctica de una nueva democracia proletaria, que debe ocupar el lugar de la democracia burguesa y del parlamentarismo;

2º Difundir y organizar a los soviets en todos los dominios de la industria, en el ejército, en la flota, entre los obreros agrícolas y los campesinos pobres;

3º Conquistar, en el interior de los soviets, una mayoría comunista, sólida y consciente.

DISCURSO DE LENIN SOBRE SUS TESIS

Camaradas:

Quiero agregar algunas palabras a los dos últimos puntos. Pienso que los camaradas que deben leer el informe sobre la conferencia de Berna se referirán a estos temas más detalladamente.

Durante toda la conferencia de Berna no se dijo ni una palabra sobre la significación del poder soviético. En Rusia, hace dos años que discutimos este problema. Ya en abril de 1917, en el congreso del partido, planteamos esta cuestión desde el punto de vista teórico y político: "¿Qué es el poder soviético, cuál es su sustancia, su significación histórica?" Pronto hará dos años que estudiamos este tema y en el congreso del partido adoptamos una resolución al respecto.

El 11 de febrero, la *Freiheit* de Berlín publicó un llamado al proletariado alemán firmado no sólo por los jefes de los socialdemócratas independientes de Alemania sino también por todos los miembros de la fracción independiente. En agosto de 1918, el mayor teórico de los independientes, Kautsky, escribía en su folleto titulado *La dictadura del proletariado* que era partidario de la democracia y de los órganos soviéticos pero que los soviets sólo debían tener un carácter económico y no deberían ser reconocidos como organismos estatales. Kautsky repite esta afirmación en los números de la *Freiheit* correspondientes al 11 de noviembre y 12 de enero. El 9 de febrero aparece un artículo de Rudolph Hilferding, que también es considerado como uno de los principales teóricos autorizados de la II Internacional. Propone fusionar jurídicamente, es decir por la vía legislativa, los dos sistemas, el de los soviets y el de la asamblea nacional. Era el 9 de febrero. Esta segunda propuesta es adoptada por todo el partido de los independientes y publicada en forma de llamamiento.

A pesar de que la asamblea nacional ya existe en los hechos,

luego de la corporización de la "democracia pura", luego de que los más grandes teóricos de los socialdemócratas independientes explicaron que las organizaciones soviéticas no podrán ser organismos de Estado, después de todo eso aún existen vacilaciones. Ello prueba que esos señores no han comprendido nada del nuevo movimiento y de sus condiciones de lucha. Pero esto además evidencia que deben existir circunstancias, motivos que determinan tales vacilaciones. Cuando luego de todos esos acontecimientos, luego de casi dos años de revolución victoriosa en Rusia se nos propone resoluciones del tipo de las adoptadas en la conferencia de Berna, en las que no se dice nada sobre los soviets y su significación, tenemos todo el derecho de afirmar de todos esos señores, en cuanto que socialistas y teóricos, no existen para nosotros.

Pero en realidad, desde el punto de vista político, ese hecho prueba, camaradas, que se ha realizado un gran progreso en las masas puesto que esos independientes, teóricamente y en principio adversarios de esas organizaciones de Estado, nos proponen súbitamente una tontera tan grande como la fusión "pacífica" de la asamblea nacional con el sistema de los soviets, es decir la fusión de la dictadura de la burguesía con la dictadura del proletariado. Es evidente que esas personas han fracasado y que una gran transformación se ha producido en las masas. Las masas atrasadas del proletariado alemán se dirigen a nosotros, mejor dicho, se han dirigido a nosotros. Por lo tanto, la significación del partido socialdemócrata independiente alemán, desde el punto de vista teórico y socialista, es nula. Sin embargo, conserva cierta importancia en el sentido de que esos elementos nos sirven de indicador del estado de ánimo del sector más atrasado del proletariado. Ese es, a mi criterio, la enorme importancia histórica de esta conferencia. Nosotros fuimos testigos de algo análogo durante nuestra revolución: nuestros mencheviques sufrieron paso a paso, por así decirlo, la misma evolución que los teóricos de los independientes en Alemania. Cuando tuvieron la mayoría en los soviets, defendían los soviets. En ese momento sólo se escuchaban los gritos de "¡Vivan los soviets!", "Los soviets y la democracia revolucionaria". Pero cuando nosotros los bolcheviques logramos la mayoría, entonaron otras consignas: "Las soviets, declararon no deben existir simultáneamente con la asamblea constituyente". Y ciertos teóricos mencheviques hasta propusieron algo similar a la fusión del sistema de los soviets con la asamblea cons-

tituyente y su inclusión en las organizaciones de Estado. Una vez más quedó demostrado que el curso general de la revolución proletaria es idéntico en todo el mundo. Primeramente constitución espontánea, elemental de los soviets, luego su ampliación y desarrollo, luego la aparición en la práctica de la disyuntiva: soviets o asamblea nacional constituyente o bien parlamentarismo burgués, confusión total entre los jefes y finalmente revolución proletaria. Sin embargo, creo que luego de casi dos años de revolución no debemos plantear el problema de ese modo sino adoptar resoluciones concretas dado que la propagación del sistema de los soviets es para nosotros, y particularmente para la mayoría de los países de Europa occidental, la más esencial de las tareas. El extranjero que nunca oyó hablar del bolchevismo no puede formarse fácilmente una opinión sobre nuestras discusiones. Todo lo que los bolcheviques afirman es refutado por los mencheviques e inversamente. Es cierto que en medio de la lucha no puede ocurrir de otro modo. Por eso es muy importante que la última conferencia del partido menchevique, llevada a cabo en diciembre de 1918 haya adoptado una larga resolución detallada íntegramente publicada en el *Diario de los tipógrafos*, órgano menchevique. En esta resolución, los propios mencheviques exponen sucintamente la historia de la lucha de clases y de la guerra civil. Allí dicen que los mencheviques condenan a los grupos del partido aliados a las clases poseedoras en los Urales y en el sur, en Crimea y en Georgia, e indican con precisión todas esas regiones. Los grupos del partido menchevique que, aliados a las clases poseedoras, combatieron contra el poder soviético, ahora son condenados en esta resolución. Pero el último punto condena igualmente a los que se pasaron con los comunistas. De ahí se deduce que los mencheviques están obligados a reconocer que no hay unidad en su partido y que se inclinan o bien para el lado de la burguesía o del proletariado. Una gran parte de los mencheviques se pasó a las filas de la burguesía y luchó contra nosotros durante la guerra civil. Naturalmente nosotros perseguimos a los mencheviques, hasta los hacemos fusilar cuando en medio de la guerra combaten a nuestro ejército rojo y fusilan a nuestros oficiales. A la burguesía que nos declaró la guerra, hemos respondido con la guerra proletaria. No puede haber otra salida. Por eso, desde el punto de vista político, todo esto sólo es hipocresía menchevique. Desde el punto de vista histórico, es incomprensible que en la conferencia de Berna personas que no son oficialmente reconocidas como locos, hayan podido, por orden de los mencheviques y de los socialistas revolucio-

narios, hablar de la lucha de los bolcheviques contra ellos silenciando su lucha en común con la burguesía contra el proletariado.

Todos nos atacan con encarnizamiento porque los perseguimos. Eso es exacto. Pero se cuidan muy bien de decir una palabra sobre su participación en la guerra civil. Pienso que es conveniente remitirse al texto completo de la resolución y solicito a los camaradas extranjeros que le presten mucha atención pues se trata de un documento histórico en el cual está perfectamente planteado el problema y que proporciona la mejor documentación para la apreciación de la discusión entre las diversas tendencias "socialistas" en Rusia. Entre el proletariado y la burguesía existe una clase de personas que se inclinan tanto para un lado como para el otro. Eso ocurrió siempre y en todas las revoluciones, y es absolutamente imposible que en la sociedad capitalista, donde el proletariado y la burguesía constituyen dos campos enemigos opuestos, no existan sectores sociales intermedios. Históricamente, la existencia de esos elementos flotantes es inevitable. Desgraciadamente, esos elementos que no saben de qué lado combatirán al día siguiente existirán todavía durante cierto tiempo.

Deseo hacer una proposición concreta tendiente a la adopción de una resolución en la cual deben ser señalados particularmente tres puntos:

1. Una de las tareas más importantes para los camaradas de los países de Europa Occidental consiste en explicar a las masas el significado, la importancia y la necesidad del sistema de los Soviets. Desde este punto de vista hay una comprensión insuficiente. Si es cierto que Kautsky y Hilferding fracasaron en cuanto que teóricos, los últimos artículos de la *Freiheit* demuestran, sin embargo, que supieron expresar exactamente el estado de ánimo de los sectores atrasados del proletariado alemán. En nuestro país sucedió lo mismo: durante los ocho primeros meses de la revolución rusa fue muy discutido el problema de la organización soviética, y los obreros no veían muy claramente en qué consistía el nuevo sistema ni si se podía constituir el aparato de Estado con los Soviets. En nuestra revolución hemos progresado no en el sentido teórico sino en el camino práctico. Así, por ejemplo, antes nunca planteamos teóricamente la cuestión de la Asamblea Constituyente y nunca dijimos que no la reconocimos. Sólo más tarde, cuando las instituciones soviéticas se expandieron a través de todo el país y conquistaron el poder político, decidimos disolver la Asamblea Constituyente. En la actualidad, vemos que el problema se plantea con mayor agudeza en Hungría y en

Suiza. Por una parte, es excelente que eso ocurra; en ese hecho se apoya nuestra absoluta convicción de que la revolución avanza más rápidamente en los Estados de Europa Occidental y que con ella obtendremos grandes victorias. Pero, por otra parte, existe el peligro de que la lucha sea tan encarnizada que la conciencia de las masas obreras no esté en condiciones de seguir ese ritmo. Aún ahora el significado del sistema de los Soviets no es claro para las grandes masas de obreros alemanes políticamente instruidos porque han sido educados en el espíritu del parlamentarismo y de los prejuicios burgueses.

2. Punto relativo a la difusión del sistema de los Soviets. Cuando vemos con qué rapidez se difunde en Alemania y hasta en Inglaterra la idea de los Soviets, podemos decir que esa es una prueba esencial de que la Revolución proletaria vencerá. Sólo se podría detener su curso por muy poco tiempo. Pero es muy distinto cuando los camaradas Albert y Platten nos declaran que en sus países no hay soviets en el campo, entre los trabajadores rurales y el pequeño campesinado. En la *Rote Fahne* he leído un artículo contra los Soviets campesinos pero (y eso es absolutamente justo) referido a los Soviets de trabajadores rurales y de campesinos pobres. La burguesía y sus lacayos, tales como Scheidemann y compañía ya dieron la consigna de Soviets campesinos. Pero nosotros sólo queremos los Soviets de trabajadores rurales y de campesinos pobres. Desgraciadamente, de los informes de los camaradas Albert, Platten y otros, se deduce que a excepción de Hungría, se hace muy poco por la expansión del sistema soviético en el campo. Quizá esto constituya un peligro práctico bastante considerable para la obtención de la victoria por parte del proletariado alemán. En efecto, la victoria no podrá ser considerada como segura mientras no sean organizados no solo los trabajadores de la ciudad sino también los proletarios rurales, y organizados no solo antes en los sindicatos y cooperativas sino en los Soviets. Nosotros obtuvimos la victoria más fácilmente porque en octubre de 1917 marchamos junto con todo el campesinado. En ese sentido nuestra revolución era entonces burguesa. El primer paso de nuestro gobierno proletario consistió en que las antiguas reivindicaciones de todo el campesinado, expresadas en la época de Kerenski por los Soviets y las asambleas de campesinos, fueron concretadas por la ley dictada por nuestro gobierno el 26 de octubre de 1917, al día siguiente de la revolución. En esto consistió nuestra fuerza y por eso nos fue tan fácil conquistar las simpatías de la mayoría aplastante. En el campo,

nuestra revolución continuó siendo burguesa, pero más tarde, seis meses después, nos vimos obligados a comenzar, en los marcos de la organización de Estado, la lucha de clases en el campo, organizando en cada pueblo comités de pobreza, de semi-proletarios y luchando sistemáticamente contra la burguesía rural. Esto era inevitable, pues Rusia es un país atrasado. Otra cosa ocurrirá en Europa Occidental y por eso debemos destacar la necesidad absoluta de la expansión del sistema de los Soviets también en la población rural.

3. Debemos decir que la conquista de la mayoría comunista en los Soviets constituye la principal tarea en todos los países donde el poder soviético aún no triunfó. Nuestra comisión resolutive estudió ayer esta cuestión. Quizá otros camaradas quieran expresar también su opinión pero desearía proponer que se adopte este tercer punto en forma de resolución especial. Es muy probable que en muchos Estados de Europa Occidental, estalle muy próximamente la revolución. En todo caso, nosotros, en cuanto que fracción organizada de los obreros y del Partido, tendemos y debemos tender a obtener la mayoría en los Soviets. Entonces nuestra victoria será segura y no existirá fuerza capaz de oponerse a la revolución comunista. De otro modo, la victoria será difícil de lograr y no durará mucho.

RESOLUCIÓN SOBRE LA POSICIÓN RESPECTO A LAS CORRIENTES SOCIALISTAS Y LA CONFERENCIA DE BERNA

Ya en 1907, en el Congreso internacional socialista de Stuttgart, cuando la II Internacional abordó el problema de la política colonial y de las guerras imperialistas, se comprobó que la mayoría de la II Internacional y de sus dirigentes estaban, con respecto a esos problemas, mucho más cerca de los puntos de vista de la burguesía que del punto de vista comunista de Marx y Engels.

Pese a ello, el Congreso de Stuttgart adoptó una enmienda propuesta por los representantes del ala revolucionaria, Lenin y Rosa Luxemburg, concebida en los siguientes términos:

“Si pese a todo estalla una guerra, los socialistas tienen el deber de actuar para ponerle rápidamente fin y de utilizar por todos los medios la crisis económica y política provocada por la guerra para despertar al pueblo y obtener así el derrumbe de la dominación capitalista.

En el Congreso de Basilea de noviembre de 1912, convocado en momentos de la guerra de los Balcanes, la II Internacional declaró:

“Que los gobiernos burgueses no olviden que la guerra franco-alemana dio origen a la insurrección revolucionaria de la Comuna, y que la guerra ruso-japonesa puso en movimiento a las fuerzas revolucionarias rusas. A los ojos de los proletarios, el matarse entre sí para beneficio del predominio capitalista, de la rivalidad dinástica y del auge de los tratados diplomáticos, constituye un crimen.”

A fines de julio y comienzos de agosto de 1914, 24 horas antes del comienzo de la guerra mundial, los organismos e instituciones competentes de la II Internacional continuaron todavía condenando la guerra que se aproximaba, como al más grande crimen de la burguesía. Las declaraciones referidas a esos días y emanadas de

los partidos dirigentes de la Segunda Internacional constituyen el acta de acusación más elocuente contra los dirigentes de la II Internacional.

Desde el primer ruido de cañón que sonó en los campos de la carnicería imperialista, los principales partidos de la II Internacional traicionaron a la clase obrera y se ubicaron, con el pretexto de la "defensa nacional", al lado de "su" burguesía. Scheidemann y Ebert en Alemania, Thomas y Renaudel en Francia, Henderson e Hyndman en Inglaterra, Vandervelde y De Brouckere en Bélgica, Renner y Pernerstorfer en Austria, Plejanov y Roubanovitch en Rusia, Branting y su partido en Suecia, Gompers y sus camaradas de ideas en América, Mussolini y Cía. en Italia, exhortaron al proletariado a una "tregua" con la burguesía de "su" país, a renunciar a la guerra contra la guerra, y en los hechos a convertirse en carne de cañón para los imperialistas.

Fue en ese momento cuando la II Internacional entró en bancarota y naufragó.

Gracias al desarrollo económico general, la burguesía de los países más ricos, por medio de pequeñas limosnas sacadas de sus inmensas ganancias, tuvo la posibilidad de corromper y de seducir a la dirección de la clase obrera, a la aristocracia obrera. Los "compañeros de lucha" pequeñoburgueses del socialismo afluyeron a las filas de los partidos socialdemócratas oficiales y orientaron poco a poco a éstos de acuerdo con los fines de la burguesía. Los dirigentes del movimiento obrero parlamentario y pacífico, los dirigentes sindicales, los secretarios, redactores y empleados de la socialdemocracia, formaron toda una casta de una burocracia obrera que tenía sus propios intereses de grupo egoístas y que fue en realidad hostil al socialismo.

Gracias a todas esas circunstancias, la socialdemocracia oficial degeneró en un partido antisocialista y chauvinista.

Ya en el seno de la II Internacional se revelaron tres *tendencias fundamentales*. En el curso de la guerra y hasta comienzos de la revolución proletaria en Europa los contornos de estas tres tendencias se esbozaron con toda nitidez:

1) *La tendencia social-chauvinista* (tendencia de la "mayoría"), cuyos representantes más típicos son los socialdemócratas alemanes que comparten ahora el poder con la burguesía alemana y

que se convirtieron en los asesinos de los jefes de la Internacional Comunista Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg.

Los social-chauvinistas se han revelado en la actualidad como los enemigos de clase del proletariado y siguen el programa de "liquidación" de la guerra que la burguesía les ha dictado: hacer recaer la mayor parte de los impuestos sobre las masas trabajadoras, inviolabilidad de la propiedad privada, mantenimiento del ejército en manos de la burguesía, disolución de los consejos obreros que surgen en todas partes, mantenimiento del poder político en manos de la burguesía. La "democracia" burguesa contra el socialismo.

Pese al rigor con el que los comunistas han luchado hasta ahora contra los "socialdemócratas de la mayoría", los obreros sin embargo aún no han reconocido todo el peligro que esos traidores entrañan para el proletariado internacional. Una de las tareas más importantes de la revolución proletaria internacional consiste en hacer comprender a los trabajadores la traición de los social-chauvinistas y neutralizar por la fuerza de las armas a ese partido contrarrevolucionario.

2) *La tendencia centrista* (socialpacifistas, kautskystas, independientes). Esta tendencia comenzó a formarse con anterioridad a la guerra, sobre todo en Alemania. A comienzos de la guerra, los principios generales del "Centro" coincidían casi siempre con los de los social-chauvinistas. Kautsky, el jefe teórico del "Centro", defendía la política seguida por los social-chauvinistas alemanes y franceses. La Internacional sólo era un "instrumento en tiempos de paz". "Lucha por la paz", "lucha de clases en tiempos de paz", esas eran las consignas de Kautsky.

Desde el comienzo de la guerra, el "Centro" se pronuncia por "la unidad" con los social-chauvinistas. Luego del asesinato de Liebknecht y de Luxemburg, el "Centro" continúa predicando esta "unidad", es decir la unidad de los obreros comunistas con los asesinos de los jefes comunistas Liebknecht y Luxemburg.

Desde el comienzo de la guerra, el "Centro" (Kautsky, Victor Adler, Turati, Mac Donald) comienza a predicar "la amnistía recíproca" con respecto a los jefes de los partidos social-chauvinistas de Alemania y Austria por una parte, y de Francia e Inglaterra por la otra. El "Centro" preconiza esta amnistía aun en la actualidad, después de la guerra, impidiendo así que los obreros se formen una idea clara sobre las causas del hundimiento de la II Internacional.

El "Centro" envió sus representantes en Berna a la conferencia internacional de los socialistas, facilitando así a los Scheidemann y a los Renaudel su tarea de engañar a los obreros.

Es absolutamente necesario separar del "Centro" a los elementos más revolucionarios, lo que se puede lograr sólo por medio de la crítica despiadada y comprometiendo en ella a los jefes del "Centro". La ruptura organizativa con el "Centro" es una necesidad histórica absoluta. La tarea de los comunistas de cada país consiste en determinar el momento de esa ruptura, según la etapa que su movimiento haya alcanzado.

3. *Los comunistas.* En el seno de la II Internacional, donde esta tendencia defendió las concepciones comunistas-marxistas sobre la guerra y las tareas del proletariado (Stuttgart 1907, resolución Lenin-Luxemburg), esta corriente era minoritaria. El grupo de la "izquierda radical" (el futuro Spartakusbund) en Alemania, el partido bolchevique en Rusia, los "tribunistas" en Holanda, el grupo Juvenil en una serie de países, formaron el primer núcleo de la nueva Internacional.

Fiel a los intereses de la clase obrera, esta tendencia proclamó desde el comienzo de la guerra la consigna de transformación de la guerra imperialista en guerra civil y se ha constituido ahora como la III Internacional.

La conferencia socialista de Berna en febrero de 1919 era una tentativa por resucitar el cadáver de la II Internacional.

La composición de la conferencia de Berna demuestra manifiestamente que el proletariado revolucionario del mundo no tiene nada en común con esta conferencia.

El proletariado victorioso de Rusia, el proletariado heroico de Alemania, el proletariado italiano, el partido comunista del proletariado austríaco y húngaro, el proletariado suizo, la clase obrera de Bulgaria, de Rumania, de Serbia, los partidos obreros de izquierda suecos, noruegos, finlandeses, el proletariado ucranio, letón, polaco, la Juventud Internacional y la Internacional femenina se negaron ostensiblemente a participar en la conferencia de Berna de los socialpatriotas.

Los participantes de la conferencia de Berna que aún tienen algún contacto con el verdadero movimiento obrero de nuestra época han formado un grupo de oposición que, en el problema esencial al menos, es decir la "apreciación de la revolución rusa", se han opuesto a los manejos de los social-patriotas. La declaración del camarada francés Lorient, que condenó a la mayoría de la con-

ferencia de Berna como soporte de la burguesía, refleja la verdadera opinión de todos los obreros conscientes del mundo entero.

En la pretendida "cuestión de las responsabilidades", la conferencia de Berna se movió siempre en los marcos de la ideología burguesa. Los social-patriotas alemanes y franceses se hicieron mutuamente los mismos reproches que se habían lanzado recíprocamente los burgueses alemanes y franceses. La conferencia de Berna se perdió en detalles mezquinos sobre tal o cual actitud de uno u otro ministro burgués antes de la guerra, sin querer reconocer que el capitalismo, el capital financiero de los dos grupos de potencias y sus lacayos social-patriotas eran los principales responsables de la guerra. La mayoría de los social-patriotas de Berna quería hallar al principal responsable de la guerra. Una mirada en el espejo hubiera bastado para que todos se reconociesen como culpables.

Las declaraciones de la conferencia de Berna sobre el problema territorial están llenas de equívocos. Ese equívoco es justamente lo que la burguesía necesita. Clemenceau, el representante más reaccionario de la burguesía imperialista, reconoció los méritos de la conferencia social-patriota de Berna ante la reacción imperialista al recibir a una delegación de la conferencia de Berna y proponerle participar en todas las comisiones de la conferencia imperialista de París.

La cuestión colonial reveló claramente que la conferencia de Berna iba a la zaga de esos políticos liberales-burgueses de la colonización que justifican la explotación y el sojuzgamiento de las colonias por la burguesía imperialista y solamente tratan de disfrazarla con frases filantrópicas-humanitarias. Los social-patriotas alemanes exigieron que la pertenencia de las colonias alemanas al Reich fuese mantenida, es decir apoyaron la continuidad de la explotación de esas colonias por el capital alemán. Las divergencias que se manifestaron al respecto demuestran que los social-patriotas de la Entente tienen el mismo punto de vista de negrero y consideran como muy natural el sojuzgamiento de las colonias francesas e inglesas por el capital metropolitano. De ese modo, la conferencia de Berna demuestra que olvidó totalmente la consigna "Abajo la política colonial".

En la apreciación de la "Sociedad de las Naciones", la conferencia de Berna demostró que seguía las huellas de esos elementos burgueses que, por medio de la apariencia engañosa de la llamada "Liga de los Pueblos" quieren desterrar a la revolución proletaria

que crece en el mundo entero. En lugar de desenmascarar los manejos de la conferencia de los aliados en París, como los de una banda que practica la usura con las poblaciones y los dominios económicos, la conferencia de Berna la secundó convirtiéndose en su instrumento.

La actitud servil de la conferencia, que abandonó a una conferencia gubernamental burguesa de París la tarea de resolver el problema de la legislación sobre la protección del trabajo, demuestra que los social-patriotas se han expresado concientemente en favor de la conservación de la esclavitud del asalariado capitalista y están dispuestos a engañar a la clase obrera con vanas reformas.

Las tentativas inspiradas por la política burguesa de hacer aprobar en la conferencia de Berna una resolución según la cual una intervención armada en Rusia sería apoyada por la Segunda Internacional sólo fracasaron gracias a los esfuerzos de la oposición. Ese éxito de la oposición de Berna sobre los elementos chauvinistas declarados es para nosotros la prueba indirecta de que el proletariado de Europa occidental simpatiza con la revolución proletaria de Rusia y está dispuesto a luchar contra la burguesía imperialista.

En ese temor a ocuparse de este fenómeno de importancia histórica mundial se reconoce el miedo que sienten estos lacayos de la burguesía ante el crecimiento de los consejos obreros.

Los consejos obreros constituyen el fenómeno más importante desde la Comuna de París. La conferencia de Berna, al ignorarlos, puso de manifiesto su indigencia espiritual y su derrota teórica.

El congreso de la Internacional Comunista considera que la conferencia de Berna intenta construir algo así como una Internacional amarilla de rompemuélgas que es y seguirá siendo nada más que un instrumento de la burguesía.

El congreso invita a los obreros de todos los países a entablar la lucha más enérgica contra la internacional amarilla y a preservar a las masas más amplias del pueblo contra esta Internacional de la mentira y de la traición.

DECLARACIÓN DE LOS PARTICIPANTES DE LA CONFERENCIA DE ZIMMERWALD AL CONGRESO DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA

Las conferencias de Zimmerwald y de Kienthal tuvieron su importancia en una época en que era necesario unir a todos los elementos proletarios dispuestos a protestar, en una forma u otra, contra la carnicería imperialista. Pero en el grupo de Zimmerwald penetraron, al lado de elementos netamente comunistas, elementos "centristas", pacifistas y vacilantes. Esos elementos centristas, como lo demostró la conferencia de Berna, se han unido actualmente a los social-patriotas, para luchar contra el proletariado revolucionario, utilizando así a Zimmerwald en beneficio de la reacción.

Al mismo tiempo, el movimiento comunista crecía en una serie de países, y la lucha contra los elementos centristas que obstaculizan el desarrollo de la revolución social se ha convertido ahora en la tarea principal del proletariado revolucionario. El grupo de Zimmerwald ya cumplió su cometido. Todo lo que había en el grupo de Zimmerwald de verdaderamente revolucionario pasa y adhiere a la Internacional Comunista.

Los participantes abajo firmantes de Zimmerwald declaran que consideran al grupo de Zimmerwald como disuelto y solicitan al Buró de la Conferencia de Zimmerwald la remisión de todos sus documentos al Comité Ejecutivo de la III Internacional.

Rakovsky, Lenin, Zinoviev, Trotski, Platten.

DECISIONES RELATIVAS AL GRUPO DE ZIMMERWALD

Luego de haber escuchado el informe del camarada Balabanov, secretario del Comité Socialista Internacional y de los camaradas Rakovsky, Platten, Lenin, Trotski y Zinoviev, miembros del grupo

de Zimmerwald, el primer Congreso de Zimmerwald comunista decide: considerar como disuelto al grupo de Zimmerwald.

DECISIÓN RELATIVA AL PROBLEMA DE ORGANIZACIÓN

A fin de poder comenzar sin demora su trabajo activo, el Congreso designa inmediatamente a los organismos necesarios, con la idea de que la constitución definitiva de la Internacional Comunista deberá ser decidida por el próximo congreso a proposición del Buró.

La dirección de la Internacional comunista es confiada a un Comité Ejecutivo. Este se compone de un representante de cada uno de los partidos comunistas de los países más importantes. Los partidos de Rusia, Alemania, Austria alemana, de Hungría, de la Federación de los Balcanes, de Suiza y de Escandinavia deben enviar inmediatamente sus representantes al primer Comité Ejecutivo.

Los partidos de los países que declaren su adhesión a la Internacional comunista antes del segundo congreso obtendrán un puesto en el Comité Ejecutivo.

Hasta el arribo de los representantes extranjeros, los camaradas del país en el cual el Comité Ejecutivo tiene su sede se encargarán de asegurar el trabajo. El Comité Ejecutivo elegirá un buró de cinco personas.

RESOLUCIÓN SOBRE LA CREACIÓN DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA

PLATTEN, *presidente*— ...En este momento, pongo a vuestro conocimiento una proposición presentada por los delegados *Ralkovsky, Gruber, Grimland, Rudnianszky*, concebida en los siguientes términos:

“Los representantes del Partido Comunista de la Austria alemana, del Partido socialdemócrata de izquierda de Suecia, de la Federación obrera revolucionaria socialdemócrata de los Balcanes, del Partido Comunista de Hungría, proponen la creación de la Internacional Comunista.

1. La necesidad de la lucha por la dictadura del proletariado exige la organización uniforme, común e internacional de todos los elementos comunistas que piensan de un mismo modo.

2. Esta creación es un deber tanto más imperioso si se tiene en cuenta que actualmente se intenta en Berna y quizás se haga lo mismo en otras partes, restablecer la antigua Internacional oportunista y reunir a todos los elementos confusos y vacilantes del proletariado. Por eso es preciso establecer una neta separación entre los elementos revolucionarios proletarios y los elementos social-traidores.

3. Si la III Internacional no fuese creada por la Conferencia con sede en Moscú, eso daría la impresión de que los Partidos comunistas están en desacuerdo, lo que debilitaría nuestra situación y aumentaría la confusión entre los elementos indecisos del proletariado de todos los países.

4. La constitución de la III Internacional es, por lo tanto, un deber histórico absoluto, y la Conferencia comunista internacional con sede en Moscú debe hacerla realidad.”

Esta proposición implica volver sobre una resolución relativa a si somos una conferencia o un congreso. La proposición apunta a la constitución de la III Internacional. La discusión queda abierta.

Luego de la discusión, el camada Platten somete a votación la proposición firmada por Rakovsky, Gruber, Grimland, Rudniansky.

"Esta proposición, dice, se hace con el objeto de llegar a una decisión respecto a la creación de la III Internacional."

La resolución fue adoptada por unanimidad con excepción de cinco abstenciones (delegación alemana).

DECISIÓN

4 de marzo de 1919.

La Conferencia Comunista Internacional decide constituirse como III Internacional y adoptar el nombre de Internacional comunista. Las proporciones de los votos obtenidos no sufrieron cambios. Todos los partidos, todas las organizaciones y los grupos conservan el derecho, durante ocho meses, de adherir definitivamente a la III Internacional.

PLATAFORMA DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA

Las contradicciones del sistema mundial, antes ocultas en su seno, se revelaron con una fuerza inusitada en una formidable explosión: la gran guerra imperialista mundial.

El capitalismo intentó superar su propia anarquía mediante la organización de la producción. En lugar de numerosas empresas competitivas, se organizaron grandes asociaciones capitalistas (sindicatos, carteles, trusts), el capital bancario se unió al capital industrial, toda la vida económica cayó bajo el poder de una oligarquía capitalista que, mediante una organización basada en ese poder, adquirió un dominio exclusivo. El monopolio suplanta a la libre competencia. El capitalismo aislado se transforma en miembro de una asociación capitalista. La organización reemplaza a la anarquía insensata.

Pero en la misma medida en que, en los Estados considerados separadamente, los procedimientos anárquicos de la producción capitalista eran reemplazados por la organización capitalista, las contradicciones, la competencia, la anarquía alcanzaban en la economía mundial una mayor acuidad. La lucha entre los mayores Estados conquistadores conducía inflexiblemente a la monstruosa guerra imperialista. La sed de beneficios impulsaba al capitalismo mundial a la lucha por la conquista de nuevos mercados, de nuevas fuentes de materia bruta, de mano de obra barata de los esclavos coloniales. Los Estados imperialistas que se repartieron todo el mundo, que transformaron a millones de proletarios y de campesinos de África, Asia, América, Australia en bestias de carga, debían poner en evidencia tarde o temprano en un gigantesco conflicto la naturaleza anárquica del capital. Así se produjo el más grande de los crímenes: la guerra del bandolerismo mundial.

El capitalismo intentó superar las contradicciones de su estruc-

tura social. La sociedad burguesa es una sociedad de clases. Pero el capital de los grandes Estados "civilizados" se esforzó por ahogar las contradicciones sociales. A expensas de los pueblos coloniales a los que destruía, el capital compraba a sus esclavos asalariados, creando una comunidad de intereses entre los explotadores y los explotados, comunidad de intereses dirigida contra las colonias oprimidas y los pueblos coloniales amarillos, negros o rojos. Encadenaba al obrero europeo o americano a la "patria" imperialista.

Pero este mismo método de continua corrupción, originado por el patriotismo de la clase obrera y su sujeción moral, produjo, gracias a la guerra, su propia antítesis. El exterminio, la sujeción total del proletariado, un monstruoso yugo, el empobrecimiento, la degeneración, el hambre en el mundo entero, ese fue el último precio de la paz social. Y esta paz fracasó. La guerra imperialista se transformó en guerra civil.

Una nueva época surge. Época de disgregación del capitalismo, de su hundimiento interior. Época de la revolución comunista del proletariado.

El sistema imperialista se despioma. Problemas en las colonias, agitación en las pequeñas naciones hasta el momento privadas de independencia, rebeliones del proletariado, revoluciones proletarias victoriosas en varios países, descomposición de los ejércitos imperialistas, incapacidad absoluta de las clases dirigentes de orientar en lo sucesivo los destinos de los pueblos ese es el cuadro de la situación actual en el mundo entero.

La Humanidad, cuya cultura ha sido devastada totalmente, está amenazada de destrucción. Sólo hay una fuerza capaz de salvarla y esa fuerza es el proletariado. El antiguo "orden" capitalista no existe más. No puede existir. El resultado final de los procedimientos capitalistas de producción es el caos, y ese caos sólo puede ser vencido por la mayor clase productora, la clase obrera. Ella es la que debe instituir el orden verdadero, el orden comunista. Debe quebrar la dominación del capital, imposibilitar las guerras, borrar las fronteras entre los Estados, transformar el mundo en una vasta comunidad que trabaje para sí misma, realizar los principios de solidaridad fraternal y la liberación de los pueblos.

Mientras, el capital mundial se prepara para un último combate contra el proletariado. Bajo la cobertura de la Liga de las Naciones y de la charlatanería pacifista, hace sus últimos esfuerzos por reajustar las partes dispersas del sistema capitalista y dirigir

sus fuerzas contra la revolución proletaria irresistiblemente desencadenada.

A este inmenso complot de las clases capitalistas, el proletariado debe responder con la conquista del poder político, volver ese poder contra sus propios enemigos, servirse de él como palanca para la transformación económica de la sociedad. La victoria definitiva del proletariado mundial marcará el comienzo de la historia de la humanidad liberada.

LA CONQUISTA DEL PODER POLÍTICO

La conquista del poder político por parte del proletariado significa el aniquilamiento del poder político de la burguesía. El aparato gubernamental con su ejército capitalista, ubicado bajo el mando de un cuerpo de oficiales burgueses y de junkers, con su policía y su gendarmería, sus carceleros y sus jueces, sus sacerdotes, sus funcionarios, etc., constituye en manos de la burguesía el más poderoso instrumento de gobierno. La conquista del poder gubernamental no puede reducirse a un cambio de personas en la constitución de los ministerios sino que debe significar el aniquilamiento de un aparato estatal extranjero, la apropiación de la fuerza real, el desarme de la burguesía, del cuerpo de oficiales contrarrevolucionarios, de los guardias blancos, el armamento del proletariado, de los soldados revolucionarios y de la guardia roja obrera, la destitución de todos los jueces burgueses y la organización de los tribunales proletarios, la destrucción del funcionarismo reaccionario y la creación de nuevos órganos de administración proletarios. La victoria proletaria es asegurada por la desorganización del poder enemigo y la organización del poder proletario. Debe significar la ruina del aparato estatal burgués y la creación del aparato estatal proletario. Sólo luego de la victoria total, cuando el proletariado haya roto definitivamente la resistencia de la burguesía, podrá obligar a sus antiguos adversarios a servirlo útilmente, orientándolos progresivamente bajo su control, hacia la obra de construcción comunista.

DEMOCRACIA Y DICTADURA

Como todo Estado, el Estado proletario representa un aparato de coerción y este aparato está ahora dirigido contra los enemigos

de la clase obrera. Su misión consiste en quebrar e imposibilitar la resistencia de los explotadores, empleando en su lucha desesperada todos los medios para ahogar en sangre la revolución. Por otra parte, la dictadura del proletariado, al hacer oficialmente de esta clase la clase gobernante, crea una situación transitoria.

En la medida en que se logre quebrar la resistencia de la burguesía, ésta será expropiada y se transformará en una masa trabajadora; la dictadura del proletariado desaparecerá, el Estado fenecerá y las clases sociales desaparecerán junto con él.

La llamada democracia, es decir la democracia burguesa, no es otra cosa que la dictadura burguesa disfrazada. La tan mentada "voluntad popular" es una ficción, al igual que la unidad del pueblo. En realidad, existen clases cuyos intereses contrarios son irreductibles. Y como la burguesía sólo es una minoría insignificante, utiliza esta ficción, esta pretendida "voluntad popular", con el fin de consolidar, en medio de bellas frases, su dominación sobre la clase obrera para imponerle la voluntad de su clase. Por el contrario, el proletariado, que constituye la gran mayoría de la población, utiliza abiertamente la fuerza de sus organizaciones de masas, de sus soviets, para aniquilar los privilegios de la burguesía y asegurar la transición hacia una sociedad comunista sin clases.

La esencia de la democracia burguesa reside en un reconocimiento puramente formal de los derechos y de las libertades, precisamente inaccesibles al proletariado y a los elementos semi-proletarios, a causa de la carencia de recursos materiales, mientras que la burguesía tiene todas las posibilidades de sacar partido de sus recursos materiales, de su prensa y de su organización, para engañar al pueblo. Por el contrario, la esencia del sistema de los Soviets —de este nuevo tipo de poder gubernamental— consiste en que el proletariado obtiene la posibilidad de asegurar de hecho sus derechos y su libertad. El poder del Soviet entrega al pueblo los más hermosos palacios, las casas, las tipografías, las reservas de papel, etc., para su prensa, sus reuniones, sus sindicatos. Sólo entonces es posible establecer la verdadera democracia proletaria.

Con su sistema parlamentario, la democracia burguesa sólo da el poder a las masas de palabra, y sus organizaciones están totalmente aisladas del poder real y de la verdadera administración del país. En el sistema de los Soviets, las organizaciones de las masas gobiernan y por medio de ellas gobiernan las propias masas, ya que los Soviets llaman a formar parte de la administra-

ción del Estado a un número cada vez mayor de obreros; y de esta forma todo el pueblo obrero poco a poco participa efectivamente en el gobierno del Estado. El sistema de los Soviets se apoya de este modo en todas las organizaciones de masas proletarias, representadas por los propios Soviets, las uniones profesionales revolucionarias, las cooperativas, etcétera.

La democracia burguesa y el parlamentarismo, por medio de la división de los poderes legislativo y ejecutivo y la ausencia del derecho de revocación de los diputados, termina por separar a las masas del Estado. Por el contrario, el sistema de los Soviets, mediante el derecho de revocación, la reunión de los poderes legislativo y ejecutivo y, consecuentemente, mediante la aptitud de los Soviets para constituir colectividades de trabajo, vincula a las masas con los órganos de las administraciones. Ese vínculo es también consolidado por el hecho de que, en el sistema de los Soviets, las elecciones no se realizan de acuerdo con las subdivisiones territoriales artificiales sino que coinciden con las unidades locales de la producción.

El sistema de los Soviets asegura de tal modo la posibilidad de una verdadera democracia proletaria, democracia para el proletariado y en el proletariado, dirigida contra la burguesía. En ese sistema, se asegura una situación predominante al proletariado industrial, al que pertenece, debido a su mejor organización y su mayor desarrollo político, el papel de clase dirigente, cuya hegemonía permitirá al semiproletariado y a los campesinos pobres elevarse progresivamente. Esas superioridades momentáneas del proletariado industrial deben ser utilizadas para arrancar a las masas pobres de la pequeña burguesía campesina de la influencia de los grandes terratenientes y de la burguesía, para organizarlas y llamarlas a colaborar en la construcción comunista.

LA EXPROPIACIÓN DE LA BURGUESÍA Y LA SOCIALIZACIÓN DE LOS MEDIOS DE PRODUCCIÓN

La descomposición del sistema capitalista y de la disciplina capitalista del trabajo tornan imposible —dadas las relaciones entre las clases— la reconstrucción de la producción sobre las antiguas bases. La lucha de los obreros por el aumento de los salarios, aun en el caso de tener éxito, no implica el mejoramiento esperado de

las condiciones de existencia, pues el aumento de los precios de los productos invalida inevitablemente ese éxito. La enérgica lucha de los obreros por aumento de salarios en los países cuya situación es evidentemente sin salida, imposibilitan los progresos de la producción capitalista debido al carácter impetuoso y apasionado de esta lucha y su tendencia a la generalización. El mejoramiento de la condición de los obreros sólo podrá alcanzarse cuando el propio proletariado se apodere de la producción. Para elevar las fuerzas productoras de la economía, para quebrar lo más rápidamente posible la resistencia de la burguesía, que prolonga la agonía de la vieja sociedad creando por ello mismo el peligro de una ruina completa de la vida económica, la dictadura proletaria debe realizar la expropiación de la alta burguesía y de la nobleza y hacer de los medios de producción y de transporte la propiedad colectiva del Estado proletario.

El comunismo surge ahora de los escombros de la sociedad capitalista; la historia no dejará otra salida a la humanidad. Los oportunistas, en su deseo de retrasar la socialización por su utópica reivindicación del restablecimiento de la economía capitalista, no hacen sino aplazar la solución de la crisis y crear la amenaza de una ruina total, mientras que la revolución comunista aparece para la verdadera fuerza productora de la sociedad, es decir para el proletariado, y con él para toda la sociedad, como el mejor y más seguro medio de salvación.

La dictadura proletaria no significa ningún reparto de los medios de producción y de transporte. Por el contrario, su tarea es realizar una mayor centralización de los medios y la dirección de toda la producción de acuerdo con un plan único.

El primer paso hacia la socialización de toda la economía implica necesariamente las siguientes medidas: socialización de los grandes bancos que dirigen ahora la producción; posesión por parte del poder proletario de todos los órganos del Estado capitalista que rigen la vida económica; posesión de todas las empresas comunales; socialización de las ramas de la industria que actúan sindicadas o como trusts; igualmente, socialización de las ramas de la industria cuyo grado de concentración hace técnicamente posible la socialización; socialización de las propiedades agrícolas y su transformación en empresas agrícolas dirigidas por la sociedad.

En cuanto a las empresas de menor importancia, el proletariado debe, teniendo en cuenta su grado de desarrollo, socializarlas poco a poco.

Es importante señalar aquí que la pequeña propiedad no debe ser expropiada y que los pequeños propietarios que no explotan el trabajo de otros no deben sufrir ningún tipo de violencia. Esta clase será poco a poco atraída a la esfera de la organización social, mediante el ejemplo y la práctica que demostrarán la superioridad de la nueva estructura social que libera a la clase de los pequeños campesinos y la pequeña burguesía del yugo de los grandes capitalistas, de toda la nobleza, de los impuestos excesivos (principalmente como consecuencia de la anulación de las deudas de Estado, etc.).

La tarea de la dictadura proletaria en el campo económico sólo es realizable en la medida en que el proletariado sepa crear órganos de dirección de la producción centralizada y realizar la gestión por medio de los propios obreros. Con este objeto, se verá obligado a sacar partido de aquellas organizaciones de masas que estén vinculadas más estrechamente con el proceso de producción.

En el dominio del reparto, la dictadura proletaria debe realizar el remplazo del comercio por un justo reparto de los productos. Entre las medidas indispensables para alcanzar este objetivo señalamos: la socialización de las grandes empresas comerciales, la transmisión al proletariado de todos los organismos de reparto del Estado y de las municipalidades burguesas; el control de las grandes uniones cooperativas cuyo aparato organizativo tendrá todavía durante el período de transición una importancia económica considerable, la centralización progresiva de todos esos organismos y su transformación en un todo único para el reparto nacional de los productos.

Del mismo modo que en el campo de la producción, en el del reparto es importante utilizar a todos los técnicos y especialistas calificados, tan pronto como su resistencia en el orden de lo político haya sido rota y estén en condiciones de servir, en lugar de al capital, al nuevo sistema de producción.

El proletariado no tiene intención de oprimirlos. Por el contrario, sólo él les dará la posibilidad de desarrollar la actividad creadora más potente. La dictadura proletaria remplazará a la división del trabajo físico e intelectual, propio del capitalismo; mediante la unión del trabajo y la ciencia.

Simultáneamente con la expropiación de las fábricas, las minas, las propiedades, etc., el proletariado debe poner fin a la explotación de la población por parte de los capitalistas propietarios de inmuebles, pasar las grandes construcciones a los Soviets obre-

ros locales, instalar a la población obrera en las residencias burguesas, etcétera.

En el transcurso de esta gran transformación, el poder de los Soviets debe, por una parte, constituir un enorme aparato de gobierno cada vez más centralizado en su forma y además, debe convocar a un trabajo de dirección inmediata a sectores cada vez más vastos del pueblo trabajador.

EL CAMINO DE LA VICTORIA

El período revolucionario exige que el proletariado ponga en práctica un método de lucha que concentre toda su energía, es decir la acción directa de las masas, incluyendo todas sus consecuencias lógicas: el choque directo y la guerra declarada contra la maquinaria gubernamental burguesa. A ese objetivo deben ser subordinados todos los demás medios, tales como por ejemplo, la utilización revolucionaria del parlamentarismo burgués.

Las condiciones preliminares indispensables para esta lucha victoriosa son: la ruptura no solamente con los lacayos directos del capital y los verdugos de la revolución comunista —cuyo papel asumen actualmente los socialdemócratas de derecha— sino también la ruptura con el “Centro” (grupo Kautsky) que, en un momento crítico, abandona al proletariado y se une a sus enemigos declarados.

Por otra parte, es necesario realizar un bloque con aquellos elementos del movimiento obrero revolucionario que, aunque no hayan pertenecido antes al partido socialista, se ubican ahora totalmente en el terreno de la dictadura proletaria bajo su forma soviética, es decir con los elementos correspondientes del sindicalismo.

El crecimiento del movimiento revolucionario en todos los países, el peligro para esta revolución de ser ahogada por la liga de los estados burgueses, las tentativas de unión de los partidos traidores al socialismo (formación de la Internacional amarilla en Berna) con el objetivo de servir bajamente a la Liga de Wilson, y finalmente la necesidad absoluta para el proletariado de coordinar sus esfuerzos, todo esto nos conduce inevitablemente a la creación de la Internacional comunista, verdaderamente revolucionaria y verdaderamente proletaria.

La Internacional que se revele capaz de subordinar los intere-

ses llamados nacionales a los intereses de la revolución mundial logrará así la cooperación de los proletarios de los diferentes países, mientras que sin esta ayuda mutua económica, el proletariado no estará en condiciones de construir una nueva sociedad. Por otra parte, en oposición a la Internacional socialista amarilla, la Internacional proletaria y comunista sostendrá a los pueblos explotados de las colonias en su lucha contra el imperialismo, con el propósito de acelerar la caída final del sistema imperialista mundial.

Los malhechores del capitalismo afirmaban al comienzo de la guerra mundial que no hacían sino defender su patria. Pero el imperialismo alemán reveló su naturaleza bestial a través de una serie de sangrientos crímenes cometidos en Rusia, Ucrania, Finlandia. Y ahora se revelan a su vez, aún a los ojos de los sectores más atrasados de la población, las potencias de la Entente que saquean al mundo entero y asesinan al proletariado. De acuerdo con la burguesía alemana y los socialpatriotas, con la palabra de paz en los labios, se esfuerzan por aplastar, con ayuda de tanques y tropas coloniales ignorantes y bárbaras, la revolución del proletariado europeo. El terror blanco de los burgueses caníbales ha sido indescriptiblemente feroz. Las víctimas en las filas de la clase obrera son innumerables. La clase obrera ha perdido a sus mejores campeones: Liebknecht, Rosa Luxemburg.

El proletariado debe defenderse por todos los medios. La Internacional comunista convoca al proletariado mundial a esta lucha decisiva. ¡Arma contra arma! ¡Fuerza contra fuerza! ¡Abajo la conspiración imperialista del capital! ¡Viva la República internacional de los Soviets proletarios!

TESIS SOBRE LA SITUACIÓN INTERNACIONAL Y LA POLÍTICA DE LA ENTENTE

Las experiencias de la guerra mundial desmascaron la política imperialista de las "democracias" burguesas como la política de lucha de las grandes potencias tendiente al reparto del mundo y a la consolidación de la dictadura económica y política del capital financiero sobre las masas explotadas y oprimidas. La masacre de millones de vidas humanas, la pauperización del proletariado sometido a esclavitud, el enriquecimiento inusitado de los sectores superiores de la burguesía gracias a las provisiones de guerra, a los empréstitos, etc., el triunfo de la reacción militar en todos los países, todo esto no tardará en destruir las ilusiones respecto a la defensa de la patria, la tregua y la "democracia". La "política de paz" desmascara las verdaderas aspiraciones de los imperialistas de todos los países hasta sus últimas consecuencias.

LA PAZ DE BREST-LITOVSK Y EL COMPROMISO DEL IMPERIO ALEMÁN

La paz de Brest-Litovsk y luego la de Bucarest revelaron el carácter rapaz y reaccionario del imperialismo de las potencias centrales. Los vencedores arrancaron a la Rusia indefensa, contribuciones y anexiones. Utilizaron el derecho de libre disposición de los pueblos como pretexto para una política de anexiones, creando Estados vasallos cuyos gobiernos reaccionarios favorecieron la política de rapiña y reprinieron al movimiento revolucionario de las masas trabajadoras. El imperialismo alemán, que en el combate internacional no había conseguido la victoria total, no podía en ese momento demostrar francamente sus verdaderas intenciones, y debió resignarse a vivir en una apariencia de paz con la Rusia

de los Soviets y a enmascarar su política rapaz y reaccionaria con frases hipócritas.

Sin embargo, las potencias de la Entente, tan pronto lograron la victoria mundial, dejaron caer sus máscaras y revelaron a los ojos de todo el mundo el verdadero rostro del imperialismo mundial.

LA VICTORIA DE LA ENTENTE Y EL REAGRUPAMIENTO DE LOS ESTADOS

La victoria de la Entente repartió en diferentes grupos a los países llamados civilizados del mundo. El primero de los grupos está constituido por las potencias del mundo capitalista, las grandes potencias imperialistas victoriosas (Inglaterra, EE. UU., Francia, Japón, Italia). Frente a ellas se yerguen los países del imperialismo vencido, arruinados por la guerra y comovidos en su estructura por el comienzo de la revolución proletaria (Alemania, Austria-Hungría con sus vasallos de siempre). El tercer grupo está formado por los Estados vasallos de las potencias de la Entente. Se compone de pequeños Estados capitalistas que participaron en la guerra al lado de la Entente (Bélgica, Serbia, Portugal, etc.) y de las repúblicas "nacionales" y Estados taponos creados recientemente (república checoslovaca, Polonia, repúblicas Rusas contrarrevolucionarias, etc.). Los Estados neutros se aproximan, según su situación, a los Estados vasallos pero sufren una fuerte presión política y económica que algunas veces torna su situación semejante a la de los Estados vencidos. La República socialista rusa es un Estado obrero y campesino que se ubica al margen del mundo capitalista y representa para el imperialismo victorioso un gran peligro social, el peligro de que todos los resultados de la victoria se derrumben ante el asalto de la revolución mundial.

LA "POLÍTICA DE PAZ" DE LA ENTENTE O EL IMPERIALISMO SE DESEMASCARA A SÍ MISMO

La "política de paz" de las cinco potencias mundiales, cuando las consideramos en su conjunto, era y sigue siendo una política que se desmascara constantemente a sí misma.

Pese a todas las frases sobre su "política exterior democrática", constituye el triunfo total de la diplomacia secreta que, de espal-

das y a expensas de los millones de obreros de todos los países, decide la suerte del mundo por la vía de arreglos entre los apoderados de los trusts financieros. Todos los problemas esenciales son tratados sin excepción a puertas cerradas por el comité parisino de las cinco grandes potencias, en ausencia de los representantes de los países vencidos, neutros y de los propios Estados vasallos.

Los discursos de Lloyd George, de Clemenceau, de Sonnino, etc., proclaman y tratan de motivar abiertamente la necesidad de las *anexiones* y de las *contribuciones*.

Pese a las frases falsas sobre "la guerra por el desarme general", se proclama la necesidad de *armarse todavía* y ante todo de mantener el poderío marítimo británico en vistas de la llamada "protección de la libertad de los mares".

El *derecho de libre disposición de los pueblos por sí mismos*, proclamado por la Entente, es manifiestamente pisoteado y remplazado por el *reparto de los dominios cuestionados* entre los Estados poderosos y sus vasallos.

Sin consultar a la población, Alsacia-Lorena fue incorporada a Francia; Irlanda, Egipto e India, no tienen el derecho de disponer de sí mismas; el Estado eslavo meridional y la República Checoslovaca fueron creadas por la fuerza de las armas; se negocia desvergonzadamente el reparto de la Turquía europea y asiática, el reparto de las colonias alemanas ya comenzó, etc...

La política de las *contribuciones* ha sido llevada a un grado de pillaje total de los vencidos. No solamente se presenta a los vencidos cuentas que ascienden a miles de millones, no sólo se los priva de todos los medios de guerra, sino que los países de la Entente les quitan también las locomotoras, los ferrocarriles, los barcos, los instrumentos agrícolas, las provisiones de oro, etc., etc. Además, los prisioneros de guerra deben convertirse en los esclavos de los vencedores. Se discuten proposiciones sobre el trabajo forzado de los obreros alemanes. Las potencias aliadas tienen la intención de hacer de ellos esclavos miserables y hambrientos del capital de la Entente.

La política de *incitación nacional* llevada al extremo tiene su expresión en la constante incitación contra las naciones vencidas en la prensa de la Entente y las administraciones de la ocupación, así como en el bloqueo por hambre, condenando a los pueblos de Alemania y Austria al exterminio. Esta política tiende a crear pogroms contra los alemanes organizados por los sostenedores de la

Entente, los elementos chauvinistas checos y polacos, y pogroms contra los judíos que superan los peores actos del zarismo ruso.

Los Estados "democráticos" de la Entente prosiguen una política de *reacción extrema*.

La reacción triunfa tanto en el seno de los países de la Entente —entre las cuales Francia ha retrocedido a las peores épocas de Napoleón III— como en todo el mundo capitalista, que se halla bajo la influencia de la Entente. Los aliados ahogan la revolución en los países ocupados de Alemania, Hungría, Bulgaria, etc., excitan a los gobiernos oportunistas-burgueses de los países vencidos contra los obreros revolucionarios amenazándolos con suprimirles los víveres. Los aliados han declarado que hundirán todos los navíos alemanes que se atrevan a izar la bandera roja de la revolución, se han negado a reconocer a los consejos alemanes y en las regiones alemanas ocupadas han abolido la jornada de ocho horas. Además de apoyar la política reaccionaria en los países neutrales y promover en los Estados vasallos (el régimen de Paderevsky en Polonia), los aliados han excitado a los elementos reaccionarios de esos países (en Finlandia, Polonia, Suecia, etc.) contra la Rusia revolucionaria, y exigen la intervención de las fuerzas armadas alemanas.

CONTRADICCIONES ENTRE LOS ESTADOS DE LA ENTENTE

Pese a la identidad de las líneas fundamentales de su política imperialista, una serie de profundas contradicciones se manifiestan en el seno de las grandes potencias que dominan el mundo.

Esas contradicciones se concentran sobre todo alrededor del programa de paz del capital financiero norteamericano (el llamado programa Wilson). Los puntos más importantes de ese programa son los siguientes: "Libertad de los mares", "Sociedad de las Naciones" e "Internacionalismo de las colonias". La consigna de "libertad de los mares" —una vez privada de su máscara hipócrita— significa en realidad la abolición del predominio militar naval de ciertas grandes potencias (en primer lugar de Inglaterra) y la apertura de todas las vías marítimas al comercio norteamericano. La "Sociedad de las Naciones" significa que el derecho a la anexión inmediata de los Estados y de los pueblos débiles será negado a las grandes potencias europeas (en primer lugar a

Francia). La "internacionalización de las colonias" fija la misma regla con relación a los dominios coloniales.

Este programa está condicionado por los siguientes hechos: el capital norteamericano no posee la mayor flota del mundo; ya no tiene la posibilidad de proceder a anexiones directas en Europa y por ello apunta a la explotación de los Estados y de los pueblos débiles por medio de las relaciones comerciales y de las inversiones de capitales. Por eso quiere obligar a las otras potencias a formar un sindicato de los trusts de Estados, a repartir "lealmente" entre sí la explotación mundial y a transformar la lucha entre los trusts de Estados en una lucha puramente económica. En el dominio de la explotación económica, el capital financiero norteamericano altamente desarrollado obtendrá una hegemonía efectiva que le asegurará el predominio económico y político en el mundo.

La "libertad de los mares" se enfrenta agudamente con los intereses de Inglaterra, Japón y en parte también de Italia (en el Adriático). La "Sociedad de las Naciones" y la "internacionalización de las colonias" está en franca contradicción con los intereses de Francia y del Japón, y en menos medida con los intereses de todas las otras potencias imperialistas. La política de los imperialistas de Francia, donde el capital financiero posee una forma particularmente usurera, donde la industria está débilmente desarrollada y donde la guerra arruinó totalmente las fuerzas productivas, trata por medios desesperados de mantener el régimen capitalista. Estos medios son el pillaje bárbaro de Alemania, la sumisión directa y la explotación rapaz de los Estados vasallos (proyectos de una Unión Danubiana, de Estados eslavos meridionales) y la extorsión por medio de la violencia de las deudas contraídas por el zarismo ruso ante el Shylock francés. Francia, Italia y en forma alternada también el Japón, en cuanto que países continentales, también son capaces de llevar a cabo una política de anexiones directas.

Además de estar en contradicción con los intereses de EE. UU., las grandes potencias tienen intereses que se oponen recíprocamente entre sí. Inglaterra teme el fortalecimiento de Francia en el continente, pues tiene en Asia Menor y en Africa intereses que se oponen a los de Francia. Los intereses de Italia en los Balcanes y en el Tirol son contrarios a los intereses de Francia. Japón disputa a la Australia inglesa las islas situadas en el Océano Pacífico.

GRUPOS Y TENDENCIAS EN EL SENO DE LA ENTENTE

Esas contradicciones entre las grandes potencias dan origen a diversos grupos en el seno de la Entente. Hasta ahora se han esbozado las combinaciones principales: la combinación franco-anglo-japonesa, que está dirigida contra Norteamérica e Italia y la anglo-norteamericana que se opone a las otras grandes potencias.

La primera de esas combinaciones predominaba hasta comienzos de enero de 1919, en tanto que el presidente Wilson aún no había renunciado a exigir la abolición de la dominación marítima inglesa. El desarrollo del movimiento revolucionario de los obreros y de los soldados en Inglaterra, que condujo a una entente entre los imperialistas de diferentes países para terminar con la aventura rusa y para acelerar la conclusión de la paz, ha fortalecido la propensión de Inglaterra hacia esta combinación, que alcanza el predominio a partir de enero de 1919. El bloque anglo-norteamericano se opone a la prioridad de Francia en el pillaje de Alemania y a la intensidad exagerada de ese pillaje. Plantea ciertos límites a las exigencias anexionistas exageradas de Francia, Italia y Japón. Impide que los Estados vasallos creados recientemente les estén sometidos directamente. En lo que concierne al problema ruso, la combinación anglo-norteamericana tiene intenciones pacíficas: quiere conservar las manos libres a fin de poder realizar el reparto del mundo, de ahogar la revolución europea y luego también la revolución rusa.

A esas dos combinaciones de las potencias corresponden dos tendencias en el seno de las grandes potencias: una ultra-anexionista y otra moderada, la segunda de las cuales apoya la combinación Wilson-Lloyd George.

LA "SOCIEDAD DE LAS NACIONES"

Vistas las contradicciones irreconciliables que surgieron en el seno mismo de la Entente, la Sociedad de las Naciones —aun cuando se realizaba sobre el papel— sólo desempeñaría, sin embargo, el rol de una santa alianza de los capitalistas para reprimir la revolución obrera. La propagación de la "Sociedad de las Naciones" es el mejor medio para perturbar la conciencia revolucionaria de la clase obrera. En lugar de la consigna de una Internacional de las

repúblicas obreras revolucionarias, se lanza la de una asociación internacional de pretendidas democracias que debe ser formada por una coalición del proletariado y de las clases burguesas.

La "Sociedad de las Naciones" es una consigna tramposa mediante la cual los social-traidores a las órdenes del capital internacional dividen a las fuerzas proletarias y favorecen la contrarrevolución imperialista.

Los proletarios revolucionarios de todos los países del mundo deben llevar a cabo una lucha implacable contra las ideas de la Sociedad de las Naciones de Wilson y protestar contra la participación en esta sociedad del robo, la explotación y la contrarrevolución imperialista.

LA POLÍTICA EXTERIOR E INTERIOR DE LOS PAÍSES VENCIDOS

La derrota militar y el deterioro interno del imperialismo austriaco y alemán condujeron, en los Estados centrales y durante el primer período de la revolución, a la dominación del régimen burgués social-oportunista. Con el pretexto de la democracia y del socialismo, los social-traidores alemanes protegen y reconstruyen el predominio económico y la dictadura política de la burguesía. En su política exterior, apuntan al restablecimiento del imperialismo alemán exigiendo la restitución de las colonias y la admisión de Alemania en la Sociedad de la rapiña. A medida que se fortalecen en Alemania las bandas de guardias blancos y que avanza el proceso de descomposición en el campo de la Entente, las veleidades de la burguesía y de los social-traidores de convertirse en una gran potencia también aumentan. Al mismo tiempo, el gobierno burgués social-oportunista debilita también la solidaridad internacional del proletariado y separa a los obreros alemanes de sus hermanos de clase, cumpliendo así las órdenes contrarrevolucionarias de los aliados y sobre todo excitando a los obreros alemanes contra la revolución rusa proletaria para complacer a la Entente. La política de la burguesía y de los social-oportunistas en Austria y en Hungría es la repetición de la política del bloque burgués oportunista de Alemania bajo una forma atenuada.

LOS ESTADOS VASALLOS DE LA ENTENTE

En los Estados vasallos y en las Repúblicas que la Entente acaba de crear (Checoslovaquia, países eslavos meridionales, a los que hay que agregar Polonia, Finlandia, etc.), la política de la Entente, apoyada en las clases dominantes y los social-nacionalistas, apunta a erigir centros de un movimiento nacional contrarrevolucionario. Ese movimiento debe estar dirigido contra los pueblos vencidos, debe mantener en equilibrio a las fuerzas de los Estados nuevos y someterlos a la Entente, debe frenar los movimientos revolucionarios que surgen en las nuevas repúblicas "nacionales" y finalmente proporcionar guardias-blancos para la lucha contra la revolución internacional y sobre todo contra la revolución rusa.

En lo que se refiere a Bélgica, Portugal, Grecia y otros pequeños países aliados a la Entente, su política está totalmente determinada por la de los grandes bandoleros, a los que están sometidos y cuya ayuda solicitan para obtener pequeñas anexiones e indemnizaciones de guerra.

LOS ESTADOS NEUTROS

Los Estados neutros están en la situación de vasallos no favorecidos del imperialismo de la Entente, con los cuales ésta emplea, en forma atenuada, los mismos métodos que con respecto a los países vencidos: Los Estados neutros favorecidos formulan diversas reivindicaciones a los enemigos de la Entente (las pretensiones de Dinamarca con respecto a Flensburgo, la proposición suiza de la internacionalización del Rin, etc...). Al mismo tiempo, ejecutan las órdenes contrarrevolucionarias de la Entente (expulsión del embajador ruso, enrolamiento de los guardias-blancos en los países escandinavos, etc.). Otros estados están expuestos al peligro de un desmembramiento territorial (proyecto de incorporación de la provincia de Linburgo a Bélgica y de la internacionalización de la desembocadura del Escaut).

LA ENTENTE Y LA RUSIA SOVIÉTICA

El carácter rapaz antihumanitario y reaccionario del imperialismo de la Entente se manifiesta más netamente en la posición que

sustenta frente a la Rusia soviética. Desde el comienzo de la Revolución de octubre, las potencias de la Entente apoyaron a los partidos y los gobiernos contrarrevolucionarios de Rusia. Con la ayuda de los contrarrevolucionarios burgueses anexaron Siberia, los Urales, las costas de la Rusia europea, el Cáucaso y una parte del Turquestán. De esas comarcas anexadas sustraen materias primas (madera, nafta, manganeso, etc.). Con la ayuda de las pandillas checoslovacas a sueldo, robaron la provisión de oro de Rusia. Bajo la dirección del diplomático inglés Lockhart, espías ingleses y franceses hicieron saltar puentes y destruyeron vías férreas intentando obstaculizar el aprovisionamiento de víveres. La Entente sostuvo con fondos, armas y ayuda militar a generales reaccionarios tales como Dénikin, Koltchak y Krasnov, que fusilaron y colgaron a millares de obreros y campesinos en Rostov, Jusovka, Novorosik, Omsk, etc... Con los discursos de Clemenceau y de Pichon, la Entente proclama abiertamente el principio del "cerco económico", es decir que se quiere condenar al hambre y a la destrucción a la República de los obreros y de los campesinos revolucionarios. Se promete "ayuda técnica" a las bandas de Dénikin, Koltchak y Krasnov. Por otra parte, la Entente rechazó en diversas oportunidades las proposiciones de paz de la potencia soviética.

El 23 de enero de 1919 las potencias de la Entente, en las que predominaban momentáneamente las tendencias moderadas, dirigió a todos los gobiernos rusos la proposición de enviar delegados a la Isla de los Príncipes. Esta proposición contenía una intención provocadora con respecto al gobierno soviético. Aunque el 4 de febrero la Entente recibió una respuesta afirmativa del gobierno soviético, en la cual éste también se declaraba dispuesto a considerar anexiones, contribuciones y concesiones a fin de liberar a los obreros y campesinos rusos de la guerra que le era impuesta por la Entente, ésta no respondió.

Este hecho confirma que las tendencias anexionistas-reaccionarias de los imperialistas de la Entente se basan en terreno sólido. Amenazan a la república socialista con nuevas anexiones y nuevos asaltos contrarrevolucionarios.

La "política de paz" de la Entente devela aquí definitivamente a los ojos del proletariado internacional la naturaleza del imperialismo de la Entente y del imperialismo en general. Prueba al mismo tiempo que los gobiernos imperialistas son incapaces de acordar una paz "justa y duradera" y que el capital financiero no

puede restablecer la economía destruida. El mantenimiento del dominio del capital financiero conduciría a la destrucción total de la sociedad civilizada o al aumento de la explotación, de la esclavitud, de la reacción política, del armamentismo y finalmente a nuevas guerras destructoras.

RESOLUCIÓN SOBRE EL TERROR BLANCO

El sistema capitalista fue desde sus comienzos, un sistema de rapiña y de asesinatos masivos. Los horrores de la acumulación primitiva, la política colonial que por medio de la Biblia, la sífilis y el alcohol, condujo al despiadado exterminio de razas y poblaciones enteras; la miseria, el hambre, el agotamiento y la muerte prematuras de innumerables millones de proletarios explotados, la represión sangrienta de la clase obrera cuando ésta se rebelaba contra sus explotadores, en fin, la inmensa e inaudita carnicería que transformó a la producción mundial en una producción de cadáveres humanos, da una imagen del orden capitalista.

Desde comienzos de la guerra, las clases dominantes que en los campos de batalla habían matado a más de diez millones de hombres y habían perjudicado a muchos más impusieron también dentro de sus países el régimen de la dictadura sangrienta. El gobierno zarista ruso fusiló y colgó a los obreros, organizó pogroms contra los judíos, exterminó a todo ser vivo en el país. La monarquía austríaca ahogó en sangre la insurrección de los campesinos y de los obreros ucranios y checos. La burguesía inglesa asesinó a los mejores representantes del pueblo irlandés. El imperialismo alemán asoló su país y los marinos revolucionarios fueron las primeras víctimas de esa brutalidad. En Francia se eliminó a los soldados rusos que no estaban dispuestos a defender las ganancias de los banqueros franceses. En Norteamérica la burguesía linchó a los internacionalistas, condenó a centenares de los mejores proletarios a veinte años de trabajo forzados, mató a obreros durante las huelgas, etcétera.

Cuando la guerra imperialista comenzó a transformarse en guerra civil y las clases dominantes, los más grandes malhechores que la historia del mundo jamás haya conocido, se vieron amenazadas por el peligro inmediato de un hundimiento de su régimen sangriento, su bestialidad se tornó aún más cruel.

En su lucha por el mantenimiento del orden capitalista, la burguesía emplea los métodos más inusitados, ante los cuales palidecen todas las crueldades de la Edad Media, la Inquisición y la colonización.

Al encontrarse al borde de su tumba, la clase burguesa destruye ahora físicamente a la fuerza productiva más importante de la sociedad humana, el proletariado, y al desencadenar este terror blanco se ha mostrado en toda su espantosa desnudez.

Los generales rusos, esa personificación viviente del régimen zarista, mataron y matan aún masivamente a los obreros con el apoyo directo o indirecto de los social-traidores. Durante la dominación de los socialistas-revolucionarios y de los mencheviques en Rusia, millares de obreros y de campesinos llenaban las prisiones y los generales exterminaron a regimientos enteros a causa de su desobediencia. En la actualidad, los Krasnov y los Dénikin, que gozan de la colaboración de la Entente, han matado y colgado a decenas de millares de obreros, diezmándolos, y, para aterrorizar a los que quedaban vivos, dejaron durante tres días los cadáveres suspendidos en la horca. En los Urales y en el Volga, las pandillas de guardias blancos checoslovacos cortaron las manos y las piernas de los prisioneros, los ahogaron en el Volga, los hicieron enterrar vivos. En Siberia, los generales mataron a millares de comunistas y a una gran cantidad de obreros y campesinos.

La burguesía alemana y austríaca así como los social-traidores han demostrado su naturaleza canibalística cuando en Ucrania colgaron en horcas trasportables por ferrocarril a los obreros y campesinos que habían detenido así como a los comunistas, sus propios compatriotas, nuestros camaradas alemanes y austríacos. En Finlandia, país de la democracia burguesa, ayudaron a la burguesía finlandesa a fusilar a más de trece a catorce mil proletarios y a torturar mortalmente a más de quince mil prisioneros.

En Helsingfors colocaron delante suyo a mujeres y niños para protegerse de las ametralladoras. Fue con su apoyo como los guardias blancos finlandeses y los ayudantes suecos pudieron entregarse a esas sangrientas orgías contra el proletariado finlandés vencido. En Tammerfors, se obligó a las mujeres condenadas a muerte a cavar sus propias tumbas, en Viborg se mató a centenares de mujeres, hombres y niños finlandeses y rusos.

En su país, la burguesía y la socialdemocracia alemana llegaron a un grado extremo de furor reaccionario, reprimiendo sangrientamente la insurrección obrera comunista, asesinando bes-

tialmente a Liebknecht y Luxemburg, matando y exterminando a los obreros spartakistas. El terror masivo e individual de los blancos, esa es la bandera que guía a la burguesía.

En otros países también se ofrece a nuestros ojos el mismo cuadro. En la Suiza democrática todo está listo para la ejecución de los obreros en el caso de que se atrevan a violar la ley capitalista. En Norteamérica, el presidio, el linchamiento y la silla eléctrica aparecen como los símbolos elegidos por la democracia y la libertad.

En Hungría y en Inglaterra, en Bohemia y Polonia, en todas partes ocurre lo mismo. Los asesinos burgueses no retroceden ante ninguna infamia. Para reafirmar su poder alientan el chauvinismo y organizan, por ejemplo, la democracia burguesa ucraniana, con el menchevique Petlyura a la cabeza, la de Polonia con el socialpatriota Pilsudsky y así seguidamente. Surgen también innúmeros pogroms contra los judíos que superan de lejos los que organizaban los policías del zar. Y si la canalla polaca reaccionaria y "socialista" asesinó a los representantes de la Cruz Roja rusa, eso es sólo una gota de agua en medio de los crímenes y horrores del canibalismo burgués decadente.

La "Liga de las Naciones" que, según las declaraciones de sus fundadores, debe propiciar la paz, se encamina hacia una guerra sangrienta contra el proletariado de todos los países. Las potencias de la Entente, al tratar de resguardar su dominación, abren con *ejércitos de negros*, la vía hacia un terror increíblemente brutal.

Maldiciendo a los asesinos capitalistas y a sus ayudantes socialdemócratas, el primer Congreso de la Internacional Comunista convoca a los obreros de todos los países a unir todas sus fuerzas para poner fin definitivamente al sistema de asesinato y rapiña destruyendo el poder del régimen capitalista.

DISCURSO DEL CAMARADA TROTSKI

Camarada L. Trotski (Rusia). El camarada Albert ha dicho que el ejército rojo frecuentemente es objeto de discusiones en Alemania y, si he comprendido bien, también inquieta a los señores Ebert y Scheidemann en sus noches de insomnio, pues temen la irrupción amenazadora del Ejército Rojo en Prusia Oriental. En lo que respecta a la irrupción, el camarada Albert puede tranquilizar a los actuales amos de Alemania: feliz o desgraciadamente, eso depende del punto de vista que se tenga, actualmente aún no estamos allí. En todo caso, en lo que concierne a las invasiones que nos amenazan, hoy nuestra situación es mejor que en la época de la paz de Brest-Litovsk. Esto es muy cierto. En esa época, éramos niños en lo que respecta al desarrollo general del gobierno soviético como también al del Ejército rojo. En aquella época este último aún se llamaba la Guardia roja. Desde hace mucho tiempo ese nombre ya no existe. La Guardia roja estaba compuesta por las primeras tropas de guerrilleros, secciones improvisadas de obreros revolucionarios que, impulsados por su espíritu revolucionario, llevaron la Revolución proletaria desde Petrogrado y Moscú a todo el territorio ruso. Este período duró hasta el primer encuentro de la Guardia roja con los regimientos alemanes regulares, donde se comprobó claramente que esos grupos improvisados no estaban en condiciones de proporcionar a la República socialista revolucionaria una verdadera protección, dado que ya no se trataba solamente de liquidar a la contrarrevolución rusa sino de rechazar a un ejército disciplinado.

Entonces comienza el cambio en el estado de ánimo de la clase obrera en relación al ejército, y también el cambio de los métodos de organización de éste. Presionados por la situación, procedimos a la formación de un ejército bien organizado, poseedor de una conciencia de clase. Pero en nuestro programa existe la milicia popular. Aunque hablar de la milicia popular, de esa reivindicación

política de la democracia, en un país gobernado por la dictadura del proletariado es imposible, pues el ejército siempre está muy estrechamente ligado al carácter de la potencia que detenta el poder. La guerra, como decía el viejo Clausewitz, es la continuación de la política, pero por otros medios. Y el ejército es el instrumento de la guerra y debe corresponder a la política. El gobierno es proletario y en su composición social, el ejército debe reflejar esa realidad.

Por eso introdujimos el empadronamiento en la composición del ejército. Desde el mes de mayo del año pasado hemos pasado del ejército voluntario, de la Guardia roja, al ejército basado en el servicio militar obligatorio, pero sólo admitimos a los proletarios o a los campesinos que no explotan mano de obra externa.

Es imposible hablar seriamente de una milicia popular en Rusia, si se considera que teníamos y aún tenemos varios ejércitos de clase enemigos en el territorio del antiguo imperio del zar. También tenemos, por ejemplo, en el territorio del Don un ejército monárquico, dirigido por oficiales cosacos, compuesto de elementos burgueses y ricos campesinos cosacos. Luego tuvimos en la región del Volga y de los Urales el ejército de la Constituyente que también era, según su concepción, el ejército "popular", como se lo llamaba. Este ejército se disolvió muy rápidamente. Esos señores de la Constituyente tuvieron la peor parte, abandonaron el campo de la democracia del Volga y de los Urales de un modo totalmente involuntario y buscaron entre nosotros la hospitalidad del gobierno soviético. El almirante Koltchak simplemente arrestó al gobierno de la Constituyente, y el ejército se convirtió en un ejército monárquico. En un país que se halla en estado de guerra civil sólo se puede construir un ejército sobre el principio de clase. Eso es lo que nosotros hemos hecho, y exitosamente.

El problema de los jefes militares nos ha planteado grandes dificultades. Evidentemente, nuestra primera preocupación era educar oficiales rojos, reclutados en las filas de la clase obrera y entre los hijos de los campesinos desahogados. Desde un comienzo procedimos a realizar este trabajo y aún aquí, ante la puerta de esta sala, ustedes pueden ver a "sargentos" rojos que en poco tiempo entrarán como oficiales rojos en el ejército soviético. Son muy numerosos, aunque no puedo dar cifras porque un secreto de guerra siempre es un secreto de guerra. El número, como decía, es bastante grande pero no podemos esperar que los jóvenes sargentos rojos se conviertan en generales rojos, pues el enemigo

no va a dejarnos tanto tiempo de tregua. Para tener éxito en nuestro objetivo y formar muchos hombres capaces, debimos dirigirnos también a los viejos jefes militares. Evidentemente, no elegimos nuestros oficiales en el brillante sector de los cortesanos militares sino entre los elementos más simples, donde hemos reclutado fuerzas muy capaces que nos ayudan ahora a combatir a sus antiguos colegas. Por una parte, contamos con elementos buenos y leales, componentes del antiguo cuerpo de oficiales, a los que hemos agregado buenos comunistas en función de comisarios y además con los mejores elementos surgidos de los soldados, los obreros, los campesinos, para los puestos de mando inferiores. De este modo, hemos formado un cuerpo de oficiales rojos.

Desde que existe la República soviética en Rusia, siempre ha sido obligada a hacer la guerra y la hace también en la actualidad. Tenemos un frente de 8.000 km. En el sur y, en el norte, en el este y en el oeste, en todas partes nos atacan y debemos defendernos. Y Kautsky nos ha acusado también de practicar el militarismo. Ahora bien, pienso que si queremos conservar el poder en manos de los obreros, debemos defendernos seriamente. Para defendernos, debemos enseñar a los obreros a hacer uso de las armas que ellos forjan. Hemos comenzado por desarmar a la burguesía y armar a los obreros. Si eso es militarismo, entonces hemos creado nuestro militarismo socialista y perseveraremos firmemente apoyándonos en él.

Al respecto, nuestra situación en agosto pasado era muy mala. No solamente nos hallábamos cercados sino que el cerco estaba bastante próximo de Moscú. Desde entonces, hemos ampliado el cerco cada vez más y, en los últimos seis meses, el Ejército rojo ha recuperado para la Unión Soviética no menos de 700.000 km², con una población de alrededor de cuarenta y dos millones de habitantes, dieciséis gobernaciones con dieciséis grandes ciudades en las que la clase obrera siempre llevó a cabo ásperas luchas. Y actualmente, si a partir de Moscú se traza sobre el mapa una línea en cualquier dirección y se la prolonga, se encontrará a un campesino ruso, a un obrero ruso en el frente que, en medio de la fría noche, se yergue con su fusil en la frontera de la República Soviética para defenderla.

Y puedo asegurarles que los obreros comunistas que forman realmente el núcleo de este ejército se conducen no sólo como el ejército de protección de la República socialista rusa sino también como el Ejército rojo de la III Internacional. Y si hoy tene-

mos la posibilidad de brindar hospitalidad a esta conferencia comunista para agradecer una vez a nuestros hermanos de Europa occidental la hospitalidad que nos prodigaron durante decenas de años, lo debemos a los esfuerzos y sacrificios del Ejército rojo, en el cual los mejores camaradas de la clase obrera comunista actúan como simples soldados, como oficiales rojos o como comisarios, es decir como los representantes directos de nuestro partido, del gobierno soviético y que en cada regimiento, en cada división, dan el tono político y moral, es decir que enseñan con su ejemplo a los soldados rojos cómo se lucha y se muere por el socialismo. Entre esos hombres, estas no son palabras huecas, pues son seguidas de actos, y en esta lucha hemos perdido centenares y millares de los mejores obreros socialistas. Pienso que no han caído solamente por la República soviética sino también por la III Internacional.

Y si bien en la actualidad no pensamos invadir la Prusia oriental (por el contrario, nos sentiríamos felices si los señores Ebert y Scheidemann nos dejaran en paz) sin embargo es exacto que cuando llegue el momento en que nuestros hermanos de Occidente nos llamen en su auxilio, les responderemos: "¡Aquí estamos, durante este tiempo hemos aprendido el manejo de las armas, y estamos dispuestos a luchar y a morir por la causa de la Revolución mundial!".

DISCURSO DE CLAUSURA DE LENIN 7 DE MARZO DE 1919

Así hemos terminado nuestro trabajo.

Hemos logrado reunirnos a pesar de todas las dificultades y persecuciones de que nos hizo objeto la policía, y contra todas las divergencias que nos desunían aprobamos numerosas resoluciones relativas a problemas candentes de esta época revolucionaria. Y todo ello fue posible gracias a que las masas proletarias del mundo entero supieron llevar a primer plano, con su lucha, estos problemás y comenzar a resolverlos en la práctica.

Nuestra tarea se limitó a registrar lo que las masas habían conquistado ya por medio de su lucha revolucionaria.

En los países de Europa occidental y oriental, en los países vencidos y en los vencedores —como por ejemplo en Inglaterra—, el movimiento en favor de los soviets crece y se difunde. Ese movimiento no tiene otro fin que crear una democracia nueva, proletaria, es un importante paso de avance que nos acerca a la dictadura del proletariado, que asegura la victoria definitiva del comunismo.

La burguesía del mundo entero puede seguir empleando la violencia, puede continuar su política de expulsar y meter en la cárcel e incluso de asesinar a los espartaquistas y a los bolcheviques; nada de eso la salvará. Esas medidas abrirán los ojos a las masas, las ayudarán a liberarse de los viejos prejuicios democrático-burgueses y las templarán en la lucha. La victoria de la revolución proletaria está asegurada. Ya se divisa la formación de la República Soviética Internacional.

MANIFIESTO DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA A LOS PROLETARIOS DE TODO EL MUNDO

Hace setenta y dos años, el partido comunista presentó al mundo su programa en forma de un manifiesto escrito por los más grandes profetas de la Revolución proletaria, Karl Marx y Friedrich Engels. Ya en esa época, el comunismo, que recién entraba en la lucha, era acosado por las persecuciones, las mentiras, el odio de las clases poseedoras que presentían con razón en él a su enemigo mortal. Durante esos tres cuartos de siglo, el desarrollo del comunismo siguió vías complejas, conociendo alternativamente las tempestadas del entusiasmo y los períodos de descorazonamiento, los éxitos y los fracasos. Pero en lo fundamental, el movimiento siguió el camino trazado por el Manifiesto del Partido comunista. La hora de la lucha final y decisiva llegó más tarde de lo que lo descontaban y esperaban los apóstoles de la Revolución social. Pero llegó. Nosotros, comunistas, representantes del proletariado revolucionario de los diferentes países de Europa, América y Asia, reunidos en Moscú, capital de la Rusia soviética, nos sentimos los herederos y los continuadores de la obra cuyo programa fue anunciado hace setenta y dos años.

Nuestra tarea consiste en generalizar la experiencia revolucionaria de la clase obrera, en librar al movimiento de las mezclas impuras de oportunismo y de social-patriotismo, de unir las fuerzas de todos los partidos verdaderamente revolucionarios del proletariado mundial y de facilitar y lograr la victoria de la Revolución comunista en todo el mundo.

En la actualidad, cuando Europa está cubierta de ruinas humeantes, los más culpables de los incendiarios se ocupan en buscar a los responsables de la guerra. Son secundados por sus lacayos, profesores, parlamentarios, periodistas, socialpatriotas y otros apoyos políticos de la burguesía.

Durante muchos años, el socialismo predijo la inevitabilidad

de la guerra imperialista. Consideró que las causas eran el deseo insaciable de lucro y de apropiación que acuciaba a las clases poseedoras de los dos competidores principales y, en general, de todos los países capitalistas. Dos años antes de la explosión, en el congreso de Basilea, los jefes socialistas responsables de todos los países denunciaban al imperialismo como el promotor de la futura guerra. Amenazaban a la burguesía con desencadenar la Revolución social, venganza del proletariado contra los crímenes del capitalismo.

Ahora, luego de una experiencia de cinco años, mientras que la historia, que puso en evidencia los apetitos rapaces de Alemania, devela las maniobras no menos criminales de los Aliados, los socialistas oficialistas de los países de la Entente, haciéndose eco de sus gobiernos, no cesan de denunciar al kaiser alemán destituido como el gran culpable de la guerra. Además, en su abyecto servilismo, los social-patriotas alemanes que en agosto de 1914 hacían del libro blanco diplomático de los Hohenzollern el evangelio sagrado de las naciones, acusan ahora a su vez a esta monarquía alemana vencida, de la cual fueran sus fieles servidores, de ser la causa principal de la guerra. De ese modo, esperan olvidar el papel que desempeñaron y obtener la indulgencia de los vencedores. Pero al lado del papel desempeñado por las dinastías derrotadas de los Romanov, de los Hohenzollern, de los Habsburgos y de las camarillas capitalistas de sus países, el papel de las clases dirigentes de Francia, Inglaterra, Italia y EE. UU. aparece en toda su criminal magnitud a la luz de los acontecimientos producidos y de las revelaciones diplomáticas.

Hasta la explosión de la guerra, la diplomacia inglesa no levantó su máscara misteriosa. El gobierno de la City temía que si declaraba categóricamente su proyecto de participar en la guerra al lado de la Entente, el gobierno de Berlín retrocediera y no hubiese guerra. Por eso se condujo de modo tal de hacer creer, por una parte, a Berlín y a Viena en la neutralidad de Inglaterra y, por otra parte, de permitir que París y Petrogrado contasen firmemente con su intervención.

Preparada por la marcha de la historia durante varias decenas de años, la guerra fue desencadenada por una provocación directa y consciente de Gran Bretaña. El gobierno de este país había planeado apoyar a Rusia y a Francia exclusivamente en la medida necesaria para debilitarlas, mientras éstas hacían lo mismo con Alemania, su enemigo mortal. Pero la potencia del sistema militar

alemán se mostró demasiado peligrosa e impuso una intervención ya no aparente sino real de Inglaterra.

El papel de sonriente espectador a que aspiraba Gran Bretaña por tradición recayó en los EE. UU. El gobierno de Wilson aceptó el bloqueo inglés —que limitaba unilateralmente la especulación de la Bolsa norteamericana sobre la sangre europea— mucho más fácilmente dado que los Estados de la Entente reparaban sus ofensas al “derecho internacional” ofreciendo a la burguesía yanqui, a cambio de esas ofensas, espléndidos beneficios. Sin embargo, la gran superioridad militar de Alemania obligó a su vez al gobierno de Washington a salir del estado de neutralidad ficticia en que se encontraba con relación a Europa. Los EE. UU. observaron respecto a Europa la misma actitud que Inglaterra había tenido en las guerras anteriores y que intentó hacer valer en el último conflicto: debilitar a uno de los campos sirviéndose del otro, y sólo mezclarse en operaciones militares en la medida de lo indispensable para asegurarse todas las ventajas de la situación. La apuesta de los norteamericanos no fue grande pero fue la última, lo que le aseguró la ganancia.

Las contradicciones del régimen capitalista se revelaron a la humanidad una vez finalizada la guerra bajo la forma de sufrimientos físicos: el hambre, el frío, las enfermedades epidémicas y un recrudecimiento de la barbarie. Así es dirimida la vieja querrela académica de los socialistas sobre la teoría de la pauperización y del pasaje progresivo del capitalismo al socialismo. Los estadísticos y los pontífices de la teoría de la cuadratura del círculo habían buscado, durante decenas de años, en todos los rincones del mundo hechos reales o imaginarios capaces de demostrar el progreso del bienestar de ciertos grupos o categorías de la clase obrera. La teoría de la pauperización de las masas fue considerada como sepultada bajo los silbidos despreciativos de los eunuocos que ocupaban las tribunas universitarias de la burguesía y de los mandarines del oportunismo socialista. Ahora ya no se trata solamente de la pauperización social sino de un empobrecimiento fisiológico, biológico, que se presente ante nosotros en toda su odiosa realidad.

La catástrofe de la guerra imperialista ha barrido radicalmente todas las conquistas de las batallas sindicalistas y parlamentarias. Y sin embargo, esta guerra surgió de las tendencias internas del capitalismo en la misma medida que los regateos económicos o los compromisos parlamentarios que sepultó bajo la sangre y el barro.

El capital financiero, luego de haber precipitado a la humanidad en el abismo de la guerra, también sufrió durante esta guerra una modificación catastrófica. El estado de dependencia en que se encontraba el papel moneda con relación al fundamento material de la producción fue roto definitivamente. Perdiendo cada vez más su valor de medio y de regulador del intercambio de los productos en el régimen capitalista, el papel moneda se transformó en instrumento de requisición, de conquista y en general de opresión militar y económica.

La depreciación total de los billetes de banco evidencia la crisis mortal general que afecta a la circulación de los productos en el régimen capitalista. Si la libre competencia, como regulador de la producción y del reparto, fue remplazada en los principales sectores de la economía por el sistema de los trusts y de los monopolios desde varias decenas de años antes de la guerra, el mismo curso de la guerra arrancó el papel regulador y directriz a los grupos económicos para transmitirlo directamente al poder militar y gubernamental. El reparto de las materias primas, la explotación de la nafta de Bakú o de Rumania, de la hulla del Donetz, del trigo de Ucrania, la utilización de las locomotoras, de los vagones y de los automóviles de Alemania, el aprovisionamiento de pan y carne de la Europa hambrienta, todos esos problemas fundamentales de la vida económica del mundo ya no están regidos por la libre competencia ni tampoco por combinaciones de trusts o de consorcios nacionales e internacionales. Ellos han caído bajo el yugo de la tiranía militar para salvaguardar de ahora en adelante su influencia predominante. Si la absoluta sujeción del poder político al capital financiero condujo a la humanidad a la carnicería imperialista, esta carnicería permitió al capital financiero no solamente militarizar hasta el extremo el Estado sino también militarizarse a sí mismo, de modo tal que ya no puede cumplir sus funciones económicas esenciales sino mediante el hierro y la sangre.

Los oportunistas que antes de la guerra invitaban a los obreros a moderar sus reivindicaciones con el pretexto de pasar lentamente al socialismo y que durante la guerra lo obligaron a renunciar a la lucha de clases en nombre de la unión sagrada y de la defensa nacional, exigen del proletariado un nuevo sacrificio, esta vez con el propósito de acabar con las consecuencias horribles de la guerra. Si tales prédicas lograsen influir a las masas obreras, el desarrollo del capital proseguiría sacrificando numerosas generaciones con formas nuevas de sujeción, aún más

concentradas y más monstruosas, con la perspectiva fatal de una nueva guerra mundial. Para dicha de la humanidad, esto ya no es posible.

La estatización de la vida económica, contra la que tanto protestaba el liberalismo capitalista, es ya un hecho. Volver no a la libre competencia sino solamente a la dominación de los trusts, sindicatos y otros pulpos capitalistas, es imposible. El problema consiste únicamente en saber qué Estado va a dirigir la producción estatizada, si el Estado imperialista o el Estado del proletariado victorioso.

En otras palabras, ¿toda la humanidad trabajadora se convertirá en el esclavo tributario de una camarilla mundial triunfante que, bajo el nombre de la Liga de las Naciones, mediante un ejército "internacional" y de una flota "internacional" saqueará y extrangulará a unos, apoyará a otros, pero siempre y en todas partes encadenará al proletariado con el único objetivo de mantener su propia dominación? ¿O bien la clase obrera de Europa y de los países más avanzados del mundo se apoderará de la vida económica, aún desorganizada y destruida, para asegurar su reconstrucción sobre bases socialistas?

Sólo es posible abreviar la época de crisis por que atravesamos mediante los métodos de la dictadura del proletariado, que no tiene en cuenta el pasado, ni los privilegios hereditarios, ni el derecho de propiedad, que sólo considera la necesidad de salvar a las masas hambrientas, y para ello moviliza todos los medios y todas sus fuerzas, decreta para todo el mundo la obligación de trabajar, instituye el régimen de la disciplina obrera a fin de no solo restañar en algunos años las heridas abiertas causadas por la guerra sino también de conducir a la humanidad a una altura nueva e insospechable.

El Estado nacional, luego de haber dado un impulso vigoroso al desarrollo capitalista, se ha tornado demasiado estrecho para la expansión de las fuerzas productivas. Este fenómeno ha hecho más difícil la situación de los pequeños Estados situados en medio de las grandes potencias europeas y mundiales. Esos pequeños Estados, surgidos en diferentes épocas como fragmentos de los grandes, como la moneda pequeña destinada a pagar diversos tributos, como tapones estratégicos, poseen sus dinastías, sus castas dirigentes, sus preteusiones imperialistas, sus maquinaciones diplomáticas. Su independencia ilusoria estaba basada, antes de la guerra, del mismo modo como estaba basado el equilibrio europeo,

en el antagonismo de los dos grandes campos imperialistas. La guerra ha destruido ese equilibrio. Al dar primeramente una inmensa ventaja a Alemania, la guerra obligó a los pequeños Estados a buscar su salvación en la magnanimidad del militarismo alemán. Al ser vencida Alemania, la burguesía de los pequeños Estados, de acuerdo con sus "socialistas" patriotas, se volvió para saludar al imperialismo triunfante de los aliados, y en los hipócritas artículos del programa de Wilson se dedicó a buscar las garantías del mantenimiento de su independencia. Al mismo tiempo, el número de pequeños estados creció: de la monarquía austro-húngara, del imperio de los zares se desprendieron nuevos Estados que apenas nacidos luchaban entre sí por problemas de fronteras. Mientras tanto, los imperialistas aliados preparan acuerdos de pequeñas potencias, viejas y nuevas, para encadenarlas entre sí mediante un odio mutuo y un debilitamiento general.

Mientras aplastan y violentan a los pueblos pequeños y débiles, condenándolos al hambre y la sumisión, los imperialistas aliados —tal como lo hicieron antes los Imperios centrales— hablan incesantemente del derecho de las nacionalidades, derecho que violan en Europa y en el mundo entero.

Sólo la revolución proletaria puede garantizar a los pequeños pueblos una existencia libre, pues ella liberará las fuerzas productivas de todos los países de las tenazas apretadas por los Estados nacionales, uniendo a los pueblos en una estrecha colaboración económica, conforme a un plan económico común. Sólo ella dará a los pueblos más débiles y menos poblados la posibilidad de administrar, con una libertad y una independencia absolutas, su cultura nacional, sin el menor perjuicio para la vida económica unificada y centralizada de Europa y de todo el mundo.

La última guerra, que fue en gran medida una guerra por la conquista de las colonias, fue a la vez una guerra hecha con la ayuda de las colonias. En proporciones hasta entonces desconocidas, los pueblos coloniales fueron arrastrados a la guerra europea. ¿Por qué lucharon en Europa los hindúes, los negros, los árabes, los malgaches? Por sus derechos a seguir siendo esclavos de Inglaterra y Francia durante más tiempo. Jamás fue tan edificante el espectáculo de la deshonestidad del Estado capitalista en las colonias; jamás fue planteado con semejante agudeza el problema de la esclavitud colonial.

Esa es la causa de una serie de rebeliones y movimientos revolucionarios en todas las colonias. En la misma Europa, Irlanda

recordó mediante sangrientos combates callejeros que aún era, y que tenía conciencia de ser, un país sometido. En Madagascar, en Anan, en muchos otros sitios, las tropas de la república burguesa tuvieron que reprimir durante la guerra insurrecciones de esclavos coloniales. En la India, el movimiento revolucionario no cesó un solo día, y en estos últimos tiempos condujo a grandes huelgas obreras, a las que el gobierno británico contestó haciendo intervenir en Bombay *automóviles blindados*.

Así está planteado el problema colonial en toda su amplitud, no solamente sobre la mesa del congreso de los diplomáticos en París sino en las propias colonias. El programa de Wilson tiene por objetivo, en su interpretación más favorable, cambiar la etiqueta de la esclavitud colonial. La emancipación de las colonias sólo es concebible si se realiza al mismo tiempo que la de la clase obrera de las metrópolis. Los obreros y los campesinos no sólo de Anan, de Argelia o Bengala sino también de Persia y de Alemania. nunca podrán gozar de una existencia independiente hasta el día en que los obreros de Inglaterra y de Francia, luego de derrotar a Lloyd George y Clemenceau, tomen en sus manos el poder gubernamental. Desde ahora, en las colonias más desarrolladas, la lucha no se lleva a cabo solamente bajo el estandarte de la emancipación nacional sino que inmediatamente adopta un carácter social más o menos evidente. Si la Europa capitalista arrastró a los sectores más atrasados del mundo, y contra su voluntad, en el torbellino de las relaciones capitalistas, la Europa socialista, por su parte, socorrerá a las colonias liberadas con su técnica, su organización, su influencia moral, a fin de lograr su tránsito a una vida económica regularmente organizada por el socialismo.

¡Esclavos coloniales de Africa y Asia: la hora de la dictadura proletaria en Europa sonará para ustedes como la hora de vuestra liberación!

Todo el mundo burgués acusa a los comunistas de suprimir la libertad y la democracia política. Pero eso es falso. Al tomar el poder, el proletariado, no hace sino poner de manifiesto la total imposibilidad de aplicar los métodos de la democracia burguesa y crear las condiciones y las formas de una nueva democracia obrera más perfecta. En el curso del desarrollo capitalista, en particular en la última época imperialista, se han socavado las bases de la democracia política, no solamente dividiendo a las naciones en dos clases enemigas irreconciliables, sino también condenando al empobrecimiento económico y a la impotencia política a múltiples

sectores de la pequeña burguesía y del proletariado lo mismo que a los elementos más desheredados de ese proletariado.

La clase obrera de los países donde el desarrollo histórico lo permitió, utilizó al régimen de la democracia política para organizarse contra el capital. Lo mismo ocurrirá más adelante en los países donde aún no se han dado las condiciones preliminares de una revolución obrera. Pero las masas de la población intermedia, no solamente en los pueblos sino también en las ciudades, son mantenidas en un estado de gran atraso con relación al desarrollo histórico actual.

El campesino de Baviera o de Baden, todavía estrechamente unido al campanario de su pueblo, el pequeño vinicultor francés arruinado por la falsificación de los vinos realizada por los grandes capitalistas, el pequeño granjero norteamericano oprimido y estafado por los banqueros y los diputados, todos esos sectores sociales, retenidos por el capitalismo lejos de la gran ruta del desarrollo histórico, son invitados en un papel por el régimen de la democracia política a participar en el gobierno del Estado. En realidad, en los problemas fundamentales de los que depende el destino de las naciones, gobierna una oligarquía financiera tras los bastidores de la democracia parlamentaria. Así se resolvió el problema de la guerra, y así se decide ahora la paz.

En la medida en que la oligarquía financiera se toma el trabajo de hacer avalar sus actos de tiranía con votos parlamentarios, el Estado burgués se sirve, para alcanzar los resultados, de todas las armas de la demagogia, de la mentira, de la persecución, de la calumnia, de la corrupción, del terror, que los pasados siglos de esclavitud pusieron a su disposición y que han sido multiplicados por los prodigios de la técnica capitalista.

Exigir del proletariado que en su última lucha a muerte contra el capital observe piadosamente los principios de la democracia política equivaldría a exigir de un hombre que defiende su existencia y su vida contra bandidos que observe las reglas convencionales del boxeo francés, reglas en este caso instituidas por el enemigo y que el enemigo no observa.

En el dominio de la devastación, donde no sólo los medios de producción y de transporte sino también las instituciones de la democracia política sólo son un montón de restos ensangrentados, el proletariado está obligado a crear un aparato que sirva ante todo para conservar la cohesión interna de la propia clase obrera y que le dé la facultad de intervenir revolucionariamente en el

desarrollo ulterior de la humanidad. Este aparato son los soviets.

Los antiguos partidos, las antiguas organizaciones sindicales se manifestaron en la persona de sus jefes como incapaces no solamente de decidir sino hasta de comprender los problemas planteados por la nueva época. El proletariado ha creado un nuevo tipo de organización amplia, que engloba a las masas obreras independientemente de la profesión y del grado de desarrollo político, un aparato flexible, capaz de renovarse constantemente, de ampliarse infinitamente, que pueda siempre atraer a su órbita a nuevas categorías y abarcar a los sectores de trabajadores próximos al proletariado de la ciudad y del campo. Esta organización irremplazable de la clase obrera, que se gobierna a sí misma, que lucha y conquista finalmente el poder político ha puesto a prueba su vitalidad en diferentes países, y constituye la conquista y el arma más poderosa del proletariado de nuestra época.

En todos los países donde las masas trabajadoras viven una vida consciente se forman actualmente y se formarán soviets de diputados, obreros, soldados y campesinos. Fortalecer los soviets, aumentar su autoridad, oponerlos al aparato gubernamental de la burguesía es ahora el objetivo esencial de los obreros conscientes y leales de todos los países. Por medio de los soviets, la clase obrera puede liberarse de los gérmenes de disolución que llevan en su seno los sufrimientos infernales de la guerra, del hambre, de la tiranía de los ricos y de las traiciones de sus antiguos jefes. Por medio de los soviets, la clase obrera, del modo más seguro y más fácil, puede acceder al poder en todos los países donde los soviets reúnan a su alrededor a la mayoría de los trabajadores. Por medio de los soviets, la clase obrera, dueña del poder, gobernará toda la vida económica y moral del país, como ya lo hace en Rusia.

La caída del Estado imperialista, desde sus formas zaristas hasta las más democráticas, se da simultáneamente con la derrota del sistema militar imperialista. Los ejércitos de varios millones de hombres movilizados por el imperialismo sólo pudieron sostenerse mientras el proletariado aceptaba el yugo de la burguesía. La destrucción de la unidad nacional significaba la destrucción de los ejércitos. Eso es lo que ocurrió primeramente en Rusia, luego en Alemania y en Austria. Es lo que ahora hay que lograr en los otros países imperialistas. La rebelión del campesino contra el propietario, del obrero contra el capitalista, de los dos contra la burocracia monárquica o "democrática" implica inevitablemente la rebelión de los soldados contra los oficiales y luego una escisión

caracterizada entre los elementos proletarios y burgueses del ejército. La guerra imperialista que opone a las naciones entre sí se ha convertido y se convierte cada vez más en guerra civil que opone a las clases entre sí.

Las lamentaciones del mundo burgués sobre la guerra civil y el terror rojo constituyen la más monstruosa hipocresía que jamás haya registrado la historia de las luchas políticas. No habría guerra civil si las pandillas de explotadores que condujeron a la humanidad al borde del abismo no se opusieran a los progresos de los trabajadores, no organizaran complots y asesinatos y no apelaran al auxilio de ejércitos extranjeros para conversar o recuperar sus privilegios usurpados.

La guerra civil es impuesta a la clase obrera por sus enemigos mortales. Si no quiere suicidarse y renunciar a su porvenir, que es el porvenir de la humanidad, la clase obrera no puede evitar de responder golpe con golpe a sus agresores. Los partidos comunistas no provocan jamás artificialmente la guerra civil, se esfuerzan por disminuir en la medida de lo posible su duración en todas aquellas oportunidades en que se presenta como inevitable, en reducir al mínimo el número de víctimas, pero por encima de todo trata de asegurar el triunfo del proletariado. De aquí proviene la necesidad de desarmar a tiempo a la burguesía, de armar a los obreros, de crear un ejército comunista para defender el poder del proletariado y la inviolabilidad de su construcción socialista. Así el ejército rojo de la Rusia soviética ha surgido y se levanta como la muralla de las conquistas de la clase obrera contra todos los ataques de adentro y de afuera. Un ejército soviético es inseparable de un Estado soviético.

Conscientes del carácter universal de su causa, los obreros más desarrollados han tendido, desde los primeros momentos del movimiento socialista organizado, hacia una unión internacional de ese movimiento. Sus bases fueron planteadas en 1864 en Londres por la primera Internacional. La guerra franco-alemana, de donde surgió la Alemania de los Hohenzollern, arrasó con la primera Internacional y a la vez provocó el desenvolvimiento de los partidos obreros nacionales. En 1889, esos partidos se reunieron en Congreso en París y crearon la organización de la II Internacional. Pero el centro de gravedad del movimiento obrero estaba colocado enteramente en esa época en el terreno nacional, en el marco de los Estados nacionales, sobre la base de la industria nacional, en el dominio del parlamentarismo nacional. Varias decenas de años

de trabajo, de organización y de reformas crearon una generación de jefes cuya mayoría aceptaban con palabras el programa de la revolución social pero de hecho renunciaron a ella, se hundieron en el reformismo, en una adaptación servil a la dominación burguesa. El carácter oportunista de los partidos dirigentes de la II Internacional se puso de manifiesto claramente y condujo al más grande crack de la historia mundial en el preciso momento en que el curso de los acontecimientos históricos reclamaba de los partidos de la clase obrera métodos revolucionarios de lucha. Si la guerra de 1870 asestó un golpe a la Primera Internacional poniendo al descubierto que detrás de su programa social y revolucionario no había aún ninguna fuerza organizada de las masas, la guerra de 1914 mató a la Segunda Internacional demostrando que al frente de las poderosas organizaciones de masas obreras había tan sólo partidos dispuestos a convertirse en instrumentos dóciles de la dominación burguesa.

Estas observaciones no se aplican solamente a los social-patriotas que se pasaron clara y abiertamente al campo de la burguesía, que se han convertido en sus delegados preferidos y en sus agentes de confianza, los verdugos más seguros de la clase obrera sino que también son aplicables a la tendencia centrista, indeterminada e inconsciente, que intenta restaurar la II Internacional, es decir perpetuar la rigidez de puntos de vista, el oportunismo, la impotencia revolucionaria de sus círculos dirigentes. El partido independiente en Alemania, la mayoría actual del partido socialista en Francia, el partido obrero independiente de Inglaterra y todos los otros grupos similares tratan en realidad de colocarse en el lugar que antes de la guerra ocupaban los viejos partidos oficiales de la II Internacional. Se presentan, como siempre, con ideas de compromiso y de unidad, paralizando por todos los medios la energía del proletariado, prolongando la crisis y multiplicando las desdichas de Europa. La lucha contra el centro socialista es la condición indispensable para el éxito de la lucha contra el imperialismo.

Arrojando lejos nuestro, todas las vacilaciones, las mentiras y la abulia de los partidos socialistas oficialistas y caducos, nosotros, comunistas, unidos en la III Internacional, nos proclamamos los continuadores directos de los esfuerzos y del martirio heroico de una larga serie de generaciones revolucionarias, desde Babeuf hasta Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg.

Si la primera Internacional previó el futuro desarrollo y pre-

paró el camino, si la II Internacional reunió y organizó a millones de proletarios, la III Internacional será la Internacional de la acción de las masas, la Internacional de las realizaciones revolucionarias.

La crítica socialista ha flagelado suficientemente el orden burgués. La tarea del partido comunista internacional consiste en subvertir ese orden de cosas y construir en su lugar el régimen socialista. Pedimos a los obreros y obreras de todos los países que se unan bajo la bandera del comunismo que es ya la bandera de las primeras grandes victorias proletarias en todos los países. ¡Uníos en la lucha contra la barbarie imperialista, contra la monarquía y las clases privilegiadas, contra el Estado burgués y la propiedad burguesa, contra todos los aspectos y todas las formas de la opresión de las clases o de las naciones!

Proletarios de todos los países, uníos bajo la bandera de los Soviets obreros, de la lucha revolucionaria por el poder y de la dictadura del proletariado.

SEGUNDO CONGRESO

ESTATUTOS DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA

En 1864 fue fundada en Londres la primera Asociación Internacional de Trabajadores, la primera Asociación Internacional. Los estatutos de esta asociación decían:

“Considerando:

Que la emancipación de la clase obrera debe ser lograda sólo por la clase obrera;

Que la lucha por esta emancipación de ningún modo significa una lucha por la creación de nuevos privilegios de clase y de monopolios sino que se trata de una lucha por el establecimiento de la igualdad de derechos y de deberes y por la supresión de toda dominación de clase;

Que la sumisión económica del hombre al trabajo bajo el régimen de los poseedores de los medios de producción (es decir de todos los recursos vitales) y la esclavitud bajo todas sus formas son las causas principales de la miseria social, de la degradación moral y de la dependencia política;

Que la emancipación económica de la clase obrera es en todas partes el objetivo esencial al que todo movimiento político debe ser subordinado como un medio;

Que todos los esfuerzos tendientes a lograr ese gran objetivo fracasaron a causa de la falta de solidaridad entre los trabajadores de los diferentes sectores de trabajo en cada país y de una alianza fraterna entre los trabajadores de los diferentes países;

Que la emancipación no es un problema local o nacional sino un problema social de todos los países donde existe el régimen social moderno y cuya solución depende de la colaboración teórica y práctica de los países más avanzados; que la renovación actual simultánea del movimiento obrero en los países industriales de Europa despierta en nosotros por un lado nuevas esperanzas pero por el otro significa una solemne advertencia para no caer en

los viejos errores, y nos convoca a la coordinación inmediata del movimiento que hasta ahora no era coherente..."

La II Internacional, fundada en 1889 en París, fue encargada de continuar la obra de la I Internacional. Pero en 1914, al comienzo de la guerra mundial, sufrió un crack total. La II Internacional murió, corroída por el oportunismo y abatida por la traición de sus jefes, que se pasaron al campo de la burguesía.

La III Internacional comunista, fundada en marzo de 1919 en la capital de la República Socialista Federativa de los Soviets, en Moscú, declaró solemnemente a la faz del mundo que ella se encargaba de proseguir y acabar la gran obra emprendida por la I Internacional de los Trabajadores.

La III Internacional comunista se constituyó al final de la matanza imperialista de 1914-1918, durante la cual la burguesía de los diversos países sacrificó veinte millones de vidas.

¡Acuérdate de la guerra imperialista! Estas son las primeras palabras que la Internacional Comunista dirige a cada trabajador, cualquiera que sea su origen y su lengua. ¡Recuerda que debido a la existencia del régimen capitalista, un puñado de imperialistas tuvo durante cuatro largos años la posibilidad de obligar a todos los trabajadores del mundo a degollarse! ¡Recuerda que la guerra burguesa sumió a Europa y al mundo entero en el hambre y la indigencia! ¡Recuerda que sin la liquidación del capitalismo, la repetición de esas guerras criminales no sólo es posible sino inevitable!

La Internacional comunista se fija como objetivo la lucha armada por la liquidación de la burguesía internacional y la creación de la república internacional de los soviets, primera etapa en la vía de la supresión total de todo régimen gubernamental. La Internacional comunista considera la dictadura del proletariado como el único medio disponible para sustraer a la humanidad de los horrores del capitalismo. Y la Internacional Comunista considera al poder de los Soviets como la *forma* de dictadura del proletariado que impone la historia.

La guerra imperialista creó un vínculo particularmente estrecho entre los destinos de los trabajadores de un país y los del proletariado de todos los otros países.

La guerra imperialista confirmó una vez más la veracidad de lo que podía leerse en los estatutos de la I Internacional: la emancipación de los trabajadores no es una tarea local ni nacional sino una tarea social e *internacional*.

La Internacional Comunista rompe para siempre con la tradición de la II Internacional para la cual en los hechos sólo existían los pueblos de raza blanca. La Internacional comunista fraterniza con los hombres de raza blanca, amarilla, negra, con los trabajadores de toda la tierra.

La Internacional comunista apoya, integralmente y sin reservas, las conquistas de la gran revolución proletaria en Rusia, de la primera revolución socialista de la historia que resultara victoriosa e invita a los proletarios del mundo a marchar por el mismo camino. La Internacional comunista se compromete a sostener por todos los medios a su alcance a toda república socialista que sea creada en cualquier lugar de la tierra.

La Internacional comunista no ignora que, para conseguir la victoria, la Asociación Internacional de los Trabajadores, que combate por la abolición del capitalismo y la instauración del comunismo, debe contar con una organización fuertemente centralizada. El mecanismo organizado de la Internacional comunista debe asegurar a los trabajadores de cada país la posibilidad de recibir en todo momento, por parte de los trabajadores organizados de otros países, toda la ayuda posible.

Una vez considerado lo que antecede, la Internacional comunista adopta los siguientes estatutos:

Artículo 1º — La Nueva Asociación Internacional de los Trabajadores es fundada con el objeto de organizar una acción conjunta del proletariado de los diversos países, tendiente a un solo fin: la liquidación del capitalismo, el establecimiento de la dictadura del proletariado y de una república internacional de los soviets que permitirán abolir totalmente las clases y realizar el socialismo, primer grado de la sociedad comunista.

Art. 2º — La nueva Asociación Internacional de los Trabajadores adopta el nombre de *Internacional Comunista*.

Art. 3º — Todos los partidos y organizaciones afiliadas a la Internacional comunista llevan el nombre de Partido comunista de tal o cual país (sección de la Internacional comunista).

Art. 4º — La instancia suprema de la Internacional comunista es el Congreso mundial de todos los partidos y organizaciones afiliadas. El Congreso mundial sanciona los programas de los diferentes partidos que adhieren a la Internacional comunista. Examina y resuelve los problemas esenciales programáticos y tácticos relativos a la actividad de la Internacional comunista. El número de votos deliberativos que en el Congreso mundial corresponderán

a cada partido u organización, será fijado por una decisión especial del Congreso. Además, es indispensable determinar, lo más rápidamente posible, las normas de representación, basándose en el número efectivo de los miembros de cada organización y teniendo en cuenta la influencia real del partido.

Art. 5°—El Congreso internacional elige un Comité ejecutivo de la Internacional comunista, que se convierte en la instancia suprema de la Internacional comunista durante los intervalos que separen las sesiones del Congreso mundial.

Art. 6°—La sede del Comité Ejecutivo de la Internacional comunista será designada, en cada nueva sesión, por el Congreso mundial.

Art. 7°—El Congreso mundial extraordinario de la Internacional comunista puede ser convocado ya sea por decisión del Comité Ejecutivo o a pedido de la mitad del número total de los Partidos afiliados en el último Congreso mundial.

Art. 8°—El trabajo principal y la gran responsabilidad, en el seno del Comité Ejecutivo de la Internacional comunista, incumbe principalmente al Partido comunista del país donde el Congreso mundial ha fijado la sede del Comité Ejecutivo. El Partido comunista de ese país tiene por lo menos cinco representantes con votos deliberativos en el Comité Ejecutivo. Además, cada uno de los llamados doce partidos comunistas más importantes tiene un representante con voto deliberativo en el Comité Ejecutivo. La lista de esos partidos es sancionada por el Congreso mundial. Los otros partidos u organizaciones tienen el derecho de delegar ante el Comité representativo (a razón de uno por organización) con voto consultivo.

Art. 9°—El Comité Ejecutivo de la Internacional comunista dirige en el intervalo que separa las sesiones de los Congresos todos los trabajos de la Internacional comunista, publica, en cuatro lenguas por lo menos un órgano central (la revista *La internacional comunista*), publica los manifiestos que juzga indispensables en nombre de la Internacional Comunista y da a todos los Partidos y organizaciones afiliadas instrucciones con fuerza de la ley. El Comité Ejecutivo de la Internacional comunista tiene el derecho de exigir a los Partidos afiliados la exclusión de los grupos o individuos que hayan transgredido la disciplina proletaria. Puede exigir la expulsión de los Partidos que violen las decisiones del Congreso mundial. Esos Partidos tienen el derecho de apelar al Congreso mundial. En caso de necesidad, el Comité Ejecutivo

organizará, en los diferentes países, secretarías auxiliares técnicas o de otro tipo que le estarán totalmente subordinadas.

Art. 10.—El Comité ejecutivo de la Internacional comunista tiene el derecho de cooptar, acordándoles votos consultivos, a los representantes de las organizaciones y de los partidos no admitidos en la Internacional comunista pero que *simpatizan* con el comunismo.

Art. 11.—Los órganos de la prensa de todos los Partidos y organizaciones afiliadas a la Internacional comunista o que simpatizan con ella, deben publicar todos los documentos oficiales de la Internacional comunista y de su Comité Ejecutivo.

Art. 12.—La situación general en Europa y en América impone a los comunistas la obligación de crear, paralelamente a sus organizaciones legales, organizaciones secretas. El Comité ejecutivo de la Internacional comunista tiene el deber de vigilar la observancia de este artículo de los estatutos.

Art. 13.—Es norma que todas las relaciones políticas que presentan una cierta importancia entre los diferentes Partidos afiliados a la Internacional comunista tengan por intermediario al Comité Ejecutivo de la Internacional comunista. En caso de urgencia, esas relaciones pueden ser directas a condición de que el Comité ejecutivo de la Internacional sea informado.

Art. 14.—Los sindicatos que han optado por el comunismo y que forman grupos internacionales bajo el control del Comité ejecutivo de la Internacional comunista, constituyen una sección sindical de la Internacional comunista. Los sindicatos comunistas envían sus representantes al Congreso mundial de la Internacional comunista por intermedio del Partido comunista de su país. La sección sindical de la Internacional comunista delega a uno de sus miembros ante el Comité ejecutivo, donde tiene voz deliberativa. El Comité ejecutivo tiene el derecho de delegar, ante la sección sindical de la Internacional comunista, un representante con voto deliberativo.

Art. 15.—La Unión Internacional de la Juventud comunista está subordinada a la Internacional comunista y a su Comité ejecutivo. Delega un representante de su Comité ejecutivo al Comité ejecutivo de la Internacional comunista, donde tiene voto deliberativo. El Comité ejecutivo de la Internacional comunista tiene la facultad de delegar ante el Comité Ejecutivo de la Unión de la Juventud un representante con voto deliberativo. Las relaciones mutuas existentes entre la Unión de la Juventud y el Partido

comunista, en cuanto que organizaciones, en cada país están basadas en el mismo principio.

Art. 16. — El Comité Ejecutivo de la Internacional comunista resolverá la designación de un secretario del movimiento feminista internacional y organizará una sección de Mujeres comunistas de la Internacional.

Art. 17. — Todo miembro de la Internacional comunista que se traslade de un país a otro, será fraternalmente recibido en éste por los miembros de la III Internacional.

CONDICIONES DE ADMISIÓN DE LOS PARTIDOS EN LA INTERNACIONAL COMUNISTA

El primer Congreso constituyente de la Internacional comunista no elaboró las condiciones precisas de admisión de los Partidos en la III Internacional. En la época en que se desarrolló su primer congreso, en la mayoría de los países sólo existían tendencias y grupos comunistas.

El segundo Congreso de la Internacional comunista se reúne en otras condiciones. En la mayoría de los países existen ahora, en lugar de tendencias y grupos, partidos y organizaciones comunistas.

Cada vez con mayor frecuencia, partidos y grupos que hasta hace poco pertenecían a la II Internacional y que ahora querían adherir a la Internacional comunista se dirigen a ella sin por eso haberse convertido verdaderamente en comunistas. La II Internacional está irremediablemente derrotada. Los partidos intermedios y los grupos del "centro", considerando desesperada su situación, se esfuerzan por apoyarse en la Internacional comunista, cada día más fuerte, esperando conservar sin embargo una "autonomía" que le permitiría proseguir su antigua política oportunista o "centrista". En cierta forma, la Internacional comunista está de moda.

El deseo de algunos grupos dirigentes del "centro" de adherir a la III Internacional nos confirma indirectamente que la Internacional comunista ha conquistado las simpatías de la gran mayoría de los trabajos conscientes de todo el mundo y constituye una fuerza que crece constantemente.

La Internacional comunista está amenazada por la invasión de grupos vacilantes e indecisos que aún no han podido romper con la ideología de la II Internacional.

Además, ciertos partidos importantes (italiano, sueco) cuya mayoría adhiere a las tesis comunistas, conservan todavía en su seno a numerosos elementos reformistas y social-pacifistas que sólo esperan la ocasión para recuperarse, y sabotear activamente la revolución proletaria, viniendo así en ayuda de la burguesía y de la II Internacional.

Ningún comunista debe olvidar las lecciones de la República de los Soviets húngara. La unión de los comunistas húngaros con los reformistas costó caro al proletariado húngaro.

Es por eso que el 2º Congreso internacional considera su deber determinar de manera precisa las condiciones de admisión de los nuevos Partidos e indicar a los partidos ya afiliados las obligaciones que les incumben.

El 2º Congreso de la Internacional comunista decide que las condiciones para la admisión en la Internacional son las siguientes:

1. La propaganda y la agitación diarias deben tener un carácter efectivamente comunista y adecuarse al programa y a las decisiones de la III Internacional. Todos los órganos de la prensa del partido deben estar redactados por comunistas de firmes convicciones que hayan expresado su devoción por la causa del proletariado. No es conveniente hablar de dictadura proletaria como si se tratara de una fórmula aprendida y corriente. La propaganda debe ser hecha de manera tal que su necesidad surja para todo trabajador, para toda obrera, para todo campesino, para todo soldado, de los hechos mismos de la vida cotidiana, sistemáticamente puestos de relieve por nuestra prensa. La prensa periódica o de otro tipo y todos los servicios de ediciones deben estar totalmente sometidos al Comité Central del Partido, ya sea éste legal o ilegal. Es inadmisibles que los órganos de publicidad abusen de su autonomía para llevar a cabo una política no conforme con la del partido. En las columnas de la prensa, en las reuniones públicas, en los sindicatos, en las cooperativas, en todas partes donde los partidos de la III Internacional tengan acceso, deberán criticar no solamente a la burguesía sino también a sus cómplices, los reformistas de toda clase;

2. Toda organización deseosa de adherir a la Internacional comunista debe regular y sistemáticamente separar de los puestos, aunque sean de poca responsabilidad, en el movimiento obrero (organizaciones de partido, redacciones, sindicatos, fracciones parlamentarias, cooperativas, municipalidades) a los reformistas y "centristas" y remplazarlos por comunistas probados, sin temor a

tener que remplazar, sobre todo al comienzo, a militantes experimentados por trabajadores provenientes de las bases;

3. En casi todos los países de Europa y América, la lucha de clases entra en el período de lucha civil. En esas condiciones, los comunistas no pueden fiarse de la legalidad burguesa. Es su deber crear en todas partes, paralelamente a la organización legal, un organismo clandestino, capaz de cumplir en el momento decisivo con su deber hacia la revolución. En todos los países donde, a consecuencia del estado de sitio de una ley de excepción, los comunistas no tienen la posibilidad de desarrollar legalmente toda su acción, la concomitancia de la acción legal y de la acción ilegal es indudablemente necesaria;

4. El deber de propagar las ideas comunistas implica la necesidad absoluta de llevar a cabo una propaganda y una agitación sistemática y perseverante entre las tropas. En los lugares donde la propaganda abierta presente dificultades a consecuencia de las leyes de excepción, debe ser realizada ilegalmente. Negarse a hacerlo constituiría una traición al deber revolucionario y en consecuencia incompatible con la afiliación a la III Internacional;

5. Es necesaria una agitación racional y sistemática en el campo. La clase obrera no puede triunfar si no es apoyada al menos por un sector de los trabajadores del campo (jornaleros agrícolas y campesinos pobres) y si no ha neutralizado con su política al menos a un sector del campo atrasado. La acción comunista en el campo adquiere en este momento una importancia capital, y debe ser principalmente producto de la acción de los obreros comunistas en contacto con el campo. Negarse a realizarla o confiarla en manos de semi-reformistas dudosos significa renunciar a la revolución proletaria.

6. Todo Partido deseoso de pertenecer a la III Internacional debe denunciar tanto al social-patriotismo confesado como al social-pacifismo hipócrita y falso; se trata de demostrar sistemáticamente a los trabajadores que sin la liquidación revolucionaria del capitalismo, ningún tribunal de arbitraje internacional, ningún debate sobre la reducción de armamentos, ninguna reorganización "democrática" de la Liga de las Naciones pueden preservar a la humanidad de las guerras imperialistas.

7. Los partidos deseosos de pertenecer a la Internacional comunista deben reconocer la necesidad de una ruptura total y definitiva con el reformismo y la política centrista y preconizar

esta ruptura entre los miembros de las organizaciones. La acción comunista consecuente sólo es posible a ese precio.

La Internacional Comunista exige imperativamente y sin discusión esta ruptura que debe ser consumada en el menor plazo posible. La Internacional comunista no puede admitir que reformistas reconocidos como Turati, Kautsky, Hilferding, Longuet, MacDonald, Modigliani y otros, tengan el derecho de ser considerados como miembros de la III Internacional y estén representados en ella. Semejante estado de cosas haría asemejar demasiado la III Internacional con la II.

8. En el problema de las colonias y de las nacionalidades oprimidas, los partidos de los países cuya burguesía posee colonias u oprime a otras naciones deben tener una línea de conducta particularmente clara. Todo partido perteneciente a la III Internacional tiene el deber de denunciar implacablemente las proezas de "sus" imperialistas en las colonias, de sostener, no con palabras sino con hechos, todo movimiento de emancipación en las colonias, de exigir la expulsión de las colonias de los imperialistas de la metrópoli, de despertar en el corazón de los trabajadores del país sentimientos verdaderamente fraternales con respecto a la población trabajadora de las colonias y a las nacionalidades oprimidas y llevar a cabo entre las tropas metropolitanas una continua agitación contra toda opresión de los pueblos coloniales.

9. Todo Partido deseoso de pertenecer a la Internacional comunista debe llevar a cabo una propaganda perseverante y sistemática en los sindicatos, cooperativas y otras organizaciones de masas obreras. Deben ser formados grupos comunistas cuyo trabajo tenaz y constante conquistará a los sindicatos para el comunismo. Su deber consistirá en revelar en todo momento la traición de los social-patriotas y las vacilaciones del "centro". Esos grupos comunistas deben estar totalmente subordinados al conjunto del partido.

10. Todo partido perteneciente a la Internacional comunista debe combatir con energía y tenacidad a la "Internacional" de los sindicatos amarillos fundada en Amsterdam. Deben difundir constantemente en los sindicatos obreros la idea de la necesidad de la ruptura con la Internacional amarilla de Amsterdam. Además, debe apoyar con toda su fuerza a la unión internacional de los sindicatos rojos adherida a la Internacional comunista.

11. Los partidos deseosos de pertenecer a la Internacional comunista tienen como deber revisar la composición de sus fraccio-

nes parlamentarias, separar a los elementos dudosos, someterlos, no con palabras sino con hechos, al Comité central del Partido, exigir de todo diputado comunista la subordinación de toda su actividad a los verdaderos intereses de la propaganda revolucionaria y de la agitación.

12. Los partidos pertenecientes a la Internacional comunista deben ser organizados sobre el principio de la centralización democrática. En una época como la actual, de guerra civil encarnizada, el Partido comunista sólo podrá desempeñar su papel si está organizado del modo más centralizado posible, si es mantenida una disciplina de hierro quasi militar y si su organismo central está munido de amplios poderes, ejerce una autoridad incuestionable y cuenta con la confianza unánime de los militantes;

13. Los partidos comunistas de los países donde los comunistas militan legalmente deben proceder a depuraciones periódicas de sus organizaciones con el objeto de separar a los elementos interesados o pequeñoburgueses.

14. Los Partidos deseosos de pertenecer a la Internacional comunista deben apoyar sin reservas a todas las repúblicas soviéticas en sus luchas con la contrarrevolución. Deben preconizar incansablemente la negativa de los trabajadores a transportar las municiones y los equipos destinados al enemigo de las repúblicas soviéticas y proseguir, ya sea legal o ilegalmente, la propaganda entre las tropas enviadas a combatir a dichas repúblicas.

15. Los partidos que conservan hasta ese momento los antiguos programas social-demócratas deben revisarlos sin demora y elaborar un nuevo programa comunista adaptado a las condiciones especiales de su país y concebido de acuerdo con el espíritu de la Internacional comunista. Es obligatorio que los programas de los partidos afiliados a la Internacional comunista sean confirmados por el Congreso internacional y por el Comité Ejecutivo. En el caso en que este último niegue su aprobación a un partido, éste podrá apelar al Congreso de la Internacional comunista;

16. Todas las decisiones de los Congresos de la Internacional comunista, así como las del Comité ejecutivo, son obligatorias para todos los Partidos afiliados a la Internacional comunista. Al actuar en períodos de lucha civil encarnizada, la Internacional comunista y su Comité ejecutivo deben tener en cuenta condiciones de lucha muy variadas en los diversos países y sólo adoptar resoluciones generales y obligatorias en los problemas donde ello sea posible;

17. De acuerdo con lo que precede, todos los partidos adherentes a la Internacional comunista deben modificar su nombre. Todo partido que desee adherir a la Internacional comunista debe llamarse: Partido comunista de... (sección de la III Internacional comunista). Este problema de nominación no es una simple formalidad sino que también tiene una importancia política considerable. La Internacional comunista declaró una guerra sin cuartel al viejo mundo burgués y a todos los antiguos partidos socialdemócratas amarillos. Es fundamental que la diferencia entre los partidos comunistas y los viejos partidos "social-demócratas" o "socialistas" oficiales que vendieron la bandera de la clase obrera sea más neta a los ojos de todo trabajador;

18. Todos los órganos dirigentes de la prensa de los partidos de todos los países están obligados a imprimir los documentos oficiales importantes del Comité ejecutivo de la Internacional comunista;

19. Todos los Partidos pertenecientes a la Internacional comunista o que soliciten su adhesión están obligados a convocar, lo más rápidamente posible, en un plazo de cuatro meses a partir del 2º Congreso de la Internacional comunista a más tardar, un Congreso extraordinario a fin de pronunciarse sobre estas condiciones. Los Comités centrales deben controlar que las decisiones del 2º Congreso de la Internacional comunista sean conocidas por todas las organizaciones locales;

20. Los partidos que deseen mantener su adhesión a la III Internacional pero que aún no modificaron radicalmente su antigua táctica, deben previamente controlar que los 2/3 de los miembros de su Comité Central y de las Instituciones centrales más importantes estén compuestos por camaradas que ya antes del 2º Congreso se pronunciaron abiertamente por la adhesión del partido a la III Internacional. Algunas excepciones pueden ser hechas con la aprobación del Comité ejecutivo de la Internacional comunista. El Comité ejecutivo se reserva el derecho de hacer excepciones con los representantes de la tendencia centrista mencionados en el parágrafo siete;

21. Los adherentes al partido que rechacen las condiciones y las tesis establecidas por la Internacional comunista deben ser excluidos del partido. Lo mismo ocurrirá con los delegados al Congreso extraordinario.

1. El momento actual del desarrollo del movimiento comunista internacional está caracterizado por el hecho de que, en todos los países capitalistas, los mejores representantes del movimiento proletario han comprendido perfectamente los principios fundamentales de la Internacional comunista, es decir la dictadura del proletariado y el gobierno de los Soviets, y se han unido a sus filas con entusiasta adhesión. Más importante todavía es el hecho de que las más amplias masas del proletariado de las ciudades y de los trabajadores desarrollados del campo manifiestan su simpatía sin reserva por esos principios esenciales. Esto constituye un gran paso adelante.

Por otra parte, se han puesto en evidencia dos faltas o dos debilidades del movimiento comunista internacional, que crece con una rapidez extraordinaria. Una de ellas, muy grave y que presenta un gran peligro inmediato para la causa de la liberación del proletariado, consiste en que ciertos antiguos líderes, ciertos viejos partidos de la II Internacional, en parte inconscientemente presionados por las masas, en parte conscientemente —y entonces engañándolas para conservar su antigua situación de agentes y auxiliares de la burguesía en el seno del movimiento obrero— anuncian su adhesión condicional o sin reservas a la III Internacional pero permaneciendo, en los hechos, en todo su trabajo práctico cotidiano, al nivel de la II Internacional. Esta situación es absolutamente inadmisibles. Introduce entre las masas un elemento de corrupción, impide la formación o el desarrollo de un Partido comunista fuerte, cuestiona el respeto debido a la III Internacional amenazándola con la reiniciación de traiciones semejantes a los de la socialdemócratas húngaras apresuradamente disfrazadas de comunistas. Otro defecto, mucho menos importante y que es más bien una enfermedad de crecimiento del movimiento, es la

tendencia "izquierdista" que conduce a una apreciación errónea del papel y de la misión del Partido con relación a la clase obrera y a la masa y de la obligación para los revolucionarios comunistas de militar en los parlamentos burgueses y en los sindicatos reaccionarios.

El deber de los comunistas no es callar las debilidades de su movimiento sino hacer abiertamente su crítica a fin de librarse de esas debilidades rápida y radicalmente. Con este objeto, es importante ante todo definir, de acuerdo con nuestra experiencia práctica, el contenido de las nociones de *dictadura del proletariado* y de *poder de los Soviets*. En segundo lugar, en qué puede y debe consistir en todos los países el trabajo preparatorio, inmediato y sistemático tendientes a la realización de esas consignas y, en tercer lugar, qué vías y medios nos permiten curar a nuestro movimiento de esas debilidades.

1. LA ESENCIA DE LA DICTADURA DEL PROLETARIADO Y DEL PODER DE LOS SOVIETS

2. La victoria del socialismo, primera etapa del comunismo, sobre el capitalismo exige el cumplimiento por parte del proletariado, la única clase realmente revolucionaria, de las tres tareas siguientes:

La primera consiste en derrocar a los explotadores y, en primer lugar, a la burguesía, su representante económica y política principal. Se trata de infligirles una derrota total, de romper su resistencia, de tornar imposible de su parte toda tentativa de restauración del capital y de la esclavitud asalariada. La segunda consiste en atraer tras la vanguardia del proletariado revolucionaria, de su Partido comunista, no solamente a todo el proletariado sino también a toda la masa de trabajadores explotados por el capital, esclarecerlos, organizarlos, educarlos, disciplinarlos en el mismo curso de la lucha despiadada y temeraria contra los explotadores, a arrancar en todos los países capitalistas esta aplastante mayoría de la población a la burguesía, a inspirarle en la práctica confianza en el papel de dirigente del proletariado de su vanguardia revolucionaria. La tercera consiste en neutralizar o reducir a la impotencia a los inevitables vacilantes entre el proletariado y la burguesía, entre la democracia burguesa y el poder de los Soviets, de la clase de pequeños propietarios rurales, indus-

triales y negociantes aún bastante numerosos aunque sólo forman una minoría de la población y de las categorías de intelectuales, de empleados, etc., que inciden alrededor de esta clase.

La primera y la segunda tareas exigen cada una métodos de acción particulares con respecto a los explotados y a los explotadores. La tercera deriva de las dos primeras. Sólo exige una aplicación, hábil, flexible y oportuna de los métodos aplicados para las primeras y que se trata de adaptar a las circunstancias concretas.

3. En la coyuntura actual, creada en todo el mundo, y sobre todo en los países capitalistas más desarrollados, más poderosos, más esclarecidos, más libres, por el militarismo, el imperialismo, la opresión de las colonias y de los países débiles, la matanza imperialista mundial y la "paz" de Versalles, el pensamiento de una pacífica sumisión de la mayoría de los explotados para con los capitalistas y de una evolución apacible hacia el socialismo no es solamente un signo de mediocridad burguesa sino también un engaño, la simulación de la esclavitud del asalariado, la deformación de la verdad a los ojos de los trabajadores. La verdad es que la burguesía más esclarecida, la más democrática no retrocede ante la masacre de millones de obreros y campesinos con el único fin de salvar la propiedad privada de los medios de producción. La liquidación de la burguesía por medio de la violencia, la confiscación de sus propiedades, la destrucción de su mecanismo de Estado, parlamentario, judicial, militar, burocrático, administrativo, municipal, etc. hasta el exilio y/o la internación de todos los explotadores más peligrosos y obstinados, sin excepción, el ejercicio de una estricta vigilancia para reprimir las tentativas, que no faltarán, de restaurar la esclavitud capitalista, tales son las medidas que pueden asegurar el sometimiento real de toda la clase de los explotadores.

Por otra parte, la idea muy común en los viejos partidos y en los líderes de la II Internacional de que la mayoría de los trabajadores y de los explotados puede en el régimen capitalista, bajo el yugo esclavista de la burguesía —que reviste formas infinitamente variadas tanto más refinadas y a la vez más crueles y despiadadas a medida que el país capitalista es más culto— adquirir una plena conciencia socialista, firmeza socialista, convicciones y fuerza, esta idea, decimos nosotros, engaña también a los trabajadores. En realidad, sólo después de que la vanguardia proletaria, sostenida por la única clase revolucionaria o por su mayo-

ría, haya derrotado a los explotadores, serán liberados los explotados de sus servidumbres e inmediatamente mejoradas sus condiciones de existencia en detrimento de los capitalistas expropiados. Sólo entonces, y al precio de la más dura guerra civil, la educación, la instrucción, la organización de las grandes masas explotadas podrá realizarse alrededor del proletariado, bajo su influencia y su dirección, y sólo así será posible vencer su egoísmo, sus vicios, sus debilidades, su falta de cohesión, que se derivan del régimen de la propiedad privada y transformarlos en una vasta asociación de trabajadores libres.

4. El éxito de la lucha contra el capitalismo exige una justa relación de fuerzas entre el Partido comunista como guía, el proletariado, la clase revolucionaria y la masa, es decir el conjunto de los trabajadores y de los explotados. El Partido comunista, si es realmente la vanguardia de la clase revolucionaria, si asimila a sus mejores representantes, si está compuesta de comunistas conscientes y sacrificados, esclarecidos y fogueados por la experiencia de una larga lucha revolucionaria, si ha sabido unirse indisolublemente a toda la existencia de la clase obrera y por su intermedio a la de toda la masa explotada e inspirarles plena confianza, sólo ese partido es capaz de dirigir al proletariado en la lucha final, la más encarnizada, contra todas las fuerzas del capitalismo. Y sólo bajo la dirección de semejante partido del proletariado puede aniquilar la apatía y la resistencia de la pequeña aristoeracia obrera compuesta por los líderes del movimiento sindical y corporativo corrompidos por el capitalismo y desarrollar todas sus energías, infinitamente más grandes que su fuerza numérica, debido a la estructura económica del propio capitalismo. Solamente una vez liberada del yugo del capital y del aparato gubernamental del Estado, después de haber obtenido la posibilidad de actuar libremente, recién entonces la masa, es decir la totalidad de los trabajadores y de los explotadores organizados en los Soviets podrá desarrollar, por primera vez en la historia, la iniciativa y la energía de decenas de millones de hombres ahogados por el capitalismo. Sólo cuando los Soviets sean el único mecanismo del Estado podrá ser asegurada la participación efectiva de las masas antes explotadas en la administración del país, participación que, en las democracias burguesas más esclarecidas y libres era imposible en el 95 % de los casos. En los Soviets, la masa de los explotados comienza a aprender, no en los libros sino con la

experiencia práctica, lo que es la construcción socialista, la creación de una nueva disciplina social y de la libre asociación de los trabajadores libres.

2. EN QUÉ DEBE CONSISTIR LA PREPARACIÓN INMEDIATA DE LA DICTADURA PROLETARIÁ

5. El actual desarrollo del movimiento comunista internacional está caracterizado por el hecho de que en numerosos países capitalistas el trabajo de preparación del proletariado para el ejercicio de la dictadura no está acabado y con mucha frecuencia ni siquiera ha sido comenzado en forma sistemática. Esto no quiere decir que la revolución proletaria sea imposible en un futuro muy próximo. Por el contrario es muy posible, dado que la situación política y económica es extraordinariamente rica en materias inflamables y en causas susceptibles de provocar su incendio inopinado. Otro factor de la revolución, fuera del estado de preparación del proletariado, es sobre todo la crisis general con que se enfrentan todos los partidos gobernantes y todos los partidos burgueses. De lo anteriormente dicho se desprende que la tarea actual de los Partidos comunistas consiste en apresurar la revolución aunque sin provocarla artificialmente antes de lograr una preparación. La preparación del proletariado para la revolución debe ser intensificada mediante la acción. Por otra parte, los casos señalados hace un momento en la historia de muchos partidos socialistas obligan a vigilar para que el reconocimiento de la dictadura del proletariado no sea puramente verbal.

Por estas razones, en la actualidad la tarea fundamental del Partido comunista, desde el punto de vista del movimiento internacional proletario es el agrupamiento de todas las fuerzas comunistas dispersas, la formación en cada país de un Partido comunista único (o el fortalecimiento y la renovación de los partidos ya existentes) a fin de activar el trabajo de preparación del proletariado para la conquista del poder bajo la forma de dictadura del proletariado. La acción socialista habitual de los grupos y de los partidos que reconocen la dictadura del proletariado está lejos de haber experimentado esta modificación fundamental, esa renovación radical que es necesaria para que se reconozca la acción como comunista y como correspondiente a las tareas previas de la dictadura del proletariado.

6. La conquista del poder político por parte del proletariado no interrumpe la lucha de clases de éste contra la burguesía sino que por el contrario la hace más larga, más dura, más despiadada. Todos los grupos, partidos, militantes del movimiento obrero que adoptan en su totalidad o parcialmente el punto de vista del reformismo, del "centro", etc., se ubicarán inevitablemente, debido a la extrema exacerbación de la lucha, ya sea del lado de la burguesía o del lado de los vacilantes, o, lo que es más peligroso engrosarán las filas de los amigos indeseables del proletariado victorioso. Por eso la preparación de la dictadura del proletariado exige no solamente el fortalecimiento de la lucha contra la tendencia de los reformistas y de los "centristas", sino también la modificación del carácter de esa lucha. Esta no puede limitarse a la demostración del carácter erróneo de esas tendencias sino que debe también desenmascarar incansable y despiadadamente a todo militante del movimiento obrero que manifieste esas tendencias. Sin ésto, el proletariado no puede saber con quién marcha hacia la lucha final contra la burguesía. Esta lucha es tal que puede cambiar en todo momento y transformar, como ya lo demostró la experiencia, el arma de la crítica en crítica por las armas. Toda vacilación o debilidad en la lucha contra los que se conducen como reformistas o "centristas" tiene como consecuencia un aumento directo del peligro de derrocamiento del poder proletario por parte de la burguesía, que utilizará en el futuro para los fines de la contrarrevolución lo que a los obtusos les parece sólo un "desacuerdo teórico" del momento.

7. Es imposible limitarse a la negación habitual de principio de toda colaboración con la burguesía, de todo "coalicionismo". Una simple defensa de la "libertad" y de la "igualdad" con el mantenimiento de la propiedad privada de los medios de producción se transforma en las condiciones de la dictadura del proletariado, que nunca estará en condiciones de liquidar de un golpe toda la propiedad privada, en "colaboración" con la burguesía que saboteará directamente el poder de la clase obrera. Pues la dictadura del proletariado significa la consolidación gubernamental y la defensa por parte de todo el sistema estatal, no de "la libertad" para los explotadores de continuar su obra de opresión y de explotación, no de la "igualdad" del propietario (es decir del que conserva para su disfrute personal ciertos medios de producción creados por el trabajo de la colectividad) y del pobre. Lo que

hasta la victoria del proletariado nos parece sólo un desacuerdo sobre la cuestión de la "democracia" se convertirá inevitablemente más adelante, luego de la victoria, en un problema que habrá que resolver mediante las armas. Si una transformación radical de todo el carácter de la lucha contra los "centristas" y los "defensores de la democracia" la preparación previa de las masas para la realización de la dictadura del proletariado es imposible.

8. La dictadura del proletariado es la forma más decisiva y revolucionaria de la lucha de clases del proletariado y de la burguesía. Esa lucha sólo puede resultar victoriosa cuando la vanguardia más revolucionaria del proletariado arrastra tras suyo a una aplastante mayoría obrera. La preparación de la dictadura del proletariado exige por esas razones, no solamente la divulgación del carácter burgués del reformismo y de toda defensa de la democracia que implique el mantenimiento de la propiedad privada sobre los medios de producción, no sólo la divulgación de las manifestaciones de tendencias, que significan en los hechos la defensa de la burguesía en el seno del movimiento obrero sino que exige también el remplazo de los viejos líderes por comunistas en todos los sectores de la organización proletaria: políticos, sindicales, cooperativas, educacionales, etc...

Cuanto más firme y prolongada ha sido la dominación de la democracia burguesa en un determinado país, la burguesía logra con mayor éxito ubicar en los puestos importantes del movimiento obrero a hombres educados por ella, por sus concepciones, por sus prejuicios, con frecuencia directa o indirectamente comprados por ella. Es indispensable, y es preciso hacerlo con mucha más osadía que hasta ahora, remplazar a esos representantes de la aristocracia obrera por trabajadores aún inexpertos pero que estén cerca de la masa explotada y gocen de su confianza en la lucha contra los explotadores. La dictadura del proletariado exigirá la designación de esos trabajadores inexpertos en los puestos más importantes del gobierno sin que por ello el poder de la clase obrera disminuya o no sea sostenido por las masas.

9. La dictadura del proletariado es la realización más completa de la dominación de todos los trabajadores y de todos los explotados, oprimidos, embrutecidos, aterrorizados, dispersados, engañados por la clase capitalista, pero conducidos por la única clase social preparada para esta misión directriz por toda la historia del capitalismo. Por eso debe ser comenzada en todas partes e

inmediatamente la preparación de la dictadura proletaria, entre otros por los siguientes medios:

En todas las organizaciones sin excepción —sindicatos, uniones, etc.— proletarias en primer lugar y luego no proletarias, de las masas trabajadoras explotadas (ya sean políticas, sindicales, militares, cooperativas, post-escolares, deportivas, etc.) deben ser formados grupos o núcleos comunistas, con preferencia legalmente, pero si es necesario clandestinamente, lo que se torna obligatorio toda vez que se espere su clausura o el arresto de sus miembros. Esos grupos, vinculados entre sí y también al partido, intercambiarán el resultado de sus experiencias, se ocuparán de la agitación, de la propaganda y de la organización, se adaptarán a todos los dominios de la vida social, a todos los aspectos y a todas las categorías de la masa trabajadora y así deberán proceder, mediante tan múltiple trabajo, a su propia educación, a la del Partido, de la clase obrera y de la masa.

Sin embargo, es muy importante elaborar prácticamente —en su desarrollo necesario— métodos de acción por un lado respecto a los líderes o representantes autorizados de las organizaciones, totalmente corrompidos por los prejuicios imperialistas y pequeño-burgueses (líderes a los que hay que desenmascarar despiadadamente y excluir del movimiento obrero) y por otro lado con respecto a las masas las que, sobre todo después de la matanza imperialista, están dispuestas a entender la necesidad de seguir al proletariado, el único capaz de sustraerlas de la esclavitud imperialista. Es conveniente saber abordar a las masas con paciencia y circunspección, a fin de comprender las particularidades psicológicas de cada profesión, de cada grupo en el seno de esta masa.

10. Hay un grupo o fracción de los comunistas que merece particular atención y la vigilancia del Partido: la fracción parlamentaria. En otros términos, el grupo de miembros del partido elegidos en el Parlamento (o en los municipios, etc.). Por una parte, esas tribunas son, para los sectores profundos de la clase trabajadora retrasada o llena de prejuicios pequeño-burgueses, de una importancia fundamental. Esa es la razón por la cual los comunistas deben, desde lo alto de esas tribunas, llevar a cabo una acción de propaganda, de agitación, de organización y explicar a las masas por qué era necesaria en Rusia (como lo será llegado el caso en todos los países) la disolución del Parlamento burgués por el congreso panruso de Soviets. Por otra parte, toda

la historia de la democracia burguesa ha hecho de la tribuna parlamentaria, sobre todo en los países adelantados la principal o uno de los principales antros de las estafas financieras y políticas, del arrivismo, de la hipocresía, de la opresión de los trabajadores. Por eso el vivo odio alimentado con respecto a los parlamentos por los mejores representantes del proletariado está plenamente justificado. Por eso los Partidos comunistas y todos los partidos adheridos a la III Internacional (sobre todo en el caso en que esos partidos no hayan sido creados a consecuencia de una escisión de los viejos partidos luego de una larga y encarnizada lucha sino que se hayan formado por la adopción muchas veces nominal de una nueva posición por parte de los antiguos partidos) deben observar una actitud muy rigurosa con respecto a sus fracciones parlamentarias, es decir exigir su subordinación total al Comité central del Partido, la incorporación preferentemente en su composición de obreros revolucionarios, el análisis más atento en la prensa del Partido y en las reuniones de éste de los discursos de los parlamentarios desde el punto de vista de su actitud comunista, la designación de los parlamentarios para la acción de propaganda entre las masas, la exclusión inmediata de todos aquellos que manifiesten una tendencia hacia la II Internacional, etc.

11. Uno de los obstáculos más graves para el movimiento obrero revolucionario en los países capitalistas desarrollados deriva del hecho de que gracias a las posesiones coloniales y a la plusvalía del capital financiero, etc., el capital ha logrado crear una pequeña aristocracia obrera relativamente importante y estable. Este grupo se benefició con las mejores retribuciones y, por encima de todo, está penetrada de un espíritu de corporativismo estrecho, pequeño burgués y de prejuicios capitalistas. Constituye la verdadera "apoyatura" social de la II Internacional de los reformistas y de los "centristas" y en la actualidad está muy cerca de convertirse en el punto de apoyo de la burguesía. Ninguna preparación, ni siquiera previa, del proletariado para la derrota de la burguesía es posible sin una lucha directa, sistemática, amplia, declarada, con esta pequeña minoría que, sin ninguna duda (como ya lo probó la experiencia) proveerá numerosos hombres a la guardia blanca de la burguesía luego de la victoria del proletariado. Todos los partidos adheridos a la III Internacional deben a cualquier precio imponer esta consigna, "más profundamente en las masas", entendiéndolo por masa a

todo el conjunto de los trabajadores y de los explotados por el capital, y sobre todo a los menos organizados y esclarecidos, a los más oprimidos y los alejados de la organización.

El proletariado no deviene revolucionario mientras no se encierre en los marcos de un estrecho corporativismo y actúe en todas las manifestaciones y en todos los dominios de la vida social como el jefe de la masa trabajadora y explotada. La realización de su dictadura es imposible sin preparación y sin la resolución de arriesgar las pérdidas más grandes en nombre de la victoria sobre la burguesía. Y desde este punto de vista, la experiencia de Rusia tiene una importancia práctica de principio. El proletariado ruso no habría podido realizar su dictadura, no habría conquistado la simpatía y la confianza generales de toda la masa obrera si no hubiese dado prueba de espíritu de sacrificio y si no hubiese sufrido el hambre más profundamente que todos los otros sectores de esta masa, en las horas más difíciles de los ataques, de las guerras, del bloqueo de la burguesía mundial.

El apoyo más total y más sacrificado del Partido comunista y del proletariado de vanguardia es particularmente necesario en relación a todo movimiento huelguístico amplio, violento, considerable, que es el único en condiciones, bajo la opresión del capital, de despertar verdaderamente, de conmover y de organizar a las masas, de inspirarles plena confianza en el papel directriz del proletariado revolucionario. Sin esa preparación, ninguna dictadura del proletariado es posible, y los hombres capaces de oponerse a las huelgas como lo hacen Kautsky en Alemania y Turati en Italia no deben ser tolerados en el seno de los partidos adheridos a la III Internacional. Esto también puede decirse de los líderes parlamentarios y trade-unionistas que permanentemente traicionan a los obreros enseñándoles por medio de la huelga el reformismo y no la revolución (ejemplos: Jouhaux en Francia, Gompers en Norteamérica, G. H. Thomas en Inglaterra).

12. Para todos los países, aún para los más "libres", los más "legales", los más "pacíficos", es decir donde hay una más débil exacerbación de la lucha de clase, ha llegado el momento en que se impone como una necesidad absoluta para todo partido comunista, el unir la acción legal e ilegal, la organización legal y la organización clandestina. Pues en los países más cultos y más libres, los de régimen burgués democrático más "estable", los gobiernos, pese a sus declaraciones falsas y cínicas, redactaron ya listas negras

secretas de comunistas, violan permanentemente su propia constitución al apoyar más o menos secretamente a los guardias blancos y el asesinato de los comunistas en todos los países, preparan en la sombra los arrestos de comunistas, introducción en sus círculos de provocadores, etc.

Ni el más reaccionario espíritu pequeño-burgués, por más bellas que sean las frases "democráticas" y pacifistas tras las que se ampara, puede negar ese hecho y su ineludible conclusión: la formación inmediata por parte de todos los partidos comunistas legales de organizaciones clandestinas tendientes a la acción ilegal, organizaciones que estarán preparadas para el día en que la burguesía se decida a cercar a los comunistas. La acción ilegal desarrollada en el ejército, en la flota, en la policía es de la mayor importancia. Desde la gran guerra imperialista, todos los gobiernos del mundo temen al ejército popular y han recurrido a todos los procedimientos imaginables para formar unidades militares con elementos especialmente seleccionados de la burguesía y armados con las trampas mortíferas perfeccionadas.

Por otra parte, también es necesario en todos los casos no limitarse a una acción ilegal y proseguir además la acción legal tratando de superar todas las dificultades, fundando diarios y organizaciones legales bajo las designaciones más diversas y, si es preciso, cambiando frecuentemente sus nombres. Así actúan los partidos comunistas ilegales en Finlandia, Hungría, Alemania y, en cierta medida, en Polonia, Lituania, etc. Así deben actuar los trabajadores industriales del Mundo (IWW) en EE.UU. y deberán actuar todos los otros partidos comunistas legales en el caso de que se intente castigarlos por su aceptación a las resoluciones de los Congresos de la Internacional comunista, etc...

La absoluta necesidad de unir la acción legal e ilegal no está determinada en principio por el conjunto de las condiciones de la época que atravesamos, período de vísperas de dictadura proletaria, sino por la necesidad de demostrar a la burguesía que no hay y no puede haber dominios y campos de acción que no hayan conquistado los comunistas y también porque existen aún profundos sectores del proletariado, y en proporciones más vastas una masa trabajadora y explotada no proletaria, que siguen confiando en la legalidad burguesa democrática y a los que es muy importante disuadir.

13. El estado de la prensa obrera en los países capitalistas más avanzados evidencia de modo contundente la falsedad de la libertad y la igualdad en la democracia burguesa, así como la nece-

sidad de unir sistemáticamente la acción legal e ilegal. Tanto en la Alemania vencida como en los E.E.UU. victoriosos, todas las fuerzas del aparato gubernamental de la burguesía y toda la astucia de los reyes del oro son puestas en movimiento para despojar a los obreros de su prensa: persecuciones judiciales y arrestos (o asesinatos cometidos por matones) de los redactores, confiscaciones de los envíos postales, del papel, etc. Y todo lo necesario para un diario en materia de información se halla en manos de las agencias telegráficas burguesas, los anuncios sin los cuales un gran diario no puede cubrir sus costos se encuentran a la "libre" disposición de los capitalistas. En resumen, la burguesía, mediante la mentira, la presión del capital y del Estado burgués, despoja al proletariado revolucionario de su prensa.

Para luchar contra esta situación, los Partidos comunistas deben crear un nuevo tipo de prensa periódica destinada a la difusión masiva entre los obreros que incluya: 1) publicaciones legales que enseñarían, sin declararse comunistas y sin hablar de su dependencia del Partido, a sacar ventaja de las más mínimas posibilidades legales, como lo hicieron los bolcheviques bajo el zarismo después de 1905; 2) folletos ilegales, aunque sea de formato mínimo, de aparición irregular pero impresos por los obreros en un gran número de tipografías que den al proletariado una información libre, revolucionaria y consignas revolucionarias.

Sin una batalla revolucionaria, que atraiga a las masas, por la libertad de prensa comunista, la preparación de la dictadura del proletariado es imposible.

3. MODIFICACIÓN DE LA LÍNEA DE CONDUCTA Y, PARCIALMENTE, DE LA COMPOSICIÓN SOCIAL DE LOS PARTIDOS ADHERIDOS O DESEOSOS DE ADHERIR A LA INTERNACIONAL COMUNISTA

14. El grado de preparación del proletariado de los países más importantes, desde el punto de vista de la economía y de la política mundiales, para la realización de la dictadura obrera se caracteriza, con la mayor objetividad y exactitud, por el hecho de que los partidos más influyentes de la II Internacional tales como el Partido socialista francés, el Partido socialdemócrata independiente alemán, el Partido obrero independiente inglés, el Partido socialista norteamericano han surgido de esa Internacional amarilla y han decidido,

bajo ciertas condiciones, adherir a la III Internacional. De este modo queda demostrado que la vanguardia no está sola, que la mayoría del proletariado revolucionario ha comenzado a pasarse de nuestro lado, persuadido por la marcha de los acontecimientos. Ahora lo esencial es saber concluir esta etapa y que la organización consolide firmemente los resultados obtenidos a fin de que se pueda avanzar en toda la línea sin la menor vacilación.

15. Toda la actividad de los partidos anteriormente citados (a los que hay que agregar también el Partido socialista suizo si el telegrama que nos informa de su decisión de adherir a la III Internacional es exacto) prueba —y no interesa qué publicación de esos partidos lo confirma irrefutablemente— que aún no es comunista y que se opone con frecuencia a los principios fundamentales de la III Internacional reconociendo a la democracia burguesa en lugar de a la dictadura del proletariado y del poder soviético.

Por esas razones, el 2º Congreso de la Internacional comunista declara que no considera posible el reconocimiento inmediato de esos partidos, que confirma la respuesta dada por el Comité ejecutivo de la Internacional comunista a los independientes alemanes, que confirma su consentimiento para entrar en negociaciones con todo partido que salga de la II Internacional y que exprese el deseo de acercarse a la III Internacional, que concede voto consultivo a los delegados de esos partidos para todos sus congresos y conferencias, que plantea las siguientes condiciones para la total unión de esos partidos (y partidos similares) con la Internacional comunista:

1) Publicación de todas las decisiones de todos los Congresos de la Internacional comunista y del Comité Ejecutivo en todas las ediciones periódicas del Partido;

2) Examen de estas últimas en reuniones especiales de todas las organizaciones locales del partido;

3) Convocatoria, luego de este examen, de un congreso especial del partido con el objeto de excluir a los elementos que continúen actuando con el criterio de la II Internacional. Ese congreso deberá ser convocado lo más rápidamente en un plazo máximo de cuatro meses posteriores al 2º Congreso de la Internacional comunista;

4) Expulsión del partido de todos los elementos que continúen actuando según los cánones de la II Internacional;

5) Traspaso de todos los órganos periódicos del partido a manos de redactores exclusivamente comunistas;

6) Los partidos que quieran adherir ahora a la III Internacional

pero que aún no modificaron radicalmente su vieja táctica deben controlar previamente que los dos tercios de miembros de su comité central y de las instituciones centrales más importantes estén compuestas de camaradas que, ya antes del 2º Congreso se habían pronunciado abiertamente por la adhesión del Partido a la III Internacional. Pueden hacerse excepciones con la aprobación del Comité Ejecutivo de la Internacional comunista. El Comité Ejecutivo se reserva también el derecho de hacer excepciones en lo que respecta a los representantes de la tendencia centrista mencionados en el párrafo 7;

7) Los miembros del partido que rechacen las condiciones y las tesis establecidas por la Internacional comunista deben ser excluidos del partido. Lo mismo ocurrirá con los delegados al Congreso extraordinario.

16. En lo que se refiere a la actitud de los comunistas que forman la minoría actual entre los militantes responsables de los partidos antes citados y similares, el 2º Congreso de la Internacional comunista decide que a consecuencia del rápido crecimiento del espíritu revolucionario de las masas el alejamiento de los comunistas de esos partidos no es deseable, puesto que tienen la posibilidad de llevar a cabo una acción tendiente al reconocimiento de la dictadura del proletariado y del poder sovieta, de criticar a los oportunistas y a los centristas que aún siguen en esos partidos.

Sin embargo, cuando el ala izquierda de un partido centrista haya adquirido una fuerza suficiente podrá, si lo juzga útil para el desarrollo del comunismo, abandonar el partido en bloque y formar un partido comunista.

Simultáneamente, el 2º Congreso de la III Internacional aprueba también la adhesión de grupos y organizaciones comunistas o simpatizantes del comunismo del Labour Party inglés, aunque éste último aún no haya salido de la II Internacional. Mientras el partido deje a sus organizaciones su actual libertad de crítica, de acción, de propaganda, de agitación y de organización para la dictadura del proletariado y para el poder sovieta, mientras conserve su carácter de unión de todas las organizaciones sindicales de la clase obrera, los comunistas deben hacer todas las tentativas y llegar hasta ciertos compromisos a fin de tener la posibilidad de ejercer una influencia sobre las grandes masas de trabajadores, de denunciar a sus jefes oportunistas desde lo alto de las tribunas ante las masas, de apresurar el pasaje del poder político de las manos de los

representantes directos de la burguesía a los de los lugartenientes obreros de la clase trabajadora para liberar lo más rápidamente a las masas de sus últimas ilusiones en lo que respecta a este asunto.

17. En lo relativo al Partido socialista italiano, el 2º Congreso de la III Internacional, reconociendo que la revisión del programa votado el año pasado por ese Partido en su Congreso de Bolonia marca una etapa muy importante en su transformación hacia el comunismo, y que las proposiciones presentadas por la Sección de Turín al consejo general del Partido publicadas en el diario *Ordine Nuovo* del 8 de mayo de 1920 coinciden con todos los principios fundamentales de la III Internacional, solicita al Partido socialista italiano que examine, en el próximo congreso que debe ser convocado de acuerdo a los estatutos del partido y de las disposiciones generales de admisión a la III Internacional, las mencionadas proposiciones y todas las decisiones de los dos Congresos de la Internacional comunista, particularmente en lo referido a la fracción parlamentaria, a los sindicatos y a los elementos no comunistas del partido.

18. El 2º Congreso de la III Internacional considera como inadecuadas las concepciones sobre las relaciones del Partido con la clase obrera y con la masa, sobre la participación facultativa de los Partidos comunistas en la acción parlamentaria y en la acción de los sindicatos reaccionarios, que fueron ampliamente rechazadas en las resoluciones especiales del presente Congreso, luego de haber sido defendidas sobre todo por el "Partido obrero comunista alemán" y en parte por el "Partido comunista suizo", por el órgano del buró vienés de la Internacional comunista para Europa Oriental, *Kommunismus*, por algunos camaradas holandeses, por ciertas organizaciones comunistas de Inglaterra, la "Federación obrera socialista", etc., así como por los IWW de EE.UU. y los "Shop Steward Committees" de Inglaterra, etc.

Sin embargo, el 2º Congreso de la III Internacional cree posible y conveniente la reunión en la III Internacional de las organizaciones anteriormente mencionadas que aún no han adherido oficialmente, pues en este caso, y sobre todo con respecto a los "Shop Stewards Committees" ingleses, nos hallamos en presencia de un profundo movimiento proletario que en los hechos se encuadra en los principios fundamentales de la Internacional comunista. En esas organizaciones, las concepciones erróneas sobre la participación en la acción de los Parlamentos burgueses se explican menos por el papel

RESOLUCIÓN SOBRE EL PAPEL DEL PARTIDO COMUNISTA EN LA REVOLUCIÓN PROLETARIA

de los elementos surgidos de la burguesía que aportan sus concepciones, de un espíritu en el fondo pequeño burgués tal como lo son frecuentemente las de los anarquistas, que por la inexperiencia política de los proletarios verdaderamente revolucionarios y ligados con la masa.

El 2º Congreso de la III Internacional solicita por esas razones a todas las organizaciones y todos los grupos comunistas de los países anglosajones la prosecución, aún en el caso en que los "TWW" y los "Shop Stewards Committees" no se unan inmediatamente a la III Internacional, de una política de relaciones más amistosas con esas organizaciones, de acercamiento con ellas y con las masas que simpatizan con ellas, haciéndoles comprender amigablemente desde el punto de vista de la experiencia de todas las revoluciones rusas del siglo xx, el carácter erróneo de sus concepciones y reiterando las tentativas de fusión con esas organizaciones en un partido comunista único.

19. El congreso llama la atención de todos los camaradas, sobre todo los de los países latinos y anglosajones, sobre el sistema hecho: después de la guerra se produjo una profunda división de ideas entre los anarquistas de todo el mundo con respecto a la actitud a observar frente a la dictadura del proletariado y el poder soviético. En esas condiciones, entre los elementos proletarios que con frecuencia se sintieron atraídos al anarquismo por el odio plenamente justificado al oportunismo y al reformismo de la II Internacional, se observa una comprensión particularmente exacta de esos principios, que se extiende cada vez más a medida que la experiencia de Rusia, Finlandia, Hungría, Lituania, Polonia y Alemania es mejor conocida.

Por esas razones, el Congreso considera un deber de todos los camaradas el sostener por todos los medios la transición de todos los elementos proletarios de masas del anarquismo a la III Internacional.

El Congreso considera que el éxito de la acción de los partidos verdaderamente comunistas debe ser apreciado entre otras cosas en la medida en que hayan logrado atraer a todos los elementos verdaderamente proletarios del anarquismo.

El proletariado mundial se halla en vísperas de una lucha decisiva. La época en que vivimos es una época de acción directa contra la burguesía. La hora decisiva se acerca. Pronto, en todos los países donde existe un movimiento obrero consciente, la clase obrera tendrá que librar una serie de combates encarnizados, con las armas en las manos. En este momento más que nunca, la clase obrera tiene necesidad de una sólida organización. De ahora en adelante la clase obrera debe prepararse infatigablemente para esta lucha, sin perder un solo minuto.

Si en 1871, durante la Comuna de París, la clase obrera hubiese tenido un Partido comunista sólidamente organizado, aunque fuese poco numeroso, la primera insurrección del heroico proletariado francés habría sido mucho más fuerte y habría evitado muchos errores. Las batallas que el proletariado tendrá que librar ahora, en coyunturas históricas muy diferentes, tendrán resultados mucho más graves que en 1871.

El 2º Congreso mundial de la Internacional comunista señala a los obreros revolucionarios de todo el mundo la importancia de las siguientes consideraciones:

1. El partido comunista es una fracción de la clase obrera y desde luego es su fracción más avanzada, la más consciente y, por consiguiente, la más revolucionaria. Se crea mediante la selección espontánea de los trabajadores más conscientes, adictos y esclarecidos. El Partido comunista no tiene intereses diferentes de los de la clase obrera. El Partido comunista sólo difiere de la gran masa de trabajadores en lo que él considera la misión histórica del conjunto de la clase obrera y se esfuerza en todo momento en defender no los intereses de algunos grupos o profesiones sino los de toda la clase obrera. El Partido comunista constituye la fuerza organi-

zadora y política, con ayuda de la cual la fracción más adelantada de la clase obrera dirige por el buen camino a las masas del proletariado y del semiproletariado.

2. Mientras el poder gubernamental no sea conquistado por el proletariado y en tanto este último no haya consolidado, de una vez por todas, su predominio y haya prevenido toda tentativa de restauración burguesa, el Partido comunista sólo englobará en sus filas organizadas a una minoría obrera. Hasta la toma del poder y en la época de transición, el Partido comunista puede, gracias a circunstancias favorables, ejercer una influencia *ideológica y política* incuestionable en todos los sectores proletarios y semiproletarios de la población, pero no puede reunirlos organizadamente en sus filas. Sólo cuando la dictadura proletaria prive a la burguesía de medios de acción tan poderosos como la prensa, la escuela, el parlamento, la Iglesia, la administración, etc., cuando la derrota definitiva del régimen burgués sea evidente para todos, entonces todos los obreros, o al menos la mayoría, comenzarán a entrar en las filas del Partido comunista.

3. Las nociones de partido y de clase deben ser distinguidas con el mayor cuidado. Los miembros de los sindicatos "cristianos" y liberales de Alemania, de Inglaterra y de otros países pertenecen indudablemente a la clase obrera. Los grupos obreros más o menos considerables que todavía se ubican en las filas de Scheidemann, Gompers y otros también pertenecen a ella. En esas condiciones históricas, es muy posible que surjan numerosas tendencias reaccionarias en el seno de la clase obrera. La tarea del comunismo no consiste en adaptarse a esos elementos atrasados de la clase obrera sino en elevar a toda la clase obrera al nivel de la vanguardia comunista. La confusión entre esas dos nociones de *partido* y de *clase* puede conducir a errores y malentendidos muy graves. Es evidente, por ejemplo, que los partidos obreros debían, pese a los prejuicios y al estado de ánimo de un sector de la clase obrera durante la guerra imperialista, rebelarse a cualquier precio contra esos prejuicios y ese estado de ánimo, en nombre de los intereses históricos del proletariado que colocaban a su partido en la obligación de declarar la guerra a la guerra.

Es así, por ejemplo, cómo a comienzos de la guerra imperialista de 1914, los partidos socialistas de todos los países, al apoyar a "sus" respectivas burguesías, no olvidaban de justificar su conducta invocando la voluntad de la clase obrera. Al hacerlo, olvidaban que, aun cuando hubiere sido así, la tarea del partido proletario consistía

en reaccionar contra la mentalidad obrera general y defender a cualquier precio los intereses históricos del proletariado. Por eso a comienzos del siglo xx los mencheviques rusos (que en ese entonces se llamaban economistas) repudiaban la lucha abierta contra el zarismo porque, según decían, la clase obrera en su conjunto no se encontraba aún en condiciones de comprender la necesidad de la lucha política.

Por eso también los independientes de derecha en Alemania siempre justificaron sus medidas moderadas diciendo que ante todo era preciso comprender los deseos de las masas, y ellos mismos no comprendían que el partido está destinado a marchar a la cabeza de las masas y a mostrarles el camino.

4. La Internacional comunista está absolutamente convencida de que el fracaso de los antiguos partidos "socialdemócratas" de la II Internacional en ningún caso puede ser considerado como el fracaso de los partidos proletarios en general. La época de la lucha directa en vistas de la dictadura del proletariado exige un nuevo partido proletario mundial: el partido comunista.

5. La Internacional comunista repudia categóricamente la opinión según la cual el proletariado puede realizar su revolución sin tener un partido político. Toda lucha de clases es una lucha política. El objetivo de esta lucha, que tiende a transformarse inevitablemente en guerra civil, es la conquista del poder político. Por eso el poder político sólo puede ser conquistado, organizado y dirigido por un determinado partido político. Únicamente en el caso en que el proletariado esté guiado por un partido organizado y experimentado, que persiga fines claramente definidos y que posea un programa de acción susceptible de ser aplicado tanto en la política interna como en la política exterior, la conquista del poder político puede ser considerada no como un episodio sino como el punto de partida de un trabajo duradero de construcción comunista de la sociedad por el proletariado.

La misma lucha de clases exige también la centralización y la dirección única de las diversas formas del movimiento proletario (sindicatos, cooperativas, comités de fábricas, educación, elecciones, etc.). El centro organizador y dirigente sólo puede ser un partido político. Negarse a crearlo y a afirmarlo, negarse a someterse a ese principio equivale a repudiar el mando único de los contingentes del proletariado que actúan en puntos diferentes. La lucha de clase proletaria exige una agitación concentrada, que esclarezca las diversas etapas de la lucha desde un único punto

de vista y atraiga en todo momento la atención del proletariado sobre las tareas que le interesan en su conjunto. Todo esto no puede ser realizado sin un aparato político centralizado, es decir fuera del marco de un partido político.

La propaganda de ciertos sindicalistas revolucionarios y de los adherentes al movimiento industrialista de todo el mundo (IWW) contra la necesidad de un partido político que se baste a sí mismo objetivamente sólo ayudó y ayuda a la burguesía y a los "socialdemócratas" contrarrevolucionarios. En su propaganda contra un partido comunista al que querían remplazar con sindicatos o con uniones obreras de formas poco definidas y demasiado vastas, los sindicalistas y los industrialistas tienen puntos de coincidencia con oportunistas reconocidos.

Luego de la derrota de la revolución de 1905, los mencheviques rusos difundieron durante algunos años la idea de un Congreso obrero (así lo denominaban ellos) que debía remplazar al partido revolucionario de la clase obrera. Los "laboristas amarillos" de toda clase en Inglaterra y EE.UU. quieren remplazar el partido político por informes uniones obreras, e inventan, al mismo tiempo, una táctica política absolutamente burguesa. Los sindicalistas revolucionarios e industrialistas quieren combatir la dictadura de la burguesía, pero no saben cómo hacerlo. No comprenden que una clase obrera sin partido político es un cuerpo sin cabeza. El sindicalismo revolucionario y el industrialismo significan un paso adelante sólo en relación a la vieja ideología inerte y contrarrevolucionaria de la II Internacional. En relación al marxismo revolucionario, es decir al comunismo, el sindicalismo y el industrialismo significan un paso hacia atrás. La declaración de los comunistas "de la izquierda alemana KAPD" (programa elaborado por su congreso constitutivo de abril último) afirmando que forman un partido, pero "no un partido en el sentido corriente del término" (*keine partei im überlieferten Sinne*) constituye una capitulación ante la opinión sindicalista e industrialista, y es un hecho reaccionario.

Pero no es mediante la huelga general, mediante la táctica de los brazos cruzados como la clase obrera puede lograr la victoria sobre la burguesía. El proletariado debe llegar a la insurrección armada. El que comprende esto debe también comprender que un partido político organizado es necesario y que no pueden existir difusas uniones obreras.

Los sindicalistas revolucionarios hablan con frecuencia del gran

papel que debe desempeñar una minoría revolucionaria resuelta. Ahora bien, en realidad, esta minoría resuelta de la clase obrera que se demanda, esta minoría que es comunista y que tiene un programa, que quiere organizar la lucha de las masas, es el Partido comunista.

6. La tarea más importante de un partido realmente comunista consiste en permanecer siempre en contacto con las organizaciones proletarias más amplias. Para lograrlo, los comunistas pueden y deben participar en grupos que, sin ser grupos del partido, engloben a grandes masas proletarias. Tales son, por ejemplo, los que se conocen con el nombre de organizaciones de inválidos en diversos países, sociedades tales como "No toquen a Rusia" (*Hands off Russia*) en Inglaterra, las uniones proletarias de arrendatarios, etc. Tenemos aquí el ejemplo ruso de las conferencias de obreros y campesinos que se declaran "independientes" de los partidos (*bezpartiní*). Pronto serán organizadas asociaciones de este tipo en cada ciudad, en cada barrio obrero y también en el campo. En ellas toman parte amplias masas que incluyen también a trabajadores atrasados. Se introducirá en el orden del día las cuestiones más interesantes: aprovisionamiento, vivienda, problemas militares, enseñanza, tarea política del momento actual, etc... Los comunistas deben tener influencia en esas asociaciones, con lo que se obtendrán resultados muy importantes para el partido.

Los comunistas consideran como su tarea principal un trabajo sistemático de educación y organización en el seno de esas organizaciones. Pero precisamente para que ese trabajo sea fecundo, para que los enemigos del proletariado revolucionario no puedan apoderarse de esas organizaciones, los trabajadores avanzados, los comunistas, deben tener su partido de acción organizada, que sepa defender al comunismo en todas las coyunturas y ante todas las eventualidades.

7. Los comunistas no deben apartarse nunca de las organizaciones obreras políticamente neutras, aun cuando posean un carácter evidentemente reaccionario (uniones amarillas, uniones cristianas, etc.). En el seno de esas organizaciones, el Partido comunista prosigue constantemente su propia obra, demostrando infatigablemente a los obreros que la neutralidad política es conscientemente cultivada entre ellos por la burguesía y por sus agentes a fin de desviar al proletariado de la lucha organizada por el socialismo.

8. La antigua subdivisión clásica del movimiento obrero en tres formas (partidos, sindicatos, cooperativas) ha cumplido su

ciclo. La revolución proletaria en Rusia dio origen a la forma esencial de la dictadura del proletariado, los soviets. La nueva división que nosotros reivindicamos en todas partes es la siguiente: 1º el partido, 2º el soviets, 3º el sindicato.

Pero el trabajo en los soviets así como en los sindicatos de industria vueltos revolucionarios debe ser invariable y sistemáticamente dirigido por el partido del proletariado, es decir por el partido comunista. En cuanto que vanguardia organizada de la clase obrera, el partido comunista responde igualmente a las necesidades económicas, políticas y espirituales de toda la clase obrera. Debe ser el alma de los sindicatos y de los soviets así como de todas las otras formas de organización proletaria.

La aparición de los soviets, forma histórica principal de la dictadura del proletariado, de ningún modo disminuye el papel dirigente del partido comunista en la revolución proletaria. Cuando los comunistas alemanes de "izquierda" (véase su Manifiesto al proletariado alemán del 14 de abril de 1920 firmado por "el Partido obrero comunista alemán") declaran que "el partido debe también adaptarse cada vez más a la idea soviética y proletarizarse" (*Kommunistische Arbeiterzeitung*, n.º 54) vemos en ella una expresión insinuante de la idea de que el partido comunista debe basarse en los soviets y que éstos pueden remplazarlo.

Esta idea es profundamente errónea y reaccionaria.

La historia de la revolución rusa nos muestra en cierto momento a los soviets oponiéndose al partido proletario y sosteniendo a los agentes de la burguesía. Lo mismo pudo observarse en Alemania y también es posible en otros países.

Para que los soviets puedan realizar su misión histórica, la existencia de un partido comunista lo suficientemente fuerte como para no "adaptarse" a los soviets sino para ejercer sobre ellos una influencia decisiva, obligarlos a "no adaptarse" a la burguesía y a la socialdemocracia oficial, conducirlos por medio de esta fracción comunista, es, por el contrario, necesario.

9. El partido comunista no es solamente necesario a la clase obrera *antes y durante* la conquista del poder sino también *después* de ella. La historia del partido comunista ruso, que detenta desde hace tres años el poder, demuestra que el papel del partido comunista, lejos de disminuir a partir de la conquista del poder, aumenta considerablemente.

10. Cuando se produce la conquista del poder por el proletariado, el partido del proletariado sólo constituye una fracción de la clase

de los trabajadores. Pero es la fracción que ha organizado la victoria. Durante veinte años, como ya lo hemos visto en Rusia, desde hace varios años, como lo hemos visto en Alemania, el partido comunista lucha no solamente contra la burguesía sino también contra aquellos socialistas que en realidad no hacen sino manifestar la influencia de las ideas burguesas sobre el proletariado. El Partido comunista ha asimilado a los militantes más estoicos, más esclarecidos, más progresistas de la clase obrera. Y la existencia de semejante organización proletaria permite superar todas las dificultades con que se enfrenta el partido comunista a partir del día siguiente de la victoria. La organización de un nuevo ejército rojo proletario, la abolición efectiva del mecanismo gubernamental burgués y la creación de los primeros lineamientos del aparato gubernamental proletario, la lucha contra las tendencias corporativistas de ciertos grupos obreros, la lucha contra el patriotismo regional y el espíritu localista, los esfuerzos tendientes a crear una nueva disciplina de trabajo son otros tantos dominios donde el Partido comunista, cuyos miembros atraen con su vivo ejemplo a las masas obreras, debe decir la palabra decisiva.

11. La necesidad de un partido político del proletariado sólo desaparecerá con las clases sociales. En la marcha del comunismo hacia la victoria definitiva, es posible que la relación específica existente entre las tres formas esenciales de la organización proletaria contemporánea (partidos, soviets, sindicatos de industria) sea modificada y que un tipo único, sintético, de organización obrera se cristalice poco a poco. Pero el partido comunista sólo se resolverá completamente en el seno de la clase obrera cuando el comunismo deje de ser el eje de la lucha social, cuando toda la clase obrera sea comunista.

12. El 2º Congreso de la Internacional comunista debe no solamente confirmar al partido en su misión histórica sino también indicar al proletariado internacional al menos los lineamientos esenciales del partido que nos es necesario.

13. La Internacional comunista considera que sobre todo en la época de la dictadura del proletariado el partido comunista debe estar basado en una inquebrantable centralización proletaria. Para dirigir eficazmente a la clase obrera en la guerra civil larga y tenaz que se avecina, el Partido comunista ruso, que durante tres años dirigió con éxito a la clase obrera a través de las peripecias de la guerra civil, ha demostrado que sin la mayor disciplina, sin una centralización efectiva, sin una confianza absoluta de los adhe-

rentes con respecto al núcleo dirigente del partido, la victoria de los trabajadores es imposible.

14. El partido comunista debe estar basado en una centralización democrática. La constitución mediante elecciones de los comités secundarios, la sumisión obligatoria de todos los comités al comité superior y la existencia de un centro provisto de plenos poderes cuya autoridad no puede, en el intervalo entre los Congresos del partido, ser cuestionada por nadie, esos son los principios esenciales de la centralización democrática.

15. Toda una serie de Partidos comunistas en Europa y en América son puestos por el estado de sitio fuera del marco de la legalidad. Es conveniente recordar que el principio electivo puede sufrir, en esas condiciones, algunos inconvenientes y que puede ser necesario acordar a los órganos directivos del partido el derecho de designar nuevos miembros. Así ocurrió en Rusia. Durante el estado de sitio, el partido comunista evidentemente no puede recurrir al referéndum democrático toda vez que se plantee un problema grave (como pretendía un grupo de comunistas norteamericanos). Por el contrario, debe dar a su núcleo dirigente la posibilidad y el derecho de decidir rápidamente en el momento oportuno, en nombre de todos los miembros del partido.

16. La reivindicación de una amplia "autonomía" para los grupos locales del partido en este momento no puede sino debilitar las filas del Partido comunista, disminuir su capacidad de acción y favorecer el desarrollo de las tendencias anarquistas y pequeño-burguesas opuestas a la centralización.

17. En los países donde el poder se halla todavía en manos de la burguesía o de la socialdemocracia contrarrevolucionaria, los Partidos comunistas deben yuxtaponer sistemáticamente la acción legal y la acción clandestina. Esta última siempre debe controlar efectivamente a la primera. Los grupos parlamentarios comunistas, al igual que las fracciones comunistas que operan en el seno de las diversas instituciones estatales tanto centrales como locales, deben estar totalmente subordinados al Partido comunista, cualquiera sea la situación, legal o no, del Partido. Los funcionarios que de una u otra manera no se someten al Partido comunista, deben ser expulsados. La prensa legal (diarios, ediciones diversas) debe depender en todo y para todo del conjunto del Partido y de su comité central.

18. En toda acción organizativa del Partido y de los comunistas, la piedra angular debe estar centrada en la organización de una célula comunista en todos aquellos lugares donde haya algunos proletarios o semiproletarios. En todo Soviet, en todo sindicato, en toda cooperativa, en todo taller, e todo comité de inquilinos, en toda cooperativa, en todo taller, en todo comité de inquilinos debe ser inmediatamente organizada una célula comunista. La organización comunista es el único camino que permite a la vanguardia de la clase obrera arrastrar tras suyo a la clase obrera. Todas las células comunistas que actúan en las organizaciones políticamente neutrales están absolutamente subordinadas al Partido en su conjunto, ya sea la acción del Partido legal o ilegal. Las células comunistas deben estar organizadas en una estricta dependencia recíproca, a establecer del modo más preciso.

19. El Partido comunista surge casi siempre en los grandes centros, entre los trabajadores de la industria urbana. Para asegurar a la clase obrera la victoria más fácil y más rápida, es indispensable que el Partido comunista no sea exclusivamente un Partido urbano. Debe extenderse también al campo, y con ese objeto, dedicarse a realizar la propaganda y la organización de los jornaleros agrícolas, de los campesinos pobres y medios. El Partido comunista debe proseguir con especial cuidado la organización de células comunistas en las aldeas.

La organización internacional del proletariado sólo puede fortalecerse si esta forma de considerar el papel del Partido comunista es admitida en todos los países donde viven y luchan comunistas. La Internacional comunista invita a todos los sindicatos que aceptan los principios de la III Internacional a romper con la Internacional Amarilla. La Internacional organizará una sección internacional de los sindicatos rojos que adhieren al comunismo. La Internacional comunista no rechazará la ayuda de toda organización obrera políticamente neutral descosa de combatir contra la burguesía. Pero la Internacional comunista no dejará de probar a los proletarios del mundo: 1) que el Partido comunista es el arma principal, esencial, de la emancipación del proletariado; ahora debemos contar en todos los países ya no con grupos y tendencias sino con un Partido comunista; 2) que en cada país sólo debe existir un solo y único Partido comunista; 3) que el Partido comunista debe estar basado en el principio de la más estricta centralización y debe instituir en su seno, en la época de la guerra civil, una disciplina militar; 4) que en todos los lugares

donde haya una docena de proletarios o de semiproletarios, el Partido comunista debe tener su célula organizada; 5) que en toda organización apolítica debe haber una célula comunista estrictamente subordinada al Partido; 6) que a la vez defiende inequívocamente el programa y la táctica revolucionaria del comunismo, el Partido debe mantener las relaciones más estrechas con las organizaciones de las grandes masas obreras y debe cuidarse tanto del sectarismo como de la falta de principios.

EL MOVIMIENTO SINDICAL, LOS COMITÉS DE FABRICA Y DE EMPRESAS

I

1. Los sindicatos creados por la clase obrera durante el período del desarrollo pacífico del capitalismo eran organizaciones obreras destinadas a luchar por el alza de salarios obreros en el mercado del trabajo y el mejoramiento de las condiciones del trabajo asalariado. Los marxistas revolucionarios fueron obligados a entrar en contacto con el partido político del proletariado, el partido socialdemócrata, a fin de entablar una lucha común por el socialismo. Las mismas razones que, con raras excepciones, habían hecho de la democracia socialista no un arma de la lucha revolucionaria del proletariado por la liquidación del capitalismo, sino una organización que encanzaba el esfuerzo revolucionario del proletariado según los intereses de la burguesía, hicieron que, durante la guerra, los sindicatos se presentaran con frecuencia en calidad de elementos del aparato militar de la burguesía. Ayudaron a esta última a explotar a la clase obrera con la mayor intensidad y a llevar a cabo la guerra del modo más enérgico, en nombre de los intereses del capitalismo. Al solo abarcar a los obreros especialistas mejor retribuidos por los patrones, al actuar en límites corporativos muy estrechos, encadenados por un aparato burocrático totalmente extraño a las masas engañadas por sus líderes oportunistas, los sindicatos traicionaron no solamente la causa de la revolución social sino también la de la lucha por el mejoramiento de las condiciones de vida de los obreros que ellos habían organizado. Abandonaron el ámbito de la lucha profesional contra los patrones y lo remplazaron, a cualquier precio, por un programa de transacciones amistosas con los capitalistas. Esta política fue no solamente la de las Trade unions liberales en Inglaterra y en EE.UU., la de los sindicatos

libres pretendidamente socialistas de Alemania y Austria, sino también la de las uniones sindicales francesas.

2. Las consecuencias económicas de la guerra, la total desorganización del sistema económico en el orden mundial, la carestía enloquecedora de la vida, la explotación más intensa del trabajo de las mujeres y de los niños, el problema de la vivienda, que se agravan progresivamente, todo esto impulsa a las masas proletarias por el camino de la lucha contra el capitalismo. Por su carácter y su envergadura, que se esbozan día a día con mayor nitidez, este combate se convertirá en una gran batalla revolucionaria que destruirá las bases generales del capitalismo. El aumento de salarios de una categoría determinada de obreros, arrancando a los patrones al precio de una lucha económica encarnizada, es reducido al día siguiente a cero por el alza del costo de la vida. Ahora bien, el alza de los precios debe continuar, pues la clase capitalista de los países vencedores, al arruinar con su política de explotación a la Europa oriental y central, no está en condiciones de organizar el sistema económico mundial. Por el contrario, lo desorganiza cada vez más. Para asegurarse el éxito en la lucha económica, las amplias masas obreras que permanecían hasta ahora al margen de los sindicatos afluyen a ellos. En todos los países capitalistas se comprueba un prodigioso crecimiento de los sindicatos que ahora ya no representan únicamente a la organización de los elementos progresistas del proletariado sino a la de toda su masa. Al entrar en los sindicatos, las masas tratan de convertirlos en su arma de combate. El antagonismo de las clases que cada vez se agudiza más, fuerza a los sindicatos a organizar huelgas cuya repercusión se hace sentir en todo el mundo capitalista, interrumpiendo el proceso de la producción y del intercambio capitalistas. Al aumentar sus exigencias a medida que aumenta el costo de la vida y que ellas mismas se agotan cada vez más, las masas obreras destruyen todo cálculo capitalista que representa el fundamento elemental de una economía organizada. Los sindicatos, que durante la guerra se habían convertido en los órganos del sometimiento de las masas obreras a los intereses de la burguesía, representan ahora los órganos de la destrucción del capitalismo.

3. Pero la vieja burocracia profesional y las antiguas formas de organización sindical obstaculizan de cualquier forma esta transformación del carácter de los sindicatos. La vieja burocracia profesional trata por todos los medios de lograr que los sindicatos conserven su carácter de organizaciones de la aristocracia obrera, trata

de mantener en vigor las reglas que imposibilitan la entrada de las masas obreras mal pagas en los sindicatos. La vieja burocracia sindical aún se esfuerza por remplazar el movimiento huelguístico, que cada día reviste más el carácter de un conflicto revolucionario entre la burguesía y el proletariado, por una política de contratos a largo plazo que han perdido toda significación ante las variaciones fantásticas de los precios. Trata de imponer a los obreros la política de las comunas obreras, de los Consejos unidos de la industria (Joint Industrial Councils) y a obstaculizar por la vía legal, gracias a la ayuda del Estado capitalista, la expansión del movimiento huelguístico. En los momentos críticos de la lucha, la burguesía siembra la discordia entre las masas obreras militantes e impide las acciones aisladas de diversas categorías de obreros que tienden a fusionarse en una acción de clase general. En esas tentativas, es apoyada por la acción de las antiguas organizaciones sindicales, que dividen a los trabajadores de un sector industrial en grupos profesionales artificialmente aislados, aunque todos estén unidos por el mismo hecho de la explotación capitalista. La burguesía se basa en el poder de la tradición ideológica de la antigua aristocracia obrera, aunque esta última es incesantemente debilitada por la abolición de los privilegios de diversos grupos del proletariado. Esta abolición se explica por la descomposición general del capitalismo, el nivelamiento de la situación de diversos elementos de la clase obrera, la igualación de sus necesidades y su falta de seguridad.

De este modo, la burocracia sindical sustituye con débiles arroyos las poderosas corrientes del movimiento obrero, sustituye con parciales reivindicaciones reformistas los objetivos revolucionarios generales del movimiento y obstaculiza la transformación de los esfuerzos aislados del proletariado en una lucha revolucionaria única tendiente a destruir al capitalismo.

4. Dada la pronunciada tendencia de amplias masas obreras a incorporarse en los sindicatos, y considerando el carácter objetivo revolucionario de la lucha que esas masas sostienen pese a la burocracia profesional, es importante que los comunistas de todos los países formen parte de los sindicatos y trabajen para convertirlos en órganos conscientes de lucha para la liquidación del régimen capitalista y el triunfo del comunismo. Ellos deben tomar la iniciativa de la creación de los sindicatos en todos aquellos lugares donde aún no existan.

Toda deserción voluntaria del movimiento profesional, toda

tentativa de creación artificial de sindicatos que no esté determinada por las violencias excesivas de la burocracia profesional (disolución de las filiales locales revolucionarias sindicales por los centros oportunistas) o por su estrecha política aristocrática que cierra a las grandes masas de trabajadores poco calificados la entrada a los organismos sindicales, presenta un gran peligro para el movimiento comunista. Aparta de la masa a los obreros más progresistas, más conscientes, y la impulsa hacia los jefes oportunistas que trabajan para los intereses de la burguesía... Las vacilaciones de las masas obreras, su indecisión política y la influencia que poseen sobre ellas los líderes oportunistas sólo podrán ser vencidas mediante una lucha cada vez más dura en la medida en que los sectores profundos del proletariado aprendan por experiencia, mediante las lecciones de sus victorias y de sus fracasos, que el sistema económico capitalista nunca permitirá la obtención de condiciones de vida humanas y soportables, en la medida en que los trabajadores comunistas progresistas aprendan, por la experiencia de su lucha económica, a no ser solamente propagandistas teóricos de la idea comunista sino también conductores resueltos de la acción económica y sindical. Sólo de esta forma será posible apartar de los sindicatos a sus líderes oportunistas, poner a los comunistas en la dirección y hacer de estas organizaciones un arma de la lucha revolucionaria por el comunismo. Sólo así será posible detener la descomposición de los sindicatos, remplazarlos por uniones industriales, aislar a la burocracia extraña a las masas y sustituirlos por un organismo formado por los representantes de los obreros industriales (*Betriebsvertreter*) dejando a las instituciones centrales solamente aquellas funciones estrictamente necesarias.

5. Como los comunistas asignan más valor al objetivo y a la sustancia de los sindicatos que a su forma, no deben vacilar ante las escisiones que puedan producirse en el seno de las organizaciones sindicales si, para evitarlas, debían abandonar el trabajo revolucionario, negarse a organizar al sector más explotado del proletariado. Si se impone, sin embargo, una escisión como una necesidad absoluta, sólo se recurrirá a ella si se tiene la seguridad de que los comunistas lograron con su participación en los problemas económicos convencer a las amplias masas obreras que la escisión se justifica no por consideraciones dictadas por un objetivo revolucionario aún muy lejano y vago sino por los intereses concretos inmediatos de la clase obrera correlativos a las necesidades de la acción económica. En el caso en que una escisión se torne inevitable, los comu-

nistas deberán tener gran cuidado para no quedar aislados de la masa obrera.

6. En todos aquellos lugares donde la escisión entre las tendencias sindicales oportunistas y revolucionarias ya se produjo, donde existen, como en EE.UU., sindicatos con tendencias revolucionarias, si no comunistas, al lado de los sindicatos oportunistas, los comunistas tienen la obligación de prestar su ayuda a esos sindicatos revolucionarios, de apoyarlos, de ayudarlos a liberarse de los prejuicios sindicalistas y a adherirse al comunismo, pues este es la única brújula fiel y segura para todos los problemas complicados de la lucha económica. Allí donde se constituyan organizaciones industriales (ya sea sobre la base de los sindicatos o al margen de ellos), tales como los Shop Stewards, los Betriebsräte (Consejos de producción), organizaciones que se dan como objetivo la lucha con las tendencias contrarrevolucionarias de la burocracia sindical, es evidente que los comunistas están obligados a apoyarlas con la mayor energía posible. Pero la ayuda prestada a los sindicatos revolucionarios no debe significar el alejamiento de los comunistas de los sindicatos oportunistas en estado de efervescencia política y en evolución hacia la lucha de clases. Por el contrario, sólo esforzándose por apresurar esta revolución de la masa de los sindicatos que se encuentran ya en la vía de la lucha revolucionaria, los comunistas podrán desempeñar el papel de un elemento que una moral y prácticamente a los obreros organizados para una lucha en común contra el régimen capitalista.

7. En una época en que el capitalismo cae en ruinas, la lucha económica del proletariado se transforma en lucha política mucho más rápidamente que en la época de desarrollo pacífico del régimen capitalista. Todo conflicto económico importante puede plantear ante los obreros el problema de la Revolución. Por lo tanto, los comunistas deben destacar ante los obreros en todas las fases de la lucha económica, que esta lucha sólo podrá ser coronada por el éxito cuando la clase obrera haya vencido a la clase capitalista en una batalla frontal y encare, una vez establecida su dictadura, la organización socialista del país. A partir de esta idea los comunistas deben tender a realizar, en la medida de lo posible, una unión perfecta entre los sindicatos y el partido comunista, subordinándolos a este último, vanguardia de la revolución. Con ese objetivo, los comunistas deben organizar en todos esos sindicatos y Consejos de producción (*Betriebsräte*), fracciones comunistas que los ayudarán a apoderarse del movimiento sindical y a dirigirlo.

II

1. La lucha económica del proletariado por el alza de los salarios y por el mejoramiento general de las condiciones de vida de las masas acentúa diariamente su carácter de lucha sin salida. La desorganización económica que invade a un país tras otro, en proporciones siempre crecientes, demuestra, aún ante los obreros menos esclarecidos, que no basta con luchar por el alza de los salarios y la reducción de la jornada de trabajo, que la clase capitalista pierde cada vez más la capacidad de restablecer la vida económica y de garantizar a los obreros ni siquiera las condiciones de existencia que les aseguraba antes de la guerra. La conciencia siempre en aumento de las masas obreras hizo surgir entre ellas una tendencia a crear organizaciones capaces de sostener la lucha por el resurgimiento económico mediante el control obrero ejercido sobre la industria por los Consejos de producción. Esta tendencia a crear consejos industriales obreros, que va ganando terreno entre los obreros de todos los países, tiene su origen en múltiples factores (lucha contra la burocracia reaccionaria, fatiga causada por las derrotas sufridas por los sindicatos, tendencias a la creación de organizaciones que abarquen a todos los trabajadores) y se inspira, en definitiva, en el esfuerzo realizado para concretar el control de la industria, tarea histórica especial de los consejos industriales obreros. Es por eso que se cometería un error si se tratara de formar esos consejos sólo con obreros partidarios de la dictadura del proletariado. Por el contrario, la tarea del partido comunista consiste en aprovechar la desorganización económica para organizar a los obreros e inculcarles la necesidad de combatir por la dictadura del proletariado ampliando la idea de la lucha por el control obrero, idea que todos comprenden ahora.

2. El partido comunista sólo podrá llevar a cabo esta tarea consolidando en la conciencia de las masas la firme seguridad de que la restauración de la vida económica sobre la base capitalista es actualmente imposible, pues significaría un nuevo sometimiento a la clase capitalista. Una organización económica que responda a los intereses de las masas obreras sólo es posible si el Estado es gobernado por la clase obrera y si la mano firme de la dictadura proletaria se encarga de suprimir al capitalismo y de realizar la nueva organización socialista.

3. La lucha de los comités de fábrica y de empresas contra el capitalismo tiene por objeto inmediato la introducción del control

obrero en todos los sectores de la industria. Los obreros de cada empresa, independientemente de sus profesiones, sufren el sabotaje de los capitalistas que estiman frecuentemente que la suspensión de la actividad de una determinada industria será ventajosa, pues el hambre obligará a los obreros a aceptar las condiciones más duras para evitar a algún capitalista un acrecentamiento de los gastos. La lucha contra este tipo de sabotaje une a la mayoría de los obreros independientemente de sus ideas políticas y hace de los comités de fábricas y elegidos por todos los trabajadores de una empresa, verdaderas organizaciones de masa del proletariado. Pero la desorganización de la economía capitalista es no solamente la consecuencia de la voluntad consciente de los capitalistas sino también y en mayor medida la de la decadencia irresistible de su régimen. Por eso, los comités obreros se verán forzados, en su acción contra las consecuencias de esta decadencia, a superar los límites del control de las fábricas y las empresas aisladas y pronto se enfrentarán con el problema del control obrero a ejercer sobre sectores enteros de la industria y sobre su conjunto. Las tentativas de los obreros de ejercer su control no solamente sobre el aprovisionamiento de las fábricas y de las empresas en materias primas, sino también sobre las operaciones financieras de las empresas industriales, provocarán sin embargo, por parte de la burguesía y del gobierno capitalista, medidas de rigor contra la clase obrera, lo que transformará la lucha obrera por el control de la industria en una lucha por la conquista del poder por parte de la clase obrera.

4. La propaganda en favor de los Consejos industriales debe ser llevada a cabo de modo tal de afianzar en la convicción de las grandes masas obreras, aún de aquellas que no pertenecen directamente al proletariado industrial, la idea de que la responsabilidad de la desorganización económica incumbe a la burguesía y que el proletariado, al exigir el control obrero, lucha por la organización de la industria, por la supresión de la especulación y de la carestía de la vida. La tarea de los partidos comunistas consiste en luchar por el control de la industria, aprovechando todas las circunstancias actuales, desde la carencia del combustible hasta la desorganización de los transportes, fusionando en el mismo objetivo los elementos aislados del proletariado y atrayendo a los medios más amplios de la pequeña burguesía que se proletariza cada día más y sufre cruelmente la desorganización económica.

5. Los consejos industriales obreros no pueden remplazar a los sindicatos. Sólo pueden organizarse en el transcurso de la acción

en diversos sectores de la industria y crear poco a poco un aparato general capaz de dirigir toda la lucha. Ya en la actualidad, los sindicatos representan organismos de combate centralizados, aunque no abarquen a masas obreras tan amplias como pueden hacerlos los consejos industriales obreros y su condición de organizaciones accesibles a todas las empresas obreras. El reparto de todas las tareas de la clase obrera entre los comités industriales obreros y los sindicatos es el resultado del desarrollo histórico de la revolución social. Los sindicatos han organizado a las masas obreras con el objetivo de una lucha por el alza de los salarios y por la reducción de las jornadas obreras y lo hacen en amplia escala. Los consejos obreros industriales se organizan para el control obrero de la industria y la lucha contra la desorganización económica; abarcan a todas las empresas obreras, pero la lucha que sostienen no puede revestir sino muy lentamente un carácter político general. Sólo en la medida en que los sindicatos lleguen a superar las tendencias contrarrevolucionarias de su burocracia o se conviertan en órganos conscientes de la revolución, los comunistas tendrán el deber de apoyar a los consejos industriales obreros en sus tendencias a convertirse en grupos industriales sindicalistas.

6. La tarea de los comunistas se reduce a los esfuerzos que deben hacer para que los sindicatos y los consejos industriales obreros se compenetren del mismo espíritu de resolución combativa, de conciencia y de comprensión de los mejores métodos de combate, es decir del espíritu comunista. Para llevarlo a cabo, los comunistas deben someter, en realidad, los sindicatos y los comités obreros al partido comunista y crear así organismos proletarios de masas que servirán de base para un poderoso partido proletario centralizado, que abarque a todas las organizaciones proletarias y las conduzca por la vía que lleva a la victoria de la clase obrera y a la dictadura del proletariado, al comunismo.

7. Mientras los comunistas hacen de los sindicatos y de los consejos industriales un arma poderosa para la revolución, esas organizaciones de masas se preparan para el gran papel que les tocará desempeñar cuando se establezca la dictadura del proletariado. Su deber consistirá en convertirse en la base socialista de la nueva organización de la vida económica. Los sindicatos, organizados en calidad de pilares de la industria, basándose en los consejos industriales obreros que representarán a las organizaciones de fábricas y de empresas, enseñarán a las masas obreras su deber industrial, harán de los obreros más progresistas directores de empresas, orga-

nizarán el control técnico de los especialistas, estudiarán y ejecutarán, de acuerdo con los representantes del poder obrero, los planes de la política económica socialista.

III

Los sindicatos manifestaban en tiempos de paz tendencia a formar una unión internacional. Durante las huelgas, los capitalistas recurrían a la mano de obra de los países vecinos y a los servicios de "zorros" extranjeros. Pero antes de la guerra la internacional sindical sólo tenía una importancia secundaria. Se ocupaba de la organización de ayudas financieras recíprocas y de un servicio de estadística relativo a la vida obrera, pero no trataba de unificar la vida obrera porque los sindicatos dirigidos por oportunistas hacían todo lo posible para sustraerse a toda lucha revolucionaria internacional. Los líderes oportunistas de los sindicatos que durante la guerra fueron los fieles servidores de la burguesía en sus respectivos países, tratan ahora de restaurar la internacional sindical haciendo de ella un arma del capitalismo internacional, dirigida contra el proletariado. Crean con Jouhaux, Gompers, Legien, etc., una "secretaría de trabajo" junto a la Liga de las Naciones, que no es sino una organización de bandolerismo capitalista internacional. Tratan de aplastar en todos los países al movimiento huelguístico haciendo decretar el arbitraje obligatorio de los representantes del Estado capitalista. Tratan de obtener, a fuerza de compromisos con los capitalistas, toda clase de favores para los obreros capitalistas, a fin de romper de este modo la unión cada día más estrecha de la clase obrera. La Internacional sindical de Amsterdam es, por lo tanto, la remplazante de la II Internacional de Bruselas en bancarota. Los obreros comunistas que forman parte de los sindicatos de todos los países deben, por el contrario, trabajar por la creación de un frente sindicalista internacional. Ya no se trata de la obtención de recursos pecuniarios en caso de huelga sino que ahora es preciso que cuando el peligro amenace a la clase obrera de un país, los sindicatos de los otros países, en calidad de organizaciones de masas, tomen su defensa y hagan todo lo posible para impedir que la burguesía de su país vaya en ayuda de aquella que está en conflicto con la clase obrera. En todos los estados, la lucha económica del proletariado se torna cada vez más revolucionaria. Por eso los sindicatos deben emplear

conscientemente su fuerza en apoyar toda acción revolucionaria, tanto en su propio país como en los otros. Con ese objetivo, deben orientarse hacia la mayor centralización de la acción, no solamente en cada país sino también en la Internacional. Lo harán adhiriendo a la Internacional comunista y fusionando allí en un solo ejército a los distintos elementos comprometidos en el combate, para que actúen en forma concertada y se presten una ayuda mutua.

TESIS Y ADICIONES SOBRE LOS PROBLEMAS NACIONAL Y COLONIAL

A. Tesis

1. A la democracia burguesa, por su naturaleza misma, le es propio un modo abstracto o formal de plantear el problema de la igualdad en general, incluyendo la igualdad nacional. A título de igualdad de la persona humana en general, la democracia burguesa proclama la igualdad formal o jurídica entre el propietario y el proletario, entre el explotador y el explotado, llevando así al mayor engaño a las clases oprimidas. La idea de la igualdad, que en sí misma constituye un reflejo de las relaciones de la producción mercantil, viene a ser en manos de la burguesía un arma de lucha contra la supresión de las clases bajo el pretexto de una igualdad absoluta de las personas. El verdadero sentido de la reivindicación de la igualdad no consiste sino en exigir la supresión de las clases.

2. De acuerdo con su tarea fundamental de luchar contra la democracia burguesa y de desenmascarar la falsedad y la hipocresía de la misma, los partidos comunistas, intérpretes conscientes de la lucha del proletariado por el derrocamiento del yugo de la burguesía, deben, en lo referente al problema nacional, centrar también su atención, no en los principios abstractos o formales, sino: 1) en apreciar con toda exactitud la situación histórica concreta y, ante todo, la situación económica; 2) diferenciar con toda nitidez los intereses de las clases oprimidas, de los trabajadores, de los explotados y el concepto general de los intereses de toda la nación en su conjunto, que no es más que la expresión de los intereses de la clase dominante; 3) asimismo deben dividir netamente las naciones en: naciones dependientes, sin igualdad de derechos, y naciones opresoras, explotadoras, soberanas, por oposición a la mentira democrático-burguesa, la cual encubre la esclavización colonial y financiera —cosa inherente a la época del capital.

financiero y del imperialismo— de la enorme mayoría de la población de la tierra por una insignificante minoría de países capitalistas riquísimos y avanzados.

3. La guerra imperialista de 1914-1918 ha puesto de relieve con particular claridad ante todas las naciones y ante las clases oprimidas del mundo entero la mendacidad de la fraseología democrático-burguesa, al demostrar en la práctica que el Tratado de Versalles dictado por las decantadas “demoeracias occidentales” constituye una violencia aun más feroz e infame sobre las naciones débiles que el Tratado de Brest-Litovsk impuesto por los “junktors” alemanes y el káiser. La Sociedad de las Naciones, así como toda la política de posguerra de la Entente, ponen de manifiesto con mayor evidencia y de un modo más tajante aun esta verdad, reforzando en todas partes la lucha revolucionaria, tanto del proletariado de los países avanzados como de todas las masas trabajadoras de los países coloniales y dependientes, y acelerando el desmoronamiento de las ilusiones nacionales pequeñoburguesas sobre la posibilidad de la convivencia pacífica y de la igualdad nacional bajo el capitalismo.

4. De las tesis esenciales arriba expuestas se desprende que la base de toda la política de la Internacional Comunista, en lo que al problema nacional y colonial se refiere, debe consistir en acercar a las masas proletarias y trabajadoras de todas las naciones y de todos los países para la lucha revolucionaria común por el derrocamiento de los terratenientes y de la burguesía, ya que sólo un acercamiento de esta clase garantiza el triunfo sobre el capitalismo, sin el cual es imposible suprimir la opresión nacional y la desigualdad de derechos.

5. La situación política mundial ha planteado ahora en la orden del día la dictadura del proletariado, y todos los acontecimientos de la política mundial convergen de un modo inevitable a un punto central, a saber: la lucha de la burguesía mundial contra la República Soviética de Rusia, que de un modo ineluctable agrupa en su derredor, por una parte a los movimientos soviéticos de los obreros de vanguardia de todos los países, y por otra todos los movimientos de liberación nacional de los países coloniales y de las nacionalidades oprimidas, que se convencen por amarga experiencia de que no existe para ellos otra salvación que el triunfo del poder de los soviets sobre el imperialismo mundial.

6. Por lo tanto, en la actualidad no hay que limitarse a reconocer o proclamar simplemente el acercamiento entre los trabajado-

res de las distintas naciones, sino que es preciso desarrollar una política que lleve a cabo la unión más estrecha entre los movimientos de liberación nacional y colonial con la Rusia soviética, haciendo que las formas de esta unión estén en consonancia con los grados de desarrollo del movimiento comunista en el seno del proletariado de cada país o del movimiento democrático-burgués de liberación de los obreros y campesinos en los países atrasados o entre las nacionalidades atrasadas.

7. La federación es la forma de transición hacia la unidad completa de los trabajadores de las diversas naciones. El principio federativo ha revelado ya en la práctica su utilidad, tanto en las relaciones entre la República Federativa Socialista Soviética de Rusia y las otras repúblicas soviéticas (de Hungría, de Finlandia, Letonia, en el pasado, y de Azerbaidzhán, de Ucrania en el presente); como dentro de la misma R.F.S.S.R. en lo referente a las nacionalidades que anteriormente carecerían tanto de Estado propio como de autonomía (por ejemplo, las repúblicas autónomas de Bashkiria y Tataria dentro de la R.F.S.S.R., fundadas en 1919 y 1920, respectivamente).

8. En este sentido la tarea de la Internacional Comunista consiste en seguir desarrollando, así como en estudiar y comprobar en la experiencia estas nuevas federaciones que surgen sobre la base del régimen y del movimiento soviéticos. Al reconocer la federación como forma de transición hacia la unidad completa, es necesario tender a estrechar cada vez la unión federativa, teniendo presente, en primer lugar, que sin una alianza estrecha de las repúblicas soviéticas es imposible salvaguardar la existencia de éstas dentro del cerco de las potencias imperialistas del mundo, incomparablemente más poderosas en el plano militar; en segundo lugar, que es imprescindible una alianza económica estrecha de las repúblicas soviéticas, sin lo cual no sería realizable la restauración de las fuerzas productivas destruidas por el imperialismo ni se podría asegurar el bienestar de los trabajadores; tercero, la tendencia a crear una economía mundial única, formando un todo, regulada según un plan general por el proletariado de todas las naciones, tendencia que ya se ha revelado con toda nitidez bajo el capitalismo y que sin duda alguna está llamada a desarrollarse y triunfar bajo el socialismo.

9. En el terreno de las relaciones internas del Estado, la política nacional de la Internacional Comunista no puede circunscribirse a un simple reconocimiento formal, puramente declarativo y que

en la práctica no obliga a nada, de la igualdad de las naciones, cosa que hacen los demócratas burgueses, ya sea los que se confiesan francamente como tales o los que, como los de la II Internacional, se encubren con el título de socialistas.

No sólo en toda su obra de agitación y propaganda —tanto desde la tribuna parlamentaria como fuera de la misma— deben los partidos comunistas desenmascarar implacablemente las violaciones continuas de la igualdad jurídica de las naciones y de las garantías de los derechos de las minorías nacionales en todos los Estados capitalistas, a despecho de sus constituciones “democráticas”, sino que deben también: 1) explicar constatemente que el régimen soviético es el único capaz de proporcionar realmente la igualdad de derechos de las naciones, al unificar primero al proletariado y luego a toda la masa de los trabajadores en la lucha contra la burguesía; 2) es imprescindible que todos los partidos comunistas presten una ayuda directa al movimiento revolucionario en las naciones dependientes o en las que no gozan de derechos iguales (por ejemplo en Irlanda, entre los negros de Estados Unidos, etc.) y en las colonias.

Sin esta última condición, de suma importancia, la lucha contra la opresión de las naciones dependientes y de los países coloniales, lo mismo que el reconocimiento de su derecho a separarse y formar un Estado aparte, sigue siendo un rótulo embustero, como lo vemos en los partidos de la II Internacional.

10. El reconocimiento verbal del internacionalismo y su sustitución efectiva, en toda la propaganda y agitación, y en la labor práctica, por el nacionalismo y el pacifismo pequeñoburgués, constituye el fenómeno más común, no sólo entre los partidos de la II Internacional, sino también entre los que se retiraron de ella y a menudo incluso entre los que ahora se denominan a sí mismos partidos comunistas. La lucha contra este mal, contra los prejuicios nacionales pequeñoburgueses más arraigados, adquiere tanta mayor importancia cuanto mayor es la palpitante actualidad de la tarea de transformar la dictadura del proletariado, convirtiéndola, de nacional (es decir, que existe en un solo país y que no es capaz de determinar la política mundial) en internacional (es decir, en dictadura del proletariado cuando menos en varios países avanzados, capaz de tener una influencia decisiva sobre toda la política mundial). El nacionalismo pequeñoburgués proclama como internacionalismo el mero reconocimiento de la igualdad de derechos de las naciones, y nada más (dejo a un lado el carácter puramente

verbal de semejante reconocimiento), manteniendo intacto el egoísmo nacional, en tanto que el internacionalismo proletario exige: 1) la subordinación de los intereses de la lucha proletaria en un país a los intereses de esta lucha en escala mundial; 2) que la nación que triunfa sobre la burguesía sea capaz y esté dispuesta a hacer los mayores sacrificios nacionales en aras del derrocamiento del capital internacional.

Así, pues, en los Estados ya completamente capitalistas en los que actúan partidos obreros que son la verdadera vanguardia del proletariado, la tarea esencial y primordial consiste en luchar contra las desviaciones oportunistas, pequeñoburguesas y pacifistas de la concepción y de la política del internacionalismo.

11. En lo referente a los Estados y a las naciones más atrasados, donde predominan las relaciones feudales, patriarcales o patriarcal-campesinas, es preciso tener sobre todo presente:

1) La obligación de todos los partidos comunistas de ayudar al movimiento democrático-burgués de liberación en esos países: el deber de prestar la ayuda más activa incumbe, en primer término, a los obreros del país del cual, en el sentido colonial o financiero, depende la nación atrasada;

2) La necesidad de luchar contra el clero y los demás elementos reaccionarios y medievales que ejercen influencia en los países atrasados;

3) La necesidad de luchar contra el panislamismo y otras corrientes de esta índole que tratan de combinar el movimiento de liberación contra el imperialismo europeo y americano con el fortalecimiento de las posiciones de los khanes, de los terratenientes, de los mullhas, etc.;

4) La necesidad de apoyar especialmente el movimiento campesino en los países atrasados contra los terratenientes, contra la gran propiedad territorial, contra toda clase de manifestaciones o resabios del feudalismo, y esforzarse por dar al movimiento campesino el carácter más revolucionario, realizando una alianza estrechísima entre el proletariado comunista de la Europa occidental y el movimiento revolucionario de los campesinos de Oriente, de los países coloniales y de los países atrasados en general; es indispensable, en particular, realizar todos los esfuerzos para aplicar los principios esenciales del régimen soviético en los países en que predominan las relaciones precapitalistas, por medio de la creación de “soviets de trabajadores”, etc.;

5) La necesidad de luchar resueltamente contra los intentos hechos por los movimientos de liberación, que no son en realidad ni comunistas ni revolucionarios, de adoptar el color del comunismo; la Internacional Comunista debe apoyar los movimientos revolucionarios en los países coloniales y atrasados, sólo a condición de que los elementos de los futuros partidos proletarios, comunistas no sólo por su nombre, se agrupen y se eduquen en todos los países atrasados en la conciencia de la misión especial que les incumbe: luchar contra los movimientos democrático-burgueses dentro de sus naciones; la Internacional Comunista debe sellar una alianza temporal con la democracia burguesa de los países coloniales y atrasados, pero no debe fusionarse a ella y tiene que mantener incondicionalmente la independencia del movimiento proletario incluso en sus formas más embrionarias;

6) La necesidad de explicar infatigablemente y desenmascarar de continuo ante las grandes masas trabajadoras de todos los países, sobre todo de los trabajadores, el engaño que utilizan sistemáticamente las potencias imperialistas, las cuales, bajo el aspecto de Estados políticamente independientes, crean en realidad Estados desde todo punto de vista sojuzgados por ellos en el sentido económico, financiero y militar. Como un ejemplo flagrante de los engaños practicados con la clase trabajadora en los países sometidos por los esfuerzos combinados del imperialismo de los Aliados y de la burguesía de tal o cual nación, podemos citar el asunto de los sionistas en Palestina, país en el que so pretexto de crear un Estado judío, allí donde los judíos son una minoría insignificante, el sionismo ha librado a la población autóctona de los trabajadores árabes a la explotación de Inglaterra. En la situación internacional presente no hay para las naciones dependientes y débiles otra salvación que la federación de repúblicas soviéticas.

12. La opresión secular de las nacionalidades coloniales y débiles por las potencias imperialistas ha dejado entre las masas trabajadoras de los países oprimidos, no sólo un rencor, sino también una desconfianza hacia las naciones opresoras en general, comprendiendo al proletariado de estas naciones. La vil traición al socialismo por parte de la mayoría de los jefes oficiales de ese proletariado durante los años de 1914 a 1919, cuando de modo socialchovinista enebriaban con la "defensa de la patria" la defensa del "derecho" de "su propia" burguesía a oprimir las colonias y a expoliar a los países financieramente dependientes, no ha podido

dejar de acentuar esta desconfianza en todo sentido legítimo. Por otra parte, cuanto más atrasado es un país tanto más pronunciados son la pequeña producción agrícola, el estado patriarcal y el aislamiento, lo cual conduce de modo ineludible a un desarrollo particularmente vigoroso y persistente de los prejuicios pequeño-burgueses más arraigados, a saber: los prejuicios de egoísmo nacional, de estrechez nacional. La extinción de esos prejuicios es necesariamente un proceso muy lento, puesto que sólo pueden desaparecer después de la desaparición del imperialismo y el capitalismo en los países avanzados y una vez que cambie radicalmente toda la base de la vida económica de los países atrasados. De ahí surge el deber, para el proletariado comunista consciente de todos los países, de demostrar circunspección y atención particulares frente a las supervivencias de los sentimientos nacionales en los países y en las nacionalidades que han sufrido una prolongadísima opresión; asimismo es su deber hacer ciertas concesiones con el fin de apresurar la desaparición de esa desconfianza y esos prejuicios. La causa del triunfo sobre el capitalismo no puede tener su remate eficaz si el proletariado, y luego todas las masas trabajadoras de todos los países y naciones del mundo entero, no demuestran una aspiración voluntaria a la alianza y a la unidad.

B. Tesis suplementarias

1. La determinación exacta de las relaciones de la Internacional comunista con el movimiento revolucionario en los países que están dominados por el imperialismo capitalista, en particular de la China, es uno de los problemas más importantes para el II Congreso de la Internacional comunista. La revolución mundial entra en un período en el cual es necesario un conocimiento exacto de esas relaciones. La gran guerra europea y sus resultados han demostrado muy claramente que las masas de los países sometidos fuera de los límites de Europa están vinculados de manera absoluta al movimiento proletario de Europa y que esa es una consecuencia inevitable del capitalismo mundial centralizado.

2. Las colonias constituyen una de las principales fuentes de las fuerzas del capitalismo europeo.

Sin la posesión de grandes mercados y de extensos territorios de explotación en las colonias, las potencias capitalistas de Europa no podrían mantenerse mucho tiempo.

Inglaterra, fortaleza del imperialismo, superproduce desde hace más de un siglo. Sólo si conquista territorios coloniales, mercados suplementarios para la venta de los productos de superproducción y fuentes de materias primas para su creciente industria, Inglaterra logró mantener, pese a sus cargas, su régimen capitalista.

Fue mediante la esclavitud de centenares de millones de habitantes de Asia y África que el imperialismo inglés llegó a mantener hasta ahora al proletariado británico bajo la dominación burguesa.

3. La plusvalía obtenida por la explotación de las colonias es uno de los apoyos del capitalismo moderno. Mientras esta fuente de beneficios no sea suprimida, será difícil para la clase obrera vencer al capitalismo.

Gracias a la posibilidad de explotar intensamente la mano de obra y las fuentes naturales de materias primas de las colonias, las naciones capitalistas de Europa han tratado, no sin éxito, de evitar por todos esos medios, su inminente bancarrota.

El imperialismo europeo logró en sus propios países hacer concesiones cada vez más grandes a la aristocracia obrera. Mientras por una parte trata de mantener las condiciones de vida de los obreros en los países sometidos a un nivel muy bajo, no retrocede ante ningún sacrificio y consiente en sacrificar la plusvalía en sus propios países, pues aún le queda la de las colonias.

4. La supresión por parte de la revolución proletaria del poderío colonial europeo acabará con el capitalismo europeo. La revolución proletaria y la revolución de las colonias deben aunarse, en una cierta medida, para la finalización victoriosa de la lucha. Por lo tanto, la Internacional comunista tiene que ampliar el círculo de su actividad. Debe estrechar relaciones con las fuerzas revolucionarias que tratan de destruir el imperialismo en los países económica y políticamente dominados.

5. La Internacional comunista concentra la voluntad del proletariado revolucionario mundial. Su tarea consiste en organizar a la clase obrera de todo el mundo para la liquidación del orden capitalista y el establecimiento del comunismo.

La Internacional comunista es un instrumento de lucha que tiene por tarea agrupar a todas las fuerzas revolucionarias del mundo.

La II Internacional, dirigida por un grupo de politiqueros y penetrada por concepciones burguesas, no asignó ninguna importancia a la cuestión colonial. Para ella, el mundo sólo existía dentro

de los límites de Europa. No consideró la necesidad de vincular al movimiento revolucionario de los otros continentes. En lugar de prestar ayuda material y moral al movimiento revolucionario de las colonias, los miembros de la II Internacional se convirtieron en imperialistas.

6. El imperialismo extranjero que pesa sobre los pueblos orientales, les ha impedido desarrollarse en el orden social y económico, simultáneamente con las clases de Europa y América.

Debido a que la política imperialista obstaculizó el desarrollo industrial de las colonias, no pudo surgir una clase proletaria en el sentido exacto del término, si bien, en estos últimos tiempos, las artesanías locales han sido destruidas por la competencia de los productos de las industrias centralizadas de los países imperialistas.

La consecuencia de esto fue que la gran mayoría del pueblo se vio relegada al campo y obligada a dedicarse al trabajo agrícola y a la producción de materias primas para la exportación.

Así se produjo una rápida concentración de la propiedad agraria en manos ya sea de los grandes propietarios fundiarios, del capital financiero o del Estado, y se creó una poderosa masa de campesinos sin tierra. Además, la gran masa de la población fue mantenida en la ignorancia.

El resultado de esta política es evidente: en aquellos países donde el espíritu revolucionario se manifiesta, sólo encuentra su expresión en la clase media cultivada.

La dominación extranjera obstaculiza el libre desarrollo de las fuerzas económicas. Por eso su destrucción es el primer paso de la revolución en las colonias y por eso la ayuda aportada a la destrucción del poder extranjero en las colonias no es, en realidad, una ayuda al movimiento nacionalista de la burguesía indígena sino la apertura del camino para el propio proletariado oprimido.

7. En los países oprimidos existen dos movimientos que cada día se separan más: el primero es el movimiento burgués democrático nacionalista que tiene un programa de independencia política y de orden burgués; el otro es el de los campesinos y obreros ignorantes y pobres que luchan por su emancipación de todo tipo de explotación.

El primero intenta dirigir al segundo y en cierta medida lo logró con frecuencia. Pero la Internacional comunista y los partidos adheridos deben combatir esta tendencia y tratar de desarro-

llar el sentimiento de clase independiente en las masas obreras de las colonias.

Al respecto, una de las tareas más importantes es la formación de partidos comunistas que organicen a los obreros y los campesinos y los conduzcan a la revolución y al establecimiento de la república soviética.

8. Las fuerzas del movimiento de emancipación en las colonias no están limitadas al pequeño círculo del nacionalismo burgués democrático. En la mayoría de las colonias, ya hay un movimiento social-revolucionario o partidos comunistas vinculados estrechamente con las masas obreras. Las relaciones de la Internacional comunista con el movimiento revolucionario de las colonias deben servir a esos partidos o a esos grupos, pues son la vanguardia de la clase obrera. Si bien actualmente son débiles, representan, sin embargo, la voluntad de las masas, y éstas los seguirán por el camino revolucionario. Los partidos comunistas de los diferentes países imperialistas deben trabajar en contacto con esos partidos proletarios en las colonias y prestarles ayuda moral y material.

9. La revolución en las colonias, en su primer estadio, no puede ser una revolución comunista, pero si desde su comienzo la dirección está en manos de una vanguardia comunista, las masas no se desorientarán y en los diferentes períodos del movimiento su experiencia revolucionaria irá aumentando.

Sería un gran error pretender aplicar inmediatamente en los países orientales los principios comunistas respecto a la cuestión agraria. En su primer estadio, la revolución en las colonias debe tener un programa que incluya reformas pequeño-burguesas tales como el reparto de la tierra. Pero eso no significa necesariamente que la dirección de la revolución deba ser abandonada en manos de la democracia burguesa. Por el contrario, el partido proletario debe desarrollar una propaganda poderosa y sistemática en favor de los soviets, y organizar los soviets de campesinos y de obreros. Esos soviets deberán trabajar en estrecha colaboración con las repúblicas soviéticas de los países capitalistas adelantados para lograr la victoria final sobre el capitalismo en todo el mundo.

De ese modo, las masas de los países atrasados, conducidas por el proletariado consciente de los países capitalistas desarrollados, accederán al comunismo sin pasar por los diferentes estadios del desarrollo capitalista.

1. Sólo el proletariado urbano e industrial, dirigido por el Partido Comunista, puede librar a las masas trabajadoras rurales del yugo del capital y de la gran propiedad agraria de los terratenientes, de la ruina económica y de las guerras imperialistas, inevitables mientras se mantenga el régimen capitalista. Las masas trabajadoras del campo no tienen otra salvación que su alianza con el proletariado comunista y apoyar abnegadamente su lucha revolucionaria para derribar el yugo de los terratenientes (grandes propietarios agrarios) y de la burguesía.

Por otra parte, los obreros industriales no podrán cumplir su misión histórica de liberar a la humanidad de la opresión del capital y de las guerras, si se encierran en el marco de intereses estrechamente corporativos, estrechamente profesionales y se limitan, con suficiencia, a preocuparse sólo de mejorar su situación que a veces es pasable desde el punto de vista pequeñoburgués. Esto es precisamente lo que ocurre en muchos países avanzados donde hay una "aristocracia obrera", la cual constituye la base de los partidos seudosocialistas de la II Internacional, pero que en realidad son los peores enemigos del socialismo, traidores del socialismo, chovinistas pequeñoburgueses, agentes de la burguesía en el seno del movimiento obrero. El proletariado actúa como clase verdaderamente revolucionaria, auténticamente socialista, sólo cuando en sus manifestaciones y actos procede como vanguardia de todos los trabajadores y explotados, como jefe de los mismos en la lucha para derribar a los explotadores, cosa que no puede ser llevada a cabo sin introducir la lucha de clase en el campo, sin agrupar a las masas de trabajadores rurales en torno al Partido Comunista del proletariado urbano, sin que éste eduque a aquéllas.

2. Las masas trabajadoras y explotadas del campo a las que el proletariado urbano debe conducir a la lucha o, cuando menos, ganar para su causa, están representadas en todos los países capitalistas por las clases siguientes:

En primer lugar, por el proletariado agrícola, los obreros asalariados (contratados por año, por temporada, por jornada), que ganan su sustento trabajando a jornal en empresas capitalistas agrícolas. La tarea fundamental de los partidos comunistas de todos los países consiste en organizar esta clase independiente y distinta de los demás grupos de la población rural (en el terreno político, militar, sindical, cooperativo, cultural, etc.), desplegar entre ella una intensa propaganda y agitación, atraerla al lado del poder soviético y de la dictadura del proletariado.

En segundo lugar, por los semiproletarios o campesinos parcelarios, es decir, los que ganan su sustento, en parte mediante el trabajo asalariado en empresas capitalistas agrícolas e industriales y, en parte, trabajando en la parcela propia o tomada en arriendo, lo que les suministra sólo cierta parte de los productos necesarios para la subsistencia de sus familias. Este grupo de la población trabajadora del campo es muy numeroso en todos los países capitalistas; los representantes de la burguesía y los "socialistas" amarillos de la II Internacional disimulan su existencia y su situación especial, ora engañando conscientemente a los obreros, ora creyendo ciegamente en la rutina de las concepciones pequeño-burguesas y confundiendo a estos trabajadores con la masa común de los "campesinos" en general. Semejante procedimiento de embancar a la manera burguesa a los obreros se advierte, sobre todo, en Alemania y en Francia, luego en los EE.UU., así como en otros países. Cuando los partidos comunistas organicen debidamente su labor, este grupo será su partidario seguro, porque la situación de estos semiproletarios es sumamente penosa y porque bajo el poder soviético y la dictadura del proletariado sus ventajas serán enormes e inmediatas.

En tercer lugar, por los pequeños campesinos, es decir, los pequeños labradores que poseen, ya sea como propiedad o tomada en arriendo, una parcela de tierra tan reducida, que cubriendo las necesidades de sus familias y de su hacienda, no precisan contratar jornaleros. Esta categoría, como tal, sale ganando de un modo absoluto con el triunfo del proletariado, el cual le garantiza en el acto y por completo: a) la supresión de los arriendos o la exención de la entrega de una parte de la cosecha (por ejemplo

los *métayers* [aparceros] en Francia, lo mismo en Italia, etc.) a los grandes propietarios agrarios; b) la supresión de las hipotecas; c) la supresión de las múltiples formas de opresión y dependencia de los grandes propietarios agrarios (disfrute de los bosques, etc.); d) la ayuda inmediata a sus haciendas por parte del poder estatal proletario (la posibilidad de emplear los aperos de labranza y parte de las instalaciones en las grandes haciendas capitalistas expropiadas por el proletariado; la transformación inmediata por el poder estatal proletario de las cooperativas y asociaciones agrícolas —que ante todo servían bajo el capitalismo a los campesinos ricos y medios— en organizaciones destinadas a ayudar, en primer término, a los campesinos pobres, es decir, a los proletarios, semiproletarios y pequeños campesinos, etc.), y otras muchas ventajas.

A la par con esto, los partidos comunistas deben tener bien presente que en el período de transición del capitalismo al comunismo, o sea durante la dictadura del proletariado, en este sector son inevitables las vacilaciones, por lo menos en cierta medida, en favor de una libertad de comercio ilimitada y del libre ejercicio de derechos de propiedad privada, pues este sector, siendo ya (si bien en pequeña parte) vendedor de artículos de consumo, está corrompido por la especulación y por los hábitos de propietario. Sin embargo, si el proletariado victorioso sigue una política firme, si ajusta resueltamente las cuentas a los grandes propietarios de la tierra y a los campesinos ricos, las vacilaciones de este sector no pueden ser considerables y no podrán cambiar el hecho de que, en general y en su conjunto, se encontrará al lado de la revolución proletaria.

3. Los tres grupos señalados, en su conjunto, constituyen en todos los países capitalistas la mayoría de la población rural. Por eso, está completamente asegurado el éxito de la revolución proletaria, no sólo en la ciudad, sino también en el campo. Está muy extendida la opinión contraria, pero ésta se mantiene únicamente, primero, porque la ciencia y la estadística burguesas emplean sistemáticamente el engaño, disimulando por todos los medios el profundo abismo que media entre las clases rurales indicadas y los explotadores, los terratenientes y capitalistas, así como entre los semiproletarios y los pequeños campesinos, por un lado, y los campesinos ricos, por otro; en segundo lugar, se mantiene debido a la incapacidad y a la falta de deseo de los héroes de la

II Internacional amarilla y de la "aristocracia obrera" de los países avanzados, corrompida por las prebendas imperialistas, de desarrollar una verdadera labor proletaria revolucionaria de propaganda, agitación y organización entre los campesinos pobres; los oportunistas dirigían y dirigen toda su atención a la tarea de inventar formas de conciliación teórica y práctica con la burguesía, incluyendo al campesino rico y medio (de éstos hablaremos más adelante), y no a la del derrocamiento revolucionario del gobierno burgués y de la burguesía por el proletariado; en tercer lugar, se mantiene debido a la incompreensión obstinada, que ya tiene el arraigo de un prejuicio (vinculado a todos los prejuicios democrático-burgueses y parlamentarios), de esta verdad, perfectamente demostrada por el marxismo en el terreno teórico y completamente confirmada por la experiencia de la revolución proletaria en Rusia, a saber: que la población rural de las tres categorías arriba señaladas, embrutecida hasta el extremo, desperdigada, oprimida, condenada en todos los países, incluso en los más avanzados, a vegetar en condiciones de vida semibárbara, interesada desde el punto de vista económico, social y cultural en el triunfo del socialismo, es capaz de apoyar enérgicamente al proletariado revolucionario únicamente *después* de que éste conquiste el poder político, sólo *después* de que ajuste terminantemente las cuentas a los grandes terratenientes y a los capitalistas, sólo *después* de que estos hombres oprimidos vean en la práctica que tienen un jefe y un defensor organizado, lo bastante poderoso y firme para ayudar y dirigir, para señalar el camino acertado.

4. Por "campesinos medios", en el sentido económico de la palabra, debe entenderse a los pequeños agricultores que poseen, ya sea a título de propiedad o en arriendo, también pequeñas parcelas de tierra, si bien tales que, en primer lugar, proporcionan bajo el capitalismo, por regla general, no sólo el rendimiento necesario para sostener pobremente a su familia y su hacienda, sino también la posibilidad de obtener cierto excedente, que puede, por lo menos en los años mejores, convertirse en capital; tales que, en segundo lugar, permiten recurrir, en muchos casos (por ejemplo: en una hacienda de cada dos o tres), al empleo de mano de obra asalariada. Un ejemplo concreto de campesinado medio en un país capitalista avanzado lo ofrece en Alemania, según el censo de 1907, el grupo de explotaciones con 5 a 10 hectáreas,

una tercera parte de las cuales emplean obreros asalariados.* En Francia, país donde están más desarrollados los cultivos especiales, por ejemplo, la viticultura, que requieren mayor empleo de mano de obra, el grupo correspondiente emplea, probablemente, en mayores proporciones aun el trabajo asalariado.

El proletariado revolucionario no puede acometer —por lo menos, en un porvenir inmediato y en los primeros tiempos del período de la dictadura del proletariado— la empresa de atraerse a esta capa. Tiene que limitarse a la tarea de neutralizarla, es decir, de hacer que sea neutral en la lucha entre el proletariado y la burguesía. Las vacilaciones de este sector entre las dos fuerzas son inevitables, y al comienzo de la nueva época su tendencia predominante, en los países capitalistas desarrollados, será favorable a la burguesía. Porque aquí prevalecen la mentalidad y el espíritu de propietarios; el interés por la especulación, por la "libertad" de comercio y de propiedad es inmediato; el antagonismo con los obreros asalariados es directo. El proletariado triunfante mejoraría inmediatamente la situación de este sector, suprimiendo los arriendos y las hipotecas. En la mayoría de los Estados capitalistas el poder proletario no debe en manera alguna suprimir inmediata y completamente la propiedad privada; en todo caso, no sólo garantiza a los campesinos pequeños y medios la conservación de sus parcelas de tierra, sino que las aumenta hasta las proporciones de la superficie que ellos arriendan comúnmente (supresión de los arrendamientos).

Las medidas de este género, junto con la lucha impecable contra la burguesía, garantizan por completo el éxito de la política de neutralización. El paso a la agricultura colectiva debe ser llevado a cabo por el poder estatal proletario únicamente con las mayores precauciones y de un modo gradual, sirviéndose del ejemplo, sin ejercer coacción alguna sobre los campesinos medios.

5. Los campesinos ricos (*Grossbauern*) son los patronos capitalistas en la agricultura, que explotan su hacienda, como

* Damos cifras exactas: el número de explotaciones con 5 a 10 hectáreas era de 652.798 (sobre un total de 5.736.082); tenían 487.704 jornaleros de toda clase, habiendo 2.003.633 obreros de la familia (*Familienangehörige*). En Austria, según el censo de 1902, había en este grupo 383.331 explotaciones, de las cuales 126.136 empleaban trabajo asalariado: 146.044 jornaleros y 1.265.969 obreros de la familia. El total de las explotaciones era en Austria de 2.856.349.

norma, relacionados con el "campesinado" por su nivel cultural poco elevado, por su modo de vivir, por su trabajo personal manual en su hacienda. Los campesinos ricos constituyen el sector más numeroso entre las capas burguesas, enemigas directas y decididas del proletariado revolucionario. En su labor en el campo, los partidos comunistas deben prestar la atención principal a la lucha contra este sector, a liberar a la mayoría de la población rural trabajadora y explotada de la influencia ideológica y política de estos explotadores, etc.

Después del triunfo del proletariado en la ciudad será completamente inevitable que surjan toda clase de manifestaciones de resistencia, de sabotaje y acciones armadas directas de carácter contrarrevolucionario por parte de este sector. Por esta razón el proletariado revolucionario debe iniciar inmediatamente la preparación ideológica y orgánica de las fuerzas necesarias para el desarme total de este sector, y, simultáneamente con el derrocamiento de los capitalistas en la industria, descargarle, en la primera manifestación de resistencia, el golpe más decisivo, implacable, aniquilador, armando para tal objeto al proletariado rural y organizando en el campo soviets, en los cuales no se debe permitir que figuren los explotadores y debe asegurarse el predominio de los proletarios y semiproletarios.

Sin embargo, la expropiación incluso de los campesinos ricos no debe ser en manera alguna la tarea inmediata del proletariado victorioso, pues no existen aún condiciones materiales, en particular técnicas, como tampoco sociales, para colectivizar estas haciendas. En ciertos casos, probablemente excepcionales, se les confiscarán los lotes que dan en arriendo o que son imprescindibles para los campesinos pobres de la vecindad; a éstos también habrá que garantizarles el usufructo gratuito, bajo determinadas condiciones, de una parte de la maquinaria agrícola de los campesinos ricos, etc. Pero, como regla general, el poder estatal proletario debe dejar sus tierras a campesinos ricos, confiscándolas sólo si oponen resistencia al poder de los trabajadores y explotados. La experiencia de la revolución proletaria de Rusia, donde la lucha contra los campesinos ricos se complicó y prolongó debido a una serie de condiciones especiales, demostró, a pesar de todo, que este sector, después de recibir una buena lección al menor intento de resistencia, es capaz de cumplir lealmente las tareas que le asigna el Estado proletario e incluso, si bien con extraordinaria lentitud, comienza a penetrarse de

respeto hacia el poder que defiende a todo trabajador y que se muestra implacable frente a los ricos parasitarios.

Las condiciones especiales que complicaron y frenaron la lucha del proletariado, triunfante sobre la burguesía contra los campesinos ricos de Rusia se reducen principalmente a que la revolución rusa, después de la insurrección del 25 de octubre (7 de noviembre) de 1917, pasó por una fase de lucha "democrático general", es decir, en su base, democrático-burguesa, de todo el campesinado en su conjunto contra los terratenientes; luego, a la debilidad cultural y numérica del proletariado urbano; por último, a las enormes extensiones del país y al pésimo estado de sus vías de comunicación. Por cuanto en los países adelantados no existe este freno, el proletariado revolucionario de Europa y de Norteamérica debe preparar más enérgicamente y terminar con mayor rapidez, decisión y éxito, el triunfo completo sobre la resistencia de los campesinos ricos, arrebatarles la menor posibilidad de resistencia. Esta es una necesidad imperiosa, ya que antes de obtener este triunfo completo, definitivo, las masas de proletarios y semiproletarios rurales y de pequeños campesinos no estarán en condiciones de reconocer como completamente afianzado el poder estatal proletario.

6. El proletariado revolucionario debe proceder a la confiscación inmediata y absoluta de todas las tierras de los terratenientes y grandes latifundistas, es decir, de quienes en los países capitalistas explotan de un modo sistemático, ya directamente o por medio de sus arrendatarios, a los obreros asalariados y a los pequeños campesinos (a veces incluso a los campesinos medios) de los alrededores, sin tomar ellos parte alguna en el trabajo manual, y pertenecen en su mayor parte a familias descendientes de los señores feudales (nobles en Rusia, Alemania, Hungría; señores restaurados en Francia; lores en Inglaterra; antiguos esclavistas en Norteamérica), o los magnates financieros particularmente enriquecidos, o bien a una mezcla de estas dos categorías de explotadores y parásitos.

Los partidos comunistas no deben admitir en modo alguno la propaganda o la aplicación de una indemnización en favor de los grandes terratenientes por las tierras expropiadas, porque en las condiciones actuales de Europa y de Norteamérica esto significaría una traición al socialismo y una carga de nuevos tributos sobre las masas trabajadoras y explotadas, que

son las que más sufrieron con una guerra que multiplicó el número de millonarios y aumentó sus riquezas.

En cuanto al modo de explotación de las tierras confiscadas por el proletariado triunfante a los grandes terratenientes, Rusia, debido a su atraso económico, ha llevado a cabo con preferencia el reparto de estas tierras entre los campesinos; sólo en casos relativamente raros, el Estado proletario mantuvo las llamadas "haciendas soviéticas", dirigiéndolas por su cuenta y transformando a los antiguos jornaleros en obreros del Estado y en miembros de los soviets que administran el Estado. En los países capitalistas avanzados, la Internacional Comunista reconoce justo el mantener *preferentemente* las grandes empresas agropecuarias y la explotación de las mismas según el tipo de los "haciendas soviéticas" de Rusia.

Sería, sin embargo, un gravísimo error exagerar o generalizar esta norma y no admitir nunca la entrega gratuita de una parte de la tierra de los expropiadores expropiados a los pequeños campesinos y a veces hasta a los campesinos medios de la región.

En primer lugar, la objeción habitual consistente en aducir que las grandes explotaciones agrícolas son técnicamente superiores, se reduce con frecuencia a sustituir una verdad teórica indiscutible por el oportunismo de la peor especie y por la traición a la revolución. Para asegurar el éxito de esta revolución, el proletariado no tiene derecho a detenerse ante la disminución momentánea de la producción, así como no se detuvieron los burgueses enemigos del esclavismo en Estados Unidos ante la reducción temporal de la producción de algodón a consecuencia de la guerra civil de 1863-1865. Para los burgueses la producción es un fin en sí, pero a los trabajadores y explotados les importa más que nada derrocar a los explotadores y asegurar las condiciones que les permitan trabajar para sí mismos y no para el capitalista. La tarea primordial y fundamental del proletariado consiste en garantizar y afianzar su triunfo. Y no puede daber afianzamiento del poder proletario sin neutralizar a los campesinos medios y sin asegurarse el apoyo de una parte bastante considerable de los pequeños campesinos, si no de su totalidad.

En segundo lugar, no sólo el aumento, sino aun el mantenimiento de la gran producción agrícola supone la existencia de un proletariado rural completamente desarrollado, con conciencia revolucionaria, que haya pasado por una buena escuela de or-

ganización profesional y política. Donde falta esta condición o donde no existe la posibilidad de confiar con provecho esta misión a obreros industriales conscientes y competentes, las tentativas de un paso prematuro a la dirección de las grandes explotaciones por el Estado no pueden sino comprometer el poder proletario, y se requiere sumo cuidado y la más sólida preparación en la creación de "haciendas soviéticas".

En tercer lugar, en todos los países capitalistas, aun en los más avanzados, subsisten todavía restos de explotación medieval, semifeudal, de los pequeños campesinos por los grandes terratenientes, como, por ejemplo, los *Instleute* en Alemania, los *métayers* en Francia, los aparceros arrendatarios en Estados Unidos (no sólo los negros, los cuales son explotados en la mayoría de los casos en los Estados del Sur precisamente de este modo, sino a veces hasta los blancos). En casos como estos, el Estado proletario tiene el deber de entregar las tierras en usufructo gratuito a los pequeños campesinos que las arrendaban, porque no existe otra base económica y técnica, ni hay posibilidad de crearla de golpe.

El material de las grandes explotaciones debe ser obligatoriamente confiscado y convertido en patrimonio del Estado, con la condición expresa de que, *después* de que las grandes haciendas del Estado hayan sido provistas del material necesario, los pequeños campesinos de los alrededores podrán utilizarlos en forma gratuita y en las condiciones que fije el Estado proletario.

Si en los primeros momentos, después de llevarse a cabo la revolución proletaria, resulta imperioso, no sólo expropiar sin dilación a los grandes terratenientes, sino aun desterrarlos o internarlos, como dirigentes de la contrarrevolución y como opresores despiadados de toda la población rural, a medida que se afiance el poder proletario, no sólo en la ciudad, sino también en el campo, es preciso realizar de modo sistemático todos los esfuerzos para que las fuerzas con que cuenta esta clase, poseedoras de una gran experiencia, de conocimientos y de capacidad de organización, sean aprovechadas (bajo un control especial de obreros comunistas seguros) en la creación de la gran agricultura socialista.

7. La victoria del socialismo sobre el capitalismo y el afianzamiento del primero no podrán ser considerados como seguros sino cuando el poder estatal proletario, una vez aplastada definitivamente toda resistencia de los explotadores, garantizada la

absoluta estabilidad y la subordinación completa a su régimen, reorganice toda la industria sobre la base de la gran producción colectiva y de la técnica más moderna (basada en la electrificación de toda la economía). Esto es lo único que permitirá a la ciudad prestar a la aldea atrasada y dispersa una ayuda técnica y social decisiva, con miras a crear la base material para elevar en vasta escala la productividad del cultivo de la tierra y de la actividad agrícola en general, estimulando así con el ejemplo a los pequeños labradores a pasar, en su propio beneficio, a la gran agricultura colectiva y mecanizada. Esta verdad teórica incontestable, que todos los socialistas reconocen nominalmente, en la práctica es deformada por el oportunismo, que predomina tanto en la II Internacional amarilla como entre los líderes de los "independientes" alemanes e ingleses, lo mismo que entre los longuetistas franceses, etc. Su procedimiento consiste en fijar la atención en un futuro hermoso, de color de rosa, relativamente lejano, y en apartarla de las tareas inmediatas que son impuestas por el paso y el acercamiento concreto y difícil a ese futuro. En la práctica, esto se reduce a preconizar la conciliación con la burguesía y la "paz social", es decir, a la traición completa al proletariado, el cual lucha hoy entre las ruinas y miserias sin precedentes, creadas en todas partes por la guerra, en tanto que un puñado de millonarios de una arrogancia ilimitada se ha enriquecido como nunca gracias a la guerra.

Justamente en el campo, la posibilidad efectiva de una lucha victoriosa por el socialismo reclama: primero, que todos los partidos comunistas eduquen en el proletariado industrial la conciencia de que son indispensables sacrificios en aras del derrocamiento de la burguesía y de la consolidación del poder proletario, pues la dictadura del proletariado significa tanto la capacidad de éste para organizar y conducir a todas las masas trabajadoras y explotadas, como la capacidad de la vanguardia de hacer los mayores sacrificios y demostrar el mayor heroísmo para conseguir este objetivo; en segundo lugar, para lograr el éxito, se requiere que la masa trabajadora y más explotada del campo obtenga del triunfo de los obreros inmediatas y sensibles mejoras en su situación a expensas de los explotadores, pues sin ello el proletariado industrial no tiene asegurado el apoyo del campo y, de modo particular, no podrá asegurar el abastecimiento de las ciudades.

8. La enorme dificultad de organizar y educar para la lucha

revolucionaria a las masas trabajadores del campo, colocadas por el capitalismo en condiciones de particular postración, de dispersión y, a menudo, de dependencia semimedieval, impone a los partidos comunistas el deber de prestar una atención especial a la lucha huelguística en el campo, al apoyo intenso y al desarrollo múltiple de las huelgas de masas entre los proletarios y semi-proletarios agrícolas. La experiencia de las revoluciones rusas de 1905 y 1917, confirmada y ampliada ahora por la experiencia de Alemania de otros países avanzados, demuestra que sólo el desarrollo de la lucha huelguística de masas (a la cual, en ciertas condiciones, pueden y deben ser incorporados también los pequeños campesinos) es capaz de sacar al campo de su letargo, despertar entre las masas explotadas del agro la conciencia de clase, así como la conciencia de la necesidad de organizarse como clase, y demostrarles, en la práctica y de un modo evidente, la importancia de su alianza con los obreros de la ciudad.

El Congreso de la Internacional Comunista estigmatiza como traidores y felones a los socialistas —con los que cuenta, desgraciadamente, no sólo la II Internacional amarilla, sino también los tres partidos más importantes de Europa que se han retirado de ella —que no sólo son capaces de mostrarse indiferentes ante la lucha de la misma (como lo ha hecho K. Kautsky), alegando que entraña el peligro de una disminución de la producción de artículos de consumo. Todo programa y toda declaración solemne carecen de valor si en la práctica, en los hechos, no se demuestra que los comunistas y los dirigentes obreros saben colocar por encima de todas las cosas el desarrollo y el triunfo de la revolución proletaria y saben hacer en su nombre los más grandes sacrificios, porque de lo contrario no hay salida ni salvación del hambre, de la ruina económica y de nuevas guerras imperialistas.

En particular, es preciso señalar que los dirigentes del viejo socialismo y los representantes de la "aristocracia obrera", que en el presente hacen a menudo concesiones verbales al comunismo e incluso se pasan nominalmente a su lado, con tal de conservar su prestigio entre las masas obreras que se hacen cada vez más revolucionarias, deben probar su lealtad a la causa del proletariado y su capacidad de ocupar cargos de responsabilidad, precisamente en las ramas del trabajo en que el desarrollo de la conciencia y de la lucha revolucionarias es más acentuado; en que la resistencia de los terratenientes y de la burguesía (cam-

pesinos ricos, kulaks) es más encarnizada; en que la diferencia entre el socialista conciliador y el comunista revolucionario se manifiesta con mayor evidencia.

9. Los partidos comunistas deben empeñar todos los esfuerzos para empezar lo más pronto posible a crear en el campo soviets de diputados, en primer término, de los obreros asalariados y de los semiproletarios. Únicamente a condición de estar vinculados a la lucha huelguística de masas y a la clase más oprimida, los soviets serán capaces de cumplir su cometido y de afianzarse lo bastante para someter a su influencia (y luego incorporar a su seno) a los pequeños campesinos. Pero si la lucha huelguística no está desarrollada aún y es débil la capacidad de organización del proletariado rural, debido al peso de la opresión de los terratenientes y campesinos ricos y a la falta de apoyo por parte de los obreros industriales y de sus sindicatos, la creación de soviets de diputados en el campo reclama una prolongada preparación: habrá que crear células comunistas, aunque sean pequeñas, desarrollar una intensa agitación exponiendo las reivindicaciones del comunismo del modo más popular posible y explicándolas con el ejemplo de las manifestaciones más notables de explotación y de opresión, organizar visitas sistemáticas de los obreros industriales al campo, etc.

EL PARTIDO COMUNISTA Y EL PARLAMENTARISMO

I. LA NUEVA ÉPOCA Y EL NUEVO PARLAMENTARISMO

La actitud de los partidos socialistas con respecto al parlamentarismo consistía en un comienzo, en la época de la I Internacional, en utilizar los parlamentos burgueses para fines agitativos. Se consideraba la participación en la acción parlamentaria desde el punto de vista del desarrollo de la conciencia de clase, es decir del despertar de la hostilidad de las clases proletarias contra las clases dirigentes. Esta actitud se modificó no por la influencia de una teoría sino por la del progreso político. A consecuencia del incesante aumento de las fuerzas productivas y de la ampliación del dominio de la explotación capitalista, el capitalismo, y con él los estados parlamentarios, adquirieron una mayor estabilidad.

De allí la adaptación de la táctica parlamentaria de los partidos socialistas a la acción legislativa "orgánica" de los parlamentos burgueses y la importancia siempre creciente de la lucha por la introducción de reformas dentro de los marcos del capitalismo, el predominio del programa mínimo de los partidos socialistas, la transformación del programa máximo en una plataforma destinada a las discusiones sobre un lejano "objetivo final". Sobre esta base se desarrolló el arrivismo parlamentario, la corrupción, la traición abierta o solapada de los intereses primordiales de la clase obrera.

La actitud de la III Internacional con respecto al parlamentarismo no está determinada por una nueva doctrina sino por la modificación del papel del propio parlamentarismo. En la época precedente, el parlamento, instrumento del capitalismo en vías de desarrollo trabajó, en un cierto sentido, por el progreso histórico. En las condiciones actuales, caracterizadas por el desencadenamiento del imperialismo, el parlamento se ha convertido en un instrumento de la mentira, del fraude, de la violencia, de la

destrucción, de los actos de bandolerismo. Obras del imperialismo, las reformas parlamentarias, desprovistas de espíritu de continuidad y de estabilidad y concebidas sin un plan de conjunto, perdieron toda importancia práctica para las masas trabajadoras.

El parlamentarismo, así como toda la sociedad burguesa, perdió su estabilidad. La transición del período orgánico al período crítico crea una nueva base para la táctica del proletariado en el dominio parlamentario. Así es como el partido obrero ruso (el partido bolchevique) determinó ya las bases del parlamentarismo revolucionario en una época anterior, al perder Rusia desde 1905 su equilibrio político y social y entrar desde ese momento en un período de tormentas y cambios violentos.

Cuando algunos socialistas que aspiran al comunismo afirman que en sus países aún no llegó la hora de la revolución y se niegan a separarse de los oportunistas parlamentarios, consideran, en el fondo, consciente o inconscientemente, al período que se inicia como un período de estabilidad relativa de la sociedad imperialista y piensan, por esta razón, que una colaboración con los Turati y los Longuet puede lograr, sobre esa base, resultados prácticos en la lucha por las reformas.

El comunismo debe tomar como punto de partida el estudio teórico de nuestra época (apogeo del capitalismo, tendencias del imperialismo a su propia negación y a su propia destrucción, agudización continua de la guerra civil, etc...). Las formas de las relaciones políticas y de las agrupaciones pueden diferir en los diversos países, pero la esencia de las cosas sigue siendo la misma en todas partes: para nosotros se trata de la preparación inmediata, política y técnica, de la sublevación proletaria que debe destruir el poder burgués y establecer el nuevo poder proletario.

Para los comunistas, el parlamento no puede ser actualmente, en ningún caso, el teatro de una lucha por reformas y por el mejoramiento de la situación de la clase obrera, como sucedió en ciertos momentos en la época anterior. El centro de gravedad de la vida política actual está definitivamente fuera del marco del parlamento. Por otra parte, la burguesía está obligada, por sus relaciones con las masas trabajadoras y también a raíz de las relaciones complejas existentes en el seno de las clases burguesas, a hacer aprobar de diversas formas algunas de sus acciones por el parlamento, donde las camarillas se disputan el poder, ponen de manifiesto sus fuerzas y sus debilidades, se comprometen, etc...

Por eso el deber histórico inmediato de la clase obrera consiste

en arrancar esos aparatos a las clases dirigentes, en romperlos, destruirlos y sustituirlos por los nuevos órganos del poder proletario. Por otra parte el estado mayor revolucionario de la clase obrera está, profundamente interesado en contar, en las instituciones parlamentarias de la burguesía con exploradores que facilitarán su obra de destrucción. Inmediatamente se hace evidente la diferencia esencial entre la táctica de los comunistas que van al parlamento con fines revolucionarios y la del parlamentarismo socialista que comienza por reconocer la estabilidad relativa, la duración indefinida del régimen. El parlamentarismo socialista se plantea como tarea obtener reformas a cualquier precio. Está interesado en que cada conquista sea considerada por las masas como logros del parlamentarismo socialista (Turati, Longuet y Cía.).

El viejo parlamentarismo de adaptación es remplazado por un nuevo parlamentarismo, que es una de las formas de destruir el parlamentarismo en general. Pero las tradiciones deshonestas de la antigua táctica parlamentaria acercan a ciertos elementos revolucionarios con los antiparlamentarios por principio (los IWW, los sindicalistas revolucionarios, el partido obrero comunista de Alemania).

Considerando esta situación, el II Congreso de la Internacional comunista llega a las siguientes conclusiones:

II. EL COMUNISMO, LA LUCHA POR LA DICTADURA DEL PROLETARIADO Y "POR LA UTILIZACIÓN" DEL PARLAMENTO BURGUÉS

I

1. El parlamentarismo de gobierno se ha convertido en la forma "democrática" de la dominación de la burguesía, a la que le es necesaria, en un momento dado de su desarrollo, una ficción de representación popular que exprese en apariencia la "voluntad del pueblo" y no la de las clases, pero en realidad, constituye en manos del capital reinante, un instrumento de coerción y opresión;

2. El parlamentarismo es una forma determinada del Estado. Por eso no es inconveniente de ninguna manera para la sociedad comunista, que no conoce ni clases, ni lucha de clases, ni poder gubernamental de ningún tipo;

3. El parlamentarismo tampoco puede ser la forma de gobierno "proletario" en el período de transición de la dictadura de la burguesía a la dictadura del proletariado. En el momento más grave de la lucha de clases, cuando ésta se transforma en guerra civil, el proletariado debe construir inevitablemente su propia organización gubernamental, considerada como una organización *de combate* en la cual los representantes de las antiguas clases dominantes no serán admitidos. Toda ficción de *voluntad popular* en el transcurso de este estadio es perjudicial para el proletariado. Este no tiene ninguna necesidad de la separación parlamentaria de los poderes que inevitablemente le sería nefasta. La república de los soviets es la forma de la dictadura del proletariado;

4. Los parlamentos burgueses, que constituyen uno de los principales aparatos de la maquinaria gubernamental de la burguesía, no pueden ser conquistados por el proletariado en mayor medida que el estado burgués en general. La tarea del proletariado consiste en romper la maquinaria gubernamental de la burguesía, en destruirla, incluidas las instituciones parlamentarias, ya sea las de las repúblicas o las de las monarquías constitucionales;

5. Lo mismo ocurre con las instituciones municipales o comunales de la burguesía, a las que es teóricamente falso oponer a los organismos gubernamentales. En realidad también forman parte del mecanismo gubernamental de la burguesía. Deben ser destruidas por el proletariado revolucionario y remplazadas por los soviets de diputados obreros;

6. El comunismo se niega a considerar al parlamentarismo como una de las formas de la sociedad futura; se niega a considerarla como la forma de la dictadura de clase del proletariado, rechaza la posibilidad de una conquista permanente de los parlamentos, se da como objetivo la *abolición* del parlamentarismo. *Por ello, sólo debe utilizarse a las instituciones gubernamentales burguesas a los fines de su destrucción.* En ese sentido, y únicamente en ese sentido, debe ser planteada la cuestión;

II

7. Toda lucha de clases es una lucha política pues es, al fin de cuentas, una lucha por el poder. Toda huelga, cuando se extiende al conjunto del país, se convierte en una amenaza para el Estado burgués y adquiere, por ello mismo, un carácter político.

Esforzarse por liquidar a la burguesía y *destruir* el Estado burgués significa sostener una lucha política. Formar un aparato de gobierno y de coerción *proletario, de clase*, contra la burguesía refractaria significa, cualquiera que sea ese aparato, conquistar el poder político;

8. La lucha política no se reduce, por lo tanto, a un problema de actitud frente al parlamentarismo. Abarca toda la lucha de la clase proletaria en la medida en que esta lucha deje de ser local y parcial y apunte a la destrucción del régimen capitalista en general;

9. El método fundamental de la lucha del proletariado contra la burguesía, es decir contra su poder gubernamental, es ante todo el de las acciones de masas. Estas últimas están organizadas y dirigidas por las organizaciones de masas del proletariado (sindicatos, partidos, soviets), bajo la conducción general del partido comunista, sólidamente unido, disciplinado y centralizado. La guerra civil es una guerra. En ella, el proletariado debe contar con buenos cuadros políticos y un efectivo estado mayor político que dirija todas las operaciones en el conjunto del campo de acción;

10. La lucha de las masas constituye todo un sistema de acciones en vías de desarrollo, que se avivan por su forma misma y conducen lógicamente a la insurrección contra el estado capitalista. En esta lucha de masas, llamada a transformarse en guerra civil, el partido dirigente del proletariado debe, por regla general, fortalecer todas sus posiciones legales, transformarlas en puntos de apoyo secundarios de su acción revolucionaria y subordinarlas al plan de la campaña principal, es decir a la lucha de masas;

11. La tribuna del parlamento burgués es uno de esos puntos de apoyo secundarios. No es posible invocar contra la acción parlamentaria la condición burguesa de esa institución. El partido comunista entra en ella no para dedicarse a una acción orgánica sino para sabotear desde adentro la maquinaria gubernamental y el parlamento. Ejemplo de ello son la acción de Liebknecht en Alemania, la de los bolcheviques en la дума del zar, en la "Conferencia democrática" y en el "Pre-parlamento" de Kerenski, en la Asamblea constituyente, en las municipalidades y también la acción de los comunistas búlgaros.

12. Esta acción parlamentaria, que consiste sobre todo en usar la tribuna parlamentaria con fines de agitación revolucionaria, en denunciar las maniobras del adversario, en agrupar alrededor de ciertas ideas a las masas que, sobre todo en los países atrasados,

consideran a la tribuna parlamentaria con grandes ilusiones democráticas, debe ser totalmente subordinada a los objetivos y a las tareas de la lucha extraparlamentaria de las masas.

La participación en las campañas electorales y la propaganda revolucionaria desde la tribuna parlamentaria tienen una significación particular para la conquista política de los medios obreros que, al igual que las masas trabajadoras rurales, permanecieron hasta ahora al margen del movimiento revolucionario y de la política;

13. Los comunistas, si obtienen mayoría en los municipios, deben: a) formar una oposición revolucionaria en relación al poder central de la burguesía; b) esforzarse por todos los medios en prestar servicios al sector más pobre de la población (medidas económicas, creación o tentativa de creación de una milicia obrera armada, etc...); c) Denunciar en toda ocasión los obstáculos puestos por el estado burgués contra toda reforma radical; d) desarrollar sobre esta base una propaganda revolucionaria enérgica, sin temer el conflicto con el poder burgués; e) remplazar, en ciertas circunstancias, a los municipios por soviets de diputados obreros. Toda acción de los comunistas en los municipios debe, por lo tanto, integrarse en la obra general por la destrucción del sistema capitalista;

14. La campaña electoral debe ser llevada a cabo no en el sentido de la obtención del máximo de mandatos parlamentarios sino en el de la movilización de las masas bajo las consignas de la revolución proletaria. La lucha electoral no debe ser realizada solamente por los dirigentes del partido sino que en ella debe tomar parte el conjunto de sus miembros. Todo movimiento de masas debe ser utilizado (huelgas, manifestaciones, efervescencia en el ejército y en la flota, etc...). Se establecerá un contacto estrecho con ese movimiento y la actividad de las organizaciones proletarias de masas será incesantemente estimulada;

15. Si son observadas esas condiciones y las indicadas en una instrucción especial, la acción parlamentaria será totalmente distinta de la repugnante y menuda política de los partidos socialistas de todos los países, cuyos diputados van al parlamento para apoyar a esa institución "democrática" y, en el mejor de los casos, para "conquistarla". El partido comunista sólo puede admitir la utilización exclusivamente revolucionaria del parlamentarismo, a la manera de Karl Liebknecht, de Hoeglund y de los bolcheviques.

EN EL PARLAMENTO

III

16. El "antiparlamentarismo" de principio, concebido como el rechazo absoluto y categórico a participar en las elecciones y en la acción parlamentaria revolucionaria, es una doctrina infantil e ingenua que no resiste a la crítica, resultado muchas veces de una sana aversión hacia los políticos parlamentarios pero que no percibe, por otra parte, la posibilidad del parlamentarismo revolucionario. Además, esta opinión se basa en una noción totalmente errónea del papel del partido, considerado no como la vanguardia obrera centralizada y organizada para el combate sino como un sistema descentralizado de grupos mal unidos entre sí;

17. Por otra parte, la necesidad de una participación efectiva en elecciones y en asambleas parlamentarias de ningún modo deriva del reconocimiento en principio de la acción revolucionaria en el parlamento, sino que todo depende de una serie de condiciones específicas. La salida de los comunistas del parlamento puede tornarse necesaria en un momento dado. Eso ocurrió cuando los bolcheviques se retiraron del preparlamento de Kerenski con el objeto de boicotarlo, de tornarlo impotente y de oponerle más claramente al soviét de Petrogrado en vísperas de dirigir la insurrección. También ese fue el caso cuando los bolcheviques abandonaron la Asamblea Constituyente, desplazando el centro de gravedad de los acontecimientos políticos al III Congreso de los Soviets. En otras circunstancias, puede ser necesario el boicot a las elecciones o el aniquilamiento inmediato, por la fuerza, del estado burgués y de la camarilla burguesa, o también la participación en elecciones simultáneamente con el boicot al parlamento, etc...)

18. Reconociendo de este modo, por regla general, la necesidad de participar en las elecciones parlamentarias y municipales y de trabajar en los parlamentos y en las municipalidades, el partido comunista debe resolver el problema según el caso concreto, inspirándose en las particularidades específicas de la situación. El boicot de las elecciones o del parlamento, así como el alejamiento del parlamento, son sobre todo admisibles en presencia de condiciones que permitan el pasaje inmediato a la lucha armada por la conquista del poder;

19. Es indispensable considerar siempre el carácter relativa-

mente secundario de este problema. Al estar el centro de gravedad en la lucha *extraparlamentaria* por el poder político, es evidente que el problema general de la dictadura del proletariado y de la lucha *de las masas* por esa dictadura no puede compararse con el problema particular de la utilización del parlamentarismo;

20. Por eso la Internacional comunista afirma de la manera más categórica que considera como una falta grave para con el movimiento obrero toda escisión o tentativa de escisión provocada en el seno del partido comunista únicamente a raíz de *esta* cuestión. El congreso invita a todos los partidarios de la lucha de masas por la dictadura del proletariado, bajo la dirección de un partido que centralice a todas las organizaciones de la clase obrera, a realizar la unidad total de los elementos comunistas, pese a las posibles divergencias de opiniones con respecto a la utilización de los parlamentos burgueses.

III. LA TÁCTICA REVOLUCIONARIA

Se impone la adopción de las siguientes medidas con el fin de garantizar la efectiva aplicación de una táctica revolucionaria en el parlamento:

1º El partido comunista en su conjunto y su comité central deben estar seguros, desde el período preparatorio anterior a las elecciones, de la sinceridad y el valor comunistas de los miembros del grupo parlamentario comunista. Tiene el derecho indiscutible de rechazar a todo candidato designado por una organización, si no tiene el convencimiento de que ese candidato hará una política verdaderamente comunista.

Los partidos comunistas deben renunciar al viejo hábito socialdemócrata de hacer elegir exclusivamente a parlamentarios "experimentados" y sobre todo a abogados. En general, los candidatos serán elegidos entre los obreros. No debe temerse la designación de simples miembros del partido sin gran experiencia parlamentaria.

Los partidos comunistas deben rechazar con desprecio despiadado a los arrivistas que se acercan a ellos con el único objeto de entrar en el parlamento. Los comités centrales sólo deben aprobar las candidaturas de hombres que durante largos años hayan dado pruebas indiscutibles de su abnegación por la clase obrera; }

2º Una vez finalizadas las elecciones, le corresponde exclusivamente al comité central del partido comunista la organización del grupo parlamentario, esté o no en ese momento el partido en la legalidad. La elección del presidente y de los miembros del secretariado del grupo parlamentario debe ser aprobada por el comité central. El comité central del partido contará en el grupo parlamentario con un representante permanente que goce del derecho de veto. En todos los problemas políticos importantes, el grupo parlamentario está obligado a solicitar las directivas previas del comité central.

El comité central tiene el derecho y el deber de designar o de rechazar a los oradores del grupo que deben intervenir en la discusión de problemas importantes y exigir que las tesis o el texto completo de sus discursos, etc..., sean sometidos a su aprobación. Todo candidato inscripto en la lista comunista firmará un compromiso oficial de resignar su mandato ante la primera orden del comité central, a fin de que el partido tenga la posibilidad de remplazarlo;

3º En los países donde algunos reformistas o semi reformistas, es decir simplemente arrivistas, hayan logrado introducirse en el grupo parlamentario comunista (eso ya ocurrió en varios países), los comités centrales de los partidos comunistas deberán proceder a una depuración radical de esos grupos, inspirándose en el principio de que un grupo parlamentario poco numeroso pero realmente comunista sirve mucho mejor a los intereses de la clase obrera que un grupo numeroso pero carente de una firme política comunista;

4º Todo diputado comunista está obligado, por una decisión del Comité central, a unir el trabajo *ilegal* con el trabajo legal. En los países donde los diputados comunistas todavía se beneficiaban, en virtud de las leyes burguesas, con una cierta inmunidad parlamentaria, esta inmunidad deberá servir a la organización y a la propaganda ilegal del partido;

5º Los diputados comunistas están obligados a subordinar toda su actividad parlamentaria a la acción extraparlamentaria del partido. La presentación regular de proyectos de ley puramente demostrativos concebidos no en vistas de su adopción por la mayoría burguesa sino para la propaganda, la agitación y la organización, deberá hacerse bajo las indicaciones del partido y de su comité central;

6º El diputado comunista está obligado a colocarse a la cabeza

de las masas proletarias, en primera fila, bien a la vista, en las manifestaciones y las acciones revolucionarias;

7º Los diputados comunistas están obligados a entablar por todos los medios (y bajo el control del partido) relaciones epistolares y de otro tipo con los obreros, los campesinos y los trabajadores revolucionarios de toda clase, sin imitar en ningún caso a los diputados socialistas que se esfuerzan por mantener con sus electores relaciones de "negocios". *En todo momento, estarán a disposición de las organizaciones comunistas para el trabajo de propaganda en el país.*

8º Todo diputado comunista al parlamento está obligado a recordar que no es un "legislador" que busca un lenguaje común con otros legisladores, sino un agitador del partido enviado a actuar junto al enemigo para aplicar las decisiones del partido. El diputado comunista es responsable no ante la masa anónima de los electores sino ante el partido comunista ya sea o no ilegal;

9º Los diputados comunistas deben utilizar en el parlamento un lenguaje inteligible al obrero, al campesino, a la lavandera, al pastor, de manera que el partido pueda editar sus discursos en forma de folletos y distribuirlos en los rincones más alejados del país;

10º Los obreros comunistas deben abordar, aun cuando se trate de sus comienzos parlamentarios, la tribuna de los parlamentos burgueses sin temor y no ceder el lugar a oradores más "experimentados". En caso de necesidad, los diputados obreros leerán simplemente sus discursos, destinados a ser reproducidos en la prensa y en panfletos;

11º Los diputados comunistas están obligados a utilizar la tribuna parlamentaria para desenmascarar no solamente a la burguesía y sus lacayos oficiales, sino también a los social-patriotas, a los reformistas, a los políticos centristas y, de manera general, a los adversarios del comunismo, y también para propagar ampliamente las ideas de la III Internacional;

12º Los diputados comunistas, así se trate de uno o dos, están obligados a desafiar en todas sus actitudes al capitalismo y no olvidar nunca que sólo es digno del nombre de comunista quien se revela no verbalmente sino mediante actos como el enemigo de la sociedad burguesa y de sus servidores social-patriotas.

EL MUNDO CAPITALISTA Y LA
INTERNACIONAL COMUNISTA

I. LAS RELACIONES INTERNACIONALES
POSTERIORES A VERSALLES

La burguesía de todo el mundo recuerda con melancolía y pesar los días de antaño. Todos los fundamentos de la política internacional o interna están subvertidos o cuestionados. Para el mundo de los explotadores, el mañana es tormentoso. La guerra imperialista terminó de destruir el viejo sistema de las alianzas y promesas mutuas sobre el que estaban basados el equilibrio internacional y la paz armada. Ningún nuevo equilibrio resulta de la paz de Versalles.

Primeramente *Rusia*, luego Austria-Hungría y Alemania han sido arrojadas fuera de la liza. Esas potencias de primer orden, que habían ocupado el primer lugar entre los piratas del imperialismo mundial, se convirtieron en las víctimas del pillaje y han sido libradas al desmembramiento. Ante el imperialismo vencedor de la Entente se ha abierto un campo ilimitado de explotación colonial, que comienza en el Rhin y abarca toda la Europa central y oriental, para terminar en el Océano Pacífico. ¿Acaso el Congo, Siria, Egipto y México pueden ser comparados con las estepas, los bosques y las montañas de Rusia, con las fuerzas obreras, con los obreros calificados de Alemania? El nuevo programa colonial de los vencedores era muy simple: derrotar a la república proletaria en Rusia, apropiarse de nuestras materias primas, acaparar la mano de obra alemana, el carbón alemán, imponer al empresario alemán el papel de guardiacárcel y tener a su disposición las mercancías así obtenidas y las ganancias de las empresas. El

proyecto de "organizar Europa" que había sido concebido por el imperialismo alemán en la época de sus éxitos militares fue retomado por la Entente victoriosa. Mientras conducen a la barra de los acusados a los canallas del imperio alemán, los gobiernos de la Entente los consideran como sus pares.

Pero aun en el campo de los vencedores hay vencidos.

Embragada por su chauvinismo y sus victorias, la burguesía francesa se considera ya dueña de Europa. En realidad, Francia nunca estuvo, desde todo punto de vista, en una situación de dependencia más servil con respecto a sus rivales más poderosos, Inglaterra y EE.UU. Francia impone a Bélgica un programa económico y militar, y transforma a su débil aliada en provincia vasalla, pero frente a Inglaterra desempeña, en mayor dimensión, el papel de Bélgica. Por el momento, los imperialistas ingleses dejan a los usureros franceses la tarea de hacerse justicia en los límites continentales que les son asignados, logrando de ese modo que recaiga sobre Francia la indignación de los trabajadores de Europa y de la propia Inglaterra. El poder de Francia, despojada y arruinada, sólo es aparente y ficticio. Algún día los social-patriotas franceses se verán obligados a admitirlo. Italia perdió aún más influencia en las relaciones internacionales. Carente de carbón, de pan, de materias primas, absolutamente desequilibrada por la guerra, la burguesía italiana, pese a toda su mala voluntad, es incapaz de poner en práctica, en la medida de sus deseos, los derechos que cree tener al pillaje y a la violencia, aun en las colonias que Inglaterra se avino a cederle.

El Japón, presa de las contradicciones inherentes al régimen capitalista en una sociedad que sigue siendo feudal, se halla en vísperas de una crisis revolucionaria muy profunda. Pese a las circunstancias más bien favorables que lo amparan en el plano de la política internacional, esta crisis ya paralizó su ímpetu imperialista.

Quedan solamente dos verdaderas grandes potencias mundiales: Gran Bretaña y EE.UU.

El imperialismo inglés se ha desembarazado de su rival asiático, el zarismo, y de la amenazadora competencia alemana. El poder de Gran Bretaña sobre los mares está en su apogeo. Rodea a los continentes con una cadena de pueblos que le están sometidos. Puso sus manos en Finlandia, Estonia y Letonia, ha quitado a Suecia y Noruega los últimos vestigios de su independencia y transformó al mar Báltico en un golfo perteneciente a las aguas britá-

nicas. Nadie puede resistirle la zona del mar del Norte. Al poseer El Cabo, Egipto, India, Persia, Afganistán, hace del Océano Índico un mar interno totalmente sometido a su poder. Al ser dueña de los océanos, Inglaterra controla los continentes. Soberana del mundo, encuentra límites a su poder en la república norteamericana del dólar y en la república rusa de los soviets.

La guerra mundial obligó a los EE.UU. a renunciar definitivamente a su conservadurismo continental. Ampliando su influencia, el programa de su capitalismo nacional —"América para los americanos" (doctrina Mouroe)— ha sido remplazado por el programa del imperialismo: "Todo el mundo para los americanos". No contentándose ya con explotar la guerra mediante el comercio, la industria y las operaciones bursátiles, buscando otras fuentes de riqueza distintas de las que extraía de la sangre europea cuando era neutral, EE.UU. entró en guerra, desempeñó un papel decisivo en la derrota de Alemania y se inmiscuyó en la resolución de todos los problemas de política europea y mundial.

Bajo la bandera de la *Sociedad de las Naciones*, los EE.UU. intentaron reproducir del otro lado del océano la experiencia que ya habían llevado a cabo entre ellos de una asociación federativa de grandes pueblos pertenecientes a diversas razas. Quisieron encadenar a su carro triunfal a los pueblos de Europa y de otras partes del mundo, sometiéndolos al gobierno de Washington. La Liga de las Naciones sólo debía ser una sociedad que gozara de un monopolio mundial, bajo la firma "Yanqui y Cía."

El presidente de los EE.UU., el gran profeta de los lugares comunes, descendió de su Sinaí para conquistar Europa, llevando consigo sus catorce artículos. Los especuladores, los ministros, los hombres de negocios de la burguesía no se engañaron ni un solo momento respecto al verdadero sentido de la nueva revelación. En cambio, los "socialistas" europeos, trabajados por el fermento de Kautsky, se sintieron embargados por un éxtasis religioso y danzaron como el rey David, acompañando al arca santa de Wilson.

Cuando hubo que resolver cuestiones prácticas, el apóstol americano se dio cuenta que pese al alza extraordinaria del dólar, la primacía sobre todas las rutas marítimas que unen y separan a las naciones seguía perteneciendo a Gran Bretaña. Inglaterra dispone de la flota más poderosa, del mayor calado y posee una antigua experiencia de piratería mundial. Además, Wilson debió enfrentarse con la república soviética y con el comunismo. Profundamente herido, el Mesías americano desautorizó a la

Liga de las Naciones, a la que Inglaterra había convertido en una de sus cancillerías diplomáticas y volvió la espalda a Europa.

Sin embargo, sería muy infantil pensar que luego de haber sufrido un primer fracaso infligido por Inglaterra, el imperialismo norteamericano se encerrará en su caparazón, es decir, se conformará nuevamente con la doctrina Monroe. De ningún modo. Mientras continúa sometiendo por medios cada vez más violentos al continente americano, transformando en colonias a los países de América central y meridional, los EE.UU., representados por sus dos partidos dirigentes, los demócratas y los republicanos, se preparan para liquidar a la Liga de las Naciones creada por Inglaterra y constituir su propia Liga en la que ellos desempeñarán el papel de centro mundial. En otras palabras, tienen intención de hacer de su flota, en los próximos tres a cinco años, un instrumento de lucha más poderoso de lo que lo es actualmente la flota británica. Ello obliga a la Inglaterra imperialista a plantearse la siguiente cuestión: ¿ser o no ser?

A la rivalidad furiosa de esos dos gigantes en el dominio de las construcciones navales se agrega una lucha no menos despiadada por la posesión del petróleo.

Francia, que contaba con desempeñar el papel de árbitro entre Inglaterra y los EE.UU., se vio arrastrada a la órbita de Gran Bretaña como satélite de segunda magnitud. La Liga de las Naciones le significa un peso intolerable y trata de deshacerse de ella fomentando un antagonismo entre Inglaterra y los EE.UU.

De este modo trabajan las fuerzas más poderosas, preparando un nuevo flagelo mundial.

El programa de emancipación de las naciones pequeñas, que había surgido durante la guerra, condujo a la derrota total y al sometimiento absoluto de los pueblos de los Balcanes, vencedores y vencidos, y a la balcanización de una parte considerable de Europa. Los intereses imperialistas de los vencedores los llevaron a separar de las grandes potencias vencidas algunos pequeños Estados que representaban a nacionalidades distintas. En este caso no se trataba de lo que se denomina el principio de las nacionalidades: el imperialismo consiste en romper los marcos nacionales, aun los de las grandes potencias. Los pequeños estados burgueses recientemente creados sólo son los subproductos del imperialismo. Al crear, para contar con un apoyo provisorio, toda una serie de pequeñas naciones, abiertamente oprimidas u oficialmente protegidas, pero en realidad vasallos —Austria, Hungría, Polonia, Yu-

goslavia, Bohemia, Finlandia, Estonia, Letonia, Lituania, Armenia, Georgia, etc.— dominándolas mediante los bancos, los ferrocarriles, el monopolio del carbón, el imperialismo los condena a sufrir dificultades económicas y nacionales intolerables, conflictos interminables, sangrientas querellas.

¡Qué monstruosa broma representa en la historia el hecho de que la restauración de Polonia, luego de haber formado parte del programa de la democracia revolucionaria y de las primeras manifestaciones del proletariado, haya sido realizada por el imperialismo con el objeto de obstaculizar a la revolución! La Polonia "democrática", cuyos precursores murieron en las barricadas de toda Europa, es en este momento un instrumento impropio y sangriento en manos de los bandidos anglo-franceses que atacan la primera república proletaria que surgiera en el mundo.

Al lado de Polonia, la Checoslovaquia "democrática" vendida al capital francés, proporciona una guardia blanca contra la Rusia soviética, contra la Hungría soviética.

La heroica tentativa realizada por el proletariado burgués para salir del caos político y económico que impera en la Europa central y entrar en los cauces de la federación soviética —que es verdaderamente la única vía de salvación— fue ahogada por la reacción capitalista coaligada, en momentos en que, engañado por los partidos que lo dirigen, el proletariado de las grandes potencias europeas no se halla en condiciones de cumplir su deber con la Hungría socialista y consigo mismo.

El gobierno soviético de Budapest fue derrotado con la ayuda de los social-traidores que, luego de haberse mantenido en el poder durante tres años y medio, fueron vencidos por la canalla contrarrevolucionaria desencadenada, cuyos sangrientos crímenes han superado a los de Koltchak, Denikin, Wrangel y otros agentes de la Entente... Pero, aunque abatida por un tiempo, la Hungría soviética continúa iluminando, cual espléndido faro, a los trabajadores de Europa central.

El pueblo turco no quiere someterse a la vergonzosa paz que le imponen los tiranos de Londres. Para hacer ejecutar las cláusulas del tratado, Inglaterra armó y lanzó a Grecia contra Turquía. De este modo, la península balcánica y Asia Menor, turcos y griegos, están condenados a una devastación total, a masacres mutuas.

En la lucha de la Entente contra Turquía, Armenia fue inscripta en el programa, así como Bélgica lo fue en la lucha contra

Alemania y Serbia en la lucha contra Austria-Hungría. Luego que Armenia fue constituida —sin fronteras definidas, sin posibilidad de existencia— Wilson se negó a aceptar el mandato armenio que le proponía la Liga de las Naciones, pues el suelo de Armenia no posee ni nafta ni platino. La Armenia “emancipada” se halla ahora más indefensa que nunca.

Casi ninguno de los estados “nacionales” recientemente creados posee su irredentismo, es decir su absceso nacional latente.

Simultáneamente, la lucha nacional en los dominios ocupados por los vencedores alcanzó su más alto grado de tensión. La burguesía inglesa, que querría adoptar bajo su tutela a los pueblos de todo el mundo, es incapaz de resolver en forma satisfactoria el problema irlandés que se plantea a su lado.

El problema nacional en las colonias es aún más amenazante. Egipto, India, Persia son sacudidos por las insurrecciones. Los proletarios progresistas de Europa y América transmiten a los trabajadores de las colonias la consigna de la federación sovieta.

La Europa oficial, gubernamental, nacional, civilizada, burguesa, tal como surgió de la paz de Versalles, sugiere la idea de una casa de locos. Los pequeños estados creados artificialmente, divididos, ahogados desde el punto de vista económico en los límites que le han sido prescriptos combaten entre sí para tratar de ganar puertos, provincias, pequeñas ciudades, cualquier cosa. Buscan la protección de los estados más fuertes, cuyo antagonismo crece día a día. Italia mantiene una actitud hostil con respecto a Francia y estaría dispuesta a sostener contra ella a Alemania si ésta fuese capaz de levantar cabeza. Francia está envenenada por la envidia que le provoca Inglaterra y, para lograr que se le paguen sus rentas, está dispuesta a encender nuevamente el fuego en los cuatro rincones de Europa. Inglaterra mantiene a Europa, con ayuda de Francia, en un estado de caos e impotencia que le deja las manos libres para efectuar sus operaciones mundiales dirigidas contra EE.UU. Los EE.UU. dejan que Japón se ataque en la Siberia oriental para asegurar durante ese tiempo a su flota la superioridad sobre la de Gran Bretaña, a alcanzar antes de 1925, a menos que Inglaterra se decida a medirse con ellos antes de esa fecha.

Para completar convenientemente este cuadro, el oráculo militar de la burguesía francesa, el mariscal Foch, nos previene que la guerra futura tendrá como punto de partida el punto en que

la guerra precedente se detuvo: se verá aparecer, ante todo, los aviones y los tanques, el fusil automático y las ametralladoras en lugar del fusil portátil, la granada en lugar de la bayoneta.

Obreros y campesinos de Europa, América, Asia, África y Australia. ¡Habéis sacrificado diez millones de vidas, veinte millones de heridos e inválidos. Ahora sabéis al menos lo que se obtuvo a ese precio!

II. LA SITUACIÓN ECONÓMICA

Simultáneamente, la humanidad continúa encaminándose hacia la ruina.

La guerra destruyó mecánicamente los vínculos económicos cuyo desarrollo constituía una de las más importantes conquistas del capitalismo mundial. Desde 1914, Inglaterra, Francia e Italia, estuvieron completamente separadas de Europa central y del Cercano Oriente, y desde 1917 de Rusia.

Durante varios años de una guerra que destruyó lo que había sido la obra de muchas generaciones, el trabajo humano, reducido al mínimo, fue aplicado principalmente a transformar en mercancías las reservas de materias primas de que se disponía desde hace mucho tiempo y con las que se hicieron sobre todo armas e instrumentos de destrucción.

En los dominios económicos donde el hombre entra en lucha inmediata con la naturaleza avara e inerte, extrayendo de sus entrañas el combustible y las materias primas, el trabajo fue progresivamente reducido a la nada. La victoria de la Entente y de la paz de Versalles no detuvieron la destrucción económica y la decadencia general sino que solamente modificaron sus vías y sus formas. El bloqueo a la Rusia soviética y la guerra civil provocada artificialmente a lo largo de sus fértiles fronteras causaron y causan todavía perjuicios inapreciables para el bienestar de la humanidad. Si bien la economía de Rusia está sostenida, desde el punto de vista técnico, aún muy modestamente, la Internacional afirma ante todo el mundo que ella podría, gracias a las formas soviéticas de economía, dar dos y hasta tres veces más productos alimenticios y materias primas a Europa de lo que daba antes la Rusia del zar. En lugar de ello, el imperialismo anglo-francés obliga a la República de los trabajadores a emplear toda su energía y sus recursos en su defensa. Para privar a los obreros

rusos de combustible, Inglaterra retuvo entre sus garras a Bakou, cuyo petróleo permanece de ese modo inutilizado pues sólo se ha logrado importar una ínfima parte. La riquísima fuente hullera del Don fue devastada por los bandidos blancos a sueldo de la Entente cada vez que lograron tomar la ofensiva en ese sector. Los ingenieros y los zapadores franceses se dedicaron más de una vez a destruir nuestros puentes y vías férreas. Y el Japón no cesó hasta ahora de saquear y arruinar a la Siberia oriental.

La ciencia industrial alemana y la taza de producción muy elevada de la mano de obra alemana, esos dos factores de gran importancia para el resurgimiento de la vida económica europea, están paralizados por las cláusulas de la paz de Versalles, aún más de lo que lo habían estado a causa de la guerra. La Entente se halla ante un dilema: para poder exigir el pago, hay que proporcionar los medios para trabajar; para dejar trabajar hay que dejar vivir. Y dar a la Alemania arruinada, desmembrada, exangüe, los medios para rehacerse, significa también darle la posibilidad de un estallido de protesta. Goch teme una revancha alemana, y este temor se evidencia en todos sus actos, por ejemplo en el modo de ajustar cada día más la tenaza militar que debe impedir que Alemania se levante.

A todos les falta algo, todos tienen alguna necesidad. No solamente el balance de Alemania sino también los de Francia e Inglaterra se distinguen exclusivamente por su pasivo. La deuda francesa se eleva a trescientos mil millones de francos, de los cuales dos tercios, según palabras del senador reaccionario Gaudin de Villaine, son los resultados de toda clase de depredaciones, abusos y desórdenes.

Francia necesita oro, carbón. El burgués francés apela a las tumbas innumerables de los soldados caídos durante la guerra para reclamar los intereses de sus capitales. Alemania debe pagar. ¿Acaso el general Foch no cuenta con suficientes senegaleses como para ocupar las ciudades alemanas? Rusia también debe pagar. Para persuadirnos de ello, el gobierno francés gasta en devastar a Rusia los miles de millones arrancados a los contribuyentes para la reconstitución de los departamentos franceses.

La entente financiera internacional que debía aligerar el peso de los impuestos franceses anulando las deudas de guerra, no pudo hacerse. Los EE.UU. se mostraron muy poco dispuestos a regalar a Europa diez mil millones de libras esterlinas.

La emisión de papel moneda continúa, alcanzando cada día

una cifra más monumental. En Rusia, donde existe una organización económica unificada, un reparto sistemático de los productos y donde el salario en moneda tiende cada vez más a ser remplazado por el pago en especie, la continua emisión de papel moneda y la rápida caída de sus tasas no hacen sino confirmar el resquebrajamiento del viejo sistema financiero y comercial. Pero en los países capitalistas, la cantidad creciente de bonos del Tesoro en circulación son el indicio de un profundo desarrollo económico y de una quiebra inminente.

Las conferencias convocadas por la Entente se trasladan de un lugar a otro, tratando de inspirarse en alguna playa de moda. Cada uno reclama los intereses de la sangre derramada durante la guerra, una indemnización proporcional según el número de sus muertos. Esta especie de Bolsa ambulante debate cada quince días el mismo tema: si Francia debe recibir el 50 o el 55 % de una contribución que Alemania no está en condiciones de pagar. Esas conferencias fantasmagóricas son realizadas para refrendar la famosa "organización" de Europa de la que tanto se jactan.

La guerra provocó una evolución del capitalismo. La explotación sistemática de la plusvalía que anteriormente fue para el empresario la única fuente de ganancia, en la actualidad parece ser una ocupación demasiado tonta para los señores burgueses que tomaron la costumbre de doblar, de centuplicar sus dividendos en el espacio de algunos días, en medio de eruditas especulaciones basadas en el bandolerismo internacional.

El burgués se ha desprendido de algunos prejuicios que le molestaban y adquirió, por el contrario, una cierta "habilidad" de la que carecía hasta ahora. La guerra lo acostumbró, como si se tratara de actos sin importancia, a reducir al hambre mediante el bloqueo a países enteros, a bombardear e incendiar ciudades y pueblos pacíficos, a infectar las fuentes y los ríos arrojando cultivos de cólera, a transportar dinamita en valijas diplomáticas, a emitir billetes de banco falsos imitando a los del enemigo, a emplear la corrupción, el espionaje y el contrabando en proporciones hasta ahora inusitadas. Los medios de acción aplicados en la guerra siguieron en vigor en el mundo comercial luego de ser firmada la paz. Las operaciones comerciales de cierta importancia se efectúan bajo la égida del Estado. Éste se ha convertido en algo semejante a una asociación de malhechores armados hasta los dientes. El campo de la producción mundial se retrae cada

día más y el control sobre la producción deviene mucho más frenético y resulta más caro.

Impedir. ¡He aquí la última palabra de la política capitalista, la divisa que remplaza al proteccionismo y el libre intercambio! La agresión de que fue víctima Hungría por parte de los bandidos rumanos que saquearon todo lo que encontraron, ya fuesen locomotoras o alhajas, caracteriza a la filosofía económica de Lloyd-George y Millerand.

En su política económica interna, la burguesía no sabe a qué atenerse, entre un sistema de nacionalización, de reglamentación y de control por parte del Estado que podría ser muy eficaz y, por otra parte, las protestas que se escuchan contra el control efectuado por el Estado sobre los asuntos económicos. El parlamento francés trata de hallar un camino que le permita concentrar la dirección de todas las vías férreas de la república en manos únicas sin por eso lesionar los intereses de los capitalistas accionistas de las compañías ferroviarias privadas. Al mismo tiempo, la prensa capitalista lleva a cabo una campaña furiosa contra el "estatismo", que es el primer paso de la intervención del estado y que pone un freno a la iniciativa privada.

Los ferrocarriles norteamericanos, que mientras fueron dirigidos por el Estado durante la guerra se encontraban desorganizados, entraron en una situación aún más difícil cuando el control del gobierno fue suprimido. Sin embargo, el partido republicano promete en su programa liberar la vida económica del arbitraje gubernamental. El jefe de las tradeuniones norteamericanas Samuel Gompers, ese viejo guardián del capital, lucha contra la nacionalización de los ferrocarriles que a su vez los adeptos ingenuos y los charlatanes del reformismo proponen a Francia a modo de panacea universal. En realidad, la intervención desordenada del Estado sólo sería realizada para secundar la actividad perniciosa de los especuladores, para introducir el desarrollo más completo en la economía del capitalismo, en momentos en que este se halla en su período de decadencia. Quitar a los trusts los medios de producción y de transporte para transmitirlos a la "nación", es decir al Estado burgués, al más poderoso y ávido de los trusts capitalistas, no significa acabar con el mal sino hacer causa común con él.

La disminución de los precios y el alza de las tasas de la moneda sólo son indicios engañosos que no pueden ocultar una ruina inminente. El hecho de que los precios bajen no quiere decir

que haya un aumento de materias primas ni que el trabajo sea ahora más productivo.

Luego de la experiencia sangrienta de la guerra, la masa obrera ya no es capaz de trabajar con la misma fuerza en idénticas condiciones. La destrucción en el curso de algunas horas de valores cuya creación había demandado años, la desvergonzada especulación de una pandilla financiera con apuestas de varios miles de millones y, al lado de éstos montones de osamentas y ruinas, esas lecciones de la historia no ayudan a mantener en la clase obrera la disciplina automática inherente al trabajo asalariado. Los economistas burgueses y los fabricantes de folletines nos hablan de una "sola de pereza" que según ellos afluye sobre Europa amenazando su futuro económico. Los administradores tratan de ganar tiempo concediendo ciertos privilegios a los obreros calificados. Pero pierden su tiempo. Para la reconstitución y el desarrollo de la producción del trabajo es necesario que la clase obrera sepa pertinentemente que cada golpe de martillo tendrá como resultado un mejoramiento de su suerte, le ayudará a educarse y lo acercará a una paz universal. Ahora bien, esta seguridad sólo puede dársele una revolución social.

El aumento de precios en los productos alimenticios siembra el descontento y la rebelión en todos los países. La burguesía de Francia, Italia, Alemania y otros países sólo puede ofrecer paliativos a la carestía de la vida y a la amenazadora ola de huelgas. Para estar en condiciones de pagar a los agricultores aunque sea una parte de sus gastos de producción, el estado, cubierto de deudas, se empeña en especulaciones turbias, se desvalija a sí mismo para retardar el cuarto de hora rabelesiano. Si bien es cierto que algunas categorías de obreros viven actualmente en mejores condiciones que antes de la guerra, eso en realidad no significa nada en lo que concierne al estado económico de los países capitalistas. Se obtienen resultados efímeros apelando al futuro para lanzar empréstitos de charlatanes. Pero el futuro conducirá a la miseria y a todo tipo de calamidades.

* ¿Qué decir de los EE.UU.? "América es la esperanza de la humanidad"; por boca de Millerand, el burgués francés repite esta frase de Turgot y espera que se le refinancien sus deudas, justamente él, que no las refinancia a nadie. Pero los EE.UU. no son capaces de sacar a Europa del impasse económico en que se halla. Durante los seis últimos años, agotaron su stock de materias primas. La adaptación del capitalismo norteamericano a las exi-

gencias de la guerra mundial redujo su base industrial. Los europeos cesaron de emigrar a América. Una ola de retornos privó a la industria norteamericana de centenares de millares de alemanes, italianos, polacos, serbios, checos que buscaban en Europa sea la movilización o el milagro de una patria recobrada. La carencia de materias primas y de fuerzas obreras pesa en gran medida sobre la República trasatlántica y origina una profunda crisis económica, a consecuencia de la cual el proletariado norteamericano entra en una nueva fase de lucha revolucionaria. Los EE.UU. se europeizan rápidamente.

Los países neutrales no escaparon a las consecuencias de la guerra y del bloqueo. Semejante a un líquido encerrado en vasos comunicantes, la economía de los estados capitalistas estrechamente vinculados entre sí, grandes o pequeños, beligerantes o neutrales, vencedores o vencidos, tiende a adoptar un único nivel: el de la miseria, el hambre y la decadencia.

Suiza vive al día. Cada eventualidad amenaza con desequilibrarla totalmente. En Escandinavia, una rica importación de oro no puede resolver el problema del aprovisionamiento y se ven obligados a pedir carbón a Inglaterra en pequeñas cantidades y en medio de grandes zalamerías. Pese al hambre que padece Europa, la pesca en Noruega también sufre una crisis inusitada.

España, de donde Francia sacó hombres, caballos y víveres, no puede sustraerse a numerosas dificultades desde el punto de vista del aprovisionamiento, las que a su vez provocan huelgas violentas y manifestaciones de las masas a las que el hambre obliga a salir a la calle.

La burguesía cuenta firmemente con el campo. Sus economistas afirman que el bienestar de los campesinos aumentó extraordinariamente, lo que sólo es una ilusión. Es cierto que los campesinos que llevan sus productos al mercado en mayor o menor medida han hecho fortuna durante la guerra. Vendieron sus productos a muy altos precios y pagaron con una moneda que le redujo las deudas que habían contraído cuando el dinero valía mucho. Para ellos, esta es una ventaja evidente. Pero durante la guerra sus explotaciones fueron ganadas por el desorden y su rendimiento se debilitó. Ahora tienen necesidad de objetos fabricados, y el precio de esos objetos ha aumentado simultáneamente con la moneda. Las exigencias del fisco se han tornado monstruosas y amenazan con devorar al campesino con sus productos y sus tierras. Así, luego de un período de crecimiento momentáneo del bienestar, los campesinos

de la pequeña burguesía se enfrentan cada vez en mayor medida con dificultades irreductibles. Su descontento en relación a los resultados de la guerra aumentará y, representado por un ejército permanente, el campesino prepara a la burguesía no pocas sorpresas desagradables.

La restauración económica de Europa, de la que hablan los ministros que la gobiernan, es una mentira. Europa va a la ruina y el mundo entero con ella.

Sobre la base del capitalismo no hay salvación. La política del imperialismo no podrá eliminar la necesidad, sólo logrará tornarla más dolorosa al favorecer la dilapidación de las reservas de que se dispone todavía.

El problema del combustible y de las materias primas es un problema internacional que sólo puede resolverse sobre la base de una producción reglamentada de acuerdo con un plan, realizada en común, socializada.

Es preciso anular las deudas de estado. Es preciso emancipar al trabajo y sus frutos del tributo monstruoso que paga a la plutocracia mundial. Es preciso acabar con la plutocracia. Es preciso echar abajo las barreras gubernamentales que fraccionan la economía mundial. Es preciso sustituir el Consejo Supremo económico de los imperialistas de la Entente por un Consejo supremo económico del proletariado mundial para la explotación centralizada de todos los recursos de la humanidad.

Debemos acabar con el imperialismo para que el género humano pueda continuar subsistiendo.

III. EL RÉGIMEN BURGUÉS DESPUÉS DE LA GUERRA

Toda la energía de las clases opulentas está concentrada en estos dos problemas: mantenerse en el poder en el campo de la lucha internacional e impedir que el proletariado se convierta en el amo del país. De acuerdo con ese programa, los viejos grupos políticos de la burguesía rusa, convirtieron al estandarte del partido constitucional demócrata (K.D.), durante el período decisivo de la lucha, en el estandarte de todos los ricos unidos contra la revolución de los obreros y de los campesinos. Pero también en los países cuya cultura política es más antigua y posee raíces más profundas, los programas que separaban a las diversas fracciones de la burguesía desaparecieron, casi sin dejar huellas, mucho

antes del ataque abierto llevado a cabo por el proletariado revolucionario.

Lloyd George aparece como el heraldo de la unidad de los conservadores, de los unionistas y de los liberales para la lucha en común contra la dominación amenazadora de la clase obrera. Este viejo demagogo establece en la base de su sistema a la santa iglesia, a la que compara con una central eléctrica que proporciona idéntica corriente a todos los partidos de las clases opulentas. En Francia, la época tan cercana aún y tan ruidosa del anticlericalismo parece ser sólo una visión de otro mundo: los radicales, los realistas y los católicos constituyen en la actualidad un bloque nacional contra el proletariado en acción. Al tender la mano a todas las fuerzas de la reacción, el gobierno francés apoya al centuria negro Wrangel y reanuda sus relaciones diplomáticas con el Vaticano.

Un neutralista convencido, el germanófilo Giolitti, se apodera del gobierno del Estado italiano en calidad de jefe común de los intervencionistas, neutralistas, clericales, mazzinistas. Está dispuesto a soslayar los problemas secundarios de la política interna y exterior para rehazar con mayor energía la ofensiva de los proletariados revolucionarios en las ciudades y los pueblos. El gobierno de Giolitti se considera, con toda razón, el último bastión de la burguesía italiana.

La política de todos los gobiernos alemanes y de los partidos gubernamentales, luego de la derrota de los Hohenzollern, trató de establecer, de acuerdo con las clases dirigentes de los países de la Entente, un frente común de odio contra el bolchevismo, es decir contra la revolución proletaria.

En momentos en que el Shylock anglo-francés ahoga con creciente ferocidad al pueblo alemán, la burguesía alemana, sin distinción de partidos, exige que el enemigo afloje el lazo que la estrangula lo suficiente como para poder liquidar con sus propias manos a la vanguardia del proletariado alemán. Este tema es tratado en todas las conferencias periódicas que se llevan a cabo y en las convenciones que se firman respecto al desarme y al reparto de las armas de guerra.

En EE.UU. ya no se hace ninguna diferencia entre republicanos y demócratas. Esas poderosas organizaciones políticas de explotadores, adaptadas al círculo restringido de los intereses norteamericanos demostraron fehacientemente hasta qué punto esta-

ban desprovistas de consistencia cuando la burguesía norteamericana entró en el campo del bandolerismo mundial.

Nunca como hasta ahora las intrigas de los jefes y de sus bandas —tanto en la oposición como en los ministerios— habían dado prueba de semejante cinismo, habían actuado tan abiertamente. Pero simultáneamente todos los jefes y sus pandillas, los partidos burgueses de todos los países, constituyen un frente común contra el proletariado revolucionario.

En momentos en que los imbéciles de la socialdemocracia continúan oponiendo al camino de la democracia las violencias de la vía dictatorial, los últimos vestigios de la democracia son liquidados en todos los estados del mundo.

Luego de una guerra durante la cual las cámaras de representantes, aunque no dispusieran del poder, servían para cubrir con sus gritos patrióticos la acción de los grupos dirigentes imperialistas, los parlamentos cayeron en una total postración. Todos los problemas serios se resuelven fuera del parlamento. La ampliación ilusoria de las prerrogativas parlamentarias, solemnemente proclamada por los saltimbanquis del imperialismo en Italia y en los demás países, no modifica nada. Los verdaderos amos de la situación, que disponen del Estado, tales como lord Rothschild, lord Weir, Morgan y Rockefeller, Schneider y Loucheur, Rugo Stinnes y Félix Deutsch, Rizzelo y Agnelli, es decir los reyes del oro, del carbón, del petróleo y del metal, actúan detrás de los bastidores enviando a los parlamentos a sus agentes para ejecutar sus trabajos.

El parlamento francés, que se entretiene todavía con el procedimiento de tres lecturas de proyectos de leyes insignificantes, el parlamento francés desacreditado más que ningún otro por el abuso de la retórica, por la mentira, por el cinismo con el cual se deja comprar, se entera de pronto que los cuatro mil millones que había destinado a las reparaciones en las regiones devastadas de Francia han sido usados por Clemenceau con otros objetivos, y principalmente para proseguir la obra de destrucción emprendida en las provincias rusas.

La aplastante mayoría de los diputados del parlamento inglés, llamado el todopoderoso, sabe tanto de las verdaderas intenciones de Lloyd George y de Kerson en lo que respecta a la Rusia soviética y hasta a Francia, como las ancianas de los villorrios bengalíes.

En los EE.UU., el parlamento es un coro obediente o que re-

funfunña algunas veces bajo la batuta del presidente. Este no es sino el agente de la maquinaria electoral que sirve de aparato político a los trusts, ahora, después de la guerra, en mayor medida que antes.

El parlamentarismo tardío de los alemanes, aborto de la revolución burguesa, que a su vez sólo es un aborto de la historia, está sujeta desde la infancia a todas las enfermedades que afectan a los perros viejos. El Reichstag de la República de Ebert, "el más democrático del mundo", es impotente no sólo ante el bastón de mariscal que agita Foch sino también ante las maquinaciones de sus especuladores, de sus Stinnes así como ante los complots militares de una camarilla de oficiales. La democracia parlamentaria alemana es sólo un vacío entre dos dictaduras.

Durante la guerra se producen profundas modificaciones en la composición de la burguesía. Frente al empobrecimiento general de todo el mundo, la concentración de capitales ha dado un gran paso adelante. Pasaron a primer plano casas de comercio que antes se conocían. La solidez, el equilibrio, la propensión a los compromisos "razonables", la observación de un cierto decoro en la explotación y en la utilización de los productos desapareció bajo el torrente del imperialismo.

Los nuevos ricos ocuparon el proscenio: proveedores del ejército, especuladores de baja estofa, advenedizos, vividores, merodeadores, exconvictos cubiertos de diamantes, canalla sin ningún tipo de fe ni ley, ávida de lujo, dispuesta a cualquier atrocidad para obstaculizar la revolución proletaria de la que sólo pueden esperar un nudo corredizo.

El régimen actual en cuanto que dominación de los ricos, se yergue ante las masas en toda su desvergüenza. En EE.UU., en Francia, en Inglaterra, el lujo de postguerra adquirió un carácter frenético. París, atestada de parásitos del patriotismo internacional, se asemeja, según una confesión de *Le Temps*, a una Babilonia en vísperas de una catástrofe.

A merced de esta burguesía se alinean la política, la justicia, la prensa, el arte, la Iglesia. Todos los frenos, todos los principios son dejados de lado. Wilson, Clemenceau, Millerand, Lloyd George, Churchill no se detienen ante las más desvergonzadas acciones, ante las mentiras más groseras y, cuando se les sorprende realizando actos deshonestos, prosiguen tranquilamente sus proezas, que deberían llevarlos a una corte de justicia. Las reglas clásicas de la perversidad política, tal como las redactó el viejo Maquiavelo,

sólo son inocentes aforismos de un tonto provinciano en comparación con los principios con los que se rigen los actuales gobiernos burgueses. Los tribunales, que antes cubrían con un oropel democrático su esencia burguesa, engañan abiertamente a los proletarios y realizan un trabajo de provocación contrarrevolucionario. Los jueces de la III República absuelven sin vacilar al asesino de Jaurès. Los tribunales de Alemania, que había sido proclamada república socialista, alientan a los asesinos de Liebknecht, de Rosa Luxemburg y de muchos otros mártires del proletariado. Los tribunales de las democracias burguesas sirven para legalizar solemnemente todos los crímenes del terror blanco.

La prensa burguesa se deja comprar abiertamente, lleva el signo de los vendidos en la frente, como una marca de fábrica. Los diarios dirigentes de la burguesía mundial son fábricas monstruosas de mentiras, calumnias y prisiones espirituales.

Las disposiciones y los sentimientos de la burguesía están sujetos a alzas y bajas intempestivas, como el precio de sus mercados. Durante los primeros meses que siguieron al fin de la guerra, la burguesía internacional, sobre todo la burguesía francesa, temblaba ante la amenaza del comunismo. De la inminencia del peligro se hacía una idea relacionada con los crímenes sangrientos que había cometido. Pero supo rechazar el primer ataque. Unidos a ella por los lazos de una responsabilidad común, los partidos socialistas y los sindicatos de la II Internacional le prestaron un último servicio, ayudándola ante los primeros golpes asestados por la cólera de los trabajadores. Al precio del total naufragio de la II Internacional, la burguesía logró algún respiro. Fue suficiente la obtención por parte de Clemenceau de cierto número de votos contrarrevolucionarios en las elecciones parlamentarias, algunos meses de equilibrio inestable, el fracaso de la huelga de mayo para que la burguesía francesa proclamase con seguridad la solidez inquebrantable de su régimen. El orgullo de esta clase alcanzó el mismo nivel al que antes habían llegado sus temores.

La amenaza se ha convertido en el único argumento de la burguesía. No cree en las frases y exige actos: que se detenga, que se dispersen las manifestaciones, que se confisque, que se fusile. Los ministros burgueses y los parlamentarios tratan de imponerse ante la burguesía representando el papel de hombres enérgicos, de hombres de acero. Lloyd George aconseja directamente a los ministros alemanes que fusilen a sus comuneros, como se hizo en Francia en 1871. Un funcionario de tercera categoría

puede contar con los aplausos tumultuosos de la Cámara si sabe insertar al final de un insignificante informe algunas amenazas contra los obreros.

Mientras la administración se transforma en una organización cada vez más desvergonzada, destinada a realizar sangrientas represiones contra las clases trahajadoras, otras organizaciones contrarrevolucionarias privadas, formadas bajo su control y puestas a su disposición, trabajan para impedir por la fuerza las huelgas, para cometer provocaciones, prestar falsos testimonios, destruir las organizaciones revolucionarias, apoderarse de las instituciones comunistas, masacrar e incendiar, asesinar a las tribus revolucionarias, y adoptan otras medidas tendientes a defender la propiedad privada y la democracia.

Los hijos de los grandes propietarios, de los grandes burgueses, los pequeños burgueses que no saben a qué atenerse y en general los elementos desclasados, en primer lugar los miembros de diversas categorías emigradas de Rusia, forman inagotables cuadros de reserva para los ejércitos irregulares de la contrarrevolución. A la cabeza se hallan altos oficiales de la escuela de la guerra imperialista.

Los veinte mil oficiales del ejército de Hohenzollern constituyen, sobre todo luego de la rebelión de Kapp-Lütwitz, un núcleo contrarrevolucionario al que la democracia alemana sólo podrá liquidar con el auxilio del martillo de la dictadura del proletariado. Esta organización centralizada de los terroristas del antiguo régimen se completa con los destacamentos de partisanos formados por los grandes verdugos prusianos.

En E.E.UU., uniones tales como la National Security League o el Knights of Liberty son los regimientos de vanguardia del capital y a su lado actúan esas bandas de malvivientes que son las Detective Agencies de espionaje privado.

En Francia, la Liga Cívica no es sino una organización perfeccionada de los "renards" y la Confederación del Trabajo, reformista por otra parte, es puesta fuera de la ley.

La mafia de los oficiales blancos húngaros, que sigue teniendo una existencia clandestina aunque su gobierno de verdugos contrarrevolucionarios subsista con el beneplácito de Inglaterra, ha demostrado al proletariado de todo el mundo cómo se pone en práctica esta civilización y esta humanidad que preconizan Wilson y Lloyd George, luego de haber criticado el poder de los soviets y las violencias revolucionarias.

Los gobiernos "democráticos" de Finlandia, Georgia, Letonia y Estonia realizan grandes esfuerzos para poder alcanzar el nivel de perfección de su prototipo húngaro. En Barcelona, la policía tiene bajo sus órdenes a una banda de asesinos. Y lo mismo ocurre en todas partes.

Aún en un país vencido y arruinado como Bulgaria, los oficiales sin empleo se reúnen en sociedades secretas dispuestas, ante la primera señal a dar prueba de su patriotismo en detrimento de los obreros búlgaros.

Tal como es practicado en el régimen burgués de postguerra, el programa de una conciliación de intereses contradictorios, de una colaboración de las clases, de un reformismo parlamentario, de un socialismo gradual y de un acuerdo mutuo en el seno de cada nación, sólo es una siniestra payasada.

La burguesía se ha negado definitivamente a conciliar sus propios intereses y los del proletariado mediante simples reformas. Corrompe a los que han aceptado las limosnas de la clase obrera y mediante la fuerza somete al proletariado a una regla inflexible.

Ni un solo problema importante es decidido por mayoría de votos. Del principio democrático sólo queda un fugaz recuerdo en los confundidos cerebros de los reformistas. Cada vez más, el Estado se limita a organizar lo que constituye el núcleo esencial de los gobiernos: los regimientos de soldados. La burguesía ya no pierde su tiempo "contando las peras en el árbol", ahora cuenta los fusiles, las ametralladoras y los cañones que tendrá a su disposición cuando llegue el momento en que deba decidirse la cuestión del poder y de la propiedad.

¿Quién viene a hablarnos de colaboración o de mediación? Nuestro triunfo sólo es posible con la derrota de la burguesía y únicamente la revolución proletaria puede provocar esa derrota.

IV. LA RUSIA SOVIETISTA

El chauvinismo, la codicia, la discordia se entremezclan en una danza desenfrenada y únicamente el principio del comunismo permanece vigente y creador ante el mundo. Si bien el poder de los soviets se estableció primeramente en un país atrasado, devastado por la guerra, rodeado de poderosos enemigos, demostró no solamente una tenacidad poco común sino también una actividad insos-

pechada. Probó, en los hechos, la fuerza potencial del comunismo. El desarrollo y el fortalecimiento del poder soviético constituyen el punto culminante de la historia mundial desde la creación de la Internacional comunista.

La capacidad de formar un ejército hasta ahora siempre ha sido considerada como el criterio de toda actividad económica o política. La fuerza o la debilidad del ejército son el indicio que sirve para evaluar la fuerza o la debilidad del Estado desde el punto de vista económico. El poder de los soviets creó una fuerza militar de primer orden, y gracias a ella combatió con indiscutible superioridad no sólo a los campeones de la vieja Rusia monárquica y burguesa, los ejércitos de Koltchak, Dénikine, Youdénitch, Wrangel y otros, sino también a los ejércitos nacionales de las repúblicas "democráticas" que participan del combate para complacer al imperialismo mundial (Finlandia, Estonia, Letonia, Polonia).

Desde el punto de vista económico, ya es un gran milagro que la Rusia soviética se haya mantenido durante estos tres primeros años. Más aún, pudo desarrollarse porque, al haber tenido la fuerza suficiente como para arrancar de manos de la burguesía los instrumentos de explotación, los convirtió en instrumentos de producción industrial y los puso metódicamente en acción. El estruendo de las piezas de artillería a lo largo del inmenso frente que rodea a Rusia por todas partes no le impidió adoptar las medidas necesarias para restablecer la vida económica e intelectual perturbada.

La monopolización por parte del Estado socialista de los principales productos alimenticios y la lucha sin cuartel contra los especuladores salvaron a las ciudades rusas de un hambre mortal y posibilitaron el reabastecimiento del ejército rojo. La reunión de todas las fábricas, de los ferrocarriles y de la navegación bajo la égida del Estado permitió la regularización de la producción y la organización del transporte. La concentración de la industria y del transporte en manos del gobierno simplifica los métodos técnicos creando modelos únicos para las diversas piezas, modelos que sirven de prototipo a toda producción ulterior. Sólo el socialismo posibilita una evaluación precisa de la cantidad de bulones para locomotoras, vagones y vapores que es preciso producir y reparar.

Igualmente, es posible preveer periódicamente la producción al por mayor necesaria de las piezas de máquinas adaptadas al prototipo, lo que presenta incalculables ventajas para la intensificación de la producción.

El progreso económico, la organización científica de la industria, la puesta en práctica del sistema Taylor depurado de toda tendencia al "sweating", no encuentran en la Rusia soviética otros obstáculos que los que tratan de suscitar los imperialistas extranjeros.

Mientras que los intereses de las nacionalidades, enfrentándose a las pretensiones imperialistas, son una fuente continua de conflictos universales, de rebeliones y de guerras, la Rusia socialista ha demostrado que un gobierno obrero es capaz de conciliar las necesidades nacionales con las necesidades económicas, depurando a las primeras de todo chauvinismo y a las segundas de todo imperialismo. El socialismo tiene por objeto unir a todas las regiones, todas las provincias, todas las nacionalidades mediante un mismo sistema económico. El centralismo económico, al no admitir la explotación de una clase por otra, de una nación por otra y al ser igualmente ventajoso para todas, no paraliza en absoluto el libre desarrollo de la economía nacional.

El ejemplo de la Rusia de los soviets demuestra a los pueblos de Europa Central, del sudeste de los Balcanes, de las posesiones coloniales de Gran Bretaña, a todas las naciones, a todas las poblaciones oprimidas, a los egipcios y a los turcos, a los hindúes y a los persas, a los irlandeses y a los búlgaros que la solidaridad de todas las nacionalidades del mundo sólo es realizable mediante una federación de repúblicas soviéticas.

La revolución hizo de Rusia la primera potencia proletaria. En sus tres años de existencia, sus fronteras se modificaron incessantemente. Estrechadas bajo los golpes del imperialismo mundial, recuperaban sus anteriores dimensiones cuando la presión disminuía. Para los soviets, la lucha se convirtió en la lucha contra el capitalismo mundial. El problema de la Rusia de los soviets se transformó en una piedra de toque para todas las organizaciones obreras. La segunda e infame traición de la socialdemocracia alemana luego de la del 4 de agosto de 1914 residió en que, al formar parte del gobierno, recurrió al imperialismo occidental en lugar de aliarse a la revolución de Oriente. Una Alemania soviética aliada a la Rusia soviética habrían sido más fuertes que todos los estados capitalistas juntos.

La Internacional comunista ha hecho suya la causa de la Rusia soviética. El proletariado internacional sólo guardará sus armas

cuando la Rusia soviética se convierta en uno de los eslabones de una Federación de repúblicas soviéticas que abarque a todo el mundo.

V. LA REVOLUCIÓN PROLETARIA Y LA INTERNACIONAL COMUNISTA

La guerra civil está vigente en todo el mundo. Su divisa es: "El poder a los soviets".

El capitalismo ha transformado en proletariado a la inmensa mayoría de la humanidad. El imperialismo ha sacado a las masas de su inercia y las ha incitado al movimiento revolucionario. Lo que entendemos en la actualidad por la palabra "masa" no es lo que entendíamos por ella hace algunos años. Lo que constituía la masa en la época del parlamentarismo y del trade-unionismo ahora se ha convertido en la élite. Millones y decenas de millones de hombres que hasta ahora vivieron al margen de toda política están transformándose en una masa revolucionaria. La guerra movilizó a todo el mundo, despertó el sentido político de los medios más atrasados, les dio ilusiones y esperanzas y los defraudó. Los rasgos característicos de las viejas formas del movimiento obrero —estrecha disciplina corporativa y, en suma, inercia de los proletarios más conscientes por una parte, apatía incurable de las masas por la otra— cayeron en el olvido para siempre. Millones de nuevos reclutas acaban de incorporarse. Las mujeres que perdieron a sus maridos y a sus padres y que debieron ocupar su lugar de trabajo participan ampliamente en el movimiento revolucionario. Los obreros de la nueva generación, habituados desde la infancia al fragor y a los estallidos de la guerra mundial, acogieron a la revolución como su elemento natural. La lucha pasa por fases diferentes según los países, pero esta lucha es la última. Sucede que las olas revolucionarias, estrellándose contra el edificio de una organización caduca, le prestan una nueva vida. Viejas enseñanzas, divisas semiborradas flotan aquí y allí sobre la superficie de las olas. En los cerebros existen perturbaciones, tinieblas, prejuicios, ilusiones. Pero el movimiento en su conjunto tiene un carácter profundamente revolucionario. No es posible ni extinguirlo ni detenerlo. Se extiende, se fortalece, se purifica, rechaza todo lo caduco. No se detendrá hasta que el proletariado mundial haya llegado al poder.

La huelga es el medio de acción más habitual en el movimiento revolucionario. Su causa más frecuente es el alza de los precios sobre los productos de primera necesidad. La huelga surge frecuentemente de conflictos regionales. Es el grito de protesta de las masas impacientadas por los manejos parlamentarios de los socialistas. Expresa la solidaridad entre los explotados de un mismo país o de países diferentes. Sus divisas son de naturaleza económica a la vez que política. Frecuentemente, fragmentos de reformismo se entremezclan con consignas de revolución social. La huelga se calma, parece terminar, luego prosigue con más fuerza, trastrocando la producción, amenazando al aparato gubernamental. Despierta la furia de la burguesía porque aprovecha toda ocasión para expresar su simpatía por la Rusia soviética. Los presentimientos de los explotadores no los engañan. Esta huelga desordenada no es sino una compulsión de las fuerzas revolucionarias, un llamado a las armas del proletariado revolucionario.

La estrecha dependencia en la que se encuentran todos los países y que se puso en evidencia de manera tan catastrófica durante la guerra, da una importancia particular a los sectores del trabajo que vinculan a los países entre sí y coloca en primer plano a los ferroviarios y a los obreros del transporte en general. El proletariado del transporte tuvo ocasión de demostrar su fuerza en el boicot a la Hungría y a la Polonia blancas. La huelga y el boicot, métodos que la clase obrera empleaba al comienzo de su lucha trade-unionista, es decir cuando aún no había comenzado a utilizar el parlamentarismo, tienen en nuestros días la misma importancia y el mismo temible significado que la preparación de la artillería antes del último ataque.

La impotencia a la que se encuentra reducido el individuo ante el ciego avance de los acontecimientos históricos obliga no solamente a nuevos grupos de obreros y obreras sino también a los empleados, los funcionarios, los intelectuales pequeñoburgueses, a entrar en las filas de las organizaciones sindicales. Antes de que la marcha de la revolución proletaria obligue a crear soviets que predominarán sobre todas las viejas organizaciones obreras, los trabajadores se agrupan en sindicatos, toleran, mientras esperan, la vieja constitución de esos sindicatos, su programa oficial, su élite dirigente, pero aportan a esas organizaciones la creciente energía revolucionaria de las masas que no habían actuado hasta ahora.

Los sectores más bajos, los proletarios del campo, los peones,

todos despiertan. En Italia, en Alemania y en otros países se observa un gran crecimiento del movimiento revolucionario de los obreros agrícolas y un acercamiento al proletariado de las ciudades. Los campesinos pobres observan con buenos ojos al socialismo. Así como las intrigas de los reformistas parlamentarios que tratan de explotar los prejuicios de propiedad del mujik resultaron infructuosos, el movimiento verdaderamente revolucionario del proletariado, su lucha indomable contra los opresores, hace nacer una luz de esperanza en el corazón del trabajador más humilde, el más sometido, el más miserable.

El abismo de la miseria humana y de la ignorancia es insondable. Todo sector que se yergue deja detrás suyo otro que apenas intenta levantarse. Pero la vanguardia no debe esperar a la masa compacta de la retaguardia para iniciar el combate. La clase obrera emprenderá la tarea de despertar, estimular y educar a sus sectores más atrasados cuando llegue al poder.

Los trabajadores de las colonias y de los países semi-coloniales han despertado. En los espacios infinitos de la India, Egipto, Persia, sobre los que se yergue la hidra monstruosa del imperialismo inglés, en ese insondable mar humano se realiza un trabajo latente, ininterrumpido, levantando olas que hacen temblar en la City las acciones de la Bolsa y los corazones.

En el movimiento de los pueblos coloniales, el elemento social bajo todas sus formas se mezcla con el elemento nacional, pero los dos están dirigidos contra el imperialismo. Desde los primeros intentos hasta las formas perfeccionadas, el camino de la lucha prosigue en las colonias y en los países atrasados en general a ritmo forzado, bajo la presión del imperialismo moderno y la dirección del proletariado revolucionario.

El acercamiento fecundo que se opera entre los pueblos musulmanes y no musulmanes, unidos por las cadenas comunes de la dominación inglesa y de la dominación extranjera en general, la depuración interna del movimiento, la constante disminución de la influencia del clero y de la reacción chauvinista, la lucha simultánea llevada a cabo por los nativos contra los invasores a la vez que contra sus propietarios feudales, sacerdotes y usureros hacen del creciente ejército de la insurrección colonial una fuerza histórica de primer orden, una reserva inagotable para el proletariado mundial.

Los parias se levantan. Su pensamiento que despierta se dirige hacia la Rusia de los soviets, hacia las barriadas levantadas en

las calles de las ciudades de Alemania, hacia la lucha desesperada de los obreros huelguistas de Inglaterra, hacia la Internacional comunista.

El socialismo que, directa o indirectamente, defiende la situación privilegiada de ciertas naciones en detrimento de otras, que se aviene a la esclavitud colonial, que admite diferencias de derechos entre los hombres de distintas razas y color, que ayuda a la burguesía de la metrópoli a mantener su dominación sobre las colonias en lugar de favorecer la insurrección armada de esas colonias, el socialismo inglés que no apoya con toda su fuerza la insurrección en Irlanda, Egipto y la India contra la plutocracia londinense, ese "socialismo", lejos de pretender obtener el mandato y la confianza del proletariado, merece si no balas al menos la marca del oprobio.

Ahora bien, en sus esfuerzos por lograr el triunfo de la revolución mundial, el proletariado se enfrenta no sólo con las alambreadas semiderruidas que dividen aún los países desde la época de guerra, sino sobre todo con el egoísmo, el conservadorismo, la ceguera y la traición de las viejas organizaciones partidarias y de los sindicatos que vivieron de él anteriormente.

La traición a que se acostumbró la socialdemocracia internacional no tiene parangón en la historia de la lucha contra la servidumbre. Por eso en Alemania sus consecuencias son más terribles. La derrota del imperialismo alemán fue al mismo tiempo la del sistema de economía capitalista. Fuera del proletariado no había ninguna clase que pudiese pretender el poder de Estado. El perfeccionamiento de la técnica, el número y el nivel intelectual de la clase obrera alemana eran una segura garantía del éxito de la revolución social. Desgraciadamente, la socialdemocracia alemana se convirtió en un obstáculo. Gracias a complicadas maniobras en las que la astucia se mezcló con la estupidez, paralizó la energía del proletariado para desviarlo del camino hacia la conquista del poder, que era su objetivo natural y necesario.

La socialdemocracia se dedicó durante decenas de años a conquistar la confianza de los obreros para luego, llegado el momento decisivo, cuando la suerte de la sociedad burguesa estaba en juego, poner toda su autoridad al servicio de los explotadores.

La traición del liberalismo y la derrota de la democracia burguesa son episodios insignificantes en comparación con la monstruosa traición de los partidos socialistas. El papel de la propia iglesia, esa usina central del conservadorismo como la definió Lloyd

George, es insignificante al lado del papel antisocialista de la II Internacional.

La socialdemocracia quiso justificar su traición hacia la revolución durante la guerra mediante la fórmula de la defensa nacional, y encubre su política contrarrevolucionaria, luego de la firma de la paz, con la fórmula de la democracia. *Defensa nacional y democracia*, he aquí las solemnes fórmulas de capitulación del proletariado ante la voluntad de la burguesía.

Pero la caída no se detiene aquí. Continuando su política de defensa del régimen capitalista, la socialdemocracia está obligada, a remolque de la burguesía, a pisotear la "defensa nacional" y la "democracia". Scheidemann y Ebert besan las manos del imperalismo francés cuyo apoyo reclaman contra la revolución soviética. Noske encarna el terror blanco y la contrarrevolución burguesa.

Albert Thomas se transforma en comisionado de la Liga de las Naciones, esa vergonzosa agencia del imperialismo. Vandervelde, elocuente imagen de la fragilidad de la II Internacional de la que era jefe, se convierte en ministro del rey, colega del beato Delacroix, defensor de los sacerdotes católicos belgas y abogado de las atrocidades capitalistas cometidas contra los negros del Congo.

Henderson, que imita a los grandes hombres de la burguesía, que figura por turno como ministro del rey y representante de la oposición obrera de Su Majestad; Tom Shaw, que reclama del gobierno soviético pruebas irrefutables tales como que el gobierno de Londres está compuesto de estafadores, de bandidos y de perjuros. ¿Qué son estos señores sino los enemigos jurados de la clase obrera?

Renner y Sietz, Niemets y Tousar, Troelstra y Branting, Daszinsky y Tehkídzé, cada uno de ellos traduce, en la lengua de su pequeña burguesía deshonestas, la derrota de la II Internacional.

Karl Kautsky, ex-teórico de la II Internacional y ex-marxista, se convierte en el consejero balbuceante designado por la prensa amarilla de todos los países.

Bajo el impulso de las masas, los elementos más flexibles del viejo socialismo, sin por ello cambiar de naturaleza, cambian de carácter y de color, rompen o se disponen a romper con la II Internacional, batiéndose, como siempre en retirada, ante toda acción de masas y revolucionaria y también ante todo preludio serio de acción.

Para caracterizar y a la vez desenmascarar a los actores de esta farsa, basta decir que el partido socialista polaco que tiene

como jefe a Daszinsky y por patrón a Pilsudsky, el partido del cinismo burgués y del fanatismo chauvinista, declara retirarse de la II Internacional.

La élite parlamentaria dirigente del partido socialista francés, que vota actualmente contra el presupuesto y contra el tratado de Versalles, sigue siendo en el fondo uno de los pilares de la república burguesa. Sus gestos de oposición son lo suficientemente aislados como para no perturbar la semi-confianza que les tienen los medios más conservadores dentro del proletariado.

En los problemas capitales de la lucha de clases, el socialismo parlamentario francés continúa engañando la voluntad de la clase obrera, sugiriéndole que el momento actual no es propicio para la conquista del poder porque Francia está demasiado empobrecida, del mismo modo como antes era desfavorable a causa de la guerra, o como en vísperas de la guerra el obstáculo era la prosperidad industrial y antes la crisis industrial. Al lado del socialismo parlamentario y en el mismo plano se halla el sindicalismo chalatán y engañoso de los Joubaux y Cía.

La creación de un partido comunista fuerte y templado por el espíritu de unidad y de disciplina en Francia es una cuestión de vida o muerte para el proletariado francés.

La nueva generación de obreros alemanes hace su educación y extrae su fuerza de las huelgas y las insurrecciones. Su experiencia le seguirá costando tantas víctimas mientras el Partido socialista independiente continúe sufriendo la influencia de los conservadores socialdemócratas y de los rutinarios que rememoran la socialdemocracia de los tiempos de Bebel, que no comprenden el carácter revolucionario de la época actual y tiemblan ante la guerra civil y el terror revolucionario, dejándose llevar por los acontecimientos, a la espera del milagro que debe venir en ayuda de su incapacidad. Es en el fuego de la lucha donde el partido de Rosa Luxemburgo y de Karl Liebknecht enseña a los obreros alemanes cuál es el buen camino.

En el movimiento obrero inglés, la rutina es tal que en Inglaterra aún no se ha sentido la necesidad de cambiar: los jefes del partido obrero británico se obstinan en permanecer dentro de los marcos de la II Internacional.

Mientras que el curso de los acontecimientos de los últimos años, al romper la estabilidad de la vida económica en la Inglaterra conservadora ha vuelto a las masas trabajadoras totalmente aptas para asimilar el programa revolucionario, la mecánica ofi-

cial de la nación burguesa con su poder real, su Cámara de los lores, su Cámara de los Comunes, su Iglesia, sus trade-unions, su partido obrero, Jorge V, el arzobispo de Canterbury y Henderson, permanece intacta como un poderoso freno automático contra el desarrollo. Sólo un partido comunista liberado de la rutina y del espíritu de secta, íntimamente ligado a las grandes organizaciones obreras, puede oponer el elemento proletario a esta élite oficial.

En Italia, donde la burguesía reconoce francamente que la suerte del país se halla, al fin de cuentas, en manos del partido socialista, la política del ala derecha representada por Turati se esfuerza por encauzar el torrente de la revolución proletaria por el carril de las reformas parlamentarias.

¡Proletarios de Italia, pensad en Hungría cuyo ejemplo está escrito en la historia para recordar que en la lucha por el poder, así como durante el ejercicio del poder, el proletariado debe permanecer firme, rechazar a todos los elementos equívocos y hacer despiadadamente justicia ante todas las tentativas de traición!

Las catástrofes militares, seguidas de una temible crisis económica, inauguran un nuevo capítulo en el movimiento obrero de los EE.UU. y en los otros países del continente norteamericano. La liquidación del charlatanismo y de la desvergüenza del wilsonismo significa la liquidación de ese socialismo norteamericano mezcla de ilusiones pacifistas y de actividad mercantil cuya coronación es el trade-unionismo de izquierda de los Gompers y Cía. La estrecha unión de los partidos obreros revolucionarios y de las organizaciones proletarias del continente norteamericano, desde la casi isla de Alaska hasta el Cabo de Hornos, en forma de una compacta sección norteamericana de la Internacional frente al imperialismo todopoderoso y amenazante de los EE.UU. debe ser realizado en la lucha contra todas las fuerzas movilizadas por el dólar para su defensa.

Los socialistas de gobierno y sus consortes de todos los países tuvieron muchas razones para acusar a los comunistas de provocar, mediante su táctica intransigente, la actividad de la contrarrevolución cuyas filas ellos contribuyen a afianzar. Esta inculpación política no es sino una reedición tardía de los lamentos del liberalismo. Precisamente este último afirmaba que la lucha espontánea del proletariado impulsa a los privilegiados hacia el campo de la reacción. Esa es una verdad incuestionable. Si la clase obrera no atacara los fundamentos de la dominación de la burguesía, ésta no tendría ninguna necesidad de reprimirla. La idea misma de contrarrevolución no existiría si la historia no conociera revoluciones. Si

las insurrecciones del proletariado implican fatalmente la unión de la burguesía para la defensa y el contrataque, ello prueba una sola cosa: que la revolución es la lucha de dos clases irreconciliables que sólo puede culminar en el triunfo definitivo de una sobre la otra.

El comunismo rechaza con desprecio la política consistente en mantener a las masas en el estancamiento, ante el temor a las represalias de la contrarrevolución.

A la incoherencia y al caos del mundo capitalista cuyos últimos esfuerzos amenazan con destruir toda la civilización humana, la Internacional comunista opone la lucha combinada del proletariado mundial para la destrucción de la propiedad particular como instrumento de producción y por la reconstrucción de una economía nacional y mundial basada en un plan económico único, establecido y realizado por la sociedad solidaria de los productores. Al agrupar bajo la bandera de la dictadura del proletariado y del sistema soviético de Estado a los millones de trabajadores de todas partes del mundo, la Internacional comunista lucha obstinadamente para organizar y purificar sus propios elementos.

La Internacional comunista es el partido de la insurrección del proletariado mundial en rebelión. Rechaza todas las organizaciones y los partidos que, bajo una forma abierta o velada, adormecen, desmoralizan y perturban al proletariado, exhortándolo a inclinarse ante los fetiches con los que se protege la dictadura de la burguesía: la legalidad, la democracia, la defensa nacional, etc...

La Internacional comunista tampoco puede tolerar en sus filas a las organizaciones que mientras incluyen en su programa la dictadura del proletariado, persisten en llevar a cabo una política empeñada en buscar una solución pacífica a la crisis histórica. La única forma de resolver el problema es reconocer el sistema soviético. La organización soviética no encierra una virtud milagrosa. Esta virtud revolucionaria reside en el propio proletariado. Es preciso que éste no vacile en sublevarse y conquistar el poder y solamente entonces la organización soviética pondrá de manifiesto sus cualidades y seguirá siendo para él su arma más eficaz.

La Internacional comunista pretende expulsar de las filas del movimiento obrero a todos los jefes que están directa o indirectamente vinculados por medio de una colaboración política con la burguesía. Lo que necesitamos son jefes que sientan por la sociedad burguesa un odio mortal, que organicen al proletariado en vistas de una lucha despiadada, que estén dispuestos a conducir al combate al ejército de los insurrectos, que no se detengan a mitad de camino

suceda lo que suceda y que no teman recurrir a medidas de represión despiadadas contra todos aquellos que intenten detenerlos por la fuerza.

La Internacional comunista es el partido internacional de la insurrección y de la dictadura proletarias. Para ella no existen otros objetivos ni otros problemas que los de la clase obrera. Las pretensiones de las pequeñas sectas cada una de las cuales quiere salvar a la clase obrera a su modo, son extrañas y contrarias al espíritu de la Internacional comunista. Esta no posee la panacea universal, el remedio infalible para todos los males, sino que saca lecciones de la experiencia de la clase obrera en el pasado y en el presente, y esta experiencia le sirve para reparar sus errores y sus omisiones. De allí extrae un plan general y sólo reconoce y adopta las fórmulas revolucionarias de la acción de masas.

Organización profesional, huelga económica y política, boicot, elecciones parlamentarias y municipales, tribuna parlamentaria, propaganda legal e ilegal, organizaciones secretas en el seno del ejército, trabajo cooperativo, barricadas, la Internacional comunista no rechaza ninguna de las formas organizativas o de lucha creadas en el transcurso del desarrollo del movimiento obrero, pero tampoco consagra a ninguna en calidad de panacea universal.

El sistema de los soviets no es únicamente un principio abstracto que los comunistas quieren oponer al sistema parlamentario. Los soviets son un aparato del poder proletario que, luego de la lucha y sólo mediante esta lucha, deben remplazar al parlamentarismo. A la vez que combate de la manera más decidida el reformismo de los sindicatos, el arrivismo y el cretinismo de los parlamentos, la Internacional comunista no deja de condenar el fanatismo de aquellos que invitan a los proletarios a abandonar las filas de organizaciones sindicales que cuentan con millones de miembros y a ignorar a las instituciones parlamentarias y municipales. Los comunistas de ningún modo se alejan de las masas engañadas y vendidas por los reformistas y los patriotas sino que aceptan luchar con ellos, dentro de las organizaciones de masas y de las instituciones creadas por la sociedad burguesa, de manera de poder acabar con esta última rápidamente.

Mientras que, bajo la égida de la II Internacional, los sistemas de organización de clase y los medios de lucha casi exclusivamente legales se encontraban sometidos al control y a la dirección de la burguesía y la clase revolucionaria estaba amordazada por los agentes reformistas, la Internacional comunista, por el contrario,

arranca de manos de la burguesía las riendas que ésta había acaaparado, asume la organización del movimiento obrero, lo reúne bajo las órdenes de un mando revolucionario y, ayudado por él, propone al proletariado un objetivo único: la toma del poder para destruir al Estado burgués y organizar una sociedad comunista.

En el curso de toda su actividad, ya sea como instigador de una huelga de protesta, jefe de una organización clandestina, secretario de un sindicato, propagandista en los mitines o diputado en el parlamento, pionero de la cooperación o soldado en la barricada, el comunista debe permanecer fiel, es decir debe estar sometido a la disciplina del partido, luchador infatigable, enemigo mortal de la sociedad capitalista, de sus bases económicas, de sus formas administrativas, de su mentira democrática, de su religión y de su moral; debe ser el defensor abnegado de la revolución proletaria y el infatigable campeón de la nueva sociedad.

¡Obreros y obreras!

¡Sólo hay sobre la tierra una sola bandera merecedora de que se combata y se muera bajo sus pliegues: la bandera de la *Internacional comunista*!

FIRMAN:

RUSIA: N. Lenin, G. Zinoviev, N. Bujarin, L. Trotski.

ALEMANIA: P Lévi, E Meyer Y. Walcher, R. Wolfstein.

FRANCIA: Rosmer, Jacques Sadoul, Henri Guilbeaux.

INGLATERRA: Tom Quelch, Gallacher, E. Sylvia Pankhurst, Mac Laine.

EE.UU.: Fleen, A. Frayna, A. Bilan, J. Reed.

ITALIA: D. M. Serrati, N. Bombacci, Graziadei, A. Bordiga.

NORUEGA: Frys, Shefflo, A. Madsen.

SUECIA: K. Dalstraem, Samuelson, Winberg.

DINAMARCA: O. Jorgenson, M. Nilsen.

HOLANDA: Wijncup, Jansen, Van Leuve.

BÉLGICA: Van Overstraeten.

ESPAÑA: Pestaña.

SUIZA: Herzog, J. Humbert-Droz.

HUNGRÍA: Racoczy, A. Roudnyansky, Varga.

GALITZIA: Levitsky.

POLONIA: J. Marchlevsky.

LATVIA: Stutchka, Krastyn.

LITUANIA: Mitzkévitch-Kapsukas.

CHECOSLOVAQUIA: Vanek, Gula, Zapototsky.
 ESTONIA: R. Wakman, G. Poegelman.
 FINLANDIA: I. Rakhia, Letonmiaky, K. Manner.
 BULGARIA: Kabaktechiev, Maximov, Chablin.
 YUGOSLAVIA: Milkitch.
 GEORGIA: M. Tsakiah.
 ARMENIA: Nazaritian.
 TURQUÍA: Nichad.
 PERSIA: Sultán Zadé.
 INDIA: Atcharia, Sheffik.
 INDIAS-NEERLANDESAS: Maring.
 CHINA: Lau-Siu-Tchéu.
 COREA: Pak Djinchoun, Him Houlin.

INDICE

<i>Advertencia</i>	V
Ernesto Ragionieri	
<i>Lenin y la Internacional Comunista</i>	IX
<i>Noticia histórica</i>	1
<i>Primer Congreso</i>	23
Invitación al Partido Comunista Alemán (Spartakusbund) al Primer Congreso de la Internacional Comunista	25
Participantes al Congreso de la Internacional Comunista de Moscú	30
Discurso de apertura	32
Tesis sobre la democracia burguesa y la dictadura del proletariado	34
Discurso de Lenin sobre sus tesis	45
Resolución sobre la posición respecto a las corrientes socialistas y la Conferencia de Berna	51
Declaración de los participantes de la Conferencia de Zimmerwald al Congreso de la Internacional Comunista	57
Resolución sobre la creación de la Internacional Comunista	59
Tesis sobre la situación internacional y la política de la Entente	70

Resolución sobre el terror blanco	80
Discurso del camarada Trotski	83
Discurso de clausura de Lenin	87
Manifiesto de la Internacional Comunista a los proletarios de todo el mundo	88
<i>Segundo Congreso</i>	101
Estatutos de la Internacional Comunista	103
Condiciones de admisión de los partidos en la Internacional Comunista	109
Las tareas fundamentales de la Internacional Comunista	115
Resolución sobre el papel del partido comunista en la revolución proletaria	131
El movimiento sindical, los comités de fábrica y de empresas	141
Tesis adicionales sobre los problemas nacional y colonial	151
Tesis sobre el problema agrario	161
El partido comunista y el parlamentarismo	173
Manifiesto del Congreso: El mundo capitalista y la Internacional Comunista	183

Se terminó de imprimir
el 20 de noviembre de 1973
en Impresiones Schmidel, Cosquín 1172, Buenos Aires,
en una tirada de 6.000 ejemplares.